

# Llueve Lluvia

Ángel Trejo

**Te daré la estrella de la mañana...**

**Apocalipsis II-29...**

**San Juan**

## I

Tío Rana murió dos semanas después del gran terremoto del 85 una noche de norte en la que la lluvia y el viento rastrero del sur le habían comido la voluntad de seguir arrastrando la cobija de su soledad en las calles de la Ciudad de México. Murió en un callejón de Chimalistac solo, triste, sin que nadie atara su último resuello al árbol de dudas que dejó en el mundo.

Murió roto y hueco por dentro como un judas de Sábado de Gloria, incendiado por su infinita sed de compañía, con un recado de amor en una mano, una botellita de guachiringa en la otra, empiojado, semidesnudo con saco y pantalón viejos, un solo zapato y una suave impresión de acomodo a la improbable vida que le esperaba en su nueva muerte, porque su alma en pena tenía tiempo de andar bebiendo en las pócimas amargas del desengaño.

Ahora en él todo era silencio, ausencia de gracias y dichos; nada le decían las luces, los ruidos y cantos callejeros mezclados con golpes de martillo y los nerviosos clamores de los automóviles. Las bestias mecánicas no estorbaban ya su paso por las calles, ni despertaban sus sueños de mona en los remotos caminos de la nada.

Tío Rana amaba la vida, pero ésta siempre le batió sus puertas en narices, ojos y pómulos; le comió tobillos y muñecas, infamó su costado derecho con permanente dolor de caballo y le negó la diminuta moneda del desprecio misericorde.

Ni siquiera Nuestra Señora de Loreto lo acogió como a otros miserables que hallan alivio a sus carencias y dolores bebiendo agua bendita. Porque el pobre de espíritu, lo dijo Cristo mismo, es más pobre que el pobre de bienes materiales pero que sabe que sólo es aire, agua y polvo.

En penas de amor anduvo un cuarto de siglo y ese octubre cumplió dos semanas de peda seguidas huyendo del terremoto, asustado no tanto de la tragedia como de una señal que vio en el cielo minutos antes de que comenzara a brincar la tierra. Fue una lucecita alargada como una estrella desvaída en agua o el cometa Halley adelantándose a su vuelta por el Camino de Santiago.

Otros ojos vieron en esa señal un mal presagio, pero Tío Rana la entendió además como un anuncio de su próximo fin. Nada dijo a nadie y esperó que la muerte le llegara de manera natural en cualquier momento y lugar mientras seguía escuchando la gusanera del amor embrujado que ocupaba su cuerpo desde hacía muchos años.

----

Cuando el cadáver fue depositado en el centro de la estancia Pancho, a quien jamás se le había visto llorar ni quejarse, perdió la compostura y con los ojos vidriados, la rabia atorándole el habla, comenzó a preguntar a gritos:

- ¿Por qué a él, Ñita, muerte de perro en la calle, lejos de su casa, de sus hijos y de su madre? ¿Por qué Dios no cerró sus ojos con piadosa mano? ¿Por qué esto a un hombre justo y bueno?

Lloroso y abatido, *Punguita* siguió cuestionando los avatares de la vida y la muerte sin concertar que podía caer en blasfemia, ni suponer que tampoco Lluvia, a quien hacía mediadora de sus imprecaciones, estaba en condiciones de hallar el diamante perdido de una explicación razonable a una incomprensiva muerte.

Hincados junto al difunto, gimoteaban sin hallar el inasible hilo de la muerte en la trama de la vida. Lluvia y Pancho estuvieron largo rato ante aquel sarmiento seco y ennegrecido hasta que el vecindario, acechando con extrema curiosidad en puertas y ventanas, los obligó a preparar el cuerpo de Tío Rana para su viaje final, cuya su alma seguramente ya regocijaba al lado del Señor.

Lavaron su piel macerada con paños de seda mojados con aceite y vinagre, estiraron lo más posible sus coyundas tiesas y amarraron sus brazos y piernas para que pudiera caber en la caja. Lo vistieron con el traje que lució cuando se casó con Tía Mago, una corbata carmesí de torero de *Azucarillo*, le pusieron calcetines nuevos, un crucifijo de plata sobre el pecho y un bocado de algodón con agua bendita y menta.

En vano se esforzaron por arrancar un pedazo de papel de estraza que traía fuertemente apretado en su mano derecha. *Punga* daba los últimos retoques a su obra de maquillaje en la cara del muerto cuando Lluvia creyó ver en ella un detalle que acaso sólo existía en su imaginación: en los amoratados labios del cadáver flotaba el glifo de quizás la última palabra pronunciada por Tío Rana.

Le hizo ver este detalle a *Punga* pero éste no halló nada en particular y apuró a Lluvia para que colocara en torno al cadáver los ramos de cempasúchil y las veladoras que los vecinos habían empezado a traer. Una vez concluida esta tarea fueron a una casa vecina por la abuela Leónides, a quien habían alejado para que no viera a su hijo en fiambre, ni se diera cuenta que lo habían abierto de arriba abajo para hacerle autopsia.

La ancianita enfrentó la situación con mucho ánimo, pues no hizo ningún drama ni escándalo. Primero lo observó con infinita ternura y tristeza, luego monó

algunas palabras sobre uno de los oídos del muerto, besó amorosamente su frente, sus párpados hinchados y mejillas, intentó abrazarlo y al no lograrlo recostó su cara sobre el pecho del difunto. Así, silenciosa y llorosa, estuvo varios minutos hasta que Lluvia fue a apartarla para evitar que se quedara dormida.

En la cara del Tío Rana, aunque marchita, tampoco había ningún atisbo de rencor, ni rasgo alguno de la bulliciosa melancolía con la que solía verter sus cantos de viudo de sí mismo y sus agudezas de ebrio de juicio sobrio y verdad amarga que tanto sorprendían a sus vecinos y compañeros de chinguere.

En lugar de aura, en su piel fluía ahora una expresión de serenidad que reproducía los célebres versos del Poeta:

*Vida nada me debes,*

*vida nada te debo,*

*vida estamos en paz.*

----

Don Pedro José María Pérez y Antunes, alias *Azucarillo*, joven maestro en el arte de Cúchares, general de brigada en los artegios del timo, del dos de bastos y del manejo de relaciones públicas de mujeres galantes, llegó al velorio de su padre justo cuando la tarde cerraba y se recostaba sobre la noche con la musilabia de los primeros rezos.

Una cálida vaharada de perfume de rosas e incienso de petate quemado inundó el cuarto donde yacía Tío Rana cuando don Pedro José se quitó la manga de agua al modo de una larga cordobesa y tan veloz como un toro veleta corrió hacia su abuela para compartir el dolor que los embargaba con un largo y remecido abrazo.

Este pareció durar una eternidad para los otros deudos y los vecinos, quienes consternados y silenciosos observaron cómo los tres acompañantes de *Azucarillo* –(los banderilleros Juan López *El Atitalaquia* y Francisco Linares *El Gorupo*, y el varilarguero Manuel Gómez *El Panda*- se dirigieron a la cocina para entregar a Lluvia los encargos que traían.

De entre sus capas y chamarras sacaron pequeños mazos de flores, paquetes de cigarros, chelas, chescos, pomos de brandy y ron, una botella de güisqui y hasta un ejemplar del libro clásico de Nicolás Pérez. A la pregunta de Lluvia si había estado buena la farda, *El Panda* respondió:

-Sí, maesa, se hizo lo que se pudo con tan escasas tiendas abiertas. Tuvimos que ir hasta las colonias Roma, Polanco y Cuauhtémoc.

- ¿Podemos ayudar en algo ?- dijo a su vez *El Gorupo* cuando vio que Lluvia disponía en grupos tazas con café y té, tamales y pan dulce. Esta movió la cabeza de arriba abajo y les señaló las charolas donde debían colocar el refrigerio previo al segundo rosario.

Cuando los tres taurinos regresaron al velatorio *Azucarillo*, jefe y maestro en la peña-escuela *Ignacio Sánchez Mejías*, agradecía su asistencia solidaria a cada uno de los vecinos y amigos con un gesto dolido en el rostro, aunque se cuidaba de no perder el donaire que le daba su condición de taurómaca nacional reconocido.

Sin embargo, esta actitud ponderada, quizás un tanto artificial, saltó en pedazos cuando entre los condolientes descubrió a don José María Antunes Galeana, hermano de su madre, a quien estrechó con un abrazo muy fuerte y un estruendoso desborde lágrimas, gestos y señas porque Tío Chema era sordomudo.

Fue un largo diálogo gesticulante del que sólo quienes conocían los antecedentes familiares de ambos pudieron entender algo de lo que se decían. En viejos tiempos el tío de *Azucarillo* fue boxeador de peso pluma con puños de granito que como semiestelar de la arena *Coliseo* se hizo famoso por ganar y perder por nocaut todos sus combates a ocho rounds.

El lloriqueo de *Kid Chema* pudo prolongarse hasta la mañana siguiente si no es porque en aquel momento don Pedro María advierte en el velorio la presencia de una mujer desconocida. Era una hembra de mediana estatura, cuerpo esbelto, caderas y pechos generosos y grandes ojos castaños tirando a rojos.

Pese a su atuendo modesto y similar al de cualquier vecina, tenía el trapío de una actriz de cine, teatro, cabaret o carpa. Esta revelación, por demás fortuita, lo obligó a apartarse de la parlachanería muda del Tío Chema y encaminarse hacia la cocina para indagar la identidad de la bella intrusa.

-----

Lluvia se hallaba de espaldas y semioculta en el cuarto de la pequeña cocina. *Azucarillo* la saludó con un impersonal buenas noches y le pidió un té de hojas con piquete. Hasta aquel momento no había pasado por su mente que la joven podía ser su odiada hermanita de crianza, la esmirriada adolescente que le disputó el afecto de sus padres y abuelos y la concubina de su hermano Rafael Pérez Antunes, en aquel momento huésped distinguido de Tlaxcoaque por un malentendido de la justicia.

Además, la bella hembra que minutos antes había visto no tenía nada compatible con Lluvia, mujer de barrio, quelite de segunda mano, alguna vez gata en una casa de la colonia Roma, vendedora de una tienda de zapatos en la Lagunilla, barrendera nocturna del DDF, dedicada ahora a lavar y planchar ajeno.

Lluvia sería la última candidata a una posible asociación o confusión con una preciosa rumbera como María Antonieta Pons.

Estos recuerdos e imágenes, sin embargo, surgieron de golpe cuando la desconocida se volvió hacia él y en sus ojos, mirada y demás facciones descubrió la misma identidad de su hermanastra. Esta sorpresa se convirtió en asombro cuando advirtieron que a pesar de su reconocimiento parecían verse por primera vez y jamás haberse imaginado su existencia mutua.

Este reencuentro inesperado los dejó colgados del hilo de la incredulidad o quizás del espanto producido por la aparición de un ángel, un fantasma o un demonio, porque entrevieron que en aquella persona bien conocida quizás se ocultaba una nueva o renovada.

Estas alucinantes conjeturas los inmovilizó y obligó a mirarse a los ojos con fijeza durante poco más de un minuto, hasta que Lluvia rompió el encantamiento al preguntar a *Azucarillo* si deseaba también un pan o un tamal.

-No, gracias- respondió don Pedro José María, que inconscientemente movió la cabeza para sacudirse la sorpresa, el asombro, la confusión y, sobre todo, la incredulidad, para de inmediato salir de la cocina y volver a la estancia donde velaban a Tío Rana.

----

La cabeza de guajiro del viejo Lucas surgió de pronto como si fuera una obscena alusión fálica -pelona, carnosa, vibrante- y dentro de sus sienas resonaran furiosas reflexiones con las que pusiera a crepitar los cirios y apagar la rumia cancina de las rogativas y los responsos.

Todo mundo pensó que se suscitaría una escena estridente e inadecuada para la solemnidad requerida, pero el viejo no llevó a cabo ninguna otra actitud que la de colocarse frente el cadáver con la cerviz clavada en su pecho, abrir y levantar los brazos y mover en plegaria muda los labios.

Con los ojos cerrados y en éxtasis se mantuvo hasta que terminó el rosario y cuando se hizo el silencio, sacó de uno de los bolsillos de su chamarra un clavel

magullado, lo puso cuidadosamente sobre el pecho del difunto, se persignó, juntó sus manos a la altura de su boca y dijo:

-Hermano, lleva esta flor a Dios Padre en ofrenda y recuerdo del hombre bueno y sano que fuiste y en el cielo aboga por las almas de quienes nos quedamos en este valle de lágrimas.

Luego musitó un padrenuestro y una avemaría, retrocedió a paso de mílite, se puso en posición de firmes, clavó contra el piso sus viejas botas de soldado; tomó la *Biblia* de bolsillo que habitualmente colgaba de su cuello, la abrió y leyó en voz alta:

*-Para todas las cosas hay sazón y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su tiempo. Tiempo de nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado. Así lo dijo el sabio rey Salomón en el Eclesiastés. Y a tí, hijo de José Refugio y Leónides, te llegó el tiempo de ser arrancado de la tierra. La inapelable voluntad de Dios Nuestro Señor se ha cumplido. Amén.*

Cerró su librito, volvió a persignarse y se acercó al difunto para trazar sobre su frente la señal de una cruz. Se dirigió a la puerta de salida en medio de los otros condolientes, quienes le abrieron paso con respetuoso oleaje, aunque no faltaron algunas miradas risueñas y burlonas pese a que en sus ojos había lágrimas.

Esta creencia se debía a que algunos vecinos suponían que los locos no lloran ni ríen, no sienten ni advierten lo que pasa en su entorno y que sólo piensan en loqueras.

Lluvia lo alcanzó en el patio de la vecindad cuando caminaba entre grandes geranios dormidos, tendedores de ropa mojada y una lluviecita suave y tibia que parecía la cola de uno de los ángeles del cordonazo de San Francisco que desde el mediodía golpeaba Veracruz

Debió ponersele enfrente para detenerlo porque no parecía escucharla ni verla, toda vez que siempre andaba inmerso en sus largas y fantasiosas travesías en el bíblico monte Sinaí, las riberas del río Jordán y las sagas del heroico cristianismo primitivo de Grecia y Roma.

-Soy Lluvia, don Salo. Quiero darle las gracias por haber venido. Tenga -le dijo, poniéndole en las manos un envoltorio caliente y húmedo- son tamales para usted y Leí.

-¡Qué me dices, hija, si Ranulfo era como mi hijo! Su padre y yo éramos del mismo pueblo y venimos juntos a México hace más de 50 años. Cuco se murió hace tiempo. Pero otro día te platico más porque mi Leí está solo.

El anciano tomó la mano que Lluvia había puesto sobre una de las suyas, la besó y echó a caminar a trote de tameme, perdiéndose luego dentro del bosque fantasmal de jarcias, telas, palos de madera y hierro de la vecindad.

Lluvia lo siguió con la vista hasta la oscura boca del portón, en agradecimiento a la conmovedora muestra solidaridad devota con la que don Salo -así lo aludían algunos vecinos por sus frecuentes citas de los textos del rey Salomón- exornó el velorio.

Esa emotiva invocación había provocado en ella una extraña sensación de libertad y seguridad que inconscientemente la hizo caminar en busca de la fresca y aterciopelada luz de la farola que iluminaba la calle.

Una vez fuera, avanzó hacia la esquina de Colombia y Brasil en el costado oriente del Templo de Santo Domingo. Quería respirar el aire nocturno, ver y sentir esa parte de la ciudad en la que sus piedras parecían hablar del pasado con el renovado lenguaje del presente.

Deseaba escuchar, asimismo, el eco de los rumores mecánicos y gritos diurnos, la propensión al festejo de sus vecinos y visitantes y aun los oscuros y radiantes aullidos de los terremotos del pasado 19 y 20 de septiembre que en unos cuantos segundos derribaron más casas que las construidas en el último medio siglo.

Pese a que la ciudad aún flotaba sobre sus escombros y mucha gente bogaba en las calles sobre colchones viejos a modo de alfombras mágicas, algunos antros y centros de recreación popular empezaban a levantar vuelo.

Este era el caso de *El Jaguar*, restaurant-bar ubicado en la calle Argentina, a una cuadra del Portal de los Evangelistas y a dos del Zócalo, donde ya resonaban lánguidamente los boleros románticos y el bullicio contagioso de las salsas caribeñas.

La boruca de un grupo de noctámbulos borrachos y el callado ensayo que un tamborero y un flautista de chirimía hacían bajo el portón del antiguo Palacio de la Santa Inquisición sacaron de la absorción a Lluvia y la hicieron volver a casa.

----

-¿Será cierto que lo embrujaron?

-No sabría decirte, mano, porque soy ajeno ese tipo de creencias. Pero algo oí decir a Cuco después del segundo o tercer pedo de 15 días que se puso Ranulfo,

cuando me contó que una bruja de Tlalnepantla le dijo que el alcoholismo le vino de un atado.

-¿Qué es eso?

-Una brujería con fetiche. Es decir, un muñequito de trapo o madera que representa a la persona que se quiere dañar y al que se le pone una fotografía, o alguna pequeña pieza de su cuerpo – uñas, pelos o dientes- o una prenda de vestir que guarde sudor u olor, sea camisa, calzón, calcetín o pañuelo. También sirven los restos de comida, pan y las babichas. El muñeco tiene amarrada al cuerpo una pija de su mismo tamaño y este amarre o atado es el que provoca que la víctima se vuelva impotente al no parársele más la verga, según esta creencia. La bruja dijo que el fetiche que estaba haciendo daño a Ranulfo se hallaba en una botella con agua que estaba enterrada en una maceta que debía encontrarse cerca de donde él vivía.

-¿La buscaron?

-Sí, en Colombia 13, donde está la Casa Blanca, un hotel en el que vivía Maru Montiel, una encueratriz con la que supuestamente había vivido antes de casarse con Maguito, porque en mejores tiempos el difunto fue un cabrón bien hecho, hombre de muchas mujeres, un galán con fama de burro manadero en los entornos donde más tarde causó lástima. Yo acompañé a Cuco a ver a la vedete, pero ella nos dijo que desconocía a Ranulfo y cuando insistimos ella dijo estar dispuesta a comparecer a la barandilla en caso requerido. Yo, sinceramente, le creí y me convencí de que no había habido ninguna hechicería.

-¿Entonces qué le pasó a Tío Rana?

Antes de responder don Venta hizo una larga pausa porque advirtió que en una de las esquinas de El Carmen y Perú estaban parados tres chavos del grupo los Chimecos, quienes ya chemos no respetaban amigos ni vecinos y asaltaban a todo el que se le ponía enfrente.

Seguía pringando suave, tímidamente, como si el agua enviada por Tlaloc no quisiera destruir el brote de líquenes verdes y rojizos que una de las farolas eléctricas de la calle hacía brillar en el sombrero de don Ventura.

Los hermanos Cruz -Napoleón, Isaías y Noé, maestros peluqueros del *Salón Dalila* en la calle de Nicaragua- reanudaron despacio la caminata en espera de la respuesta a la última pregunta que le habían formulado a don Ventura.

Antes de brindar la respuesta que le requerían, primero fijó su vista en el suelo y sus pasos, luego la alzó al cielo lluvioso e instantes después, como si la hubiera hallado en los apagados ecos de la noche, dijo con parsimonia:

-Es difícil saber o conjeturar qué le pasó Ranulfo. Para mí que se dejó ganar de sus problemas de alma y que estos le jugaron una mala pasada con Maguito. No hay que dejar de reconocer, sin embargo, que sus pedas sin control empezaron precisamente cuando comenzó a hablarse del atado y que por esos días su esposa, caleña de linda cara y hermosas piernas, hacía fama por el rumbo de La Soledad por prestar y arrendar el coño a todo quien supiera pedírselo. Se decía que en cosa de cogiendas Maguito era rápida y una vez concertado el trato decía andando que es gerundio, para de inmediato irse quitando prendas y ponerse en armas. En contraste Rana, al par que se hundía en el alcoholismo y perdía trabajo, no podía prenderse más del precioso coño de la caleña, quien terminó en manos de un taxista que la padrotea. La muerte de Ranita en la tierra virgen del desengaño no carece de valor simbólico, toda vez que el Templo de la Soledad está en la salida de la ciudad hacia el sur y Maguito es de la Tierra Caliente de Guerrero. Es probable que el difunto haya querido ofrendar su amor sacrificial a su ex esposa al intentarla buscar en su tierra natal. Sin duda eso es cosa de locos enyerbados o hechizados.

-¿Pero usted no cree que un amor así valga la pena?- preguntó Napoleón, el hermano mayor de los peluqueros.

-No hay amor que dure 100 años, ni quien lo aguante, ni quien lo merezca- contestó don Venta, quien no dio ocasión a otra pregunta, se despidió y se encaminó hacia la Plaza del Estudiante, en tanto que los peluqueros se dirigieron hacia Tepito.

----

Don Ventura Díaz Caminero habitaba un cuarto de azotea de cuatro por cuatro metros en el que apenas cabían un catre de tijera, un aguamanil de peltre y un ropero de madera en el que guardaba ropa, sombreros y libros.

Lo llamaba la atalaya porque disponía de un ojo de buey que le permitía contemplar las torres, cúpulas y minaretes más altos de la ciudad. Desde ese puesto de observación también veía algunas estrellas y le permitía viajar a sus recuerdos más gratos y turbulentos.

La muerte de Rana, su amigo más antiguo y estimado, lo tenía malhumorado más que triste, debido a que la supuesta causa emocional por la que había naufragado era muy parecida a la que él había padecido.

¿Es realmente cierto que el amor no dura tanto y que ningún amor merece durante mucho tiempo el beneficio del dolor?

Recostado en su catre con las manos en la nuca, tío Venta intentó en vano dar respuesta a esta pregunta, hasta que de pronto se puso de pie, se acercó al

ropero en cuyo antepecho había un nicho de níquel con la fotografía de una mujer joven.

Era el rostro de una rubia de ojos claros y sonrisa refulgente. Posaba a contraluz en una calle de Nueva York y tenía como trasfondo uno de los rascacielos de esta ciudad estadounidense.

La gráfica tenía una dedicatoria manuscrita con tinta sepia en su ángulo inferior derecho, que decía: *A Ventura, un único amor verdadero: Dora María*. El viejo tomó el retrato, se lo llevó a los labios y lo besó.

Lo colocó en su lugar, se mesó los ojos con el dorso de ambas manos y con el de la izquierda trató de acallar o barrer una frase de la que entre sus dientes sólo se filtró la palabra *años*.

----

Fue una confusión, una visión equívoca, como las que se dan cuando el pedo hace ver a una princesa oriental en una puta disfrazada de Sherezada. Era obvio que Lluvia no podía ser la hembra que recién había visto.

Lo corroboró con la detallada observación que le hizo cuando Lluvia regresó de la calle. Era la de siempre: modesta, chancluda, tenía el mismo tipo doméstico de las vecinas y las empleadas de los comercios del rumbo.

Mejor vista. acaso ya no resultara fea porque en ella habían desaparecido la niña y la adolescente tilica y cejjunta, y en su rostro blanco-rosado ahora resaltaban sus grandes ojos café claro, una boca carnosa y un lunar encarnado.

Este rasgo la hacía ver cachonda, así como también su cuerpo esbelto y redondeado, aunque jamás podría competir con el de la locochona Pons, quien en sus mejores tiempos bailaba con copas de champaña sobre sus bellas caderas.

Para los chavos del barrio Lluvia era idéntica a la rumbera y en algún momento loco e insidioso esta idea también latió en la cabeza de *Azucarillo*, pero de inmediato la rechazó con otra de la que sólo una palabra logró deslizarse a sus labios: la neta...

Lluvia tenía un buen rato sin aparecer en el velorio porque se había metido a la cocina para evitar que no se le enfriaran el ponche, el café, el té y los tamales. Sin embargo, esta actitud quizás obedecía también a un móvil inconsciente:

No quería encontrarse con quien desde su infancia más temprana se declaró su mayor enemigo, siempre la trató como una extraña, una recogida, una forzada

hermana de crianza y, finalmente, como una puta loca que se rejuntó con su hermano Rafael.

Un maridaje oculto, disimulado por un supuesto hermanazgo afable y distante, que después de varios años fue descubierto por la abue Leónides cuando una madrugada los halló en pleno regocijo sexual en el cuarto de Lluvia.

¿De dónde me salieron amaridados estos muchachos?, preguntó sorprendida y quizás desilusionada; pero con el paso de los días y gracias a sus recuerdos la abuela fue asumiendo que la relación no era pecaminosa porque no eran hermanos carnales.

Fue esta la razón por la que no hizo ningún escándalo; en adelante tomó como normal el trato demasiado cercano que se daban Lluvia y Rafa y nunca más volvió a hablarse en la familia de este asunto, aunque en la vecindad era del dominio público.

Pero el concubinato empezó a desdibujarse pronto cuando Rafa se ausentó cada vez más de la casa familiar y cuando volvía casi no intercambiaba palabras, hábitos y atenciones con Lluvia, ni tampoco con la abuela.

Entonces Lluvia volvió a su condición de hija de la casa, se hizo cargo de los apremios que la abuela Leónides tenía por las largas ausencias de Rafa y de los gastos de la familia poniéndose a trabajar como gata, tendera, comerciante informal, basurera.

Su asunción como principal responsable de la familia hizo de ella una mujer hecha y derecha y la alejó para siempre tanto de la figura de una intrusa mocosa y mugrosa, como la de querendona que aceptó ser amante de su hermanastro.

Pero ninguno de estos méritos, ni su guapura barrial, la habían convertido en el cromo de hembra solar que *Azucarillo* había creído ver gracias a la rapacidad nocturna. Para no asumir esta realidad evitaba exponerse a cualquier tipo de confusión.

----

Doña Rosalba Roberts y Díaz de León, abuela del diputado Luis Pérez Macías y Díaz de León, vieja amiga de la familia desde los tiempos de la Casa Blanca, se desprendió del corro de vecinas en el que había rezado, se acercó a abue Leónides para reiterar sus condolencias y despedirse.

Luego pidió a Pancho *Punga* que la acompañara a su domicilio. Lluvia salió de la cocina a despedirla y al regresar propuso a doña Leónides que se recostara, pero como dormitaba sobre el hombro de *Azucarillo*, no entendió lo que le decía.

Extrañada y soñolienta, la contempló con la mirada de una gatita suplicante y después de cavilar varios segundos alargó temblorosa y silenciosamente una de sus manos en solicitud de apoyo para moverse, levantarse y caminar.

Pero en lugar de ello, Lluvia y *Azucarillo* enlazaron sus abrazos bajo la silla y en andas la llevaron al sofá de la sala de estar para que velara más cómoda sin renunciar a mantenerse al cuidado de su hijo muerto.

Esta operación propició no sólo el contacto de sus manos sino también el de sus rostros en torno a la nuca de la abuela, el cual los obligó a un intercambio de miradas asustadas y esquivas que los aproximó mucho más que las anteriores.

Fue un choque tan brutal que en ambos generó un estado de confusión mayor que en adelante los obligó a verse y distraerse del otro de una manera tan deliberada como intermitente sin preocuparse en atender lo que ocurría en el velorio.

El pánico los dejó paralizados varios minutos hasta que Lluvia, con obediencia a su natural sentido de protección, le preguntó si quería descansar un poco porque el día siguiente sería demasiado pesado y largo.

La pregunta produjo el efecto deseado: *Azucarillo* se sacudió el encantamiento y se alejó hacia el rincón donde los muchachos toreros hacían timba. Lluvia acercó una silla al lado del sofá donde dormitaba la abuela, a la que brindó suaves caricias y arrumacos.

Acaso por obra de la casualidad, quedó en dirección hacia donde se hallaban jugando baraja los niños de la cuadrilla *Ignacio Sánchez Mejía*.

----

¿Qué se traerán Ñita y el pinche mayate con el jueguito de mírame, pero no me toques? Nunca se llevaron bien. Desde que eran niños él la odiaba y le pegaba. Ni cuando Ñita empezó a ponerse buena le hacía caso, mucho menos cuando la comadre se juntó con Rafa.

Y ahora andan aprovechándose de que mi compadre está en el tambo. Pobre cabrón, él entambado y su viejo entumbado, muertos los dos a su manera, uno en la vida y el otro enredado en las faldas de la Parca por mezclar amor con chinguere.

¿Cómo será la muerte? ¿Quién la conoce realmente? Nadien. Hay supones pero ningún muerto ha regresado a la vida para decirnos qué hay en el otro Laredo. Espíritus van y vienen, hablan de herencias, hurtos y negocios, pero no dicen cómo se vive la muerte en el más allá.

La Parca debe ser un sueño del que no se despierta, un pedo loco y chemo con el que quieres olvidar tu pasado y huir de este mundo para no regresar jamás. En esa onda debe andar el espíritu del tío Rana, sediento y triste y buscando en el Paraíso una cantina con rocola en la que pueda escuchar sus boleros preferidos.

*Gema* era uno de ellos y el que más escuchaba. Cuando el pedo se le subía más de la cuenta ponía esa pinche canción una vez y otra vez hasta que se rayaba el disco. Por ello los pata de elefante de la Morelos le decían *Gemo*. Julio Jaramillo y Olimpo Cárdenas eran sus cantantes favoritos.

Le dolía mucho que mi compadre Rafa y el torero mayate no lo quisieran porque estaban resentidos por lo que pasó con tía Mago. Lo miraban como si no fuera su padre, lo veían como un prángana y siempre se negaban a buscarlo para saber qué había pasado con él.

-Debe andar en el agua- le decían a la abue Leónides, cuando ésta les pedía que fueran a buscarlo a la Lagunilla, Tepito y a otros barrios de la colonia Morelos. Mejor yo y el *Milaventuras* lo rescatábamos de sus largas pedas en esta colonia o en la Centro.

Siempre lo hallábamos sucio, cagado, sólo vestido con camisa y pantalón, sin zapatos, con la cabeza llena de piojos y el cuerpo plagado de costras. Apenas nos reconocía, se ponía a decir y cantar las canciones que según él había compuesto.

Una de sus composiciones llevaba como título *Mentira tuya y mía*, se la había dedicado a tía Mago y era la primera en interpretar en sus conciertos de cantina y calle. Se decía el Hombre de las Calendas pero no aclaraba por qué se había puesto este nombre.

*Milaventuras* me explicó que las calendas son el frío, el calor, el viento y la lluvia que se dará en cada uno de los meses del año y que son anunciados por los primeros doce días de enero.

-De seguro tío Rana se decía así porque le gustaba cómo suena esa palabra o porque, consciente de su significado, sabía que el agua de Dios curaba sus penas de amor en cualquier día, mes y estación del año- dijo tío Venta en esa misma ocasión.

*Falsaria* era otro de los boleros que aliviaba la sed de amor de Ranulfo, en cuyos mejores tiempos acumuló muchos amores de cabaret en los antros de la Guerrero y las Vizcaínas, en los que las chavas se lo disputaban por su condición de burro manadero y varón de dos cuartas.

Se traía a reata corta las yegúadas de varios congales de esa colonia y ese barrio, pero un día una puta del Savoy le echó la maldición, nunca volvió a parársela la verga y el resto de sus días se la pasó nadando en la nostálgica agua de su único amor de la vida.

Cuando rescatamos su cadáver en el arroyo del callejón de Chimalistac y descubrimos que en su mano izquierda apretaba un papel, Ñita supuso que era un recado para tía Mago, por quien al parecer sufrió más que por ninguna otra de sus mujeres.

Podo después, ya en la vivienda de la familia Ñita, el torero y yo tratamos arrancarle ese papelito del puño increíblemente cerrado, pero no pudimos y tío Rana se llevó ese cabrón secreto al purgatorio, al cielo o al pinche infierno.

Pero lo que Ñita y el torero no pudieron ocultar en ese momento fue la estrecha pero sospechosa distancia con que actuaban uno frente al otro, con la que intercambiaban frases muy cortas apenas audibles y, sobre todo, con la que se miraban de lado y nunca de frente.

¡Cosa de creerse a pesar de su enemistad de siempre y las tristes circunstancias que enfrentaba la familia! ¿Acaso debían comportarse mejor y de manera más abierta ahora que había desaparecido el tío Rana, padre de sangre de Pedro María y adoptivo de Ñita?

Sí, soy quisquilloso y estoy cayendo en sospecha fácil. Esta es la razón por la que no voy a llevarle el chisme a Rafa, a quien le vale madre lo que haga Lluvia. A *El Viejo* anda en otras ondas y la más importante es cómo salir del tambo para dedicarse a lo que sabe.

¡Quién iba a imaginarse que la mocosa de mil melindres iba a convertirse en la locochona de grandes trancas, bonitos ojos y altos pitones! ¿Quién estará más buena entre Lluvia y Rosa de Mediodía?

Los evangelistas ven a Sarita, la hija del loco de Santo Domingo, como si fuera una virgen o una diosa, pero yo le daría para sus tunas a Ñita si no fuera mi comadre. Sí, ella bautizó en sacramento a mi Panchito, aunque en un descuido yo sí le daría por el grande y por el chiquito.

Pecado es matar con ventajas y robar en grande. Todo lo demás es permitido ¿Qué más da darle una volteadita a los mandamientos? Todos se las dan incluso en cuestiones más cábulas. A Rafa le daría mismo si me meto con la comadre.

Hermano de oficio y hambre, hermano de pan y pena; hermano de plato y mesa, hermano de cama y carne. En el oficio de pobre la moral es sólo un árbol que da moras, según el dicho de un ilustre general y gobernador de la Revolución Mexicana.

Y también, según la lectura del *Filósofo de la Lagunilla*, cómo un fiel devoto de San Dimas no puede hacerse el rejego a volver la vista hacia sus colegas que están a la izquierda del Señor para reclamarles qué chingaderas son estas.

----

Tío Lucas, quien en el registro civil se llama Salomón Martínez Negrete, comenzó a perder la razón en los años 70, poco después de que su esposa María Elena Olgún, Malenita, murió arrollada por un autobús Loreto en la esquina de Argentina y Ecuador.

Su desvarío aumentó cuando Saraí, su única hija, se vio involucrada en el escandaloso desfalco reportado en una joyería de la calle Madero, cuyo presunto responsable era un vegete del que era su amante además de cómplice.

Ambos sucesos, separados por casi una década, habían sido determinantes para su trastorno, aunque quienes lo conocen mejor afirman que no tiene ninguna perturbación mental porque trabaja vendiendo biblias y gramáticas abreviadas en el Metro.

Estas personas incluso dicen que don Lucas se hace el loco para sacar ventaja de la demás gente, evadir responsabilidades legales, deudas y apropiarse de mercancías ajenas que paga con panchólares y numerario emitido por el Banco de Santo Domingo.

Estos billetes, igual que los dólares de imitación, son elaborados por un pariente suyo que ahora vive en la Guerrero, trabajó en el Banco de México, sabe dónde adquirir el papel adecuado y lograr su reproducción gráfica al calco.

Sin embargo, algunos de sus amigos no descartan que la astucia laboral de tío Lucas sea obra de cierta alienación generada por la muerte de su esposa y el escándalo que suscitó el problema judicial en el que se vio involucrada Saraí.

En un grado mucho mayor que el ruco, el autor real del fraude, la prensa amarillista se ensañó con ella y la hizo blanco de una morbosa campaña de

interdicción que duró casi un mes y con la que casi la declara “enemiga de la moral pública”.

Esta exageración, según tío Venta debida a la gran belleza de Saraí y a la ignorancia supina de muchos periodistas, vertió en una condena de varios años de cárcel y el desplome emocional del viejo, quien había cifrado en ella grandes expectativas de vida social e intelectual.

En efecto, tanto don Lucas como su difunta esposa, habían supuesto que Saraí no sería cualquier hija de vecino porque fue una niña precoz que aprendió a leer y escribir a los tres años, como Sor Juana Inés de la Cruz y, por lo mismo, tenía capacidad para equiparar a ésta, a Madame Curie o a Indira Gandhi.

Esta posibilidad lo indujo a trabajar con mayor enjundia en la distribución y venta de libros de una casa editorial conocida, a amarrarse el cinturón en la compra de bienes personales aleatorios y a ahorrar lo más posible a fin de que su hija pudiera acceder a una carrera universitaria.

Este objetivo se cumplió a finales de los años 70 cuando Saraí obtuvo de una universidad privada el título de licenciada en contaduría pública con mención honorífica y fue contratada por una empresa comercial del centro de la capital y en menos de dos años ascendió a subgerente general.

Sin embargo, su fulgurante ascesis se vio interrumpida por el descubrimiento del fraude y de un extraño amor adúltero entre un carranclán de 65 años y una hermosa joven de 25 que había sido capaz de burlar la confianza de sus patrones a cambio de un proyecto de vida en las islas Bahamas.

Entre los elementos de juicio que más indignación causaron en la opinión pública -medios de prensa, arzobispado, ligas de la decencia, academia- fue que el galán, don Salvador Chávez Acosta, no tenía ningún atractivo pues era casi enano, cambujo, chimuelo, calvo, patizambo, casado y tenía seis hijos, tres mayores que Saraí.

Además, era subordinado de la subgerente de la empresa y percibía ingresos cuatro veces inferiores, lo que sugería que ésta era quien sufragaba los gastos del amorío. O sea que el pinche viejo ojete no sólo degustaba de las delicias de su jefa sino que, además, la padroteaba.

Los únicos atractivos con los que el transgresor atenuaba su culpabilidad, según un reportero de nota roja con aspiraciones literarias, eran su “tierna mirada de vaca mansa y una sonrisa bobalicona a lo Louis Armstong, con las que pretendía ganar compasión, defenderse de la justicia y borrar la idea de que era un hijo de Satán”.

----

*El Pifas* había cantado en voz alta: “Este es un asalto/ bajen las carteras/ o tiramos a matar”, mientras Maleno esperaba que yo comenzara a pasar a la báscula a los pasajeros, pero cuando estaba a punto de hacerlo, ¡chale!, apareció el tío Rana.

Se interpuso en mi camino mirándome directo a los ojos y como suplicándome que hiciera lo que iba a hacer. Me quedé lelo sin saber qué decir. *El Pifas* debió dejar su lola en el chaleco y Maleno desmartillar la suya dentro de la bolsa de su pantalón.

El gusano paró en San Lázaro y los dos bajaron echando madres. Yo iba a salir también, pero el tío Rana me detuvo del codo con una fuerza que nunca imaginé en él. Espera, me dijo, licándome y echando culebras con miradas de cabra, cabrón y cabrito. Luego me dijo:

-¿A qué loco mariguano se le ocurrió asaltar dentro del Metro ¿Acaso no sabes que el cuete truena, hace sangre y donde hay mole las penas son más que menos? Ya que andas en esto hazlo sin violencia, con categoría, haciendo ciencia de la paciencia y del artegío arte, como Dios manda.

Esta verba de sabio, diaria aunque nadara casi ahogado en agua de Dios, me obligó a reconocer que tenía razón y que en cosas de moral y filosofías el viejo cañón era marqués con cobija de pobre.

En otros tiempos me prestó un rinconcito en su casa, me hizo hermano de sus hijos, hijo de su esposa, tía Mago, buena onda tambor. Lo poco que soy se lo debo a ellos. Me dieron pan, techo y principios.

-No contestes cuando te llamen *Punga* en presencia de desconocidos porque das señas del santo de tu devoción y en el santo se lleva la penitencia- me recomendó cuando se enteró que Rafa, Pepe y un servidor hacíamos escoleta en Loreto.

Cuando ocurrió lo del gusano los loretos ya nos habíamos desbandado y sólo de vez en cuando nos juntábamos. *El Viejo* había pasado de pícaro a malandro y hacía méritos para llegar a travieso mayor con un cuerno de chivo.

El mayate hacía faenas de espada de doble filo con muchacho-muchachas y las combinada con otros artegios. Yo era chinero pero deseaba pasar de pícaro en armas, pero el viejo lindo me convenció de no avanzar más.

Un día me llevó al Chapulín, me invitó una tortuga y un chesco para luego cagarme, mirarme y recomendarme que no siguiera el camino de la violencia porque este sólo convierte a uno en carne de faja, tartamuda y presidio.

Me lo decía a mí para que entendieran Rafa y Pepe. Pero no se crea que tpio Rana era morales, porque entendía mejor que nadie que cualquier oficio es honorable si lo justifica el hambre y se cometen delitos mayores.

Sabía que el dos de bastos es labor de pobres y desempleados y que las cosas mal puestas o descuidadas son las que invitan a uno a dar el primer paso, porque todo cae por su propio peso y en la tierra también aplica la gravitación universal.

Es un oficio muy antiguo, ingenioso, derecho, noble y sin grandes culpas porque su práctica no requiere del uso de palo o bastón, además de que de él hicieron credo Dimas y Gestas, quienes escoltaron al Chuy en el Gólgota.

No es que trate de justificar mi oficio pero, a diferencia de otras labores supuestamente legítimas como el comercio y la banca, el número de las víctimas o afectados es menor y no masivo.

El *Filósofo de la Lagunilla* lo reconoce y asegura que la profesión de Dimas es sólo recurso de sobrevivencia al que la misma universidad de la vida nos empuja de manera inevitable y sincera.

Yo, para que más que la verdad, he sido buen alumno y sin haber asistido a ninguna aula de la Ciudad Universitaria, soy ingeniero en bastos, doctor en espadas, licenciado en copas y contador de oros, aunque no sé más que medio leer y escribir.

Mi sentido común me ha hecho precavido en todo; no deseo más de lo que puedo agarrar con las manos; no levito ni vuelo, me aferro al suelo con dos pies, dos manos, dos dedos. Soy Moisés y le tiro al siete, pero no he caído en las tentaciones del diablo como mi compadre Rafa y el pinche torero mayate.

Mis chavas son de la misma estatura de mi vida; no duermen en las Lomas, no se perjuman con *Chanel*; se conforman con lo que tengo y puedo darles; y saben que me defienden bien porque soy chido, choncho y migajonudo.

Aprendí a serlo gracias al tío Rana, viejo cañón a pesar de la mala onda de su amor enyerbado por la tía Mago, que lo llevó al trago, a la calle y a la chingada... Pero ese es otro cantar, otra rumba y otra tumba.

*Azucarillo*, de espaldas a ella, atendía el rentoy que los muchachos toreros jugaban en el suelo, cuando con una elegante torsión de cintura similar a la requerida para un pase natural en redondo, la miró con una expresión de complicidad risueña.

Esta mirada fue, sin duda, el primer gesto amable que le brindaba en más de dos décadas de ninguneo y guerra de cristiano contra mora en un ámbito familiar pequeño. Un gesto imposible en el niño y adolescente berrinchudo, grosero y envidioso que le negaba hasta el derecho a la existencia.

Un gesto con el que su hermanastro hacía evidente la sorpresa que le causó reconocerle este derecho, sino con el que además celebraba con aspavientos que festinaban su belleza y una identidad física lograda durante los muchos años de rechazo y rivalidad íntima.

Un gesto en el que también había excitación, inquisición y súplica, al que Lluvia correspondió con una mirada imantada por temeroso pero cálido deseo de saber la magnitud y naturaleza de aquel cambio emocional en su odiado enemigo de infancia y adolescencia.

El intercambio visual fue largo, abierto y descarado sin que *Azucarillo* y Lluvia se preocuparan por guardar discreción frente a los jugadores de la timba, los vecinos que se hallaban sentados en el sofá y los costados del cadáver de tío Rana, para cuya memoria no hubo el mínimo respeto.

Este coqueteo y la falta de consideración al muerto y sus condolientes ofendía también a un tercero en discordia o concordia: Rafael *El Viejo*, quien había sido amasio de su hermana adoptiva y nada podía hacer para evitar que su carnal se convirtiera en su sancho por residir en el tambo.

En algún momento el interminable castigo de ojos fue tan cachondo que estuvo a punto de la ruptura de posiciones distantes, del acercamiento corporal, del faje y del intercambio verbal entre lenguas y dientes como el de “qué me miras, por qué no te tiras y te encueras”.

Sin embargo, al final de aquella mirada *Azucarillo* se dio cuerda de que Pancho *Punga*, quien se hallaba sentado a los pies de la caja mortuoria y a un lado de la puerta de salida al vecindario, se mantenía en duermevela y en sus miradas de soslayo hacia él y Lluvia brillaba un vivo interés por lo que estaba pasando.

En su silencio y aparente indiferencia era manifiesta la socarronería. Cuando advirtió ésta en los ojos de *Punga*, se levantó, puso de pie, caminó de puntas y se acercó a Lluvia para preguntarle si su abuela se hallaba dormida, lo que era por demás obvio pues estaba a un lado de Lluvia hecha un ovillo de estambre oscuro.

Hizo la pregunta en voz baja y mientras miraba fijamente a Lluvia, hasta en tres ocasiones volvió el rostro hacia donde se hallaba sentado *Punguita* para sugerirle que se había dado cuenta del ligue entre ambos y había que distraerlo o desengañarlo de cualquier presunción.

-Este viejo lagartijo está haciéndole al cuento de que anda volando en un sueño de mariguana o polvo mágico con los ojos abiertos para hacernos creer que es ajeno a lo que pasa en este cuarto- añadió para hacer más clara la evidencia.

Cuando *Azucarillo* regresaba con los muchachos toreros ni siquiera intentó volver la vista a donde se hallaba Pancho *Punga* para evitar encontrarse con una mirada o un gesto que le confirmara que había advertido su ligue con Lluvia y que pronto sería del dominio público.

El torero mayate incluso imaginó el posible disertó en monólogo de don Francisco Arias Ramos, quien en el barrio llevaba un buen de tiempo con el reconocimiento de ser un experto en psicología de gilbertos y otros pungas, ciencia que en el oficio de Caco es indispensable:

En el uso diario de los artegios no se engaña al gato que sabe cazar ratones, ni al ratón-rata que sabe robarle al gato.

Por ello cuando *Azucarillo* se halló entre sus compañeros, se echó sobre el piso y pidió una mano de rentoy para no seguir pensando en las posibles conjeturas de Pancho *Punga* y rompiendo cañas sobre la bella figura de su hermanastra.

----

A principios de los años 50 recorría las calles del centro de la ciudad un hombre que se hacía llamar *Ángel Intrépido* y desde el sillín de un biciclo de cinco metros de altura promovía el pan, los biscochos y pasteles de una famosa tienda de la avenida 16 de Septiembre.

Con rostro pintado y vestido de payaso hacía ejercicios de equilibrio que lo exponían a ser atropellado o enredarse en los cables de troles y tranvías, riesgo que compartían los niños que lo seguían en cortejo celebrando su meroliqueo.

Esta novedad publicitaria no duró mucho porque una tarde el *Ángel Intrépido* no pudo evitar la embestida de un automóvil y para no romperse la crisma y los huesos de las piernas se colgó de un hilo eléctrico de trolebús. Estuvo ahí cerca de diez minutos hasta que se dejó caer sobre un camión de redilas cuyo chofer se acomodó a rescatarlo.

La ausencia de conductores eléctricos en sus manos y el cuerpo lo salvó de la electrocución, pero no del despido porque su patrón atribuyó el accidente a su protagonismo irresponsable el cual, además, había contravenido el efecto comercial buscado por la empresa.

El panadero arguyó, asimismo, que se había hecho famoso en el centro de la capital y que su trabajo no había reportado ningún alza en las ventas de la tienda. Además del salario de una quincena, una compensación por riesgos de trabajo y las gracias, recibió el consejo de que se dedicara a payaso o ciclista de circo.

*Ángel Intrépido* agradeció la oportunidad de trabajo que se le había brindado, guardó el dinero de la liquidación, tomó su maleta y aún con la mascarilla multicolor y su vestido de payaso salió a la calle con los hombros caídos, cabizmeditabundo y con una expresión de tristeza que no lograba ocultar.

Estaba decepcionado porque le había agarrado gusto a aquel empleo, uno más de los muchos que el hambre y su propensión a la aventura le habían provisto desde que retomó de Estados Unidos, donde había peregrinado durante más de una década y asimilado el manejo de grandes bicicletas.

Caminó sobre 16 de Septiembre hasta San Juan de Letrán. seguido por algunos chavos a quienes llamó la atención su figura circense. Dobló a la derecha y se encaminó hacia Garibaldi. En un puesto callejero instalado a un lado del cine Mariscala se detuvo a comprar un par de pelotitas de hule espuma y siguió su marcha.

En la plaza de los mariachis, rodeado por un grupo mayor de mocosos, se inició en la práctica de un nuevo oficio laboral: el malabareo torpe y grácil de un par de pelotitas peleoneras y malhabladas que no se cansaban de caer, rodar y decir chistes para divertir niños, jóvenes, borrachos y putas.

A partir de ese día *Ángel Intrépido* se dedicó a malabarista tardes, noches y madrugadas, aunque poco después renunció a este nombre artístico y se autodenominó *Garrick*, célebre payaso de nombre o apellido sajón del que hace mención Juan de Dios Peza en uno de sus poemas más conocidos.

Trabajó ahí varios años hasta que a finales del gobierno del presidente Adolfo Ruiz Cortines desapareció de la Plaza Garibaldi. En coincidencia con el mutis de *Garrick*, entró en escena un cincuentón serio, con bigote de mosca, vestimenta sobria, sombrero de paja y ala corta que vendía libros de viejo ahí y en la Lagunilla.

Un lustro después o poco más, los vecinos de ambos barrios y sus amigos lo identificaron con don Ventura Díaz Caminero, el *Filósofo de la Lagunilla*, y también

con el con *Ángel Intrépido, Garrick*, un publicirrelacionista de congales y teatros de burlesque y aun con un ex trabajador de filiación comunista del *Ánfora*.

Fue por esos años cuando se le empezó a ubicar casi a diario en la birriería *La Alteña*, a cuya dueña, según chismes de mercado, pretendía en amores. De estos chismes y conjeturas poco o nada decía con Venta en el *Salón Dalila*, al que acudía con frecuencia a recortarse el bigote y los matojos de nariz y orejas.

No negaba vínculos con los personajes aludidos, pero tampoco se empeñaba en corroborarlos como si ocultara alguna sombra vergonzante en su antañón y mundano peregrinaje en mil oficios, barrios, villas y ciudades que le habían merecido el apodo *Milavenuras*.

La única versión que alguna aceptó fue la relacionada con la dupla *Ángel Intrepido-Garrick*, pero lo hizo en el marco de una disertación histórico-sociológica en la que dijo que un país rico en pobres y pobre en políticos diligentes, la única forma de sobrevivir al desempleo y el hambre es la improvisación de oficios.

¿Qué le queda por hacer a los miserables de una nación como la nuestra, a la que el imperialismo occidental explotó y sigue explotando sus recursos humanos y naturales y mantiene como mercado de traspatio? Nada o muy poco, salvo recoger las varas de la fiesta del mundo desarrollado para hacer comida y viviendas e inventar trabajos. Por fortuna en México siempre hay un zapato roto para un pie podrido y quienes lo vendan a precio bajo.

Noe, el más joven de los peluqueros del *Salón Dalila*, le preguntó a bocajarro si era cierto que había sido payaso.

-Claro, porque el hambre no se da gratis y para apagarla hay que hacerle de todo, comer ansias, llorar, gesticular, payasear, vender baratijas, romper piedras e incluso robar y matar. La mayor satisfacción que la comicidad suele aportar es descubrir que detrás del gracejo con el que quieres hacer reír a otras personas hay una burla de ti mismo y de la realidad que compartes con éstas, y que nunca hay que perder el sentido del humor para enfrentar el desempleo, el hambre, la soledad y el desamparo social. El humor es el amor con la u del ulular del viento generado por las vueltas de la tierra y los aullidos de los lobos que reclaman alimentos y atención a los ricos y sus gobiernos.

----

Ante la muerte somos nada porque cuando Dios retira el soplo con el que nos da la vida sólo queda de nosotros un puñito de polvo seco que el viento luego dispersa.

Polvo eres y en polvo te convertirás, dice la santa *Biblia*. Somos humilde arcilla que el aire arrastra a su antojo. Nada más y nada menos.

Ranulfo, nuestro hermano en Cristo, ha vuelto al lugar de origen y para evitar que Satanás quiera distraerlo del buen camino y de un buen arribo al lado del Señor, roguemos por su alma que ahora viaja libre, pura y ajena las tentaciones de la carne que en vida lo llevaron a cometer pecados menores.

Después de invocar con voz de canto el Monte de las Cruces, el divino Rostro de Cristo y el Paño de la Verónica, el rezandero dio por terminadas sus rogativas y pidió a la niña que se hallaba a su lado que le acercara el gran maletín viejo de médico que portaba siempre.

En este guardó la estola y el rosario de conchitas de plata grises y negras con las que había orado; sacó una botella con agua supuestamente bendita, de la que extrajo un par de dedos que vertió en una copa dorada con la que salpicó a gotas, entre rezos en murmullo, el cadáver de tío Rana.

Una vez que terminó de guardar sus instrumentos eucarísticos, el hombre se hincó a un costado del féretro, se puso a orar durante varios minutos moviendo sólo los labios, con los ojos cerrados, las manos en alto y abiertas, con la manifiesta intención de granjearse una buena propina.

En ese lapso Lluvia llamó a la niña para ofrecerle café y pan, mientras *Punga*, *Azucarillo* y los muchachos toreros apenas voltearon la mirada hacia ese rosario espontaneo o improvisado, ya que el rentoy los distraía y los hacía olvidar que a cuatro metros había un difunto.

Cuando el rezandero se acercó a la timba, *Azucarillo* sacó un billete y le dijo que fuera a la cocina para que le dieran de comer y beber algo. Humilde, con los hombros y brazos sueltos para acusar aún más su posición servil, se inclinó para agradecer la propina y se dirigió a la cocina.

Lluvia ya le tenía preparada una humeante taza de ponche picado y una pieza de pan dulce. Al recibir estos alimentos y sentarse, empezaron a temblarle las mejillas y las manos como si lo invadiera un escalofrío, pero estos síntomas desaparecieron poco después de que sorbió un par de tragos.

Luego comenzó a sudar y al darse cuenta de ello Lluvia le pregunto si andaba crudo. En sus ojos brilló una mirada pícara y en su boca una sonrisa de aprobación. Ambos gestos la indujeron a prometerle otro té picado apenas terminara el que tenía en las manos y a Dorotea, la niña, le puso enfrente un plato con tamales.

En el ambiente silencioso de la cocina flotaba la presunción de que en cualquier momento Lluvia incurriría en la misma actitud de muchas señoras de las

vecindades de la colonia Morelos: regañar a don José Abigail por cargar con esa niña de ocho años a altas horas de la noche y la madrugada.

Pero Lluvia no le dijo nada porque sabía de qué pies cojeaba y la respuesta que le daría: soy viudo, no tengo con quien dejar a mi niña en nuestro cuarto de vecindad y durante el día no se aceptan oficios fúnebres de personas no autorizadas por la Mitra.

Una tragedia familiar que no se limitaba a la pérdida de esposa, trabajo e iniciativa o deseo de superación, porque incluía o se sumaba a una entrega absoluta a la huevonería y la gorronería andantes en un hombre de 40 años, alto, fuerte y buen porte que podría buscar y hallar una labor más productiva.

Una actividad formal o informal pero constante y correspondiente con sus dotes potenciales y no un trabajo propio de viejas históricas y sacristanes chambones.

Cuando Lluvia terminó de lavarle la carita, peinarla y se disponía a poner a la niña un suéter infantil suyo, Dorotea levantó uno de sus brazos para indicarle que su padre lloraba en silencio después de haber consumido su tercer ponche con piquete. Más adelante dijo:

-Está borracho, señorita. Siempre se pone así cuando toma sus tragos. Llora así por mamá y porque perdió su trabajo. Era maestro de escuela y lo corrieron porque faltó más de un mes a clases por andar metido en las cantinas.

-No le haga caso, Dorita miente o tergiversa las cosas al no decirle que fue el dolor por la muerte de su madre el que me obligó a no ir a la escuela. Perdí el trabajo porque la Secretaría de Educación y el sindicato no creyeron que la desaparición de mi querida esposa transformó radicalmente mi vida.

-Si, a partir de ese día, empezó a emborracharse todos los días y a quedarse en la calle, hasta que los alcohólicos anónimos lo llevaron a la fuerza a una granja-dijo la niña.

Las acusaciones de ésta redoblaron el llanto del rezandero hasta que poco a poco se fue quedando dormido un lado del refrigerador. Dorita contó a Lluvia cómo murió su madre mientras la ciudad dormitaba “en su lecho l de algas negras y fosforescentes”, según día su papá.

Eran como las tres de la mañana. Los muchachos toreros, exánimes de tantas cubetas de bacachá con Coca Cola y partidas de rentoy, dormían en el suelo entre las sillas y sofás del velorio. El *Punga* era el único despierto y velaba recargado en el marco de la puerta de salida hacia el patio.

Doña Leónides removía en su memoria con su boquita desdentada viejos sueños y recuerdos de los años 30 y 40, cuando Dorita se acercó a su padre para despertarlo y recordarle que debían irse a casa. Don José Abigail abrió los ojos con estupor como si hubiera salido de una pesadilla.

Lluvia colocó sobre la cabecita de la niña un paliacate para evitar que se resfriara con el rocío de la madrugada. El rezandero le agradeció la propina y la hospitalidad que le brindaron y al llegar a la puerta se detuvo bruscamente obligando al *Punga* a apartarse sorprendido y casi espantado.

Retrocedió varios pasos, sacó de la pañolera de su americana desleída un pedazo de papel periódico, lo desdobló y se los mostró a Lluvia. Ni ésta, ni el *Punga* intentaron leerlo porque el recorte era demasiado pequeño y su contenido escrito había sido impreso con letras diminutas.

A pesar de los ruegos de su hija de que ya salieran, se obstinó en darles a conocer al título del texto: *Un improvisado servidor de Dios y el hombre*. Era un artículo periodístico firmado por un tal Pio Verdad y, según él, hacía mención indirecta de su piadosa misión de rezar por la humanidad.

La indiferencia con que Lluvia y el *Punga* lo atendían lo llevaron a una acción imprevista y brusca: extrajo del bolsillo lateral derecho de su saco una lupa, se allegó a uno de los cirios del muerto para leer en tono de misterio religioso el susodicho artículo:

“La nuestra es una historia continua de ciclos de prosperidad fantasmagórica y crisis catastróficas de las que los pobres salen raspados y los ricos salen más ricos. El pueblo, postrado en la miseria, es el que sostiene este país con sus ingresos laborales precarios, viviendo más de su cultura y sus mitos que de su trabajo y la economía moderna. En casi seis décadas la oligarquía neoporfiriana, remozada y fortalecida con el dinero lavado del narcotráfico, ha logrado hacer de México un país más dependiente y vulnerable ante las contingencias económicas y políticas externas. La oligarquía habla de modernidad, desarrollo y democracia pero estos conceptos sólo son aplicables a los grandes inversionistas que la integran, mientras que los trabajadores fabriles, los campesinos y los empleados de servicios han vuelto al taco placero, al tepuzque y al depósito de sueños empeñados en la Virgen de Guadalupe, la diosa Fortuna, el dios Baco, el Montepío, la lotería y algunos piadosos misioneros de Dios que los asisten en estos menesteres y en el envió sano y puro de su espíritu cuando mueren”.

Las monas de lujo son trampas de muerte, mujeres de coño profundo y sin llenadero que primero te llevan a cielo y luego al infierno. Se lo dije muchas veces a *El Viejo* cuando comenzaba con eso. Y ahí están las consecuencias de no hacerme caso: está metido en un hoyo del que ni Luis ni *El Negro* pueden sacarlo.

Eso es para mañolocos asesinos con carne de presidio, gusanos panteoneros, y tú no tienes olor a muerto como ellos, le dije la última vez que me atreví a hablarle como carnal. Pero me tiró a pendejo; me miró de arriba abajo como si yo fuera un enano y él estuviera a un lado de las patas de San Pedro.

Creía ser ya un punga del primer mundo, con cuete 38 especial al cincho, cuerno de chivo al hombro y que le olía los pedos a un capo sudaca, culichi o gringo en un casino de San Francisco, Las Vegas y Nueva York. Acababa de volver de su primer trabajo con los *Guichilobos* en el que hubo muchos muertos porque chocaron con los guachos.

Estábamos chupando en el puesto de tacos de *El Moco*. Hablantín, echón, quería convencernos de que tenía agarrada de los ovarios a la fortuna, como si esta fuera la *Tomata* y la *Mema*, que mercaban especies menores y tenían a su servicio vagabundos y borrachos callejeros. Su presunción era tal que *El Moco* le dijo:

-Ya te veo con lámina de lujo y paca verde a pasto llenándole el ojo a la hija del loco.

-No chingues, *Naricín*, que ese rollo es cosa del pasado- respondió con demanda de comprensión como si hasta entonces se hubiera dado cuerda de que había hablado como un malandro mayor.

Caminamos sobre Colombia hacia Brasil. Pero ahora ya no hablaba en tarabilla sino en silencio y entristado, como metido en sus cosas de niño viejo, masticando sus secretos y misterios y roído por sus sueños de gloria que no contaba a nadie, ni siquiera a mí, que era más carnal suyo que del torero mayate.

Su estado de ánimo era adecuado para el rollo moral sobre los artegios y para insistir en el elogio del nuestro, oficio acreditado desde los tiempos de la misma *Biblia* y que nos ha dado de comer cristianamente sin caer en grandes litigios con la chota, la moral y la religión.

-¿Qué te ha faltado en estos años? ¿Chivo, percha, chavas, vino, rolas en sábados, domingos y entresemana? Nada, carnal, todo sin más riesgos y costos que de vez en cuando ponerte a mano con los comanches y hacer algunos servicios extras con los prócoros y el gobierno. Y todo casi de gratis, con trabajos de palomazo y sin tener que romperte el lomo en fábricas, surcos, oficinas privadas o

de gobierno como lo hace todo el proletariado urbano y rural, según el *Milaventuras* ¿Te ha faltado dinero para el gasto de la abuela y Lluvia, para las chavas del San Luis y las rolas de fin de semana?

-No carnal, nada de esto te ha faltado – le dije y poniéndole más crema a mi rollo, le expliqué que si bien es cierto que con el dos de bastos no se gana mucho y te haces rico, al menos no corres el riesgo de soltar el alma, ni de pudrirte de por vida en una pinche cárcel.

Pero otra vez me miró extrañado, indiferente y sin molestarse siquiera en darme una respuesta, como tratando de hacerme sentir pequeño y poquitero ante sus grandes proyectos de un hampón rico e importante como el *Guichilobos*, los banqueros, los grandes tenderos y los políticos.

No sé si por dentro se rió de mí y lo dejé en la esquina de Colombia y Brasil. Llegué a mi casa plenamente convencido que las cosas no le marcharían bien. No me equivoqué y varios meses más tarde lo agarraron junto varios compañeros de su banda con media tonelada de nieve colombiana.

Hoy un pellizco de ésta le vendría bien para darse un pericazo que le calmara el hambre a la rata que le está comiendo la panza y el cerebro porque los cabrones federales le niegan el puñito que necesita para soportar mejor el encierro, en tanto no suelte la sopa sobre donde se oculta su jefe.

Ni modo, cada quién tiene su destino y a lo mejor el de mi compadre es pasarse varios años mirando a cuadros la vida para después empezarla de nuevo en el mismo oficio, o en uno más modesto pero seguro como el artegio del dos de bastos y otros que también son menos delictivos.

Si le hubiéramos hecho caso a tío Rana y al abuelo Cuco no andaríamos en esto, pero nunca nos interesó, ni intentamos aprender la ebanistería y la sastrería porque pensábamos que eran oficios que jamás nos sacarían de pobres, ni nos darían la posibilidad de ser otra cosa en el futuro.

Además, en las calles del centro de la ciudad estábamos aprendiendo otros oficios de mayor rendimiento económico; no teníamos que estar encerrados en un cuatro ocho, diez o doce horas diarias y en ellas casi todo es libre: el aire, el sol, la lluvia y el frío o el calor de la noche.

En las callecas están a la vista y a tu alcance las cosas que faltan en tu casa y que pueden ser tuyas con sólo estirar las manos. Por ello uno piensa que Dios Nuestro Señor ha dejado sueltos algunos hilos de su voluntad divina para que la justicia humana corrija por cuenta propia sus fallos y omisiones.

De chavo uno empieza fardeando en las tiendas y quitándole a los niños ricos las cosas que les sobran. Luego haciendo retinta de los monederos y las bolsas de las ñoras en camiones, mercados y los convoyes del Metro. Más tarde uno entra a los otros usos que hay en el cajón de sastre de San Dimas.

Se comienza en chorcha, en palomilla, jugueteando y huroneando en las salas de cine, en los estadios de futbol, arenas de box y lucha, y buscando en la universidad autónoma de la vida lo que uno no pudo aprender en la casa ni en las escuelas de barrio.

----

Don José Refugio Pérez González fue un chichimeco alto, enjuto, correoso. Llegó a la Ciudad de México de Guanajuato después de la Guerra Cristera junto con don Salomón Martínez, con quien compartió un lejano parentesco y nacencia en El Espejismo.

Fueron albañiles durante una década hasta que hallaron otros oficios menos pesados y de mayor provecho. Don Cuco aprendió sastrería en la Lagunilla haciéndole de meritorio en el taller de un sastre que conoció en una pulquería.

Llegó a ser un hábil cortador en una tienda de modas de la calle Madero, donde se vestían actores, políticos, toreros y aun obispos. A finales de los años 40, cuando don Lázaro Cárdenas finalizaba su mandato, el país vivía alborotado por Juan Andreu Almazán y empezaba la Segunda Guerra Mundial, conoció a quien sería su esposa.

Entraron en contacto porque cuando ella se asomó a la entrada de la Casa Blanca y le dijo a la portera que andaba buscando trabajo, ésta la llevó a su cuarto consciente de que necesitaba quién le hiciera el aseo a este y quizás también para que le preparara almuerzos y meriendas.

¿Cómo te llamas?, le preguntó don Cuco. Leones, respondió la joven, quien era una indita tímida, hablaba castilla a medias y era oriunda de un pueblo de Michoacán cuyo nombre era un verdadero trabalenguas, Parangaracutirimícuaro, donde varios años después habría de brotar un volcancito de milpa.

Tu nombre debe ser Leona, Leoncia, Leonila, Leonela o Leónides, no Leones, porque eres una sola mujer, no hombre y tampoco varios gatos africanos juntos. Pero todas las veces en que él insistió que ese no debía ser su nombre, ella respondió que sus padres, hermanos, parientes y vecinos siempre la llamaban Leones.

En ese lapso Cuco se dedicó a revisarla de pies a cabeza para buscarle en el cuerpo no tanto las causas de su nombre en plural como las gracias que saltaban a la vista, no obstante el vestidito de percal que traía puesto. Era de estatura mediana, delgada, ojitos de chale y tobillos torneados.

Estaba para mucho más que una felina doméstica que barre polvos y peluza, lava trastes y ropa, hace tortillas y cose frijoles. Además, al caminar de modo muy natural movía bonito sus caderas y cintura. En cosa de una semana empezaron a comer y dormir juntos.

-Ya que vas a ser mi mujer te voy a llamar Leónides, como debe decir el *Calendario Galván*, si no la gente va a decir me robé el zoológico entero- le dijo cuando formalizaron su unión en un juzgado civil de la colonia Guerrero.

----

Lluvia se acercó a don Pedro José María para decirle al oído que don José Abigail y su hija Dorotea se hallaban dormidos en el zaguán porque el aguacero que había empezado a caer en la madrugada les había impedido irse a su casa. Su aliento era cálido, dulce y olía a canela anisada.

Esta particularidad y el hecho de que Lluvia se acercara tanto a él para informarlo, y de algún modo consultarlo sobre un problema que podía haber resuelto, lo obligaron a volverse hacia ella y encontrarse con otra gran sorpresa: una mirada demasiado abierta, sorprendida y asustada.

En sus labios anchos, carnosos y porosos, advirtió una demanda de respuesta a lo que había estado ocurriendo en ambos desde el mediodía anterior y que hasta entonces sólo se había expresado en ojos y bocas que con ansiedad no sólo deseaban ver y hablar sino también palpar.

En otras circunstancias esta oculta petición habría sido contestada con un beso, pero la correspondió con una mirada de la misma intensidad pese a que estaban a sólo diez centímetros y a un segundo del roce lábil. Sin embargo, su vieja antipatía reapareció los obligó a alejarse.

Ya separados, se vieron de soslayo para disimular la atracción que los había juntado. Lluvia pensaba que *Azucarillo* quizás la suponía boba por haber ideado aquel pretexto y que ahora, ya como jefe de familia, le diría que fuera por el rezandero y su hija para abrigharlos en la sala de la vivienda.

Pero rápidamente desechó esta cuestión al darse cuenta que el pretexto había tenido como razón de ser el inequívoco hecho que desde que se

reencontraron unas horas antes habían comenzado a superar la distancia enormemente corta que los había separado y ahora los acercaba.

Y como para dar una muestra de botón del cambio radical hacia ella, *Azucarillo* se puso de pie, se puso su manga de agua y salió en busca del rezandero y su hija, al mismo tiempo que decía con voz apagada que era increíble que don José Abigail arrastrara en las calles a una niña indefensa como Dorotea.

Estas palabras y la actitud, propias de un padre de familia casero, maduro y responsable, resultaron también increíbles en un aventurero de ruedas taurinos, burdeles y timos audaces en los centros comerciales de las Lomas de Chapultepec, el Pedregal de San Ángel, el Paseo de la Reforma y la Zona Rosa.

¡Lo que hace de pronto la mirada de una mujer recién descubierta en el espectro de las posibilidades amorosas! ¡Un par de lindas tetas jalan mucho más y mejor que un par de bueyes o mulas de carreta! ¿Quién hubiera imaginado ver actuar así en un patio de vecindad a un doctor en padroterías y culomanías?

Cuando don Pedro José María regresó con el rezandero y su hija, Lluvia los llevó a la única de las esquinas de la estancia que se hallaba libre de durmientes; luego vio que aquél había encontrado un sitio entre los muchachos toreros y ella se fue al sofá donde dormía la abuela.

Lluvia tardó en agarrar el sueño y cuando este empezó a llegarle alargó la vista hacia donde estaba *Azucarillo*, quien mantenía los ojos cerrados porque en su mente se repetía una escena que desde su primera juventud lo acosaba de vez en vez, a pesar de que no parecía tener relación con sus intereses emocionales.

La escena ahora cobraba coherencia y le generaba la misma molestia insidiosa de antes: Lluvia estaba desnuda y tendida sobre la mesa con las piernas abiertas y los pies ´sobre el pecho y los hombros de Rafael, quien empujada rítmicamente contra ella y tenía el calzón y el pantalón bajados hasta los tobillos.

Los blancos pies de Lluvia se estiraban tensos, zalameros y dialectales como gatitos maulladores que le hablan a la luna en busca de ratones y de respuestas a los secretos y misterios de la noche; aunque la cogienda había ocurrido a mediodía cuando nadie más había en casa.

En ese entonces Pedro José María tenía 13 o 14 años, Lluvia andaba en la misma edad y su hermano bordaba en los 17. Desde de que ocurrió esa escena, lograda a la fuerza, Rafa espiaba a Lluvia en busca de una nueva oportunidad de tirársela sin su consentimiento.

Estas conspiraciones eran un secreto compartido sólo por su carnal, su hermana de crianza y él, aunque con doble secrecía porque había decidido no

revelárselo a ambos, a tío Rana, a la abue Leónides, a ningún otro pariente cercano o lejano, ni mucho menos a los vecinos.

Sin embargo, medio año después el secreto dejó de serlo porque Rafa repitió las cópulas, que a partir de la segunda dejaron de ser violatorias porque Lluvia ya no se resistió y empezó a entregarse con docilidad, como lo hacía evidente el mudo pero ágil parloteo de sus lindos pies blancos.

---

Lluvia se acercó otra vez a *Azucarillo* cuando vio que dormitaba y que su mano derecha estaba a punto de soltar el vaso de unicel con el que había tomado sus tragos. Se lo quitó con cuidado, lo llevó a la cocina y a su vuelta se detuvo a media estancia para echarle un ojo a cada uno de los condolientes.

Todos dormían, con excepción de Pancho *Punga*, que cavilaba en la penumbra de una de las cuatro esquinas de la caja de Tío Rana. Abue en el sofá, Dorotea y su padre en el rincón donde ronroneaba el refrigerador; el *Gorupo*, el *Panda* y el *Atitalaquia* junto a su jefe y entre las barajas de su timba dispersa.

El *Punga* cerraba los ojos para visualizar mejor dentro de su mente los esfuerzos que el alma de don Ranulfo debía estar haciendo para hallar el camino hacia el cielo y evitar alguna encrucijada que el diablo pudiera interponerle aprovechándose de la oscuridad de la noche.

Una vez que se halló al lado de Abue, Lluvia cerró los ojos en busca de descanso y sueño, pero este intento fue desplazado por el recuerdo de la actitud inconsciente que llevó a cabo poco antes de poner en el lavabo de la cocina el vaso en el que *Azucarillo* había bebido chinguere.

Un impulso con el que había buscado probar el sabor de la boca de su hermanastro y, quizás también, corroborar si sus babichas tenían el mismo sabor dulce acibarado con el que el chico bilioso de entonces impregnaba la boca afilada de tazas, vasos y botellas de refresco.

Estos escarceos a menudo vertían en reclamos de la tía Mago después de que el infante berrinchudo los denunciaba casi a punto de llorar, actitud en extremo ajena al hombrón fuerte y nudoso que ahora dormitaba frente a ella con sus rulos azabache, sus aceradas manos de torero y sus grandes nalgas de vedete.

¿Cómo olvidar u omitir recuerdos de más de dos lustros? ¿Cómo entender los designios de Dios o la naturaleza que habían provocado que ese hermano

distante y celoso, con quien apenas intercambiaba palabras y frases cortas de uso familiar, se había convertido en un intruso muy atractivo?

Ignotos deseos que debieron ser similares a los que tentaron a Nausica cuando descubrió a Ulises en una playa de Grecia, según la versión fílmica del libro de un famoso poeta ciego llamado Homero, del que también había oído su nombre en la radio, la televisión o quizás en un aula de la escuela primaria.

Impulsos emocionales y carnales que debía refrenar porque tío *Rana* sería llevado en breve al cementerio; porque *Azucarillo* era hermano carnal de quien era su amasio o marido y porque el diestro de Santo Domingo tenía fama de ser un hombre de muchas mujeres y explotador de güilotas y aún de maricones.

----

Don Ranulfo guardaba en su ropero un vaso de cuero con tres dados de marfil, una pieza del boletaje inaugural del Metro 1967, un billete de dos dólares, una postal de la Quebrada de Acapulco, una fotografía de Rafa y Pepepedro cuando hicieron su primera comunión y otra de doña Margarita Antunes Galeana, su exesposa.

Esta imagen había sido reproducida en color sepia y tomada en el quiosco de la Alameda de Santa María la Ribera. Doña Mago era aún joven y su brillante piel moreno-caoba contrastaba con su sonrisa y su vestido blanco. La foto carecía de fecha y quizás databa de cuando recién se habían conocido.

Em el mismo cajón también había un cancionero *Picot*; una zapatilla azul de raso con los bordes del tacón desgastados y en el empeine un par de flores de lámina dorada; una carta manuscrita por don Rana -calzada en un sobre sin sellos- y unos versos pergeñados en papel de estraza.

El poema se intitulaba *Fatal distancia* y decía: *Mi destino fue trazado por estrellas/ que me ordenaron amarte sin tino/ y hoy fatalmente también debó a ellas/ nuestra diferencia de caminos.*

El cajón guardaba, asimismo, un lápiz labial de carmín negro, un lápiz craso para pintar cejas, unas pantaletas de seda de color escarlata y un libro de poemas de Antonio Plaza. Estos objetos se hallaban envueltos en una pañoleta de seda en el estanco más bajo del ropero de tío *Rana*.

En más de una ocasión doña Leónides había sorprendido a su hijo revisando y acariciando este tesoro íntimo con un fervor fetichista o religioso que lindaba en el lloriqueo y la contemplación absorta. Esto ocurrió en uno de sus retornos a casa de varias semanas de ausencia.

La abuela dejaba que su hijo terminara de revolcarse en los rescoldos insanos de ese amor viejo e ingrato; por un buen rato gemía en silencio y, luego, amorosa, tierna, se acercaba a él para instarlo a que no siguiera entregándose a ese tipo de pasiones dolorosas.

-Olvídala hijito. No puedes vivir recordándola toda tu vida. No mereces que sufras por ella, porque no hizo ninguna gracia y no está muerta. Su recuerdo te está matando en vida y no se vale que pierdas esta por una puta como ella.

En respuesta a su madre, la abrazaba y le prometía no volverse a emborracharse, dedicarse a trabajar, sacar adelante a sus hijos y buscarse otra mujer que lo amara, lo cuidara y le diera más hijos. Pero sus abstinencias duraban una o dos semanas a pesar de que juraba por un año ante la Virgen de Guadalupe.

Sus vueltas al trago, además, eran más tórridas y se daban lejos de la Morelos, para no mostrarse ante la gente de su rumbo. Este fue el caso de una larga parranda en piqueras de Tacubaya, en las que fue apodado *Gemo* por su escucha diaria y a todas horas del bolero *Gema* que Julio Jaramillo popularizó en las rocolas cantineras de todo México.

----

Cuando su esposa lo abandonó sin aviso previo, don Ranulfo supuso que había desaparecido a causa de un accidente o secuestro y la buscó durante varios meses en la Cruz Roja, la Semefo, el Locatel y los anfiteatros de los municipios del Estado de México más cercanos a la capital de la república.

Al término de este rastreo, *Rana* orientó sus pesquisas hacia Garibaldi, la Soledad, la Merced y las Vizcaínas, al suponer que andaría ejerciendo su antiguo oficio. A un año de búsqueda, esta presunción dejó de serlo cuando una putita de la Plaza de la Soledad le habló de una mulata treintona y guapa que trabajaba en ese rumbo.

La chiquilla sabía además que se hacía llamar *La Acapulqueña*, que rendía cuentas a un taxista muy alto, gordo y malencarado, con quien vivía en una casa de Tacubaya, quien al parecer daba protección a algunas trabajadoras de la calle que mascaban chicle y gastaban cuerpo en la lateral sur de la avenida Circunvalación.

Esta información lo llevó a la decisión de asentarse en la Plaza de la Soledad, con el propósito de corroborar esa versión. Cuando lo logró, regresó a la Lagunilla, se puso un pedo de 20 días y luego de otro de casi un mes en Tacubaya, en cuyas calles la casualidad podría colocarlo frente a Mago.

Sus travesías, inundadas por el aguardiente, tenían como guía los malos recuerdos de su último año de vida en común, cuando la impotencia lo había inhabilitado para satisfacerla siquiera un día a la semana, cada quince días a una vez al mes.

Dosis ínfima para una dama que quería coger todos los días y a todas horas en coitos que duraran diez, 15 y 20 minutos a fin de venirse el mayor número posible de veces, como Dios manda, cosa que siempre había estado fuera de su alcance y lo hacía oír en delirio esta súplica:

-¡Tente, Ranita, tente un poco más; no te vengas, déjame gozarla un poco más!

Esta demanda desde entonces imposible porque el alcohol había mermado su capacidad de retención y desaparecido el prestigio barrial que su miembro viril habido desde su adolescencia y los primeros años de juventud.

Prestigio ganado a pulso por la eminencia pollina de su verga, luego refrendado en los concursos de puñeta que él y sus vecinos organizaban en las accesorias deshabitadas de la vecindad, y más tarde en los de longitud y grosor llevados a cabo en el gran sanitario de los billares de la calle de Nicaragua.

Dotes que, como ya se dijo, no le alcanzaron para colmar de gusto al precioso coño de doña Maguito, tan jugoso y apretado como la pulpa de una sandía no sangrada, al que sólo le bastaba removerse un poco para dejar como gallo muerto y sin espermatozoos al famoso ballenato de la Lagunilla.

Esta fue la causa por la que tía Mago vivió en ascuas y la búsqueda frecuente de satisfacción en otros predios gran parte de los seis años que convivió con tío Rana, quien a su vez habría de profundizar su afición al alcohol, la vagancia y al aprendizaje de algunas artes populares.

Esa fue la razón por la que no sirvieron de nada su casorio en un matrimonio colectivo de la Catedral con misa oficiada por el Arzobispo Primado de México, su parecido con Pedro Infante, su voz de Bienvenido Granda y la potencia sexual que mostró cuando se conocieron y entraron en relación en el cabaret Las Vegas.

Pero bastó que esta relación se oficializara con las dos que tres leyes -la del estado, la de Dios y la del cornudo- para que el palo de tío Rana se ablandara, con frecuencia cayera en irresponsabilidades e incumpliera con su jura de amarla para siempre.

Tía Mago se mantuvo todo ese tiempo al lado de su marido gracias a que muy pronto -cosa de medio año- consiguió trabajo en unos baños públicos en los

que no faltó quién le propusiera cortar guayabas. El primero fue el encargado del negocio y luego los secundaron los bañeros y los clientes.

Fue ahí donde conoció al taxista, con quien al principio se enredó en planes de trabajo menestral en la Soledad, la Candelaria de los Patos y la Merced, y más tarde en una relación marital con asiento en Tacubaya.

Cuando se largó con éste, lo hizo sin premeditación, ni cálculo alguno, dejando atrás hijos y escasas pertenencias. Se fue con la ropa que traía puesta y su bolsa de calle, en la que antes revisó que estaban las fotografías de Rafa, Pepepedro y Lluvia, y el dinero de una tanda destinada al pago de un viaje a San Juan de los Lagos,

En ningún momento se acordó de Rana, de su inútil boa colgada hasta las rodillas, ni sus amargas canciones de desengaño.

----

El viejo amor imbécil de Venta por Dorita era muy parecido al de tío Rana por tía Mago, pero no fue tan desventurado y largo, además de que fue igual de intenso como el que el cornúpeta Menelao sintió por Helena y lo indujo a desencadenar la muy famosa Guerra de Troya.

El *Filósofo de la Lagunilla* hacía este parangón porque los celos lo obligaron a seguir a su dama a un país tan lejano de México como Troya lo está de la Magna Grecia y porque su analogía con el carnal de Agamenón le permitía invocar su pasión como un amor loco.

Pero al comparar la travesía bélica de Menelao a Turquía con su odisea a la Ilión estadounidense y el rapto de una reina tribal a manos de un padrote de pueblo con el secuestro de una reina de carnaval por cuenta de chavos banda de Iztacalco, tenía como propósito reírse de sí mismo.

Esta forzada analogía le daba ocasión de demostrar a sus interlocutores del salón *Dalila* que su periplo por Estados Unidos en busca de su novia -que escapó una semana antes de la boda- no desmerecía de la saga de Homero por mucho que no hubiera de por medio una guerra sangrienta y un sancho llamado París.

Ambas historias tenían en común varias similitudes, entre las que resaltaban sus diez años de duración, la visita de 20 ciudades gringobriagragas en las que superó lo mismo audaces Nausicas y Circes, que terribles Polifemos con disfraz de patronos y agentes de la Patrol Border y la Migra.

Estas parodias incluían el símil historicista y geopolítico entre la disputa inter-helénica de hace tres mil años por el estrecho del Peloponeso y la guerra de baja intensidad a que todos los días el imperialismo yanqui somete a los migrantes laborales mexicanos a lo largo de tres mil kilómetros de frontera.

Estos referentes hacían de su *Odisea* en territorio estadounidense igual de atractiva que la descrita por el cantor borrachín y ciego de la mediterránea isla de Ío, especialmente cuando la condimentaba con expresiones como la siguiente:

“Es cierto que yo no estuve en ninguna guerra armada y que no inventé caballitos de madera, pero en la década que viví en gringolandia burlé más de 20 feroces cíclopes capitalistas, soporté trabajos sucios, humillaciones, cárceles y recorrí más de 10 mil kilómetros de desierto y ríos como el Bravo y el Misissippi.

“Si ustedes vieran en un mapa el itinerario de Ulises, podrían comprobar que el grieguito que engañó su paisano borrachito y cuentero no hizo más que rebotar a lo pendejo en un área parecida en extensión a la que antaño cubrían los lagos de Chalco, Texcoco, México, Xochimilco y Zumpango”.

Tío Venta se pasaba horas y horas frente los atentos rostros y oídos de los mocha-orejas del *Salón Dalila*, quienes a menudo intercambiaban miradas de circunspección y duda por la desmesura de sus hazañas laborales y callejeras en los barrios más peligrosos de Gringogrecia.

----

La cogienda en la cocina no era la única retrospectión que flotaba con frecuencia en la memoria de *Azucarillo*. Había otra imagen más antigua e incómoda, derivada de la primera violación de Rafa a Lluvia cuando los abues Cuco y Leona oían misa de gallo en la Catedral.

Lluvia no era aún la hembra que ahora todo mundo llama *La Pons*, pero había dejado de ser la *Boba de la Yuca* y en su carita empezaban a resaltar sus grandes ojos pardos y a redondearse sus caderas y pálidos muslos blancos.

A estos atractivos se sumaba otro del que también se sentían beneficiarios los amigos de Rafa, entre ellos Pancho *Punga*: su manifiesta soledad e indefensión de niña-adolescente que es rechazada por ser hija adoptiva.

Desde las primeras horas de esa noche *El Viejo* se mantuvo al margen y esquivo de sus amigos y las familias que celebraban la posada, en espera de que los abuelos se fueran al Zócalo y del momento oportuno para tomar por asalto a su presa.

La violación se dio cuando en el patio de la vecindad iba a romperse la última piñata, Lluvia entró a la vivienda a beber agua y de entre en las sombras de la cocina surgió Rafa, cuya aparición subitánea le provocó un desmayo y que propició el asalto.

Cuando *Azucarillo* vio que su hermano salió de la vivienda poco más de diez minutos después del ingreso de Lluvia, investigó qué pudo haber ocurrido y se halló ante una escena que lo dejó estupefacto: su hermanastra aún yacía en el suelo y apenas recuperaba el conocimiento.

Tenía ambas piernas abiertas y desnudas; se limpiaba el bajo vientre con el filo de su falda; cuando levantó la vista y advirtió su presencia: angustiada y llorosa le repitió hasta cinco veces: ¡por el amor de Dios no me hagas nada!

Fue en esa ocasión cuando empezó a alejar sus sentimientos de ajenidad y rechazo hacia su odiada hermana de crianza y a recuperar, aunque inconscientemente, los remordimientos que le sobrevenían después de ningunearla, maldecirla y maltratarla.

Estos sentimientos de culpa pudieron ser un disfraz del temor a aceptar el gran atractivo que desde entonces había comenzado a ejercer sobre él.

----

Lo peor que te puede pasar es que desde el principio la chota te agarre y te ponga a tocar piano; entonces te jodes para siempre porque tienes que tocar el arpegio para toda la banda de músicos zánganos que vive de la clase trabajadora: azules, madrinas, comanches, judas, prócoros y jueces.

Por eso siempre hay que ponerse buzo y hacer bien las cosas, sin estridencias ni violencia; y escoger bien el artegio limpio para el que naciste o para el que te preparaste mejor y al que consideras honesto porque en su práctica pones en juego habilidades que mucho te costó aprender.

El dos de bastos es motivo de satisfacción y orgullo porque en su práctica no se vuelve por más, no se golpea, no se asesina, no se gana dinero sin trabajar, ni se saquean los tesoros públicos, las iglesias, los negocios y los bancos en nombre del pueblo, Dios y el desarrollo económico nacional.

Yo he sido retintero, mollejero, cristalero, cajuelero, chorrero, zorrero, chinero ¡Cómo comparar estos artegios con el dos de bastos, oficio que linda en ciencia! Todos nosotros -hablo del *Viejo*, PepePedro y su servilleta- fuimos a la universidad del maestro Tapia, ubicada en Tepicentro.

Este ilustre catedrático enseñaba todas las variables del dos de bastos, incluidos el póquer y la flor imperial, y había formado parte del selecto grupo que en las últimas tres décadas integraron *El Cuatro Vientos*, *Rogelio El Escartín*, *El Mano Negra*, *El Coco* y *El Chino*.

Guichilobos fue quien nos mandó con el maestro Tapia con la idea de perfeccionarnos en este artegio y formar una banda de altos vuelos que operara en las colonias donde viven las elites económicas, como las Lomas de Chapultepec, El Pedregal de San Ángel, Polanco y la Del Valle.

No se conformaba con vender mollejas de estuco, bisutería y carteras de plástico. Quería meterse en grande a los mercados de pulgas poniendo a la venta pulseras, collares y aretes de oro macizo bordados con, piedras preciosas, relojes *Rolex*, plumas *Mont Blanc*.

Su calpulli se hallaba en la trastienda de una sastrería de su propiedad, en la que también enseñaba a bailar danzón y otros ritmos tropicales; predicaba la mormonería y en los primeros días de la semana sesionaba un grupo de Alcohólicos Anónimos.

Ahí aprendimos a meter el dos de bastos en un saco americano cubierto de cascabeles que hacía el papel de *Gil*. Aprendimos bien el artegio, pero no saltamos de Loreto a las Lomas porque ninguno tenía tacuche ni percha para andar de gato de Angora en las fiestas de ricachones.

Ni siquiera el pinche *Azucarillo*, que es muy lenguaraz y se las da de más cabrón que bonito, pudo ocultar su acento tepichilango y a las primeras de cambio lo cascaron diciendo nel e is, y luego-luego lo mandaron a la cocina en la que de nada sirve ser ratón de barrio.

Después de una única contratación para brindar servicios de restaurant y coctelería en la residencia de Polanco de un importante político de la ciudad, ninguno de nosotros quiso seguir en una aventura en la que estábamos expuestos a perder el trabajo, el prestigio artesanal y aún la libertad.

Además, en ese tipo de lugares tuvimos que andar con los brazos pegados al cuerpo y las manos metidas en los bolsillos para evitar que nos bajarán la poca lana que traíamos ya que, como dice el *Milaventuras*, no hay rico que sea honrado y deba su fortuna al trabajo propio.

Fue así como se dispersó la banda de los hermanos Loreto. Rafa tomó el camino sudamericano (calles Argentina, Brasil, Colombia); el mayate el de la tauromaquia y el timo y un servidor el de la línea independiente, solitario, sin patrón, cobrando alcabalas en los autobuses urbanos, troles y el Metro.

Yo, para qué más que la verdad, siempre le he tirado a lo chico, sin albur, porque lo grande me queda guango; y porque sostengo la filosofía del que sabe que siempre va ser pobre, que su única riqueza es la vida misma y que no hay que forzarla más allá de lo que está al alcance de nuestras manos.

Desde que comencé en esto supe que mi artegio era el dos de bastos, que este me daría apenas para comer, que mis changuitas no serían de mucha crema y que ninguna me exigiría lámina de lujo, las perlas de la Virgen, ni penhouse en las colonias Roma, Condena y Cuauhtémoc.

Este modo de vida siempre fue visto con desacuerdo por mi comrade *El Viejo*, quien soñaba en grande y quería comerse la tierra a puños sin pensar que no todos los malandros tienen estómago para comer mierda ni beber sangre como los perros del mal y las aves carroñeras.

Rafa es buena onda, no come piojos ni mierda; e incluso es igual de noble, tristón y romancicón como su padre, que en paz descanse; pero pienso que se equivoca al pensar que nació para hacer cosas de travieso mayor y que desafían a todos los policías del gobierno.

Las tristezas que lo dañaron desde niño tienen el mismo origen de las que llevaron al pedo tío Rana: la fuga de casa de la tía Mago. A partir de entonces se empezó a entristecer, al soltar la cara, a languidecer, a casi no hablar, a envejecer. Por eso le pusimos *El Viejo*.

¿Será por eso que la mayoría de los chavos pobres envejecemos pronto y empezamos a buscar destino en las calles vendiendo dulces, chicles, periódicos, huevos de Pascua y Carnaval, boleando cacles, limpiando parabrisas o pidiendo calaveritas y jalaguín?

----

La onda taurómaca de *Azucarillo* le vino de pintar venado en el Bosque de Chapultepec, donde también se dedicó a retintar nanas, gatas y amas de casa. Fue ahí donde, asimismo, conoció a un panadero de la calle de Mesones que eventualmente operaba como apoderado taurino.

Pero con este oficio, según las malas lenguas, don Mencho no buscaba mayores ingresos económicos sino las cornadas de los maletillas que lograba colocar en las corridas de toros de las fiestas patronales de los municipios mexiquenses e hidalguenses más cercanos a la capital.

Este apoderazgo dio a *Azucarillo* fama de espada de doble punta, mayate, soplanucas, espadón albondiguero, que poco después confirmó cuando hizo cuadrilla con niños que parecían niñas, señoritas gañotonas, delicados muchachos pestañones que hablaban en contralto.

Una vez habilitado como *Niño de Santo Domingo*, se inventó un ascendiente gitano que sus padres y abuelos desconocían; cambió su acento chilango por el cañí; el caló tepiteño por el trianero; calzó botas andaluzas y gorra vasca; vistió pantalón campero y chaquetilla corta.

Empezó a usar gazné, melena larga rematada en coleta y para inhibir el mal fario se encapotó de manera permanente con un perfume elaborado con palo de rosa e incienso de yerba santa, importándole madre las burlas, las bromas y los maldecires de los vecinos.

Esta información está incluida en una reseña biográfica del torero publicada en *El Farol*, semanario editado por uno o varios escribientes del Portal de Santo Domingo que se dedican a ensalzar y satirizar a los personajes populares de ese y otros barrios de la Ciudad de México.

La reseña incluía una caricatura de PepePedro y una versión de aquella que combinaba el uso del habla cañí, la chilanga y el caló tepiteño, así como el origen de su nombre artístico. Acerca de éste, el artículo decía.

“Lo de *Azucarillo* fue cosa de su madre, doña Margarita Pérez Antunes, quien mucho lo mimaba y decía que de bebé era un terroncito de azúcar, por lo dulce y su color moreno claro. Dulcecito pillo, sal y azúcar, de real y medio en oro puro que ha de traer de nalgas a todas las muchachas”.

Con respecto a otros caracteres, usos y costumbres, la versión biográfica caricaturizada decía que *Azucarillo* usaba “un perfume chalo de general de cuatro águilas, agua de colonia con azufre pa espantá mosquitos preguntones; tiene parla de merolico, poeta y comediante; lengua sin frenillo de padrote; salero de bailaor de cantina brava; y humor de cómico de aztracán a lo Pulido, Pinedo y Brillas.

“Hará una década que al frente de su cuadrilla *Ignacio Sánchez Mejía* hizo una gira por varios estados de la república, en la que cortó muchas orejas y rabos, cautivó a decenas de miles de aficionados y como al desgaire metió el estoque en todo tipo de morrillos... Pero como todo termina cuando se acaba, el miedo hizo que el *Niño de Santo Domingo*, conocido también como *Pasmo de la Merced*, ya dejó los ruedos.

“Pero no abandonó del todo las capeas porque en adelante se dedicó a alternar el apoderamiento de novilleros y la enseñanza del arte de Curro Cuchares

con los artegios que aprendió de parientes y amigos de vecindario: la talla de naipes, el dos de bastos, el timo con cheque y paca y la representación artística de las chavas del oficio, tarea en la que despliega a todo tren su mucha verba y buena facha”.

---

Maese PepePedro dejó los ruedos en la plaza de toros de Alfajayucan, Hidalgo, una tarde de enero en la que se soltó un encierro añoso y cornalón de Xajay, que desde su arribo al pueblo un par de horas antes de la corrida puso de punta los cabellos de toreros y autoridades, quienes no pudieron suspenderla porque el boletaje se había agotado y el público empezaba a abarrotar los tendidos.

La sola vista de las reses en los jacalones espantó a tal grado a *Azucarillo* que apenas pudo sostenerse de pie cuando él, su rival en mano a mano y sus respectivas cuadrillas se vistieron de luces en el refectorio de un convento católico, paredaño al ruedo.

Además de tembleque, la esclerótica de sus ojos lindaba en el azul-gris de tan blanca y su semblante tenía el mismo verde-blancuzco del cobre llovido.

-¿Qué te pasa, manito, te sientes mal?- le preguntó el *Atitalaquia*, quien era figura de polendas en los cosos de casi todos los municipios del Valle del Mezquital.

-Nada, carnal, sólo me duele un poco el bofe- respondió, tratando de ocultar el rostro ante quien tenía fama de valentón y juguetón entre sus paisanos.

Pero el *Atita* conocía bien a su compañero y se dirigió hacia al rincón donde se vestían los banderilleros y picadores de ambas cuadrillas. Poco después regresó con él y sin decirle ninguna palabra le puso en la mano algo apenas asible.

-Es apenas una uñita, maese, pero te ayudará a superar el dolor- le dijo al tiempo que cerraba con picardía uno de sus ojales.

En cuanto don Pedro José María advirtió con el tacto y la vista que se trataba de una media pastilla, la agradeció en silencio e hilarante corrió hacia un huerto próximo ya imbuido de su efecto mágico.

Cuando partieron plaza el *Atita* le preguntó cómo se sentía y el *Pasmo de la Merced*, recobrado ya del espasmo, le contestó que bien porque el dolor prácticamente había desaparecido.

Para fortuna de las dos cuadrillas el encierro de Xajay, el cual había sido comprado a precio de regalo, era demasiado viejo y sólo corrió al salir de toriles y,

aquerenciado en tablas, se dedicó a tratar de acertarle algún pitonazo a los toreros que a distancia lo incitaron a danzar con sus capotes y muletas.

En la lidia de cada uno de los cornalones matadores, banderilleros y picadores actuaron como toreros bufos al jalarles las colas y los costillares para agotarlos e inmovilizarlos lo más posible antes de ser apuntillados con espada por las figuras del célebre mano a mano.

La fiesta terminó con un banquete en el que se consumieron mole rojo, barbacoa y pulque. En el viaje de retorno a la capital, el *Atitalaquia* se bajó del automóvil en Tula para de ahí trasladarse a su pueblo, aunque poco antes entregó a *Azucarillo* una bolsa de plástico en la que se hallaban las doce orejas y seis rabos cortados durante la corrida.

-De recuerdo, maestro, por esta memorable tarde en la que se mataron toros de veras, con trapío, años y pitones, cosa que no se ve en la pinche Plaza México.

Fue en el curso de lo que quedó del viaje a la capital cuando don Pedro José María Pérez Antunes decidió retirarse de los ruedos y hacerlo sin el protocolo de costumbre; es decir, sin cortarse la coleta en una última corrida. Sin embargo, una vez en México llevó a cabo una acción impredecible que sorprendió a su cuadrilla:

Fue a la panadería *Puerto de Vigo* de la calle de Mesones en cuyo mostrador lanzó la bolsa que contenía los trofeos taurinos conquistados en Alfajayucan y le dijo a don Diego:

-Vea, viejo maricón, que no necesito de sus puterías para triunfar.

De inmediato salió a la calle, seguido por el panadero que a su vez le gritaba:

-¿A qué carnicero le compraste estas fiambres de buey o becerro, mayate barato? ¿Acaso olvidas que tu estoque sólo mata maricas y que de torero lo único que tienes son las nalgas y los moditos de señorita puta?

El panadero siguió imprecándolo a lo largo de 20 de Noviembre hasta república de El Salvador, en la que enfiló hacia Bolívar a fin de verter en la cantina *El Ezla*. Ahí celebró su triunfo de esa tarde y e hizo una detallada reseña de esta a sus amigos y algunos contertulios habituales.

-Fue la corrida más difícil y peligrosa de mi carrera porque debí matar tres cornalones de cinco años y tan grandes como los minotauros. En todos los lances sentí que me hallaba al filo de un abismo y cuando terminó la corrida me vi obligado a reflexionar sobre mi futuro como hombre, porque los artistas somos también humanos. Creo que ya no estoy en edad para seguir asomándome al balcón de la muerte. Además, me dao cuenta que mis piernas y redaños se echan atrás en

lugar de palante, porque ya no obedecen la voluntad de uno, lo que quiere decir que la carne es sabia y que hay que hacerle caso porque la vida está de por medio. Tengo ya más de una década exponiendo el pellejo y creo que es necesario que me dedique a otras cosas.

-¿Y a qué se dedicaría el maese?- preguntó uno de los oyentes.

-Un torero no sólo torea toros, sino también ñoras, niñas, putas y bultos, además de que el relincho de la gloria se da en variados cosos.

----

El halo de la lluvia hacía parpadear las pestañas azafranadas de los cirios y el silencio emanaba de la tierra como el perrito jugueteón de un viento del sur. Lluvia sintió envidia del sueño de PepePedro, pero no por falta de sueño sino por no compartirlo con él en la misma cama.

Habría querido soñar el mismo sueño, compartir con él la confesión que le provocó reconocer a un ser distinto e incógnito en una persona que creía conocer desde hacía muchos años y de la que jamás sospechó que podría sentirse atraída para quizás establecer un correo de identidad amorosa.

Estas ideas, que surgieron en su mente de manera imprevista, le hicieron un nudo en la garganta y la llevaron a recordar que con frecuencia pensaba que en el universo no hay nada más que vacío, estrellas, soledad y silencio, pero que en cualquier momento puede aparecer un ángel-niño con la voz de un enano de circo con alas de papel crepé.

PepePedro había reaparecido así unas horas antes desde el oscuro entretelón de más de una década y la minuciosa figura de un hermano de crianza y cuñado de trasmano que siempre la había visto con indiferencia, enfado, desprecio e incluso odio.

¿Cómo entender y a qué atribuir ese cambio tan drástico? Un cambio similar e idéntico al suyo en enjundia, en el acelerado galope de la sangre en el corazón, en el desboque de preguntas y respuestas y en la reaparición del valemadrismo con el que se protegió de la mala vida que le dio Rafa.

Un cambio tan violento como benigno porque parecía dotarla del galán de película o telenovela con el que siempre había solado y porque su presencia repentina la aliviaba un poco o un mucho de la pérdida del hombre santo que no fue su padre, pero que la trató como su hija de carne y hueso.

Un cambio en el que descubrió que detrás de las miradas ariscas y rencorosas de antaño se hallaban hoy el asombro, la revelación milagrosa y el bullicioso deseo de compartir un mismo sueño:

-¡Ojalá no sea sólo una ilusión, una confusión, un juego de evasión a mi soledad o un regalo de Santos Reyes a niña pobre!- pensó casi en voz alta.

Esta exclamación sobrevino cuando reparó que ahora no habría una tía Mago, ni una abue Leónides para rescatarla de la soledad e incertidumbre en que la había dejado de un día a otro la figura maternal que le daba de comer, la bañaba, la vestía y le limpiaba de mocos la nariz.

----

El diputado Luis Pérez Macías y Díaz de León, también conocido por sus amigos más viejos como *El Inmortal*, *Cojo de Oro*, *Chita*, *Diputado Tiliches*, *Güicho* y *Güichilobos*, emprendió desde la infancia su exitosa carrera corporativa en el salón de belleza *Broadway*, sito en la calle de Argentina y que era propiedad de su madre.

La inició a los doce años cuando entendió que podía hacer algo mucho más que ver televisión, beber refrescos, comer golosinas, leer revistas gráficas y administrar sus deseos de posesión de todo lo que se movía en torno a su silla de ruedas de niño inválido y el negocio de doña Rosa Martha Díaz de León, alias *La Pintada*.

Hasta entonces había visto pasar la vida a su lado sin percibir ningún estímulo que lo indujera a mover los ojos y las manos más allá de su cachivache rodante, hasta que un día se le ocurrió que podía dedicarse a la compraventa de los cuentos y revistas que se mercaban en los puestos callejeros.

Empezó su negocio con la venta de los cuadernillos que *La Pintada* prestaba a sus clientes mientras les arreglaba el pelo o los maquillaba; luego lo amplió mediante el intercambio de estos con los que vendían los chavos del rumbo a lo largo de la banqueta poniente de Argentina, entre Colombia y Perú.

Poco después, provisto ya de un buen capitalito, habilitó en las afueras de la estética de su madre un carrito de madera con el que mercaba cigarros, dulces de azúcar y chocolate; bolsitas de papas, cacahuates, nueces y charros; chescos e incluso libros usados.

El comercio lo dotó de gran habilidad para intercambiar todo tipo de mercancías, hacer relaciones públicas y conseguir nuevos amigos, clientes, aliados,

deudores y cómplices, toda vez que a los 16 años era ya un experto en la venta de relojes y joyas robadas y la usura.

Un trienio después puso una tienda de saldos y una discoteca y en los años 70, cuando la demanda interna comenzó a cuestionar la política económica de la sustitución de importaciones, vigente desde los años 50, se colocó a la cabeza de los comerciantes semifijos o fayuqueros que vendían mercancías de contrabando.

Esta ardua empresa, comercial y política, lo ligó a un funcionario público de nivel federal cuya influencia le permitió el acceso ilegal y franco a las mercancías gringas provenientes de la frontera norte con el que se satisfizo el consumo de los clases medias y medio altas de la Ciudad de México.

Esta relación de amistad y contubernio dio oportunidad a don Luis Pérez Macías y Díaz de León de saltar de simple vendedor a distribuidor de fayuca en gran escala y convertirlo en un potentado social y político en el área vecinal que va de Tepíto a la Plaza Loreto.

Este nexos y su audacia empresarial lograron que un niño lisiado por la poliomeilitis, un metro y medio de estatura, 45 kilogramos de peso, una pierna casi normal, otra más corta y quizás condenado a la mendicidad de por vida, poseyera dos bodegas que proveían de mercancías extranjeras a muchos comerciantes de semifijos.

A los 22 años don Luis era propietario de dos automóviles del año, con chofer cada uno; cuatro camionetas para repartir mercancías, cada una con sus respectivos conductores; cuatro secretarías, cuatro guaruras; era dueño de la casa donde se hallaba la estética de su madre y un departamento en la Zona Rosa.

Vestía trajes de casimir inglés, camisas de seda blanca, corbatas que contrastaban con el color de los tacuches, pero de la misma pinta de su calcetines; sus zapatos bostonianos eran café oscuro y los tubos de su silla de ruedas estaban bordados con imágenes de animales de oro y plata.

Muy atrás habían quedado el *Inmortal*, el *Gúichilobos* y los amigos de infancia del actual *Cojo de Oro* (Rafa, PepePedro y Pancho) le rendían obediencia porque les compraba mercancía robada y por su conocida relación de amistad con *El Profe*, el famoso político y empresario que le brindaba protección federal.

----

Saraí salió de la cárcel en plena crisis económica, cuando don Lucas parecía más loco que nunca. En su rostro había cierto aire de tristeza, pero este no ensombrecía

el garbo natural que le había permitido ocultar cualquier asomo de vergüenza por el escándalo público en el que se había visto envuelta.

Durante un par de semanas se le vio caminar de un lado a otro en busca de un trabajo del mismo nivel del que había tenido antes y al no hallarlo se vio obligada a aceptar uno de dependienta en una papelería de la calle República de Uruguay.

Pero sólo estuvo ahí cosa de un año y reapareció en Santo Domingo y el Zócalo. Y su reaparición fue la de una actriz de cine, telenovela y teatro porque no la hizo con la imagen de una gata de tendajón u oficina privada o gubernamental, sino con el palmarés y la vestimenta de una figura estelar de los escenarios de entretenimiento más rutilantes es México, Monterrey y Guadalajara.

Para entonces ya no era la niña-adolescente sencilla y fresca que estudiaba en una escuela básica de la calle República de Cuba y que todas las mañanas y mediodías inundaba con su inocencia la Plaza de Santo Domingo, sino una mujer joven de cuerpo redondeado que alteraba el rítmico picoteo de los escribas y las palomas.

Una hembra delgada, alta y elegante que vestía jeans o ajustados payasitos de seda china, calzaba zapatillas doradas o botines de gamuza, portaba pañoleta en el cuello y cuyo contoneo de modelo angelical suspendía la respiración y las actividades laborales en el Portal de los Evangelistas.

Sin embargo, ninguno de los tipógrafos, impresores, papeleros, comerciantes ambulantes, clientes ocasionales y parroquianos del *Salón Madrid* se atrevía a decirle un piropo. Su presencia parecía alborotar secretos y misterios que concernían a todos y se hallaban ocultos en su olvidadiza memoria colectiva.

La única expresión verbal de esta señorona había salido de la boca de uno de sus admiradores, quien le impuso el sobrenombre *Rosa de Mediodía*, quizás movido por la idea inconsciente de que a través de ella fluían los deseos, sueños y objetivos de vida de mucha gente pobre de la región central de la Ciudad de México.

La veían como un bien comunal, casi como el agua, la luz y la brisa vespertina que recorre y refresca las calles; pero también como un símbolo del amor, tanto del inocente y puro, como del carnal y el malsano, pues su bella figura acopiaba todo lo bueno, sano, malo y sedicente que hay en el mundo.

Por ello a ninguno de sus fans le importaba la versión de que sus presuntas labores de modelo de vestuario femenino fueran en realidad propias del oficio carnal en casas de citas de Polanco y las Lomas de Chapultepec; ni que a pesar de su rica apariencia física siguiera viviendo en un campamento de damnificados de los terremotos de 1985.

También era significativo que ninguno de los más conspicuos artesanos de la literatura popular dominica diera muestras de pretenderla en amores y la viera a la misma distancia inalcanzable con la que se mira a famosas actrices de cine como María Félix, Dolores del Río, Greta Garbo y Marilyn Monroe.

Pero en el caso de Saraí esta visión distante, casi etérea, resultaba mucho más meritoria porque desde hacía un cuarto de siglo la gente del barrio la vio crecer de niña a adolescente y de púber a joven y, por lo mismo, sabía que era de carne y hueso y estaba al alcance de su mano.

Esta actitud reverencial hacia ella resulta también plausible por la omisión u olvido deliberado del escándalo público en el que se vio envuelta un lustro atrás, aunque en su descargo puede aducirse que el monstruo que la indujo al pecado y al delito se aprovechó de sus necesidades de dinero y trabajo.

Puede argumentarse, asimismo, que en ese oscuro capítulo Saraí fue víctima de los medios de comunicación, cuyos editores suelen subvertir a gusto los hechos, las visiones, los valores y las potencialidades de los protagonistas, sobre todo cuando éstos son transgresores de la ley y el equilibrio social.

Por lo general un ratero, un asesino, una puta o un homosexual generan mayor curiosidad y expectación pública debido a que sus actos son poco comunes, menos frecuentes y a que sus oficios, usos y costumbres son practicados de manera discreta u oculta ante las comunidades.

Es por todo esto que resulta en extremo raro y sorprendente que la bella y presunta Marimalena de las Lomas y Polanco recorra como cualquier hija de vecina callecas sucias en las que picotean palomas torcaz y operan putas baratas que comen garnachas y platican a carcajadas con escribas, boleros y tertulianos de cantina.

----

El redentorismo social de don Ventura Díaz Caminero le venía de familia. Su abuelo materno, don Moisés Caminero González, oriundo de El Espíritu, venero aurífero del Valle del Mezquital, fue militante de la vertiente hidalguense de la revolución campesina-comunista que en 1867-68 inició Julio López Chávez en Chalco, Estado de México.

Esta rebelión, influida por el activismo político e ideológico que el inmigrante marxista griego Plotino C. Rodhakanaty llevó a cabo en Chalco, fue replicada en las guerrillas de Pedro Fabregat y los hermanos Lozano en la Cañada Grande, Capula y los minerales de El Chico y Real del Monte.

El abuelo Moisés formó parte de uno de estos grupos rebeldes que ejecutaron acciones de resistencia a la expropiación de tierras comunales que, ordenada por el ex presidente Benito Juárez García, propició la creación de los grandes latifundios que prevalecieron durante la dictadura militar de Porfirio Díaz Mori.

En sus pláticas del *Salón Dalila* don Venta iba de esta memoranda al análisis de los finales de los siglos XIX y XX para concluir que eran similares porque ambos vertían en el librecambismo, la afluencia excesiva de capital foráneo, el empobrecimiento de las masas trabajadoras, el auge de la delincuencia y la acumulación de la riqueza en pocas manos.

Decía que la burocracia gobernante de la Reforma había creado, a partir de la expropiación de los bienes terrenales de la Iglesia Católica Romana, una nueva oligarquía integrada por especuladores prediales, contrabandistas, tenderos, usureros e incipientes banqueros.

Por ello es enteramente válido, agregaba con énfasis, que los campesinos pobres, los obreros y los clasemedieros urbanos incurran en la comisión de secuestros, robos y la venta de mercancías ilícitas, para sobrevivir al desempleo y al hambre y prepararse en el uso de las armas en la búsqueda de una sociedad igualitaria.

Otro motivo de orgullo personal de don Venta era el origen de su apellido materno, el cual derivó de una decisión espontánea del abuelo Moisés cuando en los primeros años de la década de los 70 acudió a la oficina del recién creado Registro Civil y el juez le preguntó qué apelativos le gustaría sumar a su nombre de pila.

Su respuesta fue larga porque aclaró que no deseaba un genitivo español de procedencia religiosa e índole hebrea, romana o griega como García, López, Pérez, Pioquinto, Tarso o Macedonio; ni nombres de objetos de uso común como Mesa y Petate o de plantas como Maguey y Mezquite.

Explicó al juez que quería un apellido que aludiera a su oficio, por lo que aquél le preguntó que a qué se dedicaba y contestó que a arriero. Entonces le dijo: Te llamarás Moisés Caminero porque tu trabajo consiste en caminar, porque todos los días caminas en caminos y sólo en las noches te pones a descansar.

El abue Moi estuvo conforme con el apellido porque aludía a su oficio, porque se oía bonito y porque el de arriero -otro nombre que había resonado en su mente- se le antojó demasiado específico y habría condenado a sus descendientes a andar siempre detrás de mulas, burros, caballos y bueyes.

Su segundo apellido, González, fue un donativo subrepticio del juez civil que le impuso el suyo quizás con el propósito de hacerlo su pariente y acaso también para llenar con más González esta república ya demasiado rica en perezosos, loberos y garzos volantineros.

La puntería del apellido Caminero resultó tan certera que cuando don Moi cambió su oficio de arriero por el de gavillero, no tuvo necesidad de modificarlo porque para asaltar y plagiar gente, robar ganado y parrandear en ferias de pueblo siempre hay que caminar caminos y los caminos se hacen al andar, como dice el poeta.

Fue de este modo como don Moisés fue Caminero y Camineros sus hijos e hijas. Una de ellas, doña Margarita Caminero Tello, fue quien a finales del siglo XIX echó al mundo un hijo que nació destinado a cambiar el sistema capitalista imperante en México por uno igualitario y socialista.

----

Las tardes de los sábados abue Cuco solía reunirse en la Plaza de Santo Domingo con sus dos únicos amigos íntimos, don Salomón Martínez y don Ventura Díaz Caminero. Aunque pobre, vestía siempre saco y pantalón de casimir, chaleco, corbata y sombrero de fieltro.

Usaba, al igual que don Salo y don Venta, bigote de mosca que cotidianamente recortaba a fin de que no creciera a mariposa. Este rasgo les había merecido el apodo de Trinca de Hitler por cuenta de los burlones evangelistas, quienes desconocían su pasado común de francachelas y fiestas.

Los escritores no sabían que en su juventud la trinca dominica había disfrutado en *El Marro*, *El Cocol* y *El Smyrna* de los brindis con bacachá, mezcal y bailes de danzón, mambo y chachachá con gatas del rumbo y putas de las calles Vizcaínas, Órgano y la Plaza Garibaldi.

Además del recuerdos por estos gustos, don Cuco compartía con los dos librereros una amistad de cuatro décadas, una sonrisa connivente o socarrona y un arbitraje imparcial cuando se enfrascaban en discusiones a gritos y berrinches sobre asuntos políticos, ideológicos y religiosos.

Con esta neutralidad evitaba involucrarse en el debate inútil de ideas y posiciones sobre temas que considerada ajenos a su interés personal, además de que así ocultaba divagaciones que se ajustaban a su forma de ser paciente y distaban mucho de las de sus amigos.

Los domingos los dedicaba a pasear con sus nietos Rafael y Pedro José María, Lluvia y Pancho en calles, plazas, museos y parques de juegos. En estas jornadas les contaba cuentos, chistes, adivinanzas, anécdotas y las noticias que había leído en diarios y revistas.

Con frecuencia evocaba a El Espejismo, su aldea natal, apenas habitada por 20 familias, cuatro yuntas, un pozo artesiano, una capilla, un pequeño quiosco y un sinfín de abigeos, brujas voladoras y nahuales que asolaban día y noche a los vecinos y eventuales viajeros.

También hablaba de su ocupación de albañil, en la que llegó a la maestranza y con la que participó en la construcción de los edificios más grandes importantes de la ciudad. Para sorpresa de sus nietos, de Lluvia y *El Punga*, decía que para su diseño arquitectos e ingenieros lo habían consultado.

Les explicaba que esto se debía que sin el concurso de los albañiles, carpinteros, mecánicos y plomeros no es posible levantar una casa, torre o pirámide. Los alarifes siembran cimientos, arman estructuras, muros y techos, cuyo obraje mágico logra la captura del espacio para el cobijo de la gente.

Con la escucha de estas hazañas los chicos veían asombrados el alto de los enormes edificios y, una vez con los ojos abajo, la volvían hacia el abue Cuco como poniendo en duda que hubiera contribuido a levantar la Torre Latinoamericana cuya aguja hipodérmica le picaba las nalgas a los ángeles y a San Pedro.

Cuando disponía de más dinero llevaba a los chavos a San Ángel, Tlalpan, Xochimilco, Mixcoac, las Lomas, Tacubaya, Polanco, Roma y Del Valle, donde estaba emergiendo una nueva versión ingenieril y arquitectónica de la capital de la República Mexicana.

A veces utilizaba sus excedentes monetarios en la compra de tortas, chescos, dulces y juguetitos modestos; y cuando carecía de blanca recurría a los tacos, enchiladas quesadillas y la limonada que había preparado doña Leónides y guardaba en su mochila de artesano.

Estas excursiones a veces remataban en los cines Goya, Teresa, Nacional, Atlas, Estadio u Ópera; en tianguis con ferias de barrio, teatros de carpa donde abundaban payasos, magos, cómicos, juegos mecánicos, tiros al blanco y lectores de naipes.

Don Cuco no era ducho en cuestiones filosóficas, políticas y religiosas como don Ventura y don Lucas, pero a menudo se sacaba del cogote respuestas audaces como la que un día brindó a la pregunta de Rafa de por qué había gente pobre si Dios había dispuesto que todos los hombres fueran iguales.

-Porque la riqueza no alcanza para todos y porque Dios tiene como hijos predilectos a los banqueros, industriales, grandes comerciantes y políticos, reyes, obispos, cardenales y papas.

----

Doña Rosalba Roberts de Díaz de León presumía de un abolengo nobiliario procedente del mayorazgo de San Miguel Regla y los efímeros imperios de Agustín de Iturbide y Maximiliano de Habsburgo, abolidos por don Benito Juárez en la segunda mitad del siglo XIX y restaurados de alguna manera durante el Porfiriato.

Empequeñecida por sus muchos años y rencores, la tía Rosi despotricaba lo mismo contra los traidores y apóstatas anti-españoles Miguel Hidalgo y Costilla y José María Morelos y Pavón, que contra los bandidos que lideraron la Revolución Mexicana de 1910 y despojaron de sus tierras a las familias decentes y productivas.

-¡Y lo que todavía nos espera de los malignos políticos ateos y corruptos que se hallan al frente de un pinche país de indios incivilizados y bárbaros que quieren seguir comiendo sin trabajar ni obedecer las sagradas órdenes de Dios Nuestro Señor!- era su diatriba más reiterada en calles, plazas e iglesias.

La decía a voz en cuello cuando se hallaba cerca de algún grupo de personas con vestimenta humilde y rasgos indígenas, a quienes también llamaba zánganos, culpaba de su situación actual y aún de la muerte de su hija Rosa Martha, a la que un inesperado infarto sorprendió a los 45 años en su estética de Argentina.

Inculpaba de este infortunio a la gente pobre porque consideraba que el mal que atacó a su hija era consecuencia del empobrecimiento de su familia y de los esfuerzos que ésta había tenido que hacer para superar su fracaso como aspirante a estrella de la farándula nacional.

También les atribuía el ulterior intento fallido de Rosa Martha por legalizar y convertir en café-cantante al estilo europeo su estética de Argentina, que en realidad operaba como un congol disfrazado en pleno día y hacía de ella una madrota o regenta de vecindario.

Pero aparte de la irreparable pérdida la vida de su hija, doña Rosalba tenía otra causa de sufrimiento: la interrupción del proceso de reconocimiento al título de Condesa de Regla que supuestamente había tramitado Rosa Martha con la Corona Española y estaba a punto de cumplimentarse.

Esta presea, según ella, habría sentado un precedente regulatorio para el restablecimiento de la nobleza en México y para que las buenas familias, la Iglesia

Católica Romana y los reyes europeos expulsaron del Palacio Nacional a los políticos ladrones y barones del narcotráfico.

Su fallida restauración la llevó a reforzar su inquina contra los robavacas y demonios revolucionarios que dejaron sin modos de vida a la gente de bien y expulsaron del país a don Porfirio Díaz Mori, el presidente más grande de México porque trajo a todos paz, industria, seguridad y alimento.

-Los comunistas de Madero sólo trajeron hambre, desempleo, desorden, robo, confusión, herejía, impuestos más altos y ninguna consideración y respeto para las jerarquías sociales que el Señor del Cielo había definido con su incontrastable sentido de la justicia en la tierra. Uno de esos diablos fue el que mató a mi Rosa Martha, la sedujo, la embarazó y la distrajo de su ascenso al estrellato. Pero voy a comprar una pistola para matar esos diablos, les voy a sacar las tripas y sesos para darle de comer a las palomas de la Catedral, los perros de la Merced, los gatos de Garibaldi, los patos de la Candelaria y los canarios del Mercado de Sonora.

Este discurso era escuchado sin variables por los comerciantes y clientes que todos los días recorren las calles, plazas y plazuelas de la Soledad, Loreto, Santa Catarina, la Purísima, Santo Domingo e incluso la Profesa, iglesia hacia a la que guardaba especial veneración.

Vestía siempre de negro, chal, sombrero femenino de fieltros de los años 40; cargaba una bolsa de ixtle en la que traía un periódico viejo y un bolillo duro que con su mano derecha en alto esgrimía para probar que el gobierno de los comunistas corruptos estaba matando de hambre al pueblo.

Doña Rosalba habitaba en un cuarto de la azotea de una casona de la calle de El Carmen, el cual se hallaba colmado de revistas, servilletas, tarjetas de presentación e invitaciones a bodas, bautizos, confirmaciones y primeras comuniones que robaba a los impresores de Santo Domingo.

Acumulaba también folletería religiosa, estampas de santos, santas y vírgenes, escapularios y exvotos distribuidos con mucho orden sobre una mesita de madera, en la que resaltaba una máquina de escribir *Remington* chimuela de los tipos A, D, J, L, N, T, R y W.

Dormía en un viejo y desnutrido colchón de plumas colocado al lado de una majestuosa cama de tubos dorados en cuya cabecera, a modo de corona, había dispuesto un retrato de su hija cuando cumplió 15 años, los cuales celebró con una misa en la Catedral Metropolitana.

Su nieto, el diputado Luis Pérez Macías y Díaz de León, empresario comercial y accionista en la industria automotriz, varias líneas de transporte urbano y la banca, con domicilio en la colonia Polanco, le enviaba mensualmente el dinero necesario para que pagara la renta del cuarto y comiera en una fonda del mercado de El Carmen.

Este dinero, así como el destinado a la portera de edificio en pago a los servicios de aseo al cuarto de azotea de doña Rosalba, era enviado por don Luis a través de su chofer porque su abuela lo rechazaba y le negaba todo vínculo consanguíneo con ella y su madre.

-¡Cómo ese renacuajo tan feo y desdibujado puede ser hijo de mi hija, que fue una princesa de cuento de hadas, y nieto de una nieta de marqueses y condes con abolengos en las casas de España, Francia y Austria, y ahijada de don José Ives Limantour, y esposa de general de división!- vociferaba cada que había ocasión.

----

*Azucarillo* descubrió a Lluvia mirándolo con la misma sorpresa y fijeza con la que se habían reconocido horas antes, pero no pudo corresponderla porque en aquel instante irrumpió en el velorio una terna juvenil de la misma pinta cañí de la cuadrilla taurina que había llegado con él.

Eran alumnos de la escuela *Ignacio Sánchez Mejía*, tenían alrededor de 15 años y para evidenciar su índole vocacional, además de hablar con acento español y vestir traje corto andaluz, exhibían arete dorado en la oreja derecha para no confundir a la gente con respecto a su orientación sexual.

Al hallarse frente el féretro, inclinaron la cabeza hacia el mentón del muerto, se persignaron y después se dirigieron hacia donde se hallaba su maestro, al que se acercaron en silencio, saludaron con un roce en la mejilla, un medio abrazo y un suave golpe de mano en la nuca.

-De todo corazón, maese- le dijeron cada uno en su turno.

-Lo sé. No esperaba menos de tí, hijo- respondió.

Luego los alineó en un sitio próximo al que ocupaban los integrantes de su cuadrilla y con un movimiento de cabeza llamó a Lluvia para presentárselos y pedirle que les ofreciera café y pan. Uno se llamaba Javier Ramos *El Espartaco*, otro Pedro Jiménez *El Pelé* y el tercero Gonzalo Martín, *Martinete*.

-¿De capea nocturna?- le preguntó a *El Espartaco*.

-Sí, maese. Haciendo méritos toda la noche, la madrugada y parte de la mañana.

-¿En la pista de la Escandón?

-Is barniz. De allá venimos.

-¿Mucha parné?

-Tanta que perdimos todo lo que llevábamos encima. Pero después pasamos a la zonaja y agarramos un gil gordo con el que nos desquitamos y hasta ganamos.

-Es lo bueno de alternar el estoque y las banderillas con el artegio del dos-dijo don PepePedro solicitando una acallada sonrisa de contubernio a sus discípulos.

*El Espartaco* aprovechó la ida de Lluvia a la cocina para acercarse a su maestro, tomarle la mano derecha y untarle en ella un fajo de parné en billetes. *Azucarillo* hizo un intento por apartarlo, pero no lo completó porque había el riesgo de que cayera y todo mundo se diera cuerda.

-De corazón, maese. Es poco, pero de algo servirá para los gastos del difunto.

*Azucarillo* aclaró que estos estaban ya cubiertos pero *Martinete*, el más chavo del trío de iniciados, le preguntó si quería desairarlos por ser pobres, si no quería ese dinero por venir de donde venía; además de que le recordó que no valía menos que cualquier otro y que la parné en cualquier caso nunca sobra.

Conmovido y convencido por estos argumentos, abrazó callado primero al chaval y luego a los otros dos, mientras Lluvia regresaba de la cocina con los alimentos prometidos a los discípulos, quienes apenas habían advertido en el rostro fresco y luminoso y las virtudes corporales de ésta.

Una vez que la terna pudo gozar con la vista el brillo celestial de los grandes ojos andaluces de Lluvia, el brioso frontispicio de sus pechos y su paso contoneado de pava real, *El Pelé* se volvió hacia a *Azucarillo* para preguntarle indiscreto y lujurioso:

-¿La maja es su hermana, prima o amiga?

Le respondió con una pregunta ambigua y sugerente:

-¿Qué dirías si yo viera en tu casa a una mujer guapa que es tu esposa, amante o madre?... Lo único que puedo decir es que es mi cuñada porque es quelite de mi carnal Rafa.

----

Después de los grandes sismos del 19 y 20 de septiembre sus réplicas serpentearon durante varios días en los lechos lacustres del Valle de México para que la gente no olvidara de lo que es capaz la naturaleza cuando le manosean demasiado sus mares, selvas, bosques, llanuras y montes.

El primer temblor le fue anunciado a doña Leónides la tarde del 18 de septiembre -¡doce horas antes del viboreo subterráneo! - cuando se le movió levemente el piso y vio cómo se crispaban *Chato* su gato, *Pedrito* su perico tabasqueño y los *Azulencos*, sus siete periquillos australianos.

El movimiento de tierra la obligó a sentarse en una silla colocada al lado de la repisa en la que se hallaban en alerta sus vírgenes y santos favoritos, a los que contempló un buen rato en espera de que le confirmaran si realmente había temblado o había sido una figuración suya.

Su incertidumbre se desvaneció cuando Lluvia regresó de comprar el pan y no le comentó nada con respecto al temblorín, por lo que supuso que éste había sido obra de su invención. Sin embargo, media hora después se desató repentinamente una tormenta, furiosa, fría y acerada.

Entonces asoció ésta con la temblequería anterior y dijo a Lluvia:

-Va a temblar mañana, hija. Guarda algo de ropa y tus papeles en una bolsa, ponla junto a la puerta por si tienes que salir corriendo.

Lluvia se sorprendió y la miró con extrañeza, lo que la llevó a advertir que había caído en una indiscreción con respecto a las dotes de adivina que le habían atribuido su madre y su difunto esposo don José Refugio, a quienes anunció el brote del volcán Parícutín en una milpa y el temblor que tumbó el Ángel de la Independencia.

Después de este recuerdo sonrió y no dijo más nada a Lluvia, a quien sin embargo con un movimiento de cara le señaló el colgajo de siete cristalitos verdes con formas de estrella y media luna que pendía del techo de sala , cuyo tintineo anunciaba los sismos.

Pero al día siguiente esta constelación no pudo avisarle a la abuela Leónides del arribo subrepticio y sorpresivo del terremoto de 8.1 grados en escala de Richter porque a esa hora se hallaba en el patio de la vecindad regando sus plantas y dando de comer a sus pájaros.

El jalón sísmico fue tan fuerte que la aventó hasta casi el centro del patio desde el que, sentada en el suelo, vio cómo en torno suyo caían tejas, jaulas de pájaros, tendedores con ropa, macetas y hasta el altarcito de la Virgen de Guadalupe colocado en la puerta principal de la vecindad.

-¡Dios mío, esto es el fin del mundo"- dijo cuando Lluvia y unos vecinos jóvenes se acercaron a ayudarla a levantarse.

Fue en ese momento cuando vio a su hijo Ranulfo salir de la vivienda descamisado, con la cara verde y una herida en la mejilla derecha. Un minuto después comenzó el ulular de las sirenas de las ambulancias, los bomberos y las patrullas policiales; y cinco minutos más tarde los helicópteros y avionetas.

Pronto llegaron de boca en boca noticias de que la capital se había movido como un barquito de papel bajo tormenta; que Tlatelolco había desaparecido, que la Torre Latino se había movido como una aguja de marear, el hotel Regis ardía en fuego y que bajo los escombros de la ciudad había miles de muertos, atrapados y desaparecidos.

-¡Yo sabía desde ayer que esto iba a pasar! ¡Acuérdate, hija, que te dije que guardaras tus cosas, porque se venía esto!- decía la anciana a Lluvia, pero ésta apenas la oía porque estaba pensando en ir al presidio policial de Tlaxcoaque, donde se hallaba guardado Rafael.

Tenía esta preocupación porque la magnitud del temblor había sido enorme e inaudita en décadas y quizás siglos, como pudo constatarse días después cuando se habló del derribo total de más de 500 edificios grandes, del parcial de otros cinco mil que quedaron inservibles y la muerte de más de 50 mil personas.

La mayoría de estas quedaron aplastadas y sepultadas, en tanto que muchas de las sobrevivientes navegaron días y noches durante varias semanas en las calles sin comida, ropa y empleo; y las mejor libradas del cataclismo debieron buscar arriño con parientes y vecinos solidarios.

Durante los doce días posteriores a los terremotos del 19 y 20 de septiembre policías, militares, mineros, rescatistas y familiares de las víctimas se dieron a la tarea de buscar gente con palas, picos y manos en los restos de los muros caídos y los hierros retorcidos de casas y edificios derribados.

La búsqueda de sobrevivientes fue abandonada poco después de la primera semana de octubre, periodo en el que la gente también comenzó a salir del terror o el letargo y las oficinas públicas, escuelas, restaurantes, fondas, cantinas, comercios, talleres e industrias abrieron sus puertas.

Las calles, plazas y parques se reanimaron con la presencia de las personas que salían a trabajar, a comprar en las tiendas, grandes y pequeñas y a vender amparadas por la informalidad sus mercancías tendidas sobre las banquetas con ofertas cantadas a voz en cuello y flor de boca.

En sólo poco más de dos semanas la ciudad había recuperado su ritmo de vida normal. Sus músicos callejeros, merolicos, papeleros, policías de crucero, raterillos y putitas esquineras habían vuelto a recuperar el sol en claroscuro de las calles de Santo Domingo, El Carmen, la Soledad, la Santísima y Mixcalco.

Los danzantes de chirimía y teponaxtle, los plomeros, albañiles, boleros, viboreros y brujos brindaban o tributaban nuevamente parte de su destreza cósmica a sus viejos dioses como Quetzalcóatl y Huitzilopochtli, y nuevos santos como Judas Tadeo, Tiago, Antonio y Nicolás.

Meses después se mantendría a la vista y el oído el morboso y demencial debate entre los políticos y los medios de comunicación sobre el origen físico o divino de la catástrofe, indudable herencia del legalismo barroco colonial y la dialéctica civil del marqués Hernán Cortés y don Mario Moreno Reyes *Cantinflas*.

----

Con base en sus lecturas de los libros de *El Moro* y *El Güero* – así aludía a Carlos Marx y a Federico Engels- don Venta decía que la riqueza humana es obra de un instinto animal por apoderarse de lo ajeno o mal puesto, que lo mismo mueve a algunos insectos que a varios mamíferos feroces.

Este fenómeno explica, agregaba, por qué la mayoría de los ricos no son personas bien educadas, inteligentes o cultas ya que para acumular dinero sólo tienen que dejarse llevar por el instinto de posesión y acopio que comparten con las hormigas, abejas, hienas, lobos, leones y tigres.

Su ejemplo de rapacidad capitalista y discapacidad intelectual más frecuente era el diputado Luis Pérez Macías y Díaz de León, contra quien según él no tenía nada en contra, pero al que llamaba pelafustán y hombrecito en referencia a su baja estatura y una pierna chueca.

- ¿Acaso su riqueza le ha servido para ser mejor persona moral y física? No, por supuesto, sólo le ha servido para comprar más brazos, más propiedades, más putas y robar al erario público, así como lo han estado haciendo desde los años 20 del siglo pasado los robolucionarios que sucedieron a los terratenientes y mineros de Porfirio Díaz y asesinaron a Pancho Villa y Emiliano Zapata.

Don Ventura Díaz Caminero atribuía la extrema desigualdad social y económica del pueblo de México a esta triada delictiva: el colonialismo español, que despojó de sus tierras a las naciones de Mesoamérica, primero con las armas y luego con el esclavismo de las encomiendas bendecidas por la Iglesia Católica.

Al liberalismo feudal, pretendidamente burgués, de los líderes de la Independencia, la Reforma y el Porfiriato; y, por último, al presunto socialismo democrático de la Revolución de 1910-30, cuyas cabezas ulteriores aplicaron los mismos métodos de robo, corrupción y explotación en contra de la población trabajadora.

-A estos actores perversos -decía el *Filósofo de la Lagunilla* en sus disertaciones del *Salón Dalila*- se han sumado los juniors mexicanos del narcotráfico gabacho para hacer cada vez más ricos y poderosos a los banqueros, hoteleros y súper-tenderos e industriales que operan con marcas y franquicias de las empresas transnacionales gringas y europeas.

----

En la ocasión en la que tío Venta comparó su viaje a Estados Unidos con el que Ulises hizo a Troya hace más de 25 siglos, hubo un momento en el que no pudo dar más referencias de la mujer que lo había inducido a esa odisea. Este lapsus se dio cuando uno de los estetas del *Dalila* le preguntó el nombre de la supuesta Helena.

Y cuando su interlocutor insistió, su rostro se ensombreció dando la impresión de que se sentía apenado por haber caído en una mentira. Durante un par de minutos se mantuvo en silencio removiéndose nerviosamente su bigotito de mosca y después fingió un acceso de tos que le permitió dejar el salón y salir a la calle.

Ya en esta, se puso a recorrer en ida y vuelta la acera donde se halla la peluquería con el propósito de calmarse, sacudirse la falsedad en que había incurrido y tratar de recordar si los estetas del *Salón Dalila* estaban enterados de lo que todo mundo sabía en la Plaza Garibaldi:

Que su Helena de Troya era doña Dora María Domínguez Rentería, propietaria de una fonda del mercado San Camilito, donde ahora vendía birria de los tres colores patrios; era conocida como *La Güera* y que en mejores tiempos fue famosa encueratriz en uno de los centros nocturnos de la Plaza de las Vizcaínas.

En Garibaldi se sabía, asimismo, que DoriMari era oriunda de un pueblo de Los Altos de Jalisco, en el que había dejado vestido y alborotado a un novio de rancho; que había vivido como migrante laboral en Gngolandia y que cuando regresó al país fue una de las pioneras del *table dance* en la Ciudad de México.

En la historia personal de *La Güera* Domínguez había un episodio tan íntimo y oscuro que hacía entendible por qué el *Milaventuras* evitaba hablar de él tanto con la interesada, así como con sus amigos, aunque emergiera de soslayo o casualmente en charlas ocasionales o anecdóticas.

En el ir y venir de sus pasos en la calle encontró la forma de retomar el relato que había interrumpido en el *Salón Dalila* y cuando volvió dijo a los peluqueros que lo seguiría, pero con la condición de que no le preguntaran el nombre de la damisela, ni tampoco ningún dato físico o social que pudiera identificarla.

Fue así como se completó la historia de la Helena de marras: que como migrante y artista había tenido muchos amantes con los que nunca halló placer porque era impotente debido a que desde la pubertad y buena parte de su adolescencia había sostenido relaciones sexuales con uno de sus hermanos.

Que la susodicha le había confesado que el incesto fue tan satisfactorio para ambos, que incluso su carnal le propuso que se alejaran de su familia para vivir en otra ciudad de la república. Esta iniciativa fue la que finalmente los separó y la obligó a buscar una relación de noviazgo con un vecino.

Con respecto a su vínculo amoroso con su Helena alteña, las revelaciones de tío Venta fueron sinceras y crudas porque de entrada dijo que compartían un intenso amor platónico y que jamás habían logrado la mínima satisfacción sexual en la cama a pesar de varios años de esfuerzo mutuo.

-Los ensayos para llegar a este entendimiento fueron muchos, incluyeron el uso de algunas prácticas sadomasoquistas y resultaron tan estériles que me llevaron a la convicción de que ni la espada de Aquiles, ni las artimañas de Ulises, ni los versos de Homero, me permitirían acceder al hermoso tesoro oculto de mi Helena de Troya ¿Y saben por qué -preguntó a sus curiosos interlocutores- Porque yo carecía de las armas intelectuales para convencerla de que ella no tenía la culpa de lo que había ocurrido entonces, porque era una niña púber, edad propicia para comisión de ilícitos humanos y porque la atrocidad acometida por su hermano fue un acto de irracionalidad animal. Ahora entiendo bien por qué el Nazareno defendió a Marimalena de los improvisados jueces de Samaria con la célebre expresión de que el que “esté libre de culpa, tire la primera piedra”.

----

Doña Leónides pidió ver a su hijo apenas despertó del sueño que la había adormilado durante un par de horas. Parecía haber empequeñecido aún más, pero

sus ojos y sus gestos evidenciaban que había asumido mejor la muerte de tío Rana. *Azucarillo* la ayudó a levantarse del sofá y acercarse al ataúd.

Lo contempló con detenimiento, lo acarició y quitó del rostro y las manos cruzadas las adherencias que sólo ella y la luz semioscura pudieron ponerle en la piel. Durante ese lapso su boquita sin dientes pronunció algunas palabras que no llegaron a romper el silencio propio y ajeno.

Lloró largo rato a un costado del féretro, luego pidió a Lluvia que le trajera de un cajón de su ropero varias cosas que habían pertenecido a su hijo. Esta demanda llamó la atención de PepePedro, quien comentó que ello no aliviaría ni remediaría la muerte de su padre.

-Son tuyas y allá en el cielo le servirán para recordar su paso entre nosotros y estas tierras- arguyó la viejita.

Lluvia regresó de la recámara con los objetos envueltos en una pañoleta y cuando doña Leónides la tomó y se disponía a meterlos en la caja del muerto, le dijo que no era conveniente que tío Rana se llevara todos.

-¿Por qué?

-Porque hay muchas fotos, la mayoría de gente que todavía vive y su espíritu puede ser llevado o reclamado desde la región del cielo donde se encuentra tío Rana. Entre ellos está usted, PepePedro y la tía Mago.

Esta repuesta dejó perpleja a la anciana y lo único que se le ocurrió hacer fue volver la vista hacia *Azucarillo* y posteriormente al rincón donde se hallaban arracimados los integrantes de la cuadrilla taurina de éste, los alumnos de la peña-escuela *Ignacio Sánchez Mejías* y los vecinos que comenzaban a llegar para el sepelio.

-Don Chamín me dijo que es malo enterrar fotos de vivos con muertos porque éstos siempre van a querer su compañía sin que importarles que estén en el purgatorio, el cielo o el infierno. Dice que eso es muy parecido a la brujería negra o mala- añadió Lluvia.

Esta explicación convenció a doña Leónides y dijo a Lluvia que sacara del envoltorio todas las fotografías y dejara el resto de los objetos. Una vez cumplida esta encomienda, Lluvia se acercó a PepePedro para informarlo que entre éstos se hallaba una zapatilla blanca de tía Mago.

*Azucarillo* asintió con la cabeza y para que su abuela no escuchara le voceó al oído que después la sacarían. La abue Leona fue llevada al sofá para que

descansara o siguiera rumiando con el recuerdo de su hijo, cuya juventud fue prometedora a diferencia de su infeliz edad madura.

En la vecindad y en las cantinas de la Lagunilla todo mundo sabía la historia de la zapatilla blanca: que tío Rana la había encontrado en una de las esquinas de la avenida Insurgentes Sur con la calle San Luis Potosí, en la colonia Roma, una mañana en la que regresaba de un pedo de 15 días en Tacubaya y Mixcoac.

Que en cuanto la vio tirada supo al instante que era de su esposa porque tenía el mismo calce de Mago, 22.5 centímetros; su tacón estaba desgastado y sobre el empeine tenía como adorno un brochecito de lámina dorada con la diminuta figura de una flor de margarita.

Para tío Rana no importó que este hallazgo fortuito ocurriera doce años después de que él y su esposa fueron padrinos de primera comunión de *El Tubi*, hijo de su compañero Ramiro Casco en la ebanistería Alberto Durero, ceremonia para la que le compró a Mago ese par de zapatillas.

Para don Ranulfo tampoco fue relevante que el sitio donde encontró la zapatilla estuviera demasiado alejado de la Soledad, la Merced, la Candelaria de los Patos, las colonias Obrera y Doctores, donde desde entonces su muy amada exesposa trabajaba como sexoservidora.

Cuando en su mente levantó la zapatilla se evidenció el contraste que había entre los comerciantes y compradores humildes de estas colonias -así como el de sus piqueras, pulquerías y cantinas- y los de las emperifolladas avenidas de la Roma Norte y Sur, Condesa y Escandón.

Pero de inmediato hizo a un lado este parangón; besó con ternura la zapatilla y la guardó en una bolsa de su saco con la misma delicadeza y escrúpulo con los que habría evitado el desprendimiento de los bellos y frágiles pétalos de una rosa de Castilla, un clavel o una margarita.

La cargó con esa prenda en sus maratones etílicos de varias semanas y meses a fin de mostrarla como una prueba de que su esposa ante Dios y la sociedad vivía aún en algún lugar de la ciudad y que, por lo mismo, estaba en la posibilidad de recuperarla y colocarla junto a su corazón.

Los tres pedos inmediatamente posteriores al este hallazgo tuvieron como recinto final de naufragio el Parque México, porque tío Rana supuso que su proximidad con la esquina de Insurgentes Sur y San Luis Potosí lo hacía idóneo para el recorrido contoneado y rítmico de las chicas del talón.

----

El rumor perdigonado y cansino del aguacero la despertó. La oía caer, rodar y correr con la piel verde de una víbora generosa que va dotando a las calles y jardines de frescos ministerios laborales únicamente conocidos por las plantas, los pájaros y los insectos que emergen del silencio.

El aguacero la llevó a recordar que cuando era niña escuchó una plática entre don Ventura y el abue Cuco en la que hablaron de lo mucho que llovía en la Ciudad de México, a diferencia de la extrema sequía de los cielos intensamente azules y sin nubes de sus pueblos de provincia.

Recordaba en especial que don José Refugio se quejó de que el Señor de los Cielos, las diez mil vírgenes y los 350 santos cristianos tenían en el olvido a su tierra, en la que sólo llovía una o dos veces al año y que había temporadas en las que no caía siquiera una miadita de pájaro o de ángel.

-Aquí, en cambio, llueve a cántaros casi todo el año sin que esa agua beneficie milpas y rebaños de ganado y, por el contrario, inunda calles, parques y casas. ¿Se acuerda don Venta, que todavía hace algunos años en las temporadas de lluvia había quienes se dedicaban a servir de burros de monta de los catrines que no querían mojarse las patas y pagaban para que las pasaran de una acera a otra?

-¡Cómo no voy a acorarme de ese oficio, si yo le hice de tameme cuando recién llegué a esta ciudad de agua!

-¿A poco usted también cargó gente?

-Sí, y gané mis buenos varos, a pesar de que sólo lo hice en las primeras horas de la noche, después de que salía de mi trabajo fijo. Pero en aquel entonces estaba chavo, tenía piernas fuertes, riñones sanos y bronquios limpios para no agarrar catarros, ya que uno tenía arremangarse el pantalón hasta casi la cintura porque el agua rebasaba el nivel de las banquetas. El problema de las inundaciones se acabó cuando el gobierno abrió el drenaje profundo y la ciudad dejó de convertirse otra vez en una laguna?

-¿Otra vez laguna, don Venta?

-Sí, laguna ¿No sabía usted que todo fue agua?

-No, sólo sabía que había lagos en Texcoco, Chalco, Xochimilco, Zumpango y que en esta ciudad había canales como en Venecia.

-Todo esto fue agua hace mucho tiempo, Cuco. Lo que hoy es la Ciudad de México, igual que Tlatelolco, fue una isla del lago de Texcoco, Entre esas isletas

había una lagunita que hoy llaman Lagunilla. Todo lo demás era agua, salvo los caminos de tierra que conectaban las dos islas con Tlalpan-Iztapalapa-Coyoacán, la Villa y Tacuba. En realidad, los lagos de Texcoco, Chalco, Xochimilco y Zumpango eran uno, pero primero los indios y luego los españoles fueron cegándolo hasta casi desaparecerlo.

- Con todo esto que usted me dice, uno puede pensar que si se dejara de sacar el agua y se le abandonara a la lluvia esta ciudad volvería a ser lago.

.¡Claro, pero no sería un lago de sólo agua sino también de mierda!- dijo don *Milaventuras*.

La evocación de esta amena y grácil charla trajo a su mente las imágenes físicas de ambos viejos, sus anécdotas y dichos. Recordó que en lugar de llamarla Lluvia el adulón de don Venta le aplicaba los seudónimos de su invención *Aguacero*, *Diluvio*, *Miss Tormenta*, *Huracana* y *Ojos de Pasión Pluvial*.

Del abue Cuco invocó su gracia mustia, su verba fácil y la fama de buen contador de chistes de toda índole, incluidos los majaderos y doble filo o sentido, además de la de alburero, práctica en la que él y sus compañeros habían participado en competencias organizadas en la sastrería de la calle Madero.

Los dos viejos, la mayoría de las veces acompañados por don Lucas, se sentaban bajo la higuera del patio a platicar y quizás también a reflexionar o recordar su vida pasada porque con frecuencia se quedaban callados hasta durante media hora papando moscas y mirando a cualquier lado.

Lluvia despertó de su ensueño justo cuando los tlaloques habían bajado el nivel de sus precipitaciones para convertirlos en una llovizna mansa, discreta y calladita como para no despertar a nadie, incluido al difunto quien desde el cielo estaría observando con severidad a sus dolientes.

Sí, tío Rana estaba ya encabronado e inquieto porque la mayoría de éstos - incluidos su madre, hijos, amigos y vecinos- estaban dormidos a pierna cuando faltaban dos horas para que lo llevaran a su nueva residencia y ninguno advertía que empezaba a oler a perro muerto.

El silencio era enorme, pastoso, colmado de rumores huecos, cuando Lluvia escuchó un ruidito como de ratón detrás de la caja de tío Rana. Era Pancho *Punga*, que había vuelto de su casa y estaba rociando agua a las coronas de flores que se hallaban de aquel lado.

Siempre comedido y servicial el *Punga*, hombre bueno a pesar de su oficio, pensó Lluvia. De su pasado más reciente evocó también el viraje radical que dio a

su vida para beneficio de su salud mental y física, y la de su mujer e hijos. Un cambio del que conmemoró los detalles más importantes.

Pancho había sido igual de chemo que muchos de sus amigos del barrio, pero a diferencia de Rafa y PepePedro, tenía una forma muy especial de pastar en el cielo: Alquilaba una bici y recorría en círculo una misma calle, el cruce de dos calles o una cuadra entera.

Estos giros locos le permitían que la gente oliera su aroma de hojarasca en roza, viera que su mirada se hallaba perdida en los juncales del sueño perdido o el orgasmo mental en seco; que gimoteaba o lloraba a mares y que echaba madres contra el pinche gobierno represor y corrupto.

-¡Chinga su madre la vida, el mundo, el gobierno, todos juntos en uno”, decía llorando a gritos, implorando y preguntando a Dios Santísimo por qué no se compadecía de la gente y preocupaba por dar santo remedio a la pobreza, al desempleo y a la inclemente violencia que asolaba al pueblo de México.

Giraba y giraba como sillita voladora, tiovivo, mula de noria, polillita nocturna, hasta que una noche una patrulla policial lo encontró demasiado extraño y se lo llevó a la comisaría. Santo remedio y desde entonces se acabaron la yerba, las pastillas y ni nieve colombiana.

## II

Llovía como no queriendo, el agua caía grisácea y mezclada con la luz polvorienta de un día cansino como soltado para que navegara de la mano de la rutina humana; un agua ajena a la voluntad diurética de San Pedro de bendecir a la gente con su santa orina.

Lluvia sonsa para un día torpe, desganado, medio idiota y con dieta de pan duro y café frío. Todo por culpa de la muerte de un pinche muerto cuyo sepelio resultaba muy aburrido porque tenía mucho tiempo de andar sepultado en vida sin que él y sus parientes se hubieran enterado.

El cortejo fúnebre de tío Rana, sin embargo, fue en grande porque se integró con todos sus familiares, encabezados por su madre, su hijo *Azucarillo*, su hijastra Lluvia, sus amigos, los maestros y alumnos de la cuadrilla-escuela Sánchez Mejías y todas las familias de la vecindad donde había vivido.

Don Pedro José María Pérez y Antunes acomodó a los dolientes en cinco automóviles que le ofrecieron los vecinos solidarios y en una camioneta de mudanza que contrató para trasladar a las personas de mayor confianza junto con las coronas y los arreglos florales.

Cuidadoso de formas y apariencias, PepePedro puso a la cabeza del cortejo la carroza que llevaría el féretro que guardaba el cadáver de su padre, cercado por seis coronas de flores; inmediatamente detrás el vocho rojo del *Punguita*, en el que viajaron la abuela Leónides, Lluvia y él.

En la tercera posición ubicó el vocho negro de los hermanos Cruz, una carcacha estrecha y chimuela en la que cupieron dos de los tres peluqueros, don Ventura y don Lucas; el cuarto vehículo, un *Ford* del año del caldo, transportó a algunos muchachos de la Leandro Valle y el Portal de Santo Domingo.

En la quinta posición arrancó una limusina azul marino, enviada por el diputado don Luis Pérez Macías y Díaz de León y conducida por un chofer vestido con traje negro de calle, corbata, guantes blancos y quepí. En este auto debió viajar la madre del difunto, pero se negó rotundamente a subir.

En su lugar fueron invitados otros dolientes a trasladarse en este vehículo, entre quienes resaltó Saraí Martínez Olguín, cuya sencilla vestimenta (falda, saco, mascada y zapatillas) no logró apagar o siquiera matizar su esplendor de supuesta de estrella de televisión y cine.

Pese a la reacción positiva y grata de la mayoría de los asistentes, la presencia de *Rosa de Mediodía* en el sepelio del tío Rana generó una actitud de

rechazo y profunda molestia en uno de los miembros de la familia del difunto que, por fortuna, no trascendió más allá de ese automóvil.

Aduciendo el carácter serio, dolido y triste del evento fúnebre, apenas la vio aparecer en el pórtico destartalado de la vecindad, Lluvia se detuvo en seco, se puso rígida, frunció el ceño y, aún mucho más pálida y demacrada, murmuró frases que dichas en voz alta habrían provocado un escándalo:

-¡Que hace aquí esa pinche vieja! ¡Viene a un desfile de modas y a presumir sus vestidos de puta! ¡Vaya modos de una rota para un descocado!

*Azucarillo*, quien alcanzó a escuchar estas expresiones, obró con rapidez y pidió al *Punga* que llevara a Lluvia y a la abuela al vocho rojo, en tanto tomó del brazo a *Rosa de Mediodía*, la saludó de beso en la mejilla y la ayudó a subir a la limusina junto con otros vecinos de Colombia 13.

Algunos de los vecinos que observaron los movimientos acelerados de PepePedro recordaron que la bella hija de don Lucas había sido la mujer ideal de Rafael Pérez Antunes, *El Viejo*, quien la pretendió en amores desde su más temprana adolescencia hasta su bien entrada juventud.

Sabían, asimismo, que su intenso amor por la futura *Rosa de Mediodía* indujo a Rafa a la ejecución de los mayores esfuerzos por alcanzar la fama y el éxito económico en el boxeo, la lucha libre, el hampa grande y que ésta lo había llevado a residir en un recinto de lujo de Tlaxcoaque.

De esta vieja trama amorosa no estuvo enterada Saraí, así como tampoco del reciente berrinche de Lluvia, y pasado un par de minutos el cortejo inició su recorrido. Salió de Brasil, dio la vuelta en Perú, enfiló hacia El Carmen para tomar Correo Mayor, luego San Pablo e Izazaga hacia San Antonio Abad, Tlalpan y Ermita Iztapalapa.

En el cruce de El Carmen y Correo Mayor el funeral provocó un fresco revuelo de palomas que se asentaron a curiosear en las cornisas y hornacinas de los edificios más altos, mientras que los comerciantes callejeros y sus clientes apagaron su bullicio, se persignaron y musitaron sus deseos de buen viaje al difunto.

En la vía lateral izquierda del entronque de Tlalpan y Fray Servando el desfile frenó con el propósito de que tío Rana pudiera despedirse de Rafa, quien se hallaba recluido en una de las suites del centro de detención policial de Tlaxcoaque, pero sus guardias lo obligaron a proseguir su camino.

Esta idea se le había ocurrido a la abuela Leona y *Azucarillo* intentó oponerse, pero Lluvia lo convenció de que nada se perdía con satisfacerle este

capricho, especialmente ahora que no lloviznaba y podía disfrutarse la vista de las grandes montañas que rodean el Valle de México.

La mayoría de ellas, incluso las más lejanas, parecían estar al alcance de las manos de la gente, como era el caso de los volcanes Popocatepetl, Iztaccíhuatl, Telapón y Ajusco, y las sierras de la Estrella, Remedios, Cuauhtepac, Chiquihuite, Guadalupe y aún el cerro del Tepeyac.

----

La caravana se desplazaba lenta y parsimoniosa cuando en la intersección de las calzadas de Tlalpan y Viaducto se le unió un sexto vehículo sin decir agua va: una vieja guayín con mariachis y tres jóvenes que intentaban ocultar con lentes oscuros su peda de varios días.

Eran los alumnos de la escuela taurina *Ignacio Sánchez Mejías* que en la madrugada habían estado en el velorio de tío Rana. PepePedro se bajó del vocho para saludarlos y agradecerles su nueva asistencia, provocando otra interrupción en el recorrido del cortejo.

Cuando regresó al automóvil de *El Punga* tuvo oportunidad de echarle un vistazo a Lluvia, quien viajaba con la abue Leónides en los asientos traseros. Lo miró con la misma inquisición muda y sorprendida con la que poco antes se habían reconocido después de muchos años.

La mano derecha de ella se aferró al borde lateral del asiento delantero que él ocupaba y en uno de los frenados de vocho, acaso sin querer queriendo, oprimió con sus dedos índice y recto la parte alta de su antebrazo, provocando que *Azucarillo* levantara la vista hacia el retrovisor.

El primer intercambio de miradas fue rápido e interrogativo, pero el que siguió unos segundos después fue largo, fijo y cómplice, además de verse asociado con el alargamiento del brazo izquierdo de PepePedro hacia el otro extremo con el propósito de rozar los dedos de su hermanastra.

Ésta retiró su mano y se concentró en atender a la abuelita, quien alternaba los cabeceos de sueño senil con lloriqueos silenciosos y la pregunta insistente de cuánto faltaba para llegar al camposanto porque tenía ganas de orinar. En respuesta Lluvia cayó en mentira flagrante;

-No se preocupe por eso, abue. Si tiene muchas ganas de hacer, méese cuando quiera, ya que el pellejo de estos asientos es absorbente y el coche tiene drenaje automático, ¿verdad Pancho?

Éste asintió con una sonrisa y explicó que no habría ningún problema porque era imposible que el cortejo se detuviera para que la ancianita bajara a mearse en un arbolito. Cuando Lluvia logró que asimilara estos detalles, cabeceó de nueva cuenta y se quedó profundamente dormida.

Los ojos grandes, castaños y cejjuntos de Lluvia refunfuñaron cuando *Azucarillo* intentó atarle la mirada desde el espejo retrovisor. Este aparente rechazo lo indujo a reflexionar sobre la inesperada y equívoca atracción física que experimentaba hacia ella desde la noche anterior.

Una atracción que contravenía no sólo la celotipia hacia quien en la infancia y la adolescencia le disputó el amor de sus padres y abuelos al hacerse pasar por su hermana, sino que también había sido la concubina, amasia, quelite, o lo que fuera, de su hermano Rafael.

Una persona que, además, lo había hecho padecer sentimientos ruines como los que generan la envidia, la avaricia, el desprecio, el odio. Una hermanastra a la que en su infancia cuidó de miedos nocturnos, fríos invernales y la decepción de los pobres regalos de los Reyes Magos.

Una mocosa de mirada redonda, estúpida y absorbente que lo perseguía a todos lados; de la que sus padres lo responsabilizaron porque tardó en desarrollarse y habló hasta los cuatro años; y de la que se desafanó cuando entró a la escuela primaria y ella a un jardín de niños.

Una miserable intrusa a la que su hermano Rafael violó en el ámbito de una acción ambigua y después se repitió con la anuencia de la víctima, lo que provocó en él una reacción emocional contradictoria en la que se mezclaron sentimientos de rechazo hacia aquél y de inculpación hacia ella.

Sin embargo, debieron pasar varios lustros para que PepePedro recordara con nitidez dos escenas que, sin duda, habían profundizado su repudio hacia Rafa y su odio hacia Lluvia: una cogienda sobre la mesa de la cocina y una penetración bucal bajo la cama del siempre ausente tío Rana.

La evocación subitánea de estas imágenes lo llevaron a levantar la vista hacia el espejo retrovisor para mirar el rostro de Lluvia: Su boca, sus labios, sus mejillas se veían frescos, incólumes, sin el mínimo indicio de las múltiples agresiones de que había sido objeto.

Su boca era carnosa, bien delineada y rosada en cuya comisura izquierda encarnaba un pequeño lunar oscuro que la hacía mucho más excitante.

----

Con demasiada frecuencia tío Rana tenía un sueño en el que se hallaba con Maguito en la cama. Se hallaban en sus primeros años de matrimonio, jóvenes, desnudos y a punto de entubarse; pero cuando Rana estaba a punto de treparse al guayabo ocurría una cosa muy rara: doña Margarita hacía remilgos y se negaba a la monta.

-¿Para qué le haces al cuento, si me vas a dejar vestida y alborotada como novia de rancho?- le decía. Luego aparecía con prendas mientras él, en pelotas y con la verga colgada, le suplicaba que no lo dejara. Entonces ella volvía a desvestirse, se acostaba y se ponía a masticar chicle como puta barata.

En la parte final de esta escena Rana se acercaba a su espalda temeroso, suplicándole que no cerrara los ojos para no ver o no darse cuenta de sus ridiculeces, las que trataba de borrar besándole cuello, orejas, senos, piernas, pies y panocha, caricias de las que se hacía la cosquilluda.

Pero después de este cachondeo no pasaba nada, porque el pajarraco de Ranulfo no alzaba el vuelo y se mantenía colgado e inerte como el moco de un guajolote, en tanto de que su boca pendía una baba gruesa como de nopal y de sus ojos salía una mirada similar a la de un idiota.

Posteriormente, sin saber qué hacer, ni qué decir durante dos o tres minutos, se alzaba, se hincaba y se lanzaba sobre el vientre de Maguito para aplicarse a un voraz cunilingue al que ella no se resistía porque formaba parte de sus prácticas sexuales desde que Rana era impotente.

Sin embargo, una vez concluida esta minuciosa tarea, en el sueño ocurría que en el paladar de Ranita se revolvía un líquido viscoso y azulenco que no tenía el mismo color ni la dulce salazón del jugo orgásmico que solía desprenderse del coño carnoso, rosado y peludo de su mujer.

Este sabor lo obligaba a degustar el jugo con la punta de la lengua; una vez que corroboraba su origen extraño, se apartaba del triángulo formado por la flor sexual escarlata y las piernas de su esposa, para mantenerse ahí indefinidamente hincado, derrotado y lloroso.

Lloraba y se lamentaba como un adolescente que carece de un palo lo suficientemente duro para responder con la fuerza de un mazo a los reclamos del enjundioso coño de doña Mago, que hablaba el mismo idioma bullicioso y juguetón de los delfines.

¡Con toda razón los clientes y los vecinos de los baños públicos de San Antonio Tomatlán decían que la caleñita que agendaba toallas, jabones, estropajos

y refrescos en los cuartos de regadera y vapor turco, ofrendaba también un precioso temascal muy cálido, alegre y parlachín!

La pesadilla de Ranita terminaba cuando doña Mago se sentaba al borde de la cama, se vestía con parsimonia y displicente se alejaba como las putas que se ganan unos pesos sin tener que esforzarse mucho en su trabajo y sin brindar ninguna satisfacción a sus clientes.

A cada uno de estos sueños seguían largas pedas en las que tío Rana abusaba del bacachá, aguardiente de caña, alcohol del 93, guachiringa, alipús, chinguere, marranilla y boleros románticos de *Los Panchos*, Julio Jaramillo y Olimpo Cárdenas.

----

*Milaventuras* decía que la vida es un juego de opuestos en el que no siempre se rivaliza para eliminar o calificar el bien y el mal, pues también son distintos pero afines mujer y hombre, sol y luna, gato y ratón, ladrón y policía; aunque en este caso la justicia no sabe quién es el malo, bueno o justo.

¿Por qué?, preguntaba, para luego dar él la respuesta:

-Porque los tiras que dicen estar al lado de la justicia invocan el dicho “ladrón que roba a ladrón tiene 100 años de perdón” y no pocos se “llevan la parte del león”. Ahí están los casos de mi compadre Rafa, el tambo por culpa de un judas al que no satisfizo el monto de la mordida que le ofreció; de la enorme cadena de políticos rapaces que viven del erario y se benefician del humilde oficio de los ratas pobres; y el del diputado *Tiliches*, quien empezó vendiendo chueco en la Morelos todo lo chafa que viene del otro lado y ahora es un próspero empresario, además de político de fortuna. Esta es la razón por la que uno puede decir, sin faltar a la verdad, que los discípulos de Dimas y Gestas exclaman ¡que chingaderas son estas! cuando sólo a ellos se les inculpa de rateros y se exime a los silenciosos asaltantes de tesorerías públicas, bancos, fábricas, centros comerciales, alcancías parroquiales y cofres obispales.

El *Filósofo de la Lagunilla* decía también: En realidad todos somos pungas cuando la ocasión se ofrece y la necesidad aprieta, cosa que ocurre a diario y se ha hecho uso y costumbre en mucha gente desde siempre. Ahí está el caso de los campesinos que desde hace miles de años le roban semillas a la tierra frutos y hojas a plantas y árboles; los patronos fabriles y rurales pagan salarios demasiado bajos a sus trabajadores; los comerciantes venden las mercancías a precios más altos y con menos gramos; los curas de barrio distraen pesos y centavos de las limosnas

eclesiales y los obispos y los arzobispos hacen los mismos recortes, pero mucho más grandes a los envíos milenarios al Vaticano, en donde los príncipes de la Iglesia Católica Romana no usan túnicas de algodón y sandalias de pobre pescador de truchas o bagres, sino riquísimas vestimentas bordadas en oro, plata, rubís y diamantes, herencia incontrastable del surgimiento de esa mafia italiana hace poco menos de un milenio en Estambul.

-Pero debo aclarar que con todo lo que he dicho no pretendo justificar algunos de los malos hábitos laborales de los pobres. En primer lugar, porque la pobreza explica, pero no justifica ninguna acción sancionable por los mandamientos cristianos y las normas jurídicas: Y, en segundo, porque el arte de los pungas no es menos valedero que los golpes al mudo, los juegos a la bolita en el meñique, el recorte de tlacos y la venta de tepuzque en supuestas de monedas de oro, artegios usados por los comerciantes, industriales, banqueros, funcionarios públicos y políticos para hacerse ricos de la noche a la mañana. En el fondo de los grandes problemas nacionales esta la corrupción de los pungas mayores, no los menores que sólo alcanzan a pepenar mordiscos, migajas y babichas ¿Qué hay detrás de las crisis económicas que golpean el solar patrio cada vez que cambiamos de brandy y la mayoría de los nacos y los chinacos se quedan con una puta mano en el culo y la otra en el pito?: el saqueo a manos llenas de los bolsillos del pueblo pobre y las arcas nacionales a manos de los burgueses y los políticos apátridas, en cuyas uñas largas los pesos se convierten en dólares que vuelan directo a los bancos y empresas de Estados Unidos, en donde reciben la sacrosanta protección del Tío Sam...

-Pero así es de dispareja e hija de puta la vidurria y no nos queda otra cosa por hacer que seguir chingando al *Gilberto* nuestro de cada día y hacerle violines a las crisis económicas ¡Cuán sabio y justo fue el Chuy al defender a ratas y putas, desterrar a los ricos del reino de los cielos y morir en medio de dos pungas!- decía el *Milaventuras* en la parte final de su disertado de siempre en el Salón Dalila y las cantinas donde copeaba.

----

En el 68 Rafa y el de la voz pudimos haber salido de pobres, agarrar una chamba decente y convertirnos en personas importantes, respetables y hasta intelectuales, como tanto cabrón que en entonces era vil punga y hoy goza de fama.

Es un rollo con muchas cuentas por juntar y detallar. La cuenta grande de muchos días, sitios y perchas dentro de un desmadre de rompe y rasga del que sólo

salieron mal *El Chompiras* y los porros pendejos que ignoraron que detrás de esa pinche revolufia había buen billete y yerba a pasto.

A mi compadre y a mí nos fue de la chingada porque nos pusimos morales y no le entramos a la onda gruesa del 2 de octubre en Tlatelolco, donde los gandayas que organizaron ese despapaye se fueron hasta el fondo y en lugar de jugo de naranja sacaron jugo de sandía.

El que nos metió en ese rollo fue Güicho, el futuro diputado *Tiliches*, quien aprovechaba sus ratos libres de vendedor de fayuca en Tepito y Peralvillo para hacer méritos de gato de oficina en el comité distrital del PRI en las colonias Morelos, Guerrero y Santa María la Redonda.

-Les tengo una buena chamba, en la que sólo se trata de entrarle a las marchas de los estudiantes, bloquear calles, hacer boruca, romper vidrios, pintarrapear paredes de casas, oficinas del gobierno, partidos políticos, quemar coches, madrear cuicos y mentarle la madre al *Trompudo*. Se trata de darle un importante jalón a la democracia, sacudir al sistema político de los dictadores priistas que impiden modernizarla.

-¡Ah, chingá, de dónde me sale demócrata y modernista el pinche *Guichilobos*?- pensé yo en mis adentros. Pero no era cosa de poner en entredicho la oferta porque el futuro padre de la patria prometía a cada gandul 100 morlacos diarios, yerba, polvo mágico y frascos de chupirul, según el gusto de cada quién.

Prometió también que nadie nos haría nada y que en el supuesto de que alguno de nosotros fuera detenido, habría gente del gobierno que intervendría para libararnos; y que al final de la gran revolufia de los estudiantes habría chambas con salarios de alto nivel en las oficinas del gobierno.

Una vez que aceptamos la oferta, Güicho nos mandó a la colonia Guerrero con unas gentes que se decían licenciados, ingenieros y doctores -la mayoría jóvenes y de edad mediana- quienes nos dirían lo que debíamos hacer cada vez que saliéramos a hacer la revolución junto con los estudiantes.

Estos señores anotaron nuestros nombres, nos pagaron la cuota salarial de ese día y nos dieron a escoger entre los cuarteles -así los llamaron- de Aragón, Tetepilco y el Palacio de los Deportes, en donde seríamos adiestrados en artes marciales y el uso de boxers, varas eléctricas, bombas molotov y granadas lacrimógenas.

Los instructores nos prometieron que si el desgarrate resultaba exitoso y nuestro trabajo era evaluado como bueno, tendríamos chambas de sargentos,

tenientes y comanches en la policía y, si se diera el caso, de profesores universitarios, politécnicos y normalistas.

Y esto fue cierto porque cuando acabó el movimiento estudiantil muchos compas que ni siquiera habían terminado la primaria o la secundaria, se convirtieron en funcionarios públicos de nivel medio, periodistas, catedráticos de preparatoria y dirigentes políticos de partido.

Este fue el caso de Güicho, quien después del 68 empezó su rápido ascenso político hasta llegar a diputado federal; a usar perchas de casimir inglés y a mascar palabras de anglo y franchute al lado de los escritores y cronistas de la gran “revolución de octubre” mexicana.

En cambio *El Viejo* y un servidor nos quedamos de ojetes, sin chamba, fichados como viles pungas y condenados a pagar siempre igualas a los comadreas ¡Todo por zacatones, hojaldras y culeros! Pero no me arrepiento de haber tomado la actitud que asumí aquel terrible día.

Y no me arrepiento porque hoy no habría peda, fumarola de María Bonita, mona de nieve colombiana o ampolleta que me aliviara del sentido de culpa. Ese día, el 2 de octubre, nuestros jefes nos asignaron un edificio, nos dieron un fogón, guantes blancos y la orden de chingar a cuanto cabrón se nos pusiera enfrente.

Los disparos debían hacerse lo mismo contra estudiantes, niños, mujeres y rucos, que a policías, granaderos y verdes. Nos asustó tanto que ni *El Viejo* ni yo pudimos decir una sola palabra mientras nos colocamos en posición de combate en el barandal de una terraza de un alto edificio de Tlatelolco.

Para fortuna nuestra la orden fue dada un par de horas antes de que la gente se reuniera en la Plaza de Santiago, pudimos cavilar juntos lo que debíamos hacer y cuando soltaron la bengala que desató la ventolera no enfrentamos ningún contratiempo para echarnos a correr hacia la colonia Morelos.

¡Nosotros pungas honrados y cristianos cabales, no pinches asesinos criminales!

----

Lluvia se llama Lluvia porque su mamá no había pensado ni decidido qué nombre ponerle el día que la llevó al registro civil y cuando el juez se lo preguntó, lo único que le vino a la mente fue la imagen del agua que desde la mañana estaba cayendo sin parar sobre las calles de la ciudad.

Y no había pensado en el nombre, porque desde que nació y hasta que cumplió medio año simplemente la llamaba “niña”, cosa en la que se dejaba ver su falta amor y rencor porque era a ella a la que le echaba la culpa del alejamiento del padre.

Este desafecto, sin embargo, no impidió que dos días después de su bautizo Magnolia organizara una visita al bosque de Chapultepec a la que fueron invitados la tía Mago, el tío Rana y tres compañeras de trabajo con sus respectivos novios.

La fiesta terminó en una peda que duró hasta la medianoche. En esas horas Lluvia apenas pudo dormitar un par de ocasiones y en todo momento se dedicó a observar, con su mirada redonda y absorbente, todo lo que se movía y brillaba en el cuarto.

En ningún momento lloró, ni siquiera cuando Magnolia, después de uno de sus alegres brindis, volcó sobre la mesa una cuba y parte del contenido alcanzó a derramarse en la cuna de Lluvia, una de cuyas piernitas quedó pegoteada con el dulcísimo y aguardentoso lodo del bacachá.

Este incidente dio oportunidad para que uno de los novios de las compañebrias de su madre dijera que ese derrame había sido el tercer bautizo de Lluvia en un solo día, toda vez que se sumó al de la Catedral y al que el Tío Rana le improvisó con las aguas verdes del Lago de Chapultepec.

-Yo te nombré Lluvia porque trajiste un diluvio benéfico para los sedientos; porque tienes pestañas de aguacero y porque ojalá tu nombre espante de ti y tu gente las lágrimas que ahogan al mundo- había dicho tío Rana cuando la sacramentó con el agua lacustre.

El recuerdo de este segundo bautizo provocó que Magnolia, quien se hallaba muy peda, se soltara a llorar a gritos y puñadas contra su cabeza y caderas, sin decir por qué ni mencionar a nadie, aunque todos los presentes supusieron que estaba evocando al desconocido padre de Lluvia.

Nadie, salvo doña Margarita Antunes Galeana, conocía el nombre del hombre que realmente engendró a Lluvia. Tía Mago sabía también que el padre de ésta no había sido el chafirete que en ese periodo la hacía de novio de Magnolia, a quien le bastó ver el puñito de carne rosada para saber que no era su hija.

Sabía, asimismo, que el papá de Lluvia era hijo de una rica familia libanesa que residía en la colonia Roma, donde Magnolia trabajaba como gata; que el amorío no había sido obra de una rápida montada de niño-patrón abusivo, sino de una relación sexual bien hecha, estrecha y pudo acabar derecha,

Pero esto no ocurrió porque se descuidaron y al ser descubiertos siguieron destinos diferentes y distantes: Magnolia al norte de la ciudad por vía del despido inmediato y Salomón, el chico de 20 años, al solar patrio de sus padres para que se curara de la calentura y el capricho amoroso.

Este deslinde forzado apartó de tajo la fuerte pasión carnal de un muchacho alto con cara de caballo, ojos y pestañas de camello que creía hallarse profundamente enamorado de su criada; y la de una experta treintañera que compartía esta convicción y gozaba en la cama como una quinceañera.

Una convicción amorosa sólida porque a pesar de su escasa edad el joven fenicio parecía saber de carnalidad sexual igual o más que su homólogo judío, ya que le bastaba trepar al guayabo para que Magnolia empezara a delirar y deletrear los versos más afamados del gran poeta bíblico con las sílabas ah, oh, sí, así, más, más, más...

De este amor intenso, digno de cualquier analogía con el de los amantes de Verona, sólo quedó el recuerdo de dos abortos clandestinos financiados con el ahorro de los domingos de Salito, y un tercer embarazo de Magnolia del que habría de surgir el caudal de ternezas pluviales y humanas conjuntado en Lluvia.

Durante el primer de alejamiento Magnolia pudo guardar la esperanza de un posible reencuentro futuro, pero fue precisamente tía Mago quien la convenció de que no era el mar Atlántico el que ahora la separaba del fenicio, sino algo mucho más grande y poderoso: el dinero de la familia de éste.

-Sí, amiga, no sólo el perro baila con dinero, sino también los cristianos, los judíos, los mahometanos y los gringos evangélicos que tanto pregonan la igualdad entre la gente. Así que resígnate a perderlo porque quizás Salito no vuelva a México y si vuelve lo hará con una fulana que tenga la misma o más plata que la de su familia.

Y, en efecto, así ocurrió cuatro años más tarde cuando el junior regresó convertido en un caballero a la usanza europea, casado con una libanesa de origen y brillante carrera en los negocios en su tierra y México. Para entonces la familia de Salomón había cambiado de domicilio y vivía en Pedregal de San Ángel.

Cuando Magnolia se enteró casualmente de su retorno, gracias al informe de una de sus excompañeras gatas de la colonia Roma, intentó en vano enterarse de la nueva residencia de su ex galán con el propósito de mostrarle al precioso fruto de sus amores clandestinos.

Ignoraba, por supuesto, que Salomón pertenecía ahora al exclusivo, celestial y esotérico mundo de la burguesía mexicana; que su nombre e imagen sólo eran

accesibles para los pobres a través de las fotografías publicadas en la prensa, en las pantallas de televisión y las noticias dichas en la radio.

Jamás pasó por su mente la idea de que ese hombre rico difícilmente aceptaría el enorme parecido que Lluvia tenía con él y su madre; y acostarse con ella para recuperar el buen sabor de las deliciosas cogiendas que durante tres años sostuvieron cuando su familia vivió en la colonia Roma.

-Me conformo con volver a sentirlo dentro de mí siquiera una sola vez. Sí, manita, una sola cogidita, una sola, una sola. Sí, manita, una cogidita nada más- le dijo llorando a doña Mago la última vez que habló con ella, poco antes de que no volviera a su cuarto de la vecindad.

La soledad, el hambre y los lloriqueos de Lluvia dieron cuenta de su desaparición a tía Mago y tío Rana, quienes junto con otros vecinos se dedicaron a buscarla durante un par de semanas en todas piqueras de la colonia Morelos, Peralvillo e incluso la Merced, sin hallar el mínimo rastro.

La búsqueda cesó cuando doña Margarita encontró en uno de los viejos bolsos de Magnolia -mezclado entre algunas joyas de bisutería, recortes de periódicos y fotografías- un pedazo de papel blanco y doblado en el que había manuscrito dirigido a Salomón:

“Amor mío, perdóname que falte a Dios, pero tengo que hacerlo porque ya no aguanto tanto abandono y tanto amor a ti y sintigo, ya muerta estaré contigo siempre porque Dios nos unirá para siempre en la otra vida, te amo eternamente; Magnolia”.

El texto había permanecido oculto en una fotografía del empresario Salomón Yunes publicada y recortada de un periódico. Ambos papeles habían estado protegidos por una mica en la que Magnolia guardaba el acta de nacimiento y la fe de bautismo de Lluvia, expedida por el Arzobispado de la Catedral Metropolitana.

Cuando tía Mago le dio a leer a don Cuco el recado y la fecha en que fue escrito, recordó haber leído en un diario vespertino que una mujer joven se había lanzado a las vías del Metro en la estación Tlatelolco, entre cuyas pertenencias había un texto de contenido similar escrito en el volante publicitario de una tienda de hamburguesas.

Con estas referencias tío Rana intentó localizar en el Semefo los restos de Magnolia, pero le dijeron que el cadáver de la suicida de Tlatelolco había sido ya sepultado de una fosa común dos semanas al no ser reclamado por sus familiares.

----

Por cierto -dijo don Venta rompiendo el silencio ensotonado y frío que prevalecía en el vocho de los hermanos Cruz- ¿sabían que el hoy difunto un día intentó adelantarse a su destino?

-¿Don Rana?

-Sí, Ranulfo.

-¿Cómo?

Antes de responder a esta pregunta el *Filósofo de la Lagunilla* hizo una pausa para sopesarla mejor, ya que desde hacía mucho tiempo el difunto inconscientemente la venía poniendo en práctica a través del alcoholismo, ya que de otra forma habría resultado fallida y ridícula.

Esta fue la causa por la que después de reprimir el deseo de contar la anécdota con un cosquilleo en la punta de la lengua, carraspeó y con una indisimulada sonrisa invitó a sus interlocutores a que esperaran su respuesta, que sin duda lindaría en la comicidad.

Esta promesa incluso se dejó entrever con la quita repentina de su sombrero de alas cortas para ocultar el brote de una carcajada que empezaba a estallar en su boca y sus ojos congestionados con lágrimas de cocodrilo, a pesar de que el cortejo fúnebre le exigía discreción.

-¿Le pasa algo, don Venta?- le preguntó Napo, quien lo observaba a través del espejo retrovisor.

-No, amigo. Ha sido únicamente un espasmo.

Pero Isaías, *El Cha*, el más guasón de los hermanos Cruz, había advertido que el supuesto espasmo de tío Venta había sido en realidad la represión de una carcajada motivada por una de las muchas anécdotas callejeras del tío Rana, y le dijo:

-Suelte el trapo, don Venta, porque si no lo suelta entonces sí va a atragantarse y ahogarse.

-No, no, no- respondió el viejo, que seguía cubriéndose el rostro con su sombrero para ocultar la risotada y los movimientos contenidos de su estómago y pecho.

Para fortuna de la memoria del difunto, el irreverente jolgorio que se gestaba en el vocho de los hermanos Cruz fue interrumpido cuando el cortejo se detuvo a la

altura de la estación General Anaya del Metro debido a un embotellamiento automovilístico de varios kilómetros.

El embrollo había sido originado por la caída de una mujer de una combi y del pleito que el accidente provocó entre choferes y usuarios, quienes primero intercambiaron insultos, luego golpes y el maremágnum generado por los demás conductores que daban pitazos, gritos y giros audaces.

El atasco duró cosa de una hora y la caravana funeraria de don Rana reanudó su marcha sobre la calzada de Tlalpan. Don Venta recuperó su compostura y sobre la cara se puso la máscara filosofal idónea para abordar el asunto humano más ineludible: la muerte.

*El Cha*, sin embargo, no olvidó que en la garganta y la afilada lengua del viejo librero pendía un cuento o una anécdota del tío Rana, cuyo posible contenido debía ser conocido por sus prójimos ahora que su alma ascendía al cielo en busca del perdón divino.

Entonces el ruco soltó la lengua y contó que un día de los últimos años de la década a los 80, cuando ya había muerto don Cuco, su hijo mayor decidió matarse con una navaja casera que se clavó en el costado izquierdo del pecho con la manifiesta intención de picarse el corazón.

-Pero el pinchazo fue errado, golpeó a casi medio centímetro del bombero mayor, no interesó a ningún órgano importante del tronco y la herida en sedal tardó en sanar 15 días, además de que el incidente pasó desapercibido para los vecinos, acostumbrados a sus largas ausencias y borracheras

Pero tío Venta recordó el fallido suicidio de tío Rana no fue omiso para muchos de los lectores de un diario capitalino en cuya página de nota roja dio cuenta de esta noticia con un encabezado por demás atractivo e ingenioso: "Vivió para contar su autosuicidio".

El librero, quien recordaba casi al dedillo la nota informativa, dijo a los peluqueros que el sumario decía: "Quiso clavarse una navaja en el corazón, pero su mala puntería le salvó la vida. El desdén de una mujer fatal fue el que lo llevó a desear adelantarse a su destino".

La reseña periodística revelaba que el infractor fue llevado a la fuerza por voluntarios de la Cruz Roja mientras chorreaba a borbotones y gritaba que lo dejaran morir, que no quería seguir viviendo y que no quería la compasión de nadie.

Esta escena tragicómica se suscitó con la presencia de un gran número de curiosos reunidos en la esquina de Talabareros y Eduardo Molina; el

desconocimiento de sus familiares y su envío a un hospital de urgencias ubicado en Jardín Balbuena, en donde fue necesario anestesiarlo antes de curarle la herida.

Cuando se repuso de la herida prometió a su madre, a Dios y a la Virgen de Guadalupe que nunca más atentaría contra su vida y para protocolizar esta promesa el 12 de diciembre de ese año marchó de rodillas de Peralvillo a la Basílica con el acompañamiento y apoyo de Lluvia.

Pero de nada sirvieron la manda religiosa que hizo ante la Virgen, ni la pagana y pependciera rodillada que lo inmovilizó durante dos semanas más y lo obligó a un lapso similar de abstención alcohólica por mandato médico, el cual asumió como un injusto castigo terrenal.

De esta sanción se libró apenas pasaron la Navidad, el Año Nuevo y el Día de Reyes, y a partir del mismo 6 enero de ese año volvió a las andadas étlicas en cuanto piquera de la Morelos, Tepito y Peralvillo se le pusiera enfrente, aunque sin dejar de lado su promesa de no matarse.

El cumplimiento de esta promesa, según tío Venta, se sustentaba en la convicción íntima de tío Rana de que sólo Dios dispone de la vida de sus hijos y, asimismo, en el temor a reincidir en el ridículo en el que había incurrido semanas antes.

-Ranita entendió que uno no puede hacerle al pendejo con bravatas a la muerte, porque ésta no admite provocaciones ni probanzas, como debió aprenderlo con su fallido suicidio, el cual lo convirtió en un alcohólico discreto, introvertido y sobrio, valga la paradoja, que orientaba más sus extroversiones a la melancolía solitaria y silente, en todo alejada de las canciones dolidas e invocadoras de la muerte. Es probable que Ranita finalmente haya entendido que esta Doña y Señora no requiere ser conculcada ni violentada para asistir a quien la necesita.

----

En el fondo más oculto de la locura piadosa de don Lucas había una pasión anterior a las causadas por la pérdida de su esposa y el escándalo de nota roja generado por uno de los amoríos de su hija Saraí. Cargaba dicho bagaje desde su juventud y su temprana inmersión en los medios urbanos de la capital.

En una de sus correrías nocturnas conoció a muchacha de la mala vida, de la que se enamoró con tal intensidad que es muy probable que esa pasión haya sido la raíz de su devoción evangélica hacia la imagen de María de Magdala, aún vigente en sus hábitos cotidianos.

La Malenita trabajaba en la calle del órgano; tenía quince años, cuerpo redondito, tetas inhiestas, cara oval, piel morena oscura, ojos de chale color capulín, boca carnosa y fresca siempre bien pintada de escarlata. Pese a su edad manejaba mejor a los hombres que un gañán bueyes matrerros.

En sus manitas terminaba cada fin de semana gran parte de su magro salario de aprendiz de albañil. Pero un día, después de una relación clientelar de más de seis meses, lo convenció de que se fueran a Estados Unidos en busca de mejores empleos e ingresos.

El viaje en autobús fue sobre la carretera federal México-Laredo y la primera escala se dio en Matehuala, con el propósito de que respiraran el aire seco y limpio del desierto potosino. Gozaron de una genuina noche de luna de miel en extremo tierna.

Sin embargo, después de una segunda Lucas despertó hasta el mediodía y se halló frente una situación inusitada: Marcela, su noviecita del Órgano, había desaparecido del cuarto de la posada de camioneros y junto con ella su equipaje, así como el dinero que llevaba en su cartera.

Desconcertado y triste se vio obligado a buscar trabajo en el mercado público del pueblo y en las noches se dedicó a pasear en las solitarias calles de Matehuala con la esperanza de dar con ella. Pero fue hasta la tercera semana cuando la encontró al mediodía en la plaza de armas.

La acompañaba un hombre muy alto, moreno, vestido con saco rojo, camisa negra y pantalón blanco; calzaba botas vaqueras negro-blancas; portaba gahné de seda negra en el cuello, sombrero tejano y lentes oscuros; y de su boca de labios negros se desprendía el brillo de un diente de oro.

Su figura no le resultó extraña y después de hacer memoria recordó haberlo visto merodear varias veces en el Órgano; que alguna vez Marcela se lo había presentado como su primo; y que en algunas calles de las colonias Santa María la Ribera y la Guerrero era conocido con el apodo de *El Pocaluz*.

Desconocía, sin embargo, que era uno de los carteristas más conocidos de estas demarcaciones y el más conspicuo de los padrotes de la Plaza Garibaldi. Cuando Lucas estaba punto de ir al encuentro de la pareja, el dueño de la tienda de abarrotes donde trabajaba, le voceó al oído con la mira puesta en Marcela:

-Bonita la india esa, Es la novedad en *El Astoria*. El tipo es su padrote y de otras cuatro muchachas que trajo de México.

Entonces entendió el engaño. Se sentó sobre la banqueta a llorar calladamente y después de media hora se hallaba caminando en la margen derecha

de la Carretera Panamericana con rumbo al centro del país. Quería desandar el camino del engaño en el que había caído para hallar el del desengaño.

Entendió que sólo mediante el reconocimiento de los errores se evita la comisión de los mismos u otros peores en el futuro, porque la vida es un aprendizaje continuo si se la asume con objetividad y no se piensa que uno siempre acierta en el conocimiento la naturaleza de las cosas y en el supuesto de que siempre deben ser buenas.

-Esto no se da siquiera en las personas acostumbradas al éxito., pues a éstas también se les tuercen los hechos y las palabras. Así es la vida y no hay forma de verla de otro modo. Cuando se comete una pendejada lo primero que hay que hacer es reconocerla, digerirla y aplicarse un castigo ejemplar para no volverla a cometer- dijo en voz alta cuando se detuvo bajo a descansar bajo un chaparral.

Para su tránsito por el severo camino del desengaño y la autocrítica Lucas se había provisto de una frazada, una botella de agua y de las milenarias enseñanzas del Chuy, quien de la dulce y austera savia de las plantas del desierto asimiló la sabia propuesta de igualdad entre todos los entes del universo.

Fue por ello que su larga caminata por los llanos semidesérticos de la región central de México lo proveyeron de noches colmadas de brillantes y diminutas estrellas; del jugueteo locuaz y escandaloso de los corre caminos y la hospitalidad de los mercaderes que en la carretera venden carne y piel de víbora de cascabel.

Nada mejor halló entonces para olvidar el malamor de Marcela que los rumores sedantes de los animales del desierto, el aroma cálido pero fresco de los bosques cactáceos, el vuelo torcaz y silente de la Tierra y el balsámico asecho de la roja luz del sol al romper o cerrar el día.

----

El amor de Rafael Pérez Antunes, alias *El Viejo*, hacia Saraí Hernández Olgún nació en su infancia, aumentó en la adolescencia y cuando lo asumió a plenitud se propuso trabajar con mucho esfuerzo a fin de hacerse rico y poderoso, declarárselo y lograr su mano.

De este amor noble habían sido confidentes sus amigos de vecindad y los de la plaza de Santo Domingo, quienes atestiguaron el cortejo limpio con el que se lo hizo saber a la bella hija de don Lucas e intentó mostrarse ajeno a los hábitos de un paria de barrio bajo.

Desde niño Rafa escoltó a Saraí en las calles de la colonia Morelos cuando iba y regresaba de la escuela para evitar que fuera objeto de chuleadas y requiebros. La primera se dio cuando ella cursó el sexto año en una primaria cercana a la Plaza del Estudiante.

La protección se mantuvo durante sus tres años de secundaria en un centro escolar aledaño a la Plaza de Garibaldi y hasta su primer año de bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), ubicada en la calle San Ildefonso.

Los proyectos de Rafa tenían como sustento sus puños de hierro y el rápido avance de su aprendizaje del pugilismo en una escuela paredaña al mercado San Camilito de la Plaza Garibaldi, cuyo maestro le prometía un éxito rotundo en las arenas de México y Estados Unidos.

La futura *Rosa de Mediodía* aceptaba el resguardo del futuro campeón mundial de box para corresponder a la estrecha relación de amistad que había entre sus familias y también a su pragmatismo ya que la compañía de Rafa le garantizaba seguridad física.

Esas caminatas generaron en los vecinos de la Plaza de Santo Domingo la idea de un noviazgo formal que con seguridad terminaría en el matrimonio de la bella colegiala y el acreditado deportista, pero desapareció de pronto sin anuncio previo.

La disolución repentina se dio una tarde-noche en la esquina de Argentina y Donceles cuando, sin venir a cuento Saraí le hizo estas preguntas a su presunto galán:

-Oye, Raf, ¿qué se ha hecho de Lluvia? ¿Qué hace, dónde vive? ¿Sigue con ustedes?

-¿Cuál Lluvia?- contestó sorprendido y haciéndose el pendejo de que no sabía de quién se le estaba preguntando.

-Lluvia, la muchacha que tus padres recogieron cuando era niña y que pasaba por hermana tuya y PepePedro.

-¡Ah! La arrimada esa- dijo en tono bajo y perplejo, mientras que con la vista insistía en buscar otra respuesta entre los restos del adoratorio-pirámide dedicado a los dioses Tlaloc y Huitzilopochtli. En sus ojos se hacía obvio el malicioso cuestionamiento de Saraí.

Pero el breve pero notorio compás de espera que le exigió la búsqueda de una respuesta satisfactoria, finalmente lo llevaron a decir:

-Vive todavía con nosotros, pegada a mi abuela. Creo que trabaja de gata para una familia de la colonia Roma.

Saraí pareció no quedar satisfecha con esta respuesta y durante un buen trecho del camino hacia la plaza de Santo Domingo y la calle Leandro Valle, se mantuvo en silencio, aunque en su rostro meditabundo había una expresión de plácida complacencia interna.

Sin embargo, cuando llegaron al pórtico de la iglesia de Santo Domingo, Saraí detuvo el paso, tomó de un brazo a su acompañante, lo encaró y con voz queda pero firme, le dijo:

-Raf, con mucha pena te digo que en adelante no dejaré que me acompañes en las calles y que he tomado esta decisión porque acabo de enterarme que Lluvia es tu mujer y no quiero que por un chisme de vecindad vayas a romper con ella o que la muchacha vaya a echarme una bronca. Ya ves cómo es la gente para interpretar las cosas que no son lo que aparentan.

Una vez que dijo esto, Saraí dobló hacia el callejón de Leandro Valle con rumbo a su casa, en tanto que Rafa la siguió para tratar de convencerla de que no era cierto lo que le habían dicho de su relación con Lluvia.

-Lluvia no es nada mío porque es como mi hermana; es mi hermana de crianza, Quien te dijo ese chisme mintió ¡Cómo crees que ando con mi hermana!- repitió con insistencia Rafa sin ser escuchado y Saraí sólo se detuvo para remachar su decisión:

-No voy a discutir contigo cosas que no me van ni me vienen porque no me interesan. Lo único que quiero dejar bien establecido es que no tengo ningún interés en ti y que por lo mismo no me importa si está rejuntado o no con Lluvia. Por ello quiero pedirte que no te molestes más en acompañarme y que me consideres una amiga sincera que no exige otra cosa que respeto a su integridad moral, misma que podría verse afectada por algún chisme falso o malintencionado.

Una vez dicho esto, Saraí le tendió su mano derecha y apenas sintió su contacto, la retiró y cerró de golpe la puerta del edificio. Con la nariz casi aplastada por el portazo y el adiós Rafa se quedó grogui y a punto del nocaut como si hubiera recibido un rechazazo en la punta de la barba.

Lo único que le impidió caer fue la percepción del aroma dulce y fresco que el aterciopelado roce de piel de Saraí dejó en su mano derecha, el cual fue el primero y último contacto físico que le dejó la niña y joven que amó durante más de una década.

Frustrado, encabronado consigo mismo y roto por dentro como un violín aplastado, Rafa decidió esa misma noche abandonar sus sueños de campeón mundial de box y entregarse por entero a la delincuencia menor y media hasta alcanzar la mayor.

---

Las huelgas ferroviaria, magisterial y médica, el asesinato de Rubén Jaramillo, la lectura de algunos textos de Carlos Marx, Federico Engels y Vladimir Ilich Uliánov, *Lenin*, fueron determinantes en la filiación del tío Venta al Partido Comunista Mexicano (PCM) en los años 60 del siglo XX.

Su acercamiento a los principales teóricos del socialismo derivó de su labor como vendedor de libros usados en el mercado de la Lagunilla y también de su amistad con don Nabor Ponce, veterano luchador social que había formado parte de la Casa del Obrero Mundial (COM).

Su ideología y militancia comunistas moderaron sus hábitos de bohemio que lo habían caracterizado en los recintos más conocidos de la Plaza Garibaldi y las colonias Guerrero, Morelos y Santa María la Redonda, donde se le conocía como un personaje alegre, enterado de todo.

En cantinas, salones de baile como el *Copacabana* y *El Rey*, o puteros como el *Bombay* era conocido como un hombre de buen ver y decir, siempre dispuesto a parrandas largas pero discretas para evitar que le fueran con el chisme a su musa alteña.

Sí, desde un lustro antes había entregado su alma y corazón a Dorita, quien trabajaba como cocinera en una de las fondas del mercado San Camilito de la Plaza Garibaldi, y resultaba por demás fácil que cualquier chismoso lo denunciara.

Pero fue precisamente en ese periodo cuando la lectura de la brillante legislatura histórica y política de *El Moro* de Tréveris la que lo fue alejando de estos lujuriosos corros mundanos y llevando al dominio de una cosmovisión cada vez más certera e integral de las comunidades humanas,

En adelante ninguna aventura o desventura de cualquier índole habría de distraerlo del estudio, difusión, enseñanza y praxis de la filosofía marxista-leninista en los ámbitos sociales en los que se movía, sin que le importara un bledo el impacto positivo o negativo en sus interlocutores.

Una vez afiliado al PCM, Venta fue integrado a una célula de artesanos y trabajadores no asalariados que operaba en el centro de la ciudad y que tenía como

tarea regular la distribución y venta callejera de *El Machete*, el órgano oficial de dicha organización política.

Y aunque esta promoción la hacía al margen de su negocio, en su puesto de libros siempre se hallaban ejemplares de *El Machete* a la vista de las personas y turistas que iban a comprar mercancías a tenderos establecidos, tianguistas y comerciantes informales.

En un inicio abrazó con mucho entusiasmo el voceo abierto de la revista socialista, pero pronto se dio cuenta del rechazo de mucha gente hacia su contenido político y la vigilancia especial que los policías preventivos y de cruceo daban a sus movimientos.

Estos hechos lo obligaron a un repliegue táctico y a buscar una fórmula de promoción cautelosa, debido a que dos veces fue llevado a la barandilla; en tres fue madreado por golpeadores que invocaron motivos religiosos y a la presunción de que era vigilado por la policía política del gobierno.

Además, las condiciones para la difusión del ideario comunista se hallaban en su nivel más adverso, pues estaban en el tambo de Lecumberri los líderes ferroviarios Valentín Campa y Demetrio Vallejo y el pintor muralista David Alfaro Siqueiros, célebre *coronelazo* de Guerra Civil Española.

Este análisis lo llevó a la conclusión de que debía enfocarse a tareas de estudio e instrucción en espera de mejores tiempos. Intuía, asimismo, que la estrategia de agitación del partido no era la adecuada y que lo más prudente era profundizar en la lucha social y laboral de los trabajadores.

Venta estaba convencido de que la mejor enseñanza del marxismo-leninismo se da en este frente, cuyo discurso es menos oratorio, palabrero o demagógico, y mucho más pragmático porque se asocia con acciones que cuestionan radicalmente los intereses bastardos de la burguesía.

Para dar un ejemplo de que esta señora mañosa actúa en contra de los intereses de las masas trabajadoras, planteaba esta pregunta. ¿Es posible que una sola persona crea riqueza mayor a la que necesita como individuo? Y el mismo, antes de que nadie diera una respuesta, decía:

-No, por supuesto, porque tendría que disponer de decenas y centenas de brazos, o cinco o diez cerebros en la cabeza, para crearla y también para consumirla por cuenta propia o individualmente. Esto demuestra, como lo dijo *El Moro* de Tréveris, y antes sus maestros en economía política, que toda riqueza es producto de la aportación de muchos hombres y que, por lo mismo, ésta debe ser distribuida equitativamente- argumentaba con sobrada muestra de sabiduría.

Y de vez en cuando recurría al uso de figuras literarias populares y grotescas para describir a los sucios burgueses, de quienes decía que son ricos en fiambres, burros de oro, cerdos engordados con zanahorias, papas, gladiolas, rosas de Castilla y flores de cempasúchil.

Aducía que los únicos ricos permisibles para la ética revolucionaria eran los jugadores de lotería, de naipes y carreras de caballo, cuyo enriquecimiento subitáneo podría ser cuestionable porque procede del azar y no del trabajo diario, como el caso de los obreros, campesinos y empleados de comercio u oficina que tienen que ganarse el pan de cada día en al menos ocho horas continuas de tallarse el seso, las manos o el lomo.

-Otra muestra de que la riqueza es producto del trabajo colectivo está a la vista de todo mundo: que donde hay un hombre rico en su entorno inmediato siempre hay muchos pobres, la mayoría trabajadores bajo su servicio laboral directo o indirecto- decía con el énfasis magisterial que le era característico en tales casos.

---

El cortejo fúnebre y sus seis autos, guiados por la carroza gris rata que portaba el cadáver de tío Rana, treparon con mucha lentitud el puente en trébol de Taxqueña, A pesar de que las nubes cargadas con lluvia cubrían gran parte del Valle de México, el Popo y el Ixtla iluminaban la región oriente con sus altos copones de nieve.

En la parte baja del área sur de la extensa Sierra Nevada, el cerro de San Lorenzo Tezontle exhibía con su habitual donaire guerrero la herida abierta y sangrante de su rica mina de piedra roja, desde la que también parecían fluir el viento fresco y un delicioso olor a tierra, flores, arbustos y árboles mojados.

Meditabundo, acaso renuente de llegar a su destino, el convoy se detuvo drásticamente como un animal espantado cuando la camioneta guayín en la que viajaban los muchachos toreros se desprendió de la cola del desfile para ponerse al frente y frenar la carroza que llevaba a tío Rana.

En un primer momento el conductor de ésta supuso que la policía delegacional era la que había detenido el paso del cortejo, pero al advertir que se trataba de uno de los grupos dolientes, intentó reanudar la marcha, pero de uno de éstos, de pie sobre la calzada, se le puso enfrente.

Era *El Atitalaquia* quien, con la mirada oculta por unos lentes oscuros, parla de lengua torpe y olorosa a licor, le ordenó que parara su patín porque iba hablar con maese *Azucarillo*, el jefe del convoy, quien iba en el vocho donde se transportaban los familiares del difunto.

-Igual, maese, esto sólo para informarte que vamos a Miramontes por agua bendita. Tenemos incienso y cola suficiente, pero no queremos que después falte. ¿No se te ofrece otra cosa?

*Azucarillo* sonrió y le dijo:

-No, gracias, *Atita*, Allá nos alcanzan, Vamos lento para que nos alcancen. No vayan a regarla.

-Igual, jefe. No tardamos.

De inmediato la guayín dio un giro rápido para volver hacia atrás y se alejó del cortejo, no sin que antes el *Atitalaquia* hiciera una seña al *Punga* de que pronto él y sus compañeros regresarían para seguir en el chupe.

-Estos cabrones son igual que muchos mexicanos- dijo *Azucarillo*.

-¿Cómo son?- preguntó el *Punga*.

-Hacen de muerte fiesta, de fiesta muerte y de solemnidad desmadre.

Lluvia y el *Punga* sonrieron, no así la abue Leónides que meditaba con los ojitos cerrados y mascullaba en silencio moviendo los labios, de los que pendía un hilito de baba. Cuando Lluvia se dio cuenta, sacó un pañuelo de tela para quitársela y una vez terminada esta tarea alzó la mirada hacia el espejo retrovisor.

Se topó con la de PepePedro, que se mostró llana, fija, clara, redonda, ya sin ningún indicio de sorpresa o asombro e incluso cargada con manifiesta intención inquisidora. Esta misma actitud de reto asumió Lluvia logrando que él desistiera y bajara los ojos.

Instantes después, sin embargo, volvió a levantarlos y los fijó en sus labios. Estaban porosos pero secos como si los insuflara la ansiedad. Pero ahora fue ella quien debió rehusarse a la fijación de *Azucarillo* y en obra de ello se dedicó a brindar mayor atención a la abuelita.

Esto se debió, además, a que doña Leónides movió sus piernas y cuerpo como si se hallara incómoda y a que en sus ojitos había alarma y sorpresa dando la impresión de que le había ocurrido lo esperado: que le habían ganado las aguas.

-No se preocupe, mamita. No tenga ningún cuidado, así le pasa a todos; es normal que a todas las gentes les gane- le dijo Lluvia..

-¿Qué, ya hizo de la pipí la abuelita?- preguntó el *Punga*.

-No, todavía no, pero ya le están ganando las ganas, y aunque le digo que haga del baño no quiere hacerlo- dijo Lluvia.

-Sí, abuelita, suelte la meada que no va a pasar nada. Al contrario, los vochos agarran más fuerza y velocidad con orines de niños y ancianos, que son la mejor gasolina para los carros chicos.

-¿Qué dice el muchacho?- preguntó doña Leónides.

-Que se orine, abuelita; que no tenga vergüenza de bautizar el coche y que va a caminar con más ligereza.

De este incidente *Azucarillo* apenas se dio cuerda porque su mente andaba lejos, pensando en su padre, recordando por primera vez en mucho tiempo que desde que él era muy joven tío Rana era un hombre triste, solitario, siempre quejumbroso de que su mujer lo había traicionado.

¿Será cierto que mi mamá fue muy puta? ¿Quién sabe? La gente a veces miente por envidia o por mentir, aunque bonita sí lo fue y sigue siéndolo. Ahora sólo ella me queda. Ella me buscó y me encontró hace muchos años. Rafa no quiso hablar con ella en el diciembre posterior al año en que se fue. *El Viejo* estaba enojado y sigue encabronado con ella, En ese entonces ella se acercó a nosotros mientras el tipo con el que se había ido y ahora es su marido la esperaba en sentado en la banca de un jardín. Me madre lloraba a madres, pero el cabrón de Rafa no quiso dejarse abrazar por ella dolido porque abandonó a nuestro padre, a quien hoy vamos enterrar después de andar muchos años de borrachito callejero ¡Qué bueno que mi abuelita está tan ruca que apenas se ha dado cuerda de lo que le pasó a su hijo y se ríe de que el *Punga* le dice que se mee con confianza en su coche! Lo bueno es que cuando se es niño o demasiado ruco uno no capizca todo y las chingaderas de la vida se ven ajenas o muy lejanas.

----

El artegio del dos de bastos se da mejor en donde hay mucha gente. Entre la que se reúne en el Metro, los autobuses, troles, mercados, tiendas, procesiones de santos, manifestaciones públicas En el apretón y el recargón va el dos, aunque el segundo no es necesario cuando éste último es bueno.

También hay que saber elegir al Gilberto y lo primero que hay que hacer es ver si trae pasta; si su tacuche es bueno y no da grima; si porta plumas y lentes finos; si en las muñecas lleva pulseras, en los dedos anillos de oro y brillantes y sus zapatos son de charol, están bien boleados y no mojados.

Ya en la mira se le trabaja con una tranca, que además de cercarle la entrada o la salida del vagón del Metro, el bus o el trolebús, debe obligarlo a que levante los

brazos para que no se den cuerda de que el índice y el meñique pueden hacer a la perfección el dos de bastos.

Las mujeres son mejores trancas que los varones porque aparte de distraer con recargones cachondos al Gil, suelen hacerlo también con coqueteos de mirada y murmurios de boca. Lluvia pudo hacer bien este trabajo, pero después del primer ensayo salió asustada y encabronada.

La pendeja se puso rejega y alegó que no podía coquetear con cualquier cristiano que se le pusiera enfrente; que no le gustaba la idea de andarle chingando su dinero a la gente y que le espantaba hasta la madre la posibilidad de ser llevada la barandilla o verse guardada en chirona varios meses o años.

En sólo un par de horas en una de las líneas de autobuses que corren de la Alameda al Auditorio Nacional sobre el Paseo de la Reforma desvalijamos esa vez a una docena de giles, juntamos más de dos mil varos, cinco relojes, cuatro pulseras y tres juegos de plumas fuente.

¡Y cómo no habíamos de juntar ese botín con una tranca fuera de serie como Lluvia, que ese mediodía vistió un monito rojo ajustadísimo que le permitió lucir sus enormes tetas de vaca suiza, sus bellas piernas gordas y el gran botapedos que compite con el de la *Tongolele!*

Parecía estarle haciendo un favor al pueblo de la Ciudad de México con subirse a un autobús urbano y embobar a tantos pasajeros que la veían como si fuera una artista de cine. Entre ellos estuvo un pinche ruco que quería pegar su chicle con ella y que se dio cuerda del engaño.

Llegó un momento en que este ojete la agarró de un brazo para encararla y quizás reclamarle que estaba trabajando de tranca, pero Lluvia se soltó de una fuerte brazada, se puso frente a él y con mucha energía le dijo que ella no tenía la culpa de fuera tan bobo o pendejo.

Este hecho probablemente fue el que la decidió a no seguir en el oficio, a pesar de que el cambio de brandy de 1982 provocó un pleito entre polacos y una crisis económica de la chingada que apergolló a todo mundo con la falta de empleos y el aumento de precios de alimentos, bebidas y rentas.

Ese tiempo fue tan duro que Rafa y yo pensamos en dejar de lado el dos de bastos y ponernos a trabajar tardes y noches sobre autos, por lo que volvimos a proponerle a Lluvia que nos ayudara a detener a los choferes. Pero la muy cabrona volvió a negarse y nos dijo:

Yo no nací para fichera, ni puta callejera. Prefiero trabajar de gata o barrendera.

Y no hubo modo de convencerla, pese a que el *Viejo* le ofreció darle un tercio de las ganancias y con parte de su propio dinero comprarle la buena percha que necesitaba para exhibirse en las aceras y esquinas más transitadas del rumbo, además de llevarla a bailar más seguido a *El Jaguar*.

Pero ni así aceptó la cabrona, dejándonos a mí y a mi compadre con un palmo en las narices ante una de las chambas más prometedoras de esa época, y obligándonos a volver al dos de bastos; uno de los artegios más finos, limpios y honestos.

En más de 15 años de practicarlo jamás he molestado ni tenido que golpear a ningún Gilberto. Las uñas de mis manos son igual de largas y bien afiladas que las de un guitarrista y, por lo mismo, no son tan feroces ni rapaces como las de los políticos y los empresarios. Estas especies tienen garras.

----

En su casa don Lucas nada dice ni hace que haga suponer que está loco. Todo lo discierne y ejecuta con normalidad. En la iglesia, oyendo misa o de paso, actúa en silencio, humildad y devoción; se persigna, hinca y escucha con mucha atención los sermones del cura.

En las calles es donde se le olvida que debe comportarse con la prudencia y la sabiduría propias de quien lleva el nombre Salomón; y en las que le vale madre que sus locuacidades nada tengan que ver con las prédicas de uno autores de los *Evangelios de Cristo*.

A veces da la impresión de que esta actitud es estudiada y similar a la de los ciegos profesionales que mendigan en las calles, plazuelas eclesiales, micros, autobuses urbanos y convoyes del Metro; quienes una vez completada su cuota de limosnas cambian de paso, rostro y embozo.

Lo primero que hacen es buscar un callejón o jardín arbolado en el que se quitan y guardan las gafas oscuras, cambian de camisa o chamarra, cubren la cabeza con un sombrero o gorro, doblan y guardan sus bastones; y ya sin su indumentaria de oficio salen a las calles con paso firme y seguro.

Don Lucas actúa de manera muy parecida cuando sale de su casa del callejón de Leandro Valle en busca del sustento diario; deja atrás su aparente tristura de loco tierno y despliega las mismas dotes de creatividad laboral que hace miles de años exhibieron los grandes actores de la Sagrada Biblia.

En seguimiento al pie de la letra del guion bíblico el padre de Saraí actúa al modo de Abraham, Moisés, Job, Lot y José, pero no el príncipe judío de los egipcios sino el padre de Jesús, a quien Jehová le puso los cuernos con la mamá de éste, según los sagrados *Evangelios*.

Este último es su personaje favorito porque su historia lo licencia para la comisión de más tropelías, de las que las víctimas más frecuentes suelen ser los comerciantes de puestos fijos, semifijos y callejeros, ante quienes se asume como José y pide fruta, verdura y pan a cambio de bendiciones.

Cuando los mercaderes se niegan a este intercambio recurre primero a la amenaza de Expulsión del Templo y luego a los actos de rapacidad oculta o abierta, por lo que a menudo es llevado a la barandilla en donde se enreda en maratónicos alegatos bíblicos, no jurídicos.

La mayoría de estas reyertas terminan con la aparición mágica o evangélica de Saraí ante el juez cívico y los agraviados; el pago de las mercancías robadas, la imposición de una pequeña multa; la recomendación de no reincidir en este tipo de hurtos y la oferta de una disculpa del infractor a los comerciantes.

Otra de las mañas del padre de la *Rosa de Mediodía* consiste en recortar el papel de periódicos y revistas con la forma de los billetes de banco, ponerles cifras monetarias y tratar de adquirir frutas, otros alimentos y mercancías domésticas.

-¿Crees, acaso, que son *panchólares*?- pregunta indignado y al borde de la cólera cuando el comerciante se niega a aceptar el pago de su mercancía con estos papeles - ¿Acaso vale menos este papel impreso, escrito con la sabia tinta de la prensa libre, que los sucios billetes y tlacos de mierda que emite el pinche gobierno carranclán?

Pero además del gobierno y los comerciantes, en la diatriba de don Lucas saltan a la palestra los banqueros, los industriales, los jueces y procuradores de justicia, los políticos de partido, los gobernadores de los estados y aun los jefes de Estado de países extranjeros.

Debido a estas espumosas oleadas verborreicas los comerciantes toreros de la Lagunilla, Tepito, El Carmen, la Corregidora, Correo Mayor y la Plaza del Estudiante lo llaman el Loco de Santo Domingo, y cuando lo ven venir hacia ellos cubren con telas de plástico sus mercancías.

Para ellos su agudeza y desproporción retórica no es nada atractiva y sus habilidades de merolico carecen de la gracia de Manuel Medel, *Cantinflas* y *Tin Tan*. Y, lo que es peor, temen mucho que vayan a resultar ciertas algunas de sus elucubraciones apocalípticas.

Entre éstas, la que más miedo les provoca es la que habla del fin de mundo, la cual se desprendería de una guerra atómica entre los gringos y los europeos con los rusos; o de la posible aparición de la Bestia Negra. toda vez que cada día se halla más cercano el 6 de junio de 1996.

----

Don Cuco y doña Leónides formaron una pareja feliz. Vivieron en un periodo histórico lleno de sorpresas, diversiones y aventuras sencillas que los protegió de algunos de los drásticos cambios de política económica generados en el país, la mayoría propiciados por la inestable situación política internacional.

El abue José Refugio no se preciaba de ser una persona bien informada de lo que ocurría en la ciudad, el país y el mundo, pero era un hombre con la inteligencia necesaria para resolver con tino y rapidez todos los problemas laborales y domésticos que pudieran afectar a su familia.

Hallaba siempre a tiempo el justo medio a todo; sabía amar, comer, divertirse y compartir con su esposa, hijos, otros parientes, amigos y vecinos los bienes materiales más elementales para la sobrevivencia diaria. Era lo que en español antiguo se nombra un hombre justo y sabio.

Sustentaba la idea de que la felicidad no debe perseguirse o buscarse con mucha obstinación porque, según su experiencia propia, llega de la forma más sencilla y de mano a los miembros de la familia, los amigos y compañeros de trabajo.

Esta tesis la había recogido de un artículo del escritor Alfonso Reyes de quien en su memoria guardaba algunas frases como las de que la felicidad es un “subproducto de la creatividad del hombre y no un fin en sí mismo”, porque quien la persigue como “premio, recompensa o tesoro termina por suicidarse”.

Por ello don Cuco había llegado a la conclusión de que la felicidad es el palito diario con su mejer, los tamalitos con cafecito o chocolatito, los chilaquiles verdes o rojos, el pulquito o la cubetita de bacachá de fin de semana, los paseos con los nietos y el danzoncito en el *Cocol* o el *California Dancng Club*.

-Uno puede ser feliz hasta cuando esta pinche tierra temblona se pone igual de jacarandosa que la grupa de una brava potranca y con sus temblores cabrones nos pone a bailar jarabes tapatíos, jarochos y huastecos- decía a sus amigos cuando ya se sentía medio teporocho.

En el inicio de los años 30, cuando había dejado atrás la albañilería, oficiaba ya como sastre y se había acostumbrado a olerle los pedos al Diablo, don José

Refugio estaba convertido en un gentleman pues vestía pantalón y tacuche de casimir inglés, corbata y sombrero de fieltro.

Con la pose de un dandy, soltero y convertido en un danzarín experto, en uno de los concursos de danzón del *Salón México* ganó un cuarto lugar, y en los centros nocturnos más conocidos -entre ellos el *Marro*, el *Cocol* y el *Smyrnai*- contaba con varias parejas de baile

Interpretaba el danzón con alegre soltura y sabor azucarado, a la cubana y veracruzana, sin el estiramiento ni la solemnidad del vals que le ponen los chilangos, a quienes imputaba desconocer que es un baile tropical del Caribe en cuyos fraseos hay resonancias africanas.

A esta forma de bailar y a su imagen de indio urbanizado y guapo -era de estatura media, delgado, cara larga, lampiño, mirada risueña y brillante- debió que sus camaradas de baile lo apodaran *Monje Loco* y *Cadete Constitucional*, alusivo éste al primer danzón escrito en Cuba.

Ninguno de estos sobrenombres trascendió fuera de los salones de baile y su afición por este empezó a decaer cuando a la vecindad donde vivía llegó una preciosa hembra que vestía enaguas largas, rebozo, calzaba huaraches, hablaba a medias el español y buscaba trabajo.

La contrató de inmediato para que limpiara su pequeña vivienda, lavara su ropa, le cocinara tres veces al día y como acababa de llegar a la Ciudad de México esa misma noche la hizo su señora, con lo que de algún modo evitó que el oficio de gata degradara su nombre de pila, Leónides.

Lo que sí le costó mucho trabajo y tiempo fue convencerla de que debía dejar de lado su "cerranía", palabra con la que aludía su cerrazón o rechazo a los usos y costumbres urbanas, ya que tardó casi una década para renunciar a sus enaguas y huaraches.

Poco a poco también se fue acostumbrando a pintarse los labios y las cejas, a vestir faldas cortas, zapatillas con tacón alto, a salir con su marido e hijos al cine, los salones de baile, a las plazas públicas como la del Estudiante y la de la Soledad, y las alamedas Central y Santa María la Ribera.

El cumpleaños nueve de su hijo Ranulfo fue festejado en el Bosque de Chapultepec, cuyo zoológico le brindó una de las mayores sorpresas de su vida al poner a su vista una gran variedad de animales desconocidos, entre los que descollaron los leones, sus tocayos.

A partir de esa fecha empezó a acompañar a su marido a todos lados, incluidas las cantinas donde don Cuco solía agarrar la parrada con sus amigos.

don Lucas y don Ventura, a los que contaba anecdóticamente cómo había logrado urbanizar a su querida esposa.

-¿Saben cómo convencí a esta mujer de civilizarse? Presentándole a sus parientes los leones. Cuando se los enseñé se quedó sorprendida del tamaño de esos pinches gatos. Los miró son moverse, sin hablar y sin escuchar durante varios minutos y cuando terminó de verlos me dijo: ¡Que bonitos animalitos, parecen de peluche...! A partir de ese día esta leona empezó a caminar de otro modo y a dejar los cuatros que tenía atorados en la lengua.

Cuando doña Leónides escuchaba esta anécdota sonreía de buena gana y sólo de vez en cuando se defendía de las burlas sanas de su marido.

----

-¿Ya llegamos, hija?- preguntó la abuela desde el costado izquierdo de Lluvia, donde se había quedado dormida. En sus ojitos semiabiertos y llorosos fluían el sentimiento de tristeza y el deseo de descanso que la muerte de su hijo había provocado en ella, su familia y los amigos.

Su reacción emocional estaba motivada tanto por la pérdida de su hijo, como por la sensación de alivio que le provocaba saber que habían terminado los largos periodos de incertidumbre sobre su estado físico cuando se hallaba ebrio en calles y piqueras.

Desde hacía muchos años había cruzado en su cabeza el deseo de que Rana se fuera al cielo antes que ella porque nada le pesaba más que la idea de dejarlo atrás en el lodazal del alcoholismo y esa pena de amor que lo había castrado e inutilizado.

Por ello la muerte se le ofrecía como un remedio de vida para su hijo y para ella, ya que en cuanto su alma subiera al otro mundo Diosito lo juzgaría con justicia santa, le perdonaría sus excesos y ya limpio de toda culpa la esperaría en una de las estrellas más brillantes del cielo.

Sin embargo, doña Leónides se deshacía luego de estas divagaciones porque no estaba muy convencida de que el Señor atendería sus plegarias y liberaría a Rana del alcohol y del pérfido amor malsano por la puta que lo había abandonado.

Lluvia recogía sus lágrimas silenciosas con un pañuelito de seda cuando resbalaban y llegaban a su costado; acariciaba suavemente con su mano derecha su cabecita y en voz muy baja le cuchicheaba al oído:

-No, mamita, no llore usted. Tío Rana ya está en el cielo disfrutando de la protección y amor del Señor. Su alma está ahora en paz y sólo se nos ha adelantado. No llore usted. Ya vamos a llegar; estamos a unos diez minutos del camposanto.

PepePedro escuchó el murmullo, se revolvió en su asiento, se hincó sobre él, colocó ambos brazos sobre el respaldo y preguntó a Lluvia:

-¿Todavía tiene ganas de orinar?

-No. Sólo quiere saber si ya vamos a llegar.

-Ya llegamos al Cerro de la Estrella; sólo falta rodearlo para encontrar la puerta del panteón. Es cosa de diez minutos.

PepePedro extendió su brazo derecho para acariciar el pelo de la abue Leona, pero también con intención de rozar la mano de Lluvia, pero ésta rápidamente la retiró y alzó la vista hacia él como en actitud de reclamo.

*Azucarillo* sonrió, volvió a revolverse en el asiento y una vez sentado alzó la vista hacia el espejo retrovisor en busca de la mirada de Lluvia, que ahora acurrucaba a la abuela para eludir el acoso.

-Ya vienen los muchachos toreros- dijo el *Punga* para informarlo que la guayín pistache había vuelto de la calzada México-Tulyehualco, en la que habían comprado unos pomos.

Lluvia se vio obligada a seguir consolando a la abuela porque ahora, consciente de la cercanía del entierro de su hijo, sus sollozos fueron más seguidos y movían su cuerpecito con mayor fuerza. Los apapachos la hicieron recordar lo que alguna vez dijo el tío Venta con relación al llanto:

-A veces se llora en silencio con los ojos cerrados simulando que se duerme; a veces se llora en sueños o se sueña que se llora, que para el caso es lo mismo, sobre todo cuando las cosas no andan bien; y a veces, como dice el poeta, uno ríe llorando o llora riendo; se muere durmiendo, se duerme muriendo, se coge soñando, se sueña cogiendo; y cuando se sueñan pesadillas más pesadas que la realidad cotidiana uno llega a pensar si esta cabrona no es más pesada que la peor pesadilla del mundo.

Cuando el cortejo llegó al panteón caía una llovizna demasiado rala y porosa, casi tan seca como el tedio en argamasa de un día demasiado largo que había a empezado a chingar la madre desde la tarde anterior y quisiera alargarse sin darle ningún descanso a los sufridos pacientes del tío Rana.

Un día confuso y aciago que el más cabrón que bonito habría querido evitarlo, aunque fuera Domingo de Ramos o San Lunes.

---

Me duele mucho, la neta, que *El Viejo* esté en chirona. Me duele no sólo porque es como mi hermano, ya desde niños nos criamos juntos y porque en el revoltijo de la nieve colombiana que le agarraron están mezclados varios cabrones de arriba con más culpas que mi compadre.

No sé mucho de este enredo, pero en algunas ocasiones Rafa se ha ido de la lengua y me ha dicho que en el negocio sucio de *El Inmortal* tienen su parte un judas, un jefe de policía al que apodan *El Negro*, un prócoro y un político de alto nivel al que le dicen *El Grande*.

Sé que a pesar de sus sueños de grandeza la responsabilidad de mi compadre no iba más allá de la vendimia necesaria para el pericazo y el pomo diarios. Estoy seguro que *El Inmortal* lo embaucó para esa carga de burro preparada desde el principio para caer en manos de la policía.

Los jefes de judas y policarpos necesitaban un periodicazo de ocho calumnias y para darlo agarraron de pendejo a mi compadre. Ocurrió lo mismo de siempre: al perro más flaco le cargaron las pulgas y desde hace tiempo para mucha gente del barrio Rafa es el perro del mal.

Creo que esto le ha pasado por juntarse con políticos de gobierno demasiado cuzcos y por no contentarse con los triunfos del dos de bastos en la brisca de la vida, que lo mismo dan para el pomo y las fumarolas de María Bonita que para pagar los refrendos del Montepío.

Sus ansias por el lujo, la fama y el gran dinero se hicieron caca cuando creía que estaban al alcance de sus manos. Creo que ni sus sueños de rey del barrio y campeón mundial del rumbo pudieron reponerlo de la traición de Saraí con un vegetal más ruco que don Lucas y don Rana juntos.

Todo el putamadral de ilusiones y proyectos que reunió desde niño y en su mente guardó como en una torre de cristal se vinieron abajo y una vez convertidos en pedacitos de vidrio le han estorbado el paso y la vista para que no acepte lo que pasa en el mundo que lo rodea.

Para él no existe la globa, que según los ricos y los políticos harían menos pobre a la patria, porque lo único que lo rodea es una ciudad vieja colmada con la

gleba de léperos, chavos banda y mendigos que todo el día se rascan el chincual del hambre, la mugre y el desempleo.

Es tan mala la suerte de Rafa que hasta la cabrona de Lluvia, que desde hace muchos años es su quelite, le hace de chivo los tamales con cualquier ojete. Un día en el Pedregal de San Ángel la encontramos cachondeando con un chavito bajo un palobobo plantado en el centro comercial Perisur.

La mañana en que nos topamos con esa pinche sorpresa veníamos ya medio pedos y chemos, pero teníamos la intención de comprar un pomo caro para festejar en casa que nos había ido bastante bien con el zorreo de un par de casas de una zona residencial cercana.

*El Viejo* no dijo nada. Lo único que hizo fue tenderle la mano para ayudarla a salir del edencito improvisado en el peñascal, mientras que al muchacho ni siquiera lo miró pudiendo haberlo madreado por andarse calentando los huevos con gallina ajena. Así es de noble y pendejo mi querido compadre.

Después de que Lluvia se sacudió el polvo de su uniforme del servicio de limpia de la Ciudad de México, la llevó a donde sus demás compañeros de cuadrilla desayunaban. Después de intercambiar saludos, nos despedimos y tomamos una combi que nos llevó al metro Universidad.

Durante el rato que duró este pinche viaje Rafa estuvo en silencio, entre medio getón y encabronado; pero cuando llegamos a la estación del gusano naranja se puso a sobar la frente, primero con la mano derecha y luego con un paliacate como si estuviera sudando a mares.

-¿Te sientes mal, compadre?- le pregunté.

-No, carnal, estoy bien de todo. Sólo estoy tratando de quitarme de la frente los pinches cuernos.

Ni con una cosa así mi compadre perdía el sentido del humor. Dos días después, como para justificarse ante mí por su modo de actuar en el Pedregal, me contó que entre él y Lluvia ya no había nada, que sólo de vez se encontraban en la cama y que cada uno hacía su vida aparte.

-Ella cogiendo con otros cabrones y yo soñando con la mujer blanca de cabellos verdes y ojos de gringa.

-¿Saráí?

-¡No seas pendejo, compadre! ¿A poco esa puta es así?

Sólo unos minutos más tarde entendí que mi compa hablaba de la cocaína, la mariguana y los dólares.

----

En sus conferencias magistrales del *Salón Dalila* tío Venta captaba la atención y el interés de un grupo de oyentes, entre los que se hallaban los hermanos Cruz (Napoleón, Isaías y Noe), Pancho Arias y otros pungas del barrio El Carmen, a quienes les resultaba siempre novedoso todo lo que decía el *Filósofo de la Lagunilla*.

Los dejaba absortos, en particular cuando invocaba a un filósofo judío alemán apodado *El Moro*, quien en la segunda mitad del siglo XIX aseveró que Jesucristo había sido el primer socialista de la historia moderna porque luchó por la igualdad absoluta entre los pueblos del Medio Oriente y toda la tierra.

Esta imagen era la que más fascinaba a los pungas porque sabían que el Nazareno había sido crucificado entre dos ladrones por los imperialistas de Roma; porque los inducía a asumir que su actividad contaba con la licencia del Señor y los acercaba a su ideal igualitario.

-Si no fuera por los engaños del Vaticano, del cristianismo usurario Roma, del de Gringolandia y de la prensa de derecha de México, América Latina, Europa y África -decía con la misma elocuencia de un parlamentario de Donceles y San Lázaro- el *Evangelio* de Jesús sería entendido como una propuesta socialista y no como un truculento discurso de príncipes romanos adornados hasta en la lengua con piedras brillantes y figuritas de oro y plata.

-Sin embargo -abundaba- las ideas igualitarias de *El Moro* no son algo que pueda ser soslayado o exorcizado con bolas de humo, metales explosivos, fósforo y aún atómicas, como en 1945 lo intentaron los pinches gringos genocidas en Japón. Y no es posible porque son tan inatrapables como la paloma del Espíritu Santo, la evolución de las especies y la ley de gravedad. Matar al *Moro* y al *Güero* equivaldría a frenar el movimiento de la historia y el principio de redención de la tierra y el universo. Lo que en física es el movimiento de los átomos en busca de materializarse primero en energía, luego en piedra y tierra, es la lucha de clases en la economía y la política.

-*El Chuy* fue un hombre de carne y hueso que luchó por la libertad, contra la esclavitud y la desigualdad, no el Mesías que deificaron los cabrones romanos para elevar y poner fuera del alcance de la gente estas grandes ideas- decía el tío Venta, quien predecía que más temprano que tarde estas propuestas volverían a recorrer el suelo patrio sobre los pies y talones de otros Panchos Villa, Emilianos Zapata y

otras soldaderas igual de chingonas que las de hace casi un siglo ¡Ya las veo a las cabronas vestidas de chinas poblanas, charras jaliscienses o vaqueras norteñas arremetiendo contra los milites y políticos del régimen burgués en las cantinas del Centro Histórico, taconeando sobre las frescas baldosas de la plaza Garibaldi y la Alameda y los lujosos bares del Paseo de la Reforma, Polanco, las Lomas de Chapultepec y el Pedregal de San Ángel!.

-La dialéctica, el principio rector de los contrarios que dan vida al universo, es la que mueve también a los hombres hacia la lucha de clases y la que les permitirá superar la dicotomía riqueza-pobreza en favor de los trabajadores y en contra de la burguesía. Esta, sin embargo, hoy cuenta todavía con el apoyo consciente e incondicional de las clases medias y los intelectuales mercenarios, así como de algunos traidores del lumpen-proletariado, como es el caso de Pancho Arias *El Punga*, aquí presente.

Esta alusión directa provocaba casi siempre con las mismas frases y palabras la siguiente diatriba entre maestro y alumno.

-¡Ya, pinche viejo culero, a echar pedos y sermones en otro lado, que aquí está el pueblo verdadero! ¡Pinche comunista descontinuado, rabanito pozolero, rojo por fuera y blanco por dentro! ¡Se me hace que hasta es oreja de *El Sol de Bucareli* y viene aquí a presumirnos que chupa vodka ruso y chingere chino! ¿Por qué no nos dice que explota al rucoloco que vende sus pinches libros viejos en el Metro para que él viva como rico y predicador del comunismo? ¡Pinche padrote desverijado que nos sale con que todos los demás somos lumpen!

-Sí, *Punguita*, tú eres un lumpen porque perteneces a la clase proletaria, pero brindas servicios mercenarios a la burguesía y sus gobiernos robando, golpeando y a veces asesinando a tus propios hermanos de clase a cambio de unos pesos. Los lumpen son los iscarotes y los judas de la sacrificada clase proletaria.

-¡Ni madres, pinche viejo ojete! ¡Habla como si no viviera del trabajo de otras gentes, entre ellos el Loco de Santo Domingo!

-¡Vean, muchachos! ¡Vean cómo reacciona con agresividad y mentira el típico lumpen-proletario para ocultar sus relaciones de complicidad con la clase pudiente, aunque aquí todo mundo sabe que está al servicio del diputado *Tiliches!*

-¡Vaya usted al carajo, pinche viejo fantoche!

Las disputas entre don Ventura y Pancho *Punga* eran, son, siempre las mismas, siempre se formulan con las mismas palabras y siempre terminan con unas de copas en el bar *Río de la Plata*, donde la revisión de las recurrentes crisis

económicas de México los reconcilia por vía de sus coincidencias en puntos de vista y quejas.

Estos enjundiosos análisis generalmente se apoyan en la imagen de las calles, mercados públicos y cantinas despobladas de coches, personas y hasta de pájaros, aunque no de vendedores ambulantes, merolicos, mendigos, putas callejeras en pleno día y estrellas celestiales en las noches.

-¿Cuándo calcula usted que durara esta crisis?

-No lo sé, hijo. Quizás dos o tres años porque los ciclos de recapitalización no tienen fecha en el calendario.

----

El diputado Luis Pérez Macías y Díaz de León no es un hombre con grandes luces de entendimiento y tampoco está dotado de un discurso político fluido porque carece de estudios universitarios y no se ha preocupado por memorizar siquiera los rollos más elementales de la ideología de su partido. .

No sabe si este es de derecha, centro o izquierda, pero tiene a su favor el apoyo incondicional de sus electores, un liderazgo popular fundado en su relación personal con los comerciantes fijos, semifijos e informales y una oficina donde una de sus secretarías atiende y resuelve los problemas cotidianos de éstos y los vecinos.

Una o dos veces al mes visita este recinto, ubicado en la calle de Paraguay dentro de la sede del comité distrital quinto del PRI, con el propósito de atender personalmente algunas de las demandas de los electores, la mayoría relacionadas con problemas de trabajo, tramitología burocrática y la entrega de vales de despensa alimentaria.

La satisfacción de estas peticiones lo habían provisto de una mayor popularidad que lo ubicaba al nivel de un genuino Padre de la Patria y que gran parte de sus conocidos se olvidara de los inúmeros apodosos despectivos que le habían puesto, entre ellos el de *Tiliches*.

Este liderazgo político había empezado antes de los años 80, cuando colaborada con el Tricolor en el acarreo de gente para las asambleas de barrio, mítines partidistas y actos masivos de gobierno; y se consolidó en las elecciones generales de 1982 cuando fue invitado a convertirse en militante activo.

En esos comicios, en los que el país también cambió de brandy o presidente y la capirucha de regente, el PRI temía que sus candidatos a diputados locales

captaran pocos votos en ese distrito y para evitarlo sus líderes invitaron a don Luis Pérez Macías y Diez de León que se les uniera.

Su incorporación formal fue protocolizada en un acto público organizado en la Plaza Loreto al que asistieron numerosos tianguistas, militantes y muchos funcionarios locales encabezados por el entonces regente de la ciudad, quien fue orador único del mitin y lo único que dijo fue esto:

-Esta reunión masiva, protagonizada por ustedes queridos concurrentes, tiene como único y solemne objetivo invitar a que un líder social, natural y moral nato e innato de la calidad de don Luis Pérez Macías y Díaz de León en adelante milite en el partido de la Revolución Mexicana a fin de que este siga defendiendo los intereses del pueblo trabajador de este país. Un hombre de su calibre espiritual y de su peso específico en la comunidad social de la ciudad más grande del mundo, no puede seguir estando margen de la toma de decisiones de gobierno de la gran México-Tenochtitlán.

-Por ello don Luis, permítame invitarlo a militar en nuestro instituto político para que se ponga al frente de los militantes del partido en este distrito y defina la estrategia de combate de nuestros candidatos a diputados en la próxima contienda electoral. Hombres valiosos como usted, aunque estén dedicados al desinteresado y generoso ejercicio de la libre empresa, no tienen derecho a marginarse de la práctica altruista de la más hermosa de las vocaciones humanas: la política.

Confuso y sorprendido, con el rostro igual de coloradote que el de un chapulín asado en comal, fue obligado a subir al templete para agradecer tanto los múltiples adjetivos laudatorios que le dedicó el prohombre de la capital, como los nutridos aplausos del público.

Salvo la palabra gracias, repetida más de una docena de veces acompañada de otras tantas inclinaciones de tronco y espalda, nada pudo decir para agradecer aquel memorable evento con el que empezó su fulgurante carrera política en la Ciudad de México y todo el país.

A partir de ese día entre don Luis y el prócer capitalino nació una amistad entrañable y una alianza político-económica no menos estrecha e irrompible que se hacía sentir, según las malas lenguas que nunca faltan, en todo tipo de negocios, incluidos algunos ilegales.

Entre éstos se citaban el tráfico ilegal de electrodomésticos extranjeros y narcóticos como la marihuana, la heroína y la cocaína; la operación de taxis, combis y microbuses sin licencia, así como la de vinaterías, restaurantes, bares, piqueras, congaes y salones de baile.

Después de seis años de esta fructífera relación personal don Luis Pérez Macías y Díaz de León cambió de domicilio, estatus social y hábitos; perdió los infamantes apodos que arrastraba desde su infancia pobre (*El Inmortal, Chita, Tiliches, Guichilobos*) y acogió el de *Señor Diputado*.

Para entonces, después de haber dejado de ser el personaje oculto de los tepitazos fiscales, se había convertido en el accionista mayoritario, paritario o minoritario de casas de bolsa, discotecas, radiodifusoras, palenques, restoranes-bar y aun de periódicos y revistas.

Ahora, en vez de pitar en voz baja contra sus rivales de comercio formal o informal para congraciarse con las autoridades y no salir en las páginas de nota roja, en las secciones de la prensa luce junto a la “gente bonita” fracs de todos los colores, pajaritas rojas y sonrisas *Colgate* a todo diente.

De acuerdo con don Ventura Díaz Caminero el cambio de percha de don Luis se inició con la alianza política que surgió en 1982 en la Plaza Loreto, la cual le permitió incorporarse a la *Banda del Coche Blanco*, que lo mismo le baja el pedo a los borrachos más lujuriosos, que tapa narices y blanquea dinero sucio.

-Este tipo de mafias multidisciplinarias -afirmó el *Filósofo de la Lagunilla*- infiltra a los gobiernos del país y en los próximos 50 años seguirá influyendo en ellos con el contubernio y apoyo de sus colegas gringos, en cuyo territorio se asientan y ocultan los capos del narcotráfico más poderosos del mundo.

----

Cuando en las mañanas y tardes el esplendor celestial de Saraf inundaba la plaza de Santo Domingo y a su paso el sol parecía hacerle zalemas de humilde torcaz urbanizada, nadie se acordaba que había dormido en el campamento de damnificados del terremoto del 85 aún instalado en Leandro Valle y Perú.

Nadie se imaginaba, asimismo, que los supuestos grandes ingresos que obtenía como modelo de vestidos femeniles en un bazar de Polanco y como asistente regular de un congal de putas caras en San Ángel eran destinados a la obra propia de un espíritu muy maduro.

Sus vecinos y admiradores no desconocían su muy publicitada historia de amor de telecomedia con el vegete sesentón que varios años antes la había seducido, pero ninguno sabía que de esa relación había asimilado una pedagogía sentimental de difícil aprendizaje para mucha gente.

A este tipo caso de excepción se debe que no sea fácil entender cómo una flor galáctica de la dimensión de Saraí se enamoró de un anciano que carecía de las tres gracias que más influyen en la conjunción amorosa de muchas mujeres y hombres en el mundo: belleza, dinero y poder.

Pese a ello *Rosa de Mediodía* seguía amando a don Chava; lo visitaba una vez a la semana en el Reclusorio Oriente para brindarle su cuerpo, comida y dinero para sus gastos de interno.

¿Qué pensarían los miles de lectores y espectadores del melodrama amarillista de finales de los años 70 si se enteraran de esta consecuencia de un amor romántico? ¡Y cuántos berrinches no harían si supieran que el vegetal tiene aún una esposa legítima con dos hijos mayores y otra querida con tres vástagos menores!

¡Y, lo que es peor aún, es que el cabrón hijo de puta tiene la esperanza de que en cuanto deje su encierro en la de cuadros, se irá a vivir a una ciudad de la provincia para pasar sus últimos años al lado de Saraí, privando de su *Rosa de Mediodía* a los escribanos y los vecinos de Santo Domingo!

En este proyecto estará cimentado el futuro de los dos y desde que el ruco cayó en el tambo decidió financiarlo con el 50 por ciento de sus ingresos, mientras que la otra mitad la destinaba a los gastos de la casa y los de su padre.

Este pragmatismo, propio de su espíritu sencillo y libre, era consecuencia lógica de los múltiples aprendizajes que le dejaron sus debilidades y errores del pasado; de los del *Loco de Santo Domingo* y una enseñanza de vida que le oyó decir al tío Venta:

-Nunca hay que tener miedo a errar porque el changuito platanero se hizo hombre gracias a que aprendió a caminar, a errar en todo tipo de terrenos y a cometer un montón de yerros, a dar palos de ciego y a transgredir a la naturaleza cuando aprendió a trabajar en busca de comida, vestido y abrigo. Ninguno de sus tropiezos, tentaleos y sorderas impidieron que convirtiera en el hábil animal que domina y disfruta del mundo. *Errar es de hombres y ser herrado de bestias y esclavos*, decía el gran Quevedo.

Mantén en secreto su proyecto de huida y nadie, salvo el viejo desastrólogo Benjamín Tarde - amigo de don Lucas y su único confidente desde que aquél se dedicó a explotar su presunta demencia senil- la alentaba a perseverar en ese amor y a seguir aprendiendo de sus avatares y errores.

-Hija, la vida se vive sólo una vez y hay que disfrutarla en la satisfacción de sus ofertas más atractivas del momento y no desperdiciarla en la presunción de que

son pequeñas, regulares y no grandes, o de que pueden causar disgustos, resultar caras, inseguras y aún dar mala suerte. Ya lo dice un viejo dicho: *poco es el amor para desperdiciarlo en celos* ¿Qué el hombre al que amas es viejo, bribón y mujeriego? ¡Qué bueno, hija, porque esto último no es un defecto sino el atributo de un buen jinete en la cama! ¡Un macho bien plantado que le da para sus tunas a tres damas vale mucho más que cinco maridos leales, castrados y pendejos!

----

Hay una tranca que combina el timo con el dos de bastos y consiste en ensuciar la ropa del Gil o Gila con un gargajo, chocolate o caramelo. La mancha siempre debe ser percibida y puesta en la parte baja y trasera de la camisa, saco o chamarra, o en el pantalón o falda a la altura de las nachas.

La vuelta de la víctima hacia atrás es la que da oportunidad al compañero de completar el trabajo; en ese momento el *Gilberto* también puede ser distraído con la oferta del o la tranca de ayudarlo a limpiar la mancha.

Este artemio exige paciencia, sicología, habilidad y valor para enfrentar al Gil o la Berta que se dan cuerda del truco. Ante una situación como esta uno tiene que responder con dignidad y energía para negarlo con palabras fuertes, gestos agresivos y aun con llevar el caso a la policía.

Esta artimaña funciona la mayoría de las veces porque los giles saben que además de perder su dinero también van su perder tiempo en el Ministerio Público. Uno debe mantener la calma porque sabe que el Gil no podrá probar su acusación porque la tranca ya voló con la prenda.

Pero hay otra razón por la que muchas veces los Giles que se dan cuerda del dos de bastos no recurren a los azules y a la barandilla: saben que en camino a la comisaría están expuestos a una madrina de Dios es Cristo en manos de dos o tres pungas.

En el tránsito a esta, si la prenda no voló con alguno de los pungas, puede caerse en un bote de basura, un buzón de correos, un prado o una jardinera, y nunca aparecer en la esculca de las bolsas de los acusados ante un juzgado calificador.

En el caso de que las cosas se compliquen y lleguen a este extremo jamás hay que perder los estribos, hay que mantenerse derecho sobre la silla de la dignidad mancillada por una falsa acusación y hay que recurrir al mismo camuco de los luchadores que ríen, gritan, lloran y saltan para demandar justicia.

Es por todo lo anterior que el dos de bastos es el más limpio y completo de los artegios porque exige habilidad mental, manual, actoral y legal, además de que su práctica tiene como principio básico evitar que su proveedor no sea objeto de violencia física ni se dé cuerda de la expropiación.

Ningún otro oficio del hombre y del hambre se rige con una legislatura tan apegada al respeto a los derechos de reclamo legal e integridad física y moral humana porque, a diferencia de los demás artegios, su práctica no recurre al truco burlón y al uso de herramientas y armas.

En nuestro oficio sólo se utilizan dos dedos y no necesitamos de chorlitos, barretas, desarmadores, llaves, pericos, etc, que son indispensables para el trabajo de los zorreros, boqueteros, chicharreros, cristaleros, cajueleros, espejeros, parabriseros y llanteros, entre otros.

Los pungas de la alta oficialidad del dos de bastos tampoco recurrimos a tretas como la del timo; ni a brujerías como las que los zorreros usaban para dormir a los gilbertos con arenas panteoneras; ni a engatusar a albañiles, gatas y veladores como lo hacen los tlacuacheros para robar casas.

Nuestro oficio es derecho y decente. En su práctica no caben la mentira, la simulación y la verborrea como en el de los cabrones merolicos; los supuestos inspectores y cobradores de gobierno, cómicos y cantantes de banqueta o plazuela, los predicadores evangélicos.

Tampoco recurrimos a los arbitrios del retintero, que por la variedad de sus pescas al galope de cuaco de dos patas puede ser mollejero, cartero o bolsero; ni a los del chinero que, al igual que el punga del dos de bastos, opera con un socio que esculca al donante mientras aplica el candado o llave china.

Gracias a Dios, ninguno de esos métodos de robo tiene qué ver con nuestro oficio. Nosotros somos ladrones cristianos, nobles y respetuosos de la gente.

----

Cinco días después del terremoto llegó al edificio del vecindario número 4 de Leandro Valle un perito en ingeniería civil del DDF a dictaminar el nivel de seguridad de la estructura, a pesar de que estaba desalojado y la mayoría de los vecinos habitaban en casas de campaña instaladas en esa calle.

El estudio era indispensable porque en caso de que el edificio fuera declarado inservible, los vecinos serían incluidos en el catastro de damnificados y ser

beneficiarios de una vivienda de interés social construida por los gobiernos estatal y federal.

El inspector era un enanito apenas un poco más alto que *Tun Tun*, el amigo de *Tin Tan*; tenía una enorme jiba que presionaba por igual su pecho, su espalda y sus grandes ojos, de los que saltaba una mirada de águila que todo lo atraía y absorbía.

Vestía un mono azul oscuro, protegía su enorme cabeza con un casco de acero pintado con un color naranja de luminosidad sicodélica; lo acompañaban dos ayudantes jóvenes, cuya labor consistía en cargar las herramientas y aparatos para horadar, medir y pesar materiales.

Lo primero en hacer fue entrevistarse con cada uno de los jefes de las 20 familias damnificadas a fin de censarlas. Posteriormente, en reunión colectiva, les informó que él y su equipo de trabajo revisarían el cascarón del inmueble y les recomendó mantenerse abajo en espera de su informe.

El inspector y sus auxiliares jamás se imaginaron lo que les esperaba al término de su minuciosa inspección del edificio: un anciano barbado y semidesnudo que en pie y con la vista elevada al cielo oraba en una de las tres chozas de madera y cartón de la azotea.

Era don Salomón Hernández que en aquel momento decía que los terremoto del 19 de septiembre y sus secuelas de muerte y destrucción habían sido el anuncio del próximo de fin del mundo debido a que los seres humanos había desobedecido los justos mandatos del Señor.

-Sí, esos terribles temblores fueron el mismo castigo que hace miles de años Jehová ordenó contra los degenerados habitantes de Sodoma y Gomorra, aunque ahora lo hizo por la dejadez en que ha caído la humanidad entera a todos sus mandatos y los de su privilegiado hijo nacido en Nazaret.

Cuando el experto en ingeniería civil escuchó estas frases, alzó los ojos al cielo, se persignó y se echó a correr como un bólido escaleras abajo sin preocuparse del gravamen de su joroba bicorne y arrastrar a sus ayudantes entre los restos de paredes caídas y trebejos.

Paró de correr sólo hasta cuando llegó al Zócalo, en donde se perdió dentro del campamento de un numeroso grupo de campesinos veracruzanos que reclamaban al Presidente de la República la libertad de uno de sus líderes, apresado por exigir la liberación de los créditos de Banrural.

¿Es que el inge creyó a pie juntillas lo que dijo don Salomón porque desconoce que lo llaman Lucas porque está loco de su cabeza y que entre sus

interpretaciones de la *Biblia* confunde el venidero fin del milenio con el fin del mundo y a Sodoma-Gomorra con México?

Aunque también puede pensarse que en el discurso evangélico del tío Lucas el marcianito entrevió al terremoto como una imagen integral de la tarea de destrucción que llevan a cabo el desempleo, la corrupción y la demagogia gubernamental contra SodoTenoch y GomoMex.

Es decir, el perspicaz ingeniero civil vio en don Salomón -quien el 19 de septiembre no quiso abandonar su vivienda, a diferencia de su hija Saraí, que salió hecha la chingada del edificio de Leandro Valle- con la misma capacidad de predicción de Lot.

Pero todas estas especulaciones están muy alejadas de lo que realmente sucedió entre don Lucas y el inspector de Protección Civil del gobierno de la Ciudad de México. Según lo que Saraí pudo sacar de su padre a cuentas gotas, la salida en tobogán de aquél se debió a una confusión.

Una confusión en la que se mezclaron el estupor del enanito y la esquizofrenia bíblica del tío Lucas, ya que cuando aquél entró a la covacha no vio a un pigmeo sino a un ángel de Dios con las alas apelotonadas en la espalda para desplazarse sobre la tierra.

Esta aparición, además, coincidió en tiempo y forma con la demanda que diez segundos antes le había formulado al Señor: que le mandara a uno de sus mensajeros divinos para que lo ayudara a atender las necesidades más elementales de su familia, vecinos y amigos.

Fue por ello que cuando se le acercó, gritó “¡milagro, milagro, milagro!”; luego trató de atraerlo hacia él para abrazarlo, tomarle y besarle las manos, pero en lugar de ceder a estos apapachos en los grandes ojos de aquel ángel asomó el terror y el ánimo de huida.

Tío Lucas nada pudo hacer para detenerlo, salvo correr detrás suyo hasta la boca del laberinto de las escaleras del edificio, rogar al cielo que no fuera a tropezar y olvidar olímpica y bíblicamente que un mensajero del Señor sólo habría tenido que echarse a volar.

A esta omisión sumó otra no menos grave, según sus creencias: volver a la azotea para comprobar que había salido bien del edificio; verlo correr sobre la Plaza de Santo Domingo; pasar a un lado de la estatua de doña Josefa Ortiz de Domínguez y desaparecer en la esquina de Brasil y Cuba.

En la atenta mirada de don Salomón Hernández nunca reverberó el vuelo mercurial del ángel que el Señor le había enviado para ayudarlo a mejorar la

situación de desastre que enfrentaban su hija, sus amigos, sus vecinos del barrio y gran parte de los chilangos pobres.

----

En el movimiento estudiantil de 1968 Ventura Díaz Caminero era un próspero vendedor de libros viejos en la Lagunilla y militante del Partido Comunista Mexicano (PCM), dentro del cual había formado la célula Capula para apoyar las tareas de propaganda político-ideológicas de los jóvenes rebeldes.

En su cuadrilla participaban otros comerciantes del barrio; algunos miembros del sindicato de albañiles de la Confederación de Trabajadores de México (CTM) que no comulgaban con su dirigente seccional de derecha, vinculado a los “cinco lobitos”, y varios músicos de Garibaldi.

Entre las labores de su grupo destacaron dos importantes: redactar, reproducir y distribuir los volantes con las consignas del Comité Nacional de Huelga (CNH); y buscar del apoyo monetario de la gente a la “gran revolución estudiantil, obrero, campesina y popular”.

Durante esa gesta heroica Venta, al igual que la mayoría de sus compañeros de partido y célula, estaba convencido de que las movilizaciones de los estudiantes universitarios y politécnicos pondrían al pueblo de México, ahora sí, en una ruta más corta, directa y rápida hacia el socialismo.

Tenía la convicción plena de que los jóvenes lograrían derribar al gobierno de la perversa burguesía priista - heredera de una revolución popular que Francisco I. Madero robó a Ricardo Flores Magón- para luego superar los múltiples pesares físicos que agobiaban a los trabajadores mexicanos.

A diario y a cualquier hora, sin importarle la desatención y las pérdidas que empezaba a sufrir su negocio, acudía a la oficina del comité central de su partido para recibir instrucciones de lo que debían hacer él y sus colegas ese día o el siguiente en favor de la causa revolucionaria.

Su entusiasmo se mantuvo muy alto en julio y agosto porque suponía que el 68 mexicano estaba reviviendo la gesta heroica de los comuneros de París en los años 70 del siglo XIX. Pero a mediados de septiembre su optimismo empezó a decaer a causa de una sospechosa casualidad:

En una marcha encabezada por los líderes del CNH descubrió a dos jóvenes que conocía muy bien y consideraba sus amigos: Rafael Pérez Antunes, el *Viejo*, y

Francisco Arias Hernández, el *Punga*, reputados artesanos del dos de bastos en los barrios de Peralvillo, Lagunilla y El Carmen.

Nada más los vio en la primera fila de la marcha -uno en el extremo derecho y el otro en el izquierdo, en obvia tarea de escolta- y se puso a sospechar sobre los orígenes y objetivos políticos del movimiento estudiantil, sus organizadores y promotores.

¿Qué hacían estos lumpen en las filas de una revolución de la izquierda democrática actuando como guardaespaldas, golpeadores y provocadores? Venta sabía que las autoridades civiles y policiales usan delincuentes comunes para sabotear movimientos sindicales, campesinos y vecinales.

¿De dónde me salen revolucionarios estos cabrones?, dijo para sí. Y después de recordar que una de las tareas el diputado *Tiliches* consistía en proveer de este tipo de brazos a los gobiernos federal y del DDF, se dedicó a observar con detalle la presencia del *Punga* y el *Viejo* en el 68.

No necesitó muchos días para fortalecer su sospecha de que la “revolución estudiantil, obrera, campesina y popular” tenía un origen raro y que su olor a pedo de gringo y burgués venía precisamente del uso de lumpen-proletarios de la misma calaña de sus amigos de barrio.

Pronto ratificó que ambos cubrían las puntas de ala de la fila frontal o de ariete de las marchas del CNH; y se informó que con frecuencia asistían a una oficina próxima a la Secretaría de Gobernación, ubicada en la calle de Versalles, a la que también acudían líderes y oradores del movimiento.

Era ahí donde éstos eran instruidos sobre lo que debían hacer y decir en las marchas callejeras y los mítines placeros, así como los porros y los pandilleros de barrio recibían indicaciones de qué tipo de personas debían madrear y qué edificios y comercios serían pintarrajeados y saqueados.

De esa oficina salía el dinero con el que se cubrían los gastos emergentes de la campaña, entre ellos los destinados a adquirir la gasolina para las bombas Molotov; las telas, cartonillos, pinturas, brochas, pinceles y lápices con que se inscribían las proclamas de la revuelta estudiantil.

Los dirigentes ocultos del 68 instruían también a los agentes civiles de Gobernación, la Procuraduría General de la República (PGR) y la policía auxiliar del DDF que brindaban servicios de protección y espionaje a los valerosos líderes de la “revolución estudiantil, obrera, campesina y popular”.

Esta investigación exhaustiva permitió al librero de la Lagunilla concluir que el movimiento estudiantil no tenía como finalidad democratizar México, ni mucho

menos hacerlo avanzar hacia el socialismo, sino que era la burda maniobra de un grupo político interesado en la sucesión presidencial de 1970.

Su presunto discurso socialdemócrata era sólo un hábil anzuelo para atraer a los estudiantes y a los despistados militantes de partidos de izquierda a fin de convertirlos en carne de cañón de un precandidato del PRI a la Presidencia de la República que se sentía en desventaja frente a sus rivales.

Una vez formulado este diagnóstico, el futuro *Filósofo de la Lagunilla* se animó a plantearlo a un dirigente subalterno del PCM, a quien dijo que un agente de la Dirección Federal de Seguridad (DFS) le reveló que detrás movimiento estudiantil se hallaba Luis Echeverría Álvarez, el Secretario de Gobernación.

-¿Con qué objeto?

-Para moverle el tapete al Secretario de la Presidencia, Emilio Martínez Manatou, a quien todo mundo supone el sucesor del presidente Gustavo Díaz Ordaz; también al general Alfonso Corona del Rosal, regente de la Ciudad de México, quien se halla en el segundo lugar en las preferencias políticas internas.

-Pero los chavos de la UNAM y el Poli están haciendo su argüende para ponerse a la moda de los movimientos estudiantiles que se han estado realizando en muchos otros países del mundo, entre ellos Francia.

-Sí, hay muchos movimientos de jóvenes en otras naciones y en todas ellas tienen metidas las manos los gringos a fin de desestabilizar sus gobiernos, debilitarlos e imponerles políticas favorables a las inversiones de sus empresas trasnacionales. En el caso de México los gabachos también están presionando para que renuncie a la sede de los Juegos Olímpicos y ellos la instalen en Detroit; además de que quieren que rompa relaciones diplomáticas con la Cuba socialista de Fidel Castro.

-Todo eso que dices puede ser cierto, pero a nosotros lo que debe importarnos es la inmejorable oportunidad que el movimiento estudiantil y el pleito entre los cabrones priistas nos ofrece para aprovechar la menor coyuntura crítica en busca del poder, como en su momento lo hizo el camarada Lenin para desencadenar la Revolución de Octubre. ¿O no lo ves así?

Azorado por la brillante audacia estúpida de su líder, Venta prefirió callarse y guardar en la punta de su lengua los cuestionamientos que de inmediato le vinieron a la mente:

-¿O sea que estamos ayudando a que Echeverría llegue a la presidencia a costa de la sangre de los estudiantes, de los desmadres y estropicios en las calles

y de la creencia de algunos pendejos que suponen que los estudiantes están promoviendo una revolución democrática y socialista en México?

-Si esta es la convicción que prevalece hoy en el comité central del PCM, entonces es cierta la versión de que entre 1958 y 1962 los comunistas actuaron de la mano de la derecha y la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en la organización de las huelgas ferroviaria, magisterial, médica y agraria con las que se trató de bloquear el programa nacionalista y reformista del expresidente Adolfo López Mateos.

La desilusión de Venta aumentó con la matanza del 2 de octubre en Tlatelolco (perpetrada por agentes civiles y militares de derecha con la asesoría de la CIA), con la candidatura de Echeverría a la Presidencia un año después y con su asunción a ésta el 1 de diciembre de 1970.

El 2 de diciembre de 1968 Venta fue a la oficina del comité central del PCM y en un acto simbólico rompió su carnet, lo dejó sobre un escritorio y salió a la calle con la promesa de jamás volver a militar en ningún partido manejado por políticos ilusos, facciosos, oportunistas y pendejos.

-Hace menos daño un comunista pendejo dedicado a la reflexión, que un comunista pendejo actuando a la pendeja en las calles, fábricas y surcos hablando en nombre de Carlos Marx, Federico Engels y Vladimir Ilich Uliánov, Lenin.

----

El nombre Lluvia no le fue sugerido a Magnolia sólo porque el día de su bautizo llovió mucho y ambas y los padrinos debieron pasársela bajo el agua, sino porque el cura que la ungió vio en sus ojitos una poderosa luz que, al igual que una tormenta, todo lo quería envolver.

Cuando Magnolia y su hija regresaron a casa y doña Mago le preguntó qué dijo el padre en el instante de verter el agua bendita y qué nombre le habían puesto, se confundió mucho por la respuesta y sólo después de varios segundos en silencio, comentó.

-Sí, ya sé que está lloviendo mucho y que no deja de parar el agua. Pero lo que te pregunté fue qué nombre le pusiste a tu niña.

-Lluvia, le puse Lluvia.

-¿Por qué?

-Por todo, doña. Por todo lo que ha pasado este día y tal vez siga pasando.

¿Pero qué es lo que pasó en la iglesia? ¿A poco se metió el agua?

-Casi, doña, porque lo primero que le sorprendió al padre fue que la niña es cejijunta, luego dijo que sus pestañas largas son de aguacero y cuando abrió los ojos y lo miró, dijo: ¡Ave María purísima! ¡Esta niña es un diluvio!

-¿Un diluvio?

-Sí, dijo el padre, un diluvio como el que ordenó el Señor para seleccionar mejor a sus hijos en esta tierra.

-¿A poco la vio mal o como un anuncio malo para todos?

-No, doña, la ve bien y me dijo que sus cejas, sus pestañas, su mirada y su cuerpecito blanco y transparente son como una gota de agua de lluvia.

De este diálogo doña Mago dedujo que el cura auxiliar de San Juan Bautista, quien oficia en la Iglesia del Señor de los Trabajos, fue quien le impuso a Lluvia este nombre; y después de un buen rato de quedarse callada, le preguntó a Magnolia:

-¿Cuándo sea grande no tendrá problemas porque en el registro civil se llama Teresa y en la iglesia Lluvia?

-No lo creo porque entre nosotros será Lluvia a secas, Teresa Lluvia o Lluvia Teresa, y en las escuelas y trabajos sólo Teresa.

-¿En su acta de nacimiento lleva los apellidos de su padre?

-No, doña, lleva sólo los míos porque su papá es un ricachón de la colonia Roma y a esa gente no le gusta mezclar sus nombres con los de la gente pobre. Pero hubiera sonado bonito su nombre con el apellido de ese cabrón: Lluvia Salomón. Un nombre como de artista, como de gente importante y como el de las mujeres que aparecen en las páginas rosas de los periódicos.

Lluvia nació en 1957, un año antes de que terminara su gobierno Adolfo Ruiz Cortines, quien casi todo su sexenio había tenido que lidiar con una crisis económica, la devaluación de la moneda de 8.65 a 12.50 pesos el dólar y el pago de los despilfarros de su antecesor, el proyanqui Miguel Alemán Valdés.

Don Fito había llegado a la presidencia en 1952 después de vencer al general Miguel Henríquez Guzmán en una elección muy conflictiva que estuvo a punto de derivar en una revuelta armada, porque existía la presunción de que había colaborado con los gringos en la invasión militar de Veracruz en 1913.

Esta versión fue propalada por algunos altos oficiales del ala izquierda de ejército, entre quienes descolló el general poeta Ángel León Osorio. En esos

comicios se opusieron también a Ruiz Cortines los generales Marcelino García Barragán y Lázaro Cárdenas del Río, ex presidente de México.

Estas disputas, sin embargo, no lograron descarrilar la eficiente política económica que los gobiernos priistas denominaron “sustitución de importaciones”, que atrajo muchas industrias; generó muchos empleos y mantuvo estables tanto los precios como la nueva paridad del peso con el dólar.

Todo ello a pesar de que en 1958 don Fito heredó la presidencia a su tocayo Adolfo López Mateos, quien durante su sexenio debió soportar múltiples presiones de los esbirros del Tío Sam por haber nacionalizado la industria eléctrica, respaldar la revuelta socialista de Cuba y declararse político de “izquierda atinada”.

Pero nada de esto, ni de la modernización económica, se enteraron los vecinos de la Casa Blanca de la calle de Colombia, entre ellos la familia adoptiva de Lluvia, porque aquel paraíso terrenal sólo benefició a un reducido sector social y excluyó a la mayoría de los mexicanos.

Lluvia, sin embargo, encontró en su madrina-ma Mago, en el tío-pa Ranulfo, la abue Leónides y al abue-pá Cuco la protección física y el amor paternal que necesitaba. Su afecto evitó que resintiera con mayor encono la pobreza, la marginación y la ausencia de Magnolia, su madre.

Acerca de ésta, Lluvia tampoco pudo saber gran cosa porque tanto madrina-ma Mago, como y tío-pá Rana, no querían abordar ese asunto con ella, así como tampoco se plantearon el proyecto de adoptarla oficialmente, porque suponían que algún día su padre podría reclamarla.

Esta idea, por demás absurda, tenía como único sustento el hecho de que Lluvia compartía los mismos “grandes y soñadores ojos de camello” de su padre, rasgo de identidad que algún haría inevitable su reconocimiento, una vez que le revelaran su procedencia física.

Tía Mago guardaba varios recortes de periódicos en los que aparecían fotos del empresario y con los que se probaría la relación consanguínea de ambos. Pero todo esto se fue al carajo cuando dejó al tío Rana y éste se hundió en sus borracheras, largas ausencias y canciones de desengaño.

----

Cuando murió don José Refugio la familia se hizo trizas y se dispersó más. Tío Pá se hundió más en el alcoholismo; doña Leona se dedicó en exclusiva a rogar por él

y a dedicarle todo su tiempo cuando llegaba a casa; y Rafa fue absorbido por sus deseos de triunfo en el box y la delincuencia mayor.

Fue en ese periodo en el que Lluvia y PepePedro se alejaron aún más a pesar de que la orfandad, el frío y el hambre los obligó a compartir un mismo plato de frijoles, lentejas, habas o sopas de pasta; una misma cama, una misma cobija y los únicos juguetes que había en su cuarto.

Sólo intercambiaban de vez en cuando un par de palabras, dos que tres miradas sobre el hombro y con ello construyeron el muro de cristal de roca que habría de separarlos durante muchos años e hizo posible que Rafa, ya adolescente, violara a Lluvia y se convirtiera en ratas de dos patas.

Pasados los años, en el 75, cuando el huichol Echeverría había revuelto el país y hecho mierda la economía con su mesianismo revolucionario, PepePedro y Lluvia tuvieron un acercamiento involuntario cuando ésta fue llevada por dos de sus amigas al cabaret *San Luis* de la colonia Roma.

Éstas tenían como propósito convencerla de que probara el dulce acíbar de la prostitución, que explotara comercialmente su glamuroso palmito que en el barrio le había merecido el apodo de *La Pons* y que se olvidara de Rafa *El Viejo*, que con frecuencia era enchiquerado en chirona.

Lluvia tenía entonces 20 años, trabajaba en una residencia de Polanco y sus amigas, que mascaban ya el ajo del sexo-servicio, la persuadieron a medias con el argumento de que no debía convertirse en una gata rodilluda cuando podía ganarse con las nalgas el pan de cada día.

Estaba en espera del primer galán que la sacara a bailar a fin de someterse a su primera prueba de comportamiento menstrual, cuando de pronto en plena noche desde la puerta del San Luis abrió plaza *Azucarillo* con su cuadrilla de toreros y pungas.

Cuando Lluvia reparó en él no la movió otro impulso que tomar su bolsa de mano y salir corriendo, sin atender a lo que le decían sus amigas y los meseros porque en su mente sólo bogaba la preocupación de qué pensaría de ella su hermanastro por hallarla en aquel putero.

Para nada recordó que en su barrio y en todos los que lo rodean abundaban las chavas y ñoras que se dedicaban a mover las nalgas; ni de la versión de que el *Azucarillo* vivía de las damas de la vida galante. Y lo olvidó porque no deseaba que éste la viera como puta.

No. Ella no había nacido para golfa o talonera y, por lo mismo, seguiría trabajando como gata aunque el sueldo no alcanzara para cubrir los gastos de la

casa, ya que el *Viejo* seguía en el tambo y el tío Rana no dejaba la jarra en las piqueras, calles y plazas del barrio y los de Tacubaya.

Para el caso de que PepePedro la hubiera visto en el San Luis y le preguntara qué hacía allí, ya tenía en mente una respuesta: Intentaba trabajar ahí porque tes has desentendido de los gastos de comida, vestido y medicinas de la abuela, y mis ingresos de gata no alcanzan para tanto.

----

*-Y aconteció después que Él caminaba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios. Y los Doce con él. Y algunas mujeres que habían sido curadas de malos espíritus y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la cual habían salido siete demonios. Y Juana, mujer de Chuza, procurador de Herodes. Y Susana, y muchas otras que le servían en sus haciendas... ¿Qué quiere con esto el Evangelio de San Lucas?*- preguntó don Salomón el *Loco de Santo Domingo*, que hablaba en el interior de un vagón del Metro en marcha, para instantes después responder él mismo:

-No poco sino mucho, atentos pasajeros: Que Jesús, hijo de Dios Nuestro Señor, hace más de dos mil años sabía que el hombre tiene muchas flaquezas porque está hecho de carne, porque ésta es muy débil y que como hombres no debemos ni podemos condenar a nadie por sus errores y desvaríos. Sí, queridos oyentes, el Pescador de Almas nacido en Nazaret fue enviado por su Padre para que viviera en carne propia las debilidades humanas y promoviera entre los hombres el perdón de éstas, los excesos y la comisión de los pecados. Fue por ello que Jesucristo se dejó prender, cambiar por un bribón y sacrificar en medio de dos ladrones.

-Es por estas nobles y santas enseñanzas, estimados compañeros de pasaje, que hoy vengo ofreciendo este libro que contiene los cuatro evangelios por la módica suma de 70 varos, precio de oferta de la editorial *Trigo Puro*, a la que lo único que importa, igual que a un servidor, es insistir en que los mayores principios de la justicia divina son la igualdad y el perdón. Compre este pequeño volumen santo y conozca de manera directa y en vivo, los milagros de Jesús a través de la escritura de los cuatro primeros periodistas que hubo en Israel y Roma. Conozca cómo el Señor rescató de la mala vida a María Magdalena; conozca la persecución asesina de Herodes, esposo de Herodías y padraastro de la vampiresa Salomé, realizó contra los hijos primogénitos de Belén la noche en que el Hijo de Dios nació en el corral de una aldea cobijado por bueyes, chivos y borregos y también por los Tres Reyes Magos.

Don Salo estaba tan picado en su rollo evangélico que sin darse cuerda saltó de las citas que hacía del texto de San Lucas a los de la *Biblia* antigua, entre ellos el que cuenta la historia de Moisés y su improvisada barcarola de carrizos con la que navegó al azar en el río Nilo; cómo siendo ya grande liberó a los judíos que uno de los de los farones de Egipto había esclavizado y qué artimañas mágicas utilizó para inutilizar con pestes animales al que entonces era el ejército imperialista más poderoso del mundo.

-Entérese cómo el rey Abraham usó como carnada e hizo pasar por hermana a su hermosa mujer, Saraí, para engatusar y engañar a sus enemigos. Sí, estimado usuario, compre la *Biblia* en una de sus ediciones más sencillas y baratas. Conozca el origen y la historia de los pueblos más antiguos del mundo. Conozca la genealogía de muchos de nuestros nombres y cómo de la carne surgieron las perversiones y pecados que más lo hacen padecer. Leyendo la *Biblia* comprobará que nada hay de nuevo bajo el sol, como dijo el sabio rey Salomón; y que nada debe guardarse bajo la almohada y el colchón porque se convierte en víbora o maldición.

-Compre estos libros sagrados porque en ninguna otra parte de México y las ciudades del mundo salen más baratos, y porque en ellos encontrará no sólo la verdad de las cosas y del comportamiento a veces irrazonable de sus prójimos, sino también la forma de hallar el camino directo al cielo. En la lectura de estos libros sabios el mismo sabor delicioso de un par de huevos al gusto, un plato de chilaquiles, dos chelas, dos caballitos de tequila, medio litro de pulque y las historias de película y telenovela de mayor venta en 25 siglos.

-Anímese y conozca la vida de María Magdalena, que robó a los cínicos las piedras preciosas de la hipocresía; que logró el perdón de Dios Nuestro Señor y se convirtió en santa. Anímese y no salga del gusano naranja sin llevarse bajo el brazo la única verdad verdadera en la historia de este mundo.

## III

En vida, hasta que la muerte lo convirtió en difunto, no hubo nadie en el mundo que haya cortejado más a la parca que don Ranulfo Pérez Guerrero. Nadie como él luchó afanosamente por acostarse a su lado para disfrutar de la nada.

La buscó en el beso amargo y cálido del alcohol y las canciones de amor fraudulento. También la reclamó a los cuatro vientos y a través de más de dos que tres 400 conejos en las piqueras, pulquerías y loncherías de los llanos y acantilados más lóbregos de la Ciudad de México.

Pero la puta fácil se hizo la puta cara y tardó más de un cuarto de siglo en ceder a sus ruegos, zalemas y requiebros de *Juan de las Pitas*, y no sin antes madrearlo en serio, torcerle la nariz, agrandarle las orejas, comerle las pestañas y rasgarle los ojos como de chinito-chale.

Pero, sobre todo, le carcomió el hígado y los riñones, le inflamó los tobillos y lo dotó de un humor sarcástico y diabólico similar al de las calacas de Posadas, con el que se hizo casi tan famoso como el *Periquillo Sarniento*, *Pito Pérez*, *Tin Tan* y *Cantinflas*.

¿Quiénes de los vecinos de la Casa Blanca desconocía sus alegatos y rezongos de borracho cuando la pobre de doña Leónides le suplicaba que no siguiera torturándose con el siniestro recuerdo de la mala mujer que lo había postrado en la situación de un loco de su cabeza?

-¿Cuál de todas mis mujeres, madrecita? ¿La vaca loca que me tocó en suerte lidiar en el ruedo de la vida o la novia más noble y fiel que me está esperando al final mis días? ¿La *Calaca*, la *Catrina*, la *Huesuda*?

Estas preguntas dejaban sin respuesta a doña Leónides porque se ponía a llorar en silencio; porque sabía a ciencia cierta que la parca era la única mujer a la que su hijo pretendía en amores y porque era la única hembra que en el otro mundo podía estarlo esperando con la mayor lealtad.

El recuerdo de estos intercambios le había sobrevenido justo cuando el desfile fúnebre de tío Rana se encaminó hacia su tumba, cuyas abiertas fauces parecían ansiosas del arribo de su caja a fin de ponerse a disfrutar de aquel delicioso, aunque también correoso, fruto de la estupidez humana.

En la mirada y el silencio de la mayoría de los dolientes del sepelio, incluidos sus familiares, era notorio el brillo oscuro de esta idea, así como el de la convicción

de que ningún otro remedio pudo ser mejor para que el difunto superara sus malquistos dolores de tanguero padre.

En todas las mentes, con excepción de la de la abuela Leona, fluían reflexiones de este tenor: ¡Oh, qué torpes son los hombres que no saben amarrarse en los huevos sus instintos animales, y que permiten que se les suban al corazón y el cerebro hasta volverlos irracionales!

El amor no es un sentimiento complejo, sino un móvil simple, llano, que debe ser separado del apetito sexual porque si se combina con él se vuelve obsesivo y llorón para propiciar cantares cornúpetas como los de Agustín Lara, José Alfredo Jiménez, Julio Jaramillo y Olimpo Cárdenas.

Estas meditaciones, mezcladas con el olor a perro muerto que empezaba a soltar el cadáver del tío Rana, parecían estarle dando cuerpo a una paloma negra que en cualquier instante se dejaría arrastrar por el viento de otoño para provocar la vuelta de la lluvia que desde la mañana las invocaba.

Pero cuando todo parecía que el agua se soltaba y que los sepultureros darían la señal de que habían terminado de acicalar el hoyo de don Ranulfo, el camposanto fue inundado por un estruendoso silencio proveniente del Popo y el Izta que ensanchó la vasta complejidad del Valle de México.

La hermosa mina de tezontle, que se halla a unos pasos del panteón de San Lorenzo, derramó algunas lágrimas de grava roja y las nubes, concitadas por ésta, reanudaron su diálogo monologado con la tierra y su furtivo ramoneo sobre las yerbas y flores de esa parte del valle.

El silencio era hueco, sórdido, como el de los amplificadores electrónicos que aguardan la orden de soltar canciones o rollos discursivos, o la mar en resaca en espera que los tlaloques recibieran instrucciones de más arriba para que la lloviznita que comenzaba a caer vertiera en tormenta.

El fenómeno duró sólo un par de minutos; uno de los sepultureros se volvió hacia PepePedro para preguntarle si se bajaba ya la caja negra; movió la cabeza afirmativamente, pidió al *Atitalaquia* que agarrara el extremo de uno de los mecates y ayudaron a aquéllos a bajar lentamente el féretro.

Cuando este tocó el fondo del hoyo, en la mirada de los dolientes brillaba la idea de que en ese momento el difunto estaba abriendo los párpados y los labios para suplicarles que no lo olvidaran, porque sólo el recuerdo de los vivos es el que alimenta a las almas que se hallan en el otro mundo.

El olvido o la borradura en la memoria de la imagen física, los dichos y hechos de quienes ya partieron de este mundo, no puede ser superado con fotografías,

cartas o incluso otros textos de cualquier otra índole, porque aquélla sólo se alimenta con los recuerdos en vivo.

Este fenómeno parapsicológico, que *Azucarillo* compartió con los demás dolientes, fue interrumpido cuando uno de los sepultureros le preguntó si ya podían colocar las losas que protegerían el féretro de las paletadas de tierra que darían punto final al entierro de su padre.

En cuanto volvió a mover la cabeza para decir sí, lo acometió el súbito deseo de llorar y buscar el abrigo de la abuela Leónides para protegerse de la avalancha de autoinculpaciones que en ese instante se le vinieron encima por lo mucho que no había querido a su padre.

Por el pernicioso olvido en que siempre lo tuvo por ser un alcohólico empedernido; por ser una carga para su anciana madre; por ser un pinche cornudo y por contrastar con su altanera figura de gigoló de barrio que podía hacerle faena a cuanta hembra se le pusiera enfrente.

Su arrepentimiento por todo lo anterior, sin embargo, quedó en estos reproches y un par de lágrimas gordas como goterones de aguacero que se le atoraron en sus largas pestañas chinas, las cuales se quitó como no queriendo con la tela del antebrazo derecho de su chamarra.

Luego, sin dejar de sostener a doña Leónides, se agachó para tomar con su mano izquierda un puñado de tierra suelta que puso en la tembleque manita derecha de ésta para que la lanzara sobre la tumba de su hijo junto el balbuceo del dicho evangélico “polvo eres, polvo volverás a ser”.

Detrás de la pareja, como ajena a ambos y a la familia, Lluvia llovía en llanto silencioso y triste, pero *Azucarillo* se volvió hacia ella, la atrajo y la colocó en el otro costado de abue Leona para hacerla sentir lo que siempre había sido: nieta de ésta, hija del difunto y hermana suya.

----

Los demás dolientes se acercaron al montón de tierra a ejecutar el mismo ritual cristiano, entre ellos *Rosa de Mediodía* y don Lucas, su padre, quien de manera imprevista avanzó rápidamente hacia la cabecera de la tumba con el obvio propósito de celebrar alguno de sus rituales o decir sus predicaciones.

Su hija y tío Venta, quienes iban detrás, intentaron detenerlo, pero *Azucarillo* les hizo una seña para que lo dejaran hacer y decir lo que quisiera. El viejo traía

colgada del cuello y sobre la pechera de su maquinó una estela morada con una cruz dorada y en las manos el libro de los evangelios.

Se quitó el gorro que traía en la cabeza y lo colocó sobre un mausoleo vecino; abrió su libro, buscó el texto que habría previsto leer y con mucha parsimonia dijo:

*Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de encarecedores se ha sentado; en la ley de Jehová su delicia, y en su ley medita de día y de noche. Y será como el árbol plantado junto a los arroyos de agua que da fruto a su tiempo y su hoja no cae; y todo lo que hace prospera. No así los malos, que son como el tamo que arrebató el viento. Por tanto, no se levantarán los malos en el juicio, ni los pecadores en la congregación de los justos. Porque Jehová conoce el camino de los justos y la senda de los malos perecerá. Libros de los salmos, salmo 1, hijos.*

*Hermanos, hoy congrega aquí la muerte de un hombre justo, el hermano Ranulfo, hijo de José Refugio y Leónides, hijos a su vez de Abraham, Jacobo, Moisés, Nezahualcóyotl, Moctezuma y Cuauhtémoc, antiguos profetas y reyes de Israel y Anáhuac, cuya tierra dará abrigo a nuestro hermano en Cristo, llamado por Dios Nuestro Señor a su sagrado seno. No quiero aburrirlos con un sermón largo; sólo les propongo que en este momento en que Ranulfo está ya bajo tierra para resucitar en el Juicio Final, oremos por el feliz tránsito de su alma en el cielo. Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre y hágase así tu voluntad.*

El viejo se persignó, tomó su gorro de la tumba contigua y retornó al sitio donde se reunía el grupo de vecinos del que había salido, que se hallaba al amparo del ramaje melindroso de un pirul. Tío Venta le dio una palmada en la espalda; ambos y los demás dolientes e inclinaron la barbilla para ponerse a rezar.

El sol alumbraba débilmente con algunas reverberaciones que no lograban difuminar la legañosa lluevecita que estaba cayendo. Los muchachos toreros se mantenían detrás de abue Leónides, Lluvia y *Azucarillo* silenciosos y en posición de firmes en espera de alguna de orden de su líder.

En esta área de guarda, además del olor a tierra mojada, fluía un tenue aroma a aguardiente de caña y yerba quemada, estimulantes a los que quizás podían atribuirse el mérito de mantenerlos en línea de combate a pesar de que sus milites llevaban más de 24 horas sin dormir.

Sin embargo, en los ojos rojos y turbios, labios secos e hinchados y barbas sin tonsura no podía advertirse ningún vestigio de indiferencia o fastidio, y tanto en sus gestos y actitudes corporales apenas perceptibles el único móvil mental era el sentido de solidaridad con su jefe.

En sus mentes afloraban estas reflexiones: *Ante este tipo de situaciones valen madre el descanso y el pedo mismo.... ¿Cuántas veces se muere uno en la vida? Sólo una, solamente una... ¿Por qué no compartir el dolor de los que pierden un ser querido?... Además, me queda toda la pinche tarde y toda la puta noche para cogerme una mona con una cola igual de larga que las horas-pomo que llevábamos antes de enterarnos de la muerte del jefe del jefe.... Tiempo es lo que sobra y lo que falta es vida*

Cuando concluyó la oración labial Francisco Linares *El Gorupo*, el más joven de los integrantes de la cuadrilla-escuela del hijo del difunto, se apartó del sitio en el que se hallaba y fue a colocarse a un lado del sepulcro de tío Rana, alzó uno de sus brazos para anunciar que quería hablar. Y habló:

-No soy poeta ni doctor en letras, pero esta mañana escribí estos versos dedicados a la memoria del jefe del maese *Azucarillo*:

*La muerte del padre  
de mi hermano  
es muerte mía  
y de mi hermano;  
uerte del mundo  
y de natura  
cuyo dolor apura  
también a tío y tías.*

*Ahoy que su alma  
feliz navega  
hacia el cielo  
para hallar  
de Dios un lado,  
rigor y calma  
necesita para evitar  
los malos hados.*

La mayoría de los dolientes no supo qué decir de los versos del *Gorupo*, ni cómo evaluarlos con base en alguna de las viejas oraciones fúnebres como la de don Jorge Manrique, escrita en los años del caldo en la ahora muy lejana y colonialista Península Ibérica.

Don Ventura Díaz Caminero quizás podría haberlos ponderado bien, pero su erudición libresca se limitaba al ámbito político, filosófico y, sobre todo, a la vendimia de textos impresos de segunda, tercera y séptima mano en el mercado de la Lagunilla.

Y de PepePedro su discípulo nada podía esperar porque por sus manos jamás habían pasado otros folios que no fueran los libros gratuitos de educación primaria y los 40 de la baraja española, una de sus habituales herramientas de trabajo.

Pero una vez que el *Gorupo* acabó de declamar, *Azucarillo* fue el primero en aplaudirlo y abrazarlo, actitud con la que desencadenó un ligero vientecillo que removió las hojas de los pirules y álamos, además de romper la solemnidad endomingada que había imperado en el sepelio.

---

Cuando terminó por fin el entierro de don Ranulfo, todo mundo se encaminó hacia automóvil en el que había llegado. La figura que más llamó la atención fue la de *Rosa de Mediodía* por el rítmico contoneo de su cuerpo y porque se dirigió a la limusina del diputado *Tiliches*.

La lluviecita, apenas perceptible hasta entonces, en menos de un par de minutos se convirtió en un aguacero que obligó a correr a todos los dolientes que aún no habían trepado a los vehículos en los que habían llegado al camposanto de Iztapalapa.

Entre ellos se hallaban abue Leónides, Lluvia, PepePedro y el *Punga*; quienes debieron cargar en vilo a la ancianita porque sólo se desplazaba arrastrando r los pies y habría tardado mucho en llegar al vocho. Una vez instaladas, *Azucarillo* se alejó del min-itaxi y caminó hacia una pileta.

Tanto Lluvia como la abue advirtieron este hecho y sin decir una palabra levantaron la vista como para preguntar al *Punga* qué pasaba, pero éste se hizo el omiso. Entonces Lluvia se volvió hacia doña Leónides y le tomó las manitas y secas nudosas como raíces de ahuehuate.

-¿Se acuerda Abue cuando me enseñó los oficios de cada uno de los dedos de la mano?- le preguntó al oído Lluvia.

La viejita sonrió plegando los labios porque le gustaba mucho que hablara así, de cerca y como secreto, como ella le habló a la pequeña niña que su madre dejó huérfana en un cuarto de vecindad. En la misma soledad se halló después PepePedro cuando su puta madre abandonó a Ranulfo.

Doña Leónides debió hacerse cargo de ambos en función de madre. Los entretenía con cuentos, juguetes y chistes como el de los nombres de los dedos de la mano que había aprendido en su tierra.

-Este pequeño -le dijo Lluvia tomándole el dedo meñique- es sólo de adorno porque es chiquito y bonito; este es el señor de los anillos; este largo y grandote es el metiche y alburero; el que sigue es el acusón y lameplatos; y este chatito y molonco el matapijos. A ver: repitámoslos al revés para que no se nos olviden sus nombres y tareas: matapijos, lameplatos, metiche, señor de los anillos y niño bonito-chiquito. Y si hacemos el mismo recorrido siempre nos da la misma cuenta porque cada mano tiene sólo cinco dedos, aunque usted dice que conoció una señora de su tierra que tenía seis en cada mano. ¿Sí, fue usted quien lo contó, o el abue Cuco?

-Fue don Cuco -terció el *Punga*- Lo que contaba la doña era por qué los perros se huelen la cola.

-¿Es cierto, Abue?

-De eso ya no me acuerdo.

-Acuérdese de ese recuerdo, doña.

-¿Es que es una grosería, Abue?

-No, hija, es una cosa por la que los perros andan metidos en un lío con San Pedro.

-¿Cuál es el lío?

-Un día San Pedro, el portero del cielo, le encargó a un perro que llevara un recado a la tierra y en el camino de bajada le dio hambre, se lo comió y nunca lo llevó a su destino. Por ello desde entonces los perros están condenados a buscar el recado en el hocico o la cola de sus semejantes.

-No en la cola, sino en el culo -aclaró el *Punga*.

-Son lo mismo- repuso Lluvia.

-No, porque el culo es la boca de una tripa que está dentro y la cola es una tripa peluda que tapa el culo caguengue.

-Bueno, de lo que se trata es de decir una cosa por otra para no decir peladeces, ¿verdad Abue? Porque ni usted, ni abue Cuco, decían majaderías- dijo Lluvia para sellar su breve disputa con el *Punga*, y para impedir que éste la reanudara, volvió la cara hacia doña Leónides.

Pero el *Punga* insistió en seguir hablando, aunque ya no sobre el asunto de la discusión anterior, sino para preguntar a la ancianita si se acordaba de la oración del Padre Nuestro del buen pastor y el Ave María del sacristán, que les enseñó a Lluvia, PepePedro y a él cuando eran niños.

La doña sonrió, abrió la boquita lo mínimo necesario para mostrar sus desdentadas encías, miró con picardía a Pancho -sí Pancho, no *Punga*, porque jamás lo llamaba o invocaba por su apodo- y movió la cabeza hacia ambos lados para sugerir que no conocía esos rezos. Sin embargo, después de una breve pausa, preguntó:

-¿Y cuáles son esos rezos?

-El Padre Nuestro del buen pastor dice: *Para nuestro que estás en los cerros, tu cuidas las vacas y yo los becerros*. Y el Ave María del sacristán dice: *Santa María mata su tía y dale de palos para que no se ría*.

-¿A poco yo les enseñé esas cosas?

-¡Quién si no usted!. Pero también nos contaba cuentos de hadas, duendes, chaneques, lloronas y brujas. También cantaba valsos, tangos, boleros y jotas que aprendió del radio.

-¿Yo hacía todo eso?

-Si, Abue, y también nos enseñaste a jugar burro castigado y con la baraja siete, rentoy, brisca, conquián y solitario- apuntó Lluvia.

-Por eso salió lanza y transa PepePedro, ya que usted conocía mejor ese libro español que el Arzobispo de México los *Evangelios* y la *Biblia*.

-¡Ay, niños, ustedes me están tomando por otra abuela!

-Sólo fuera la que no tuvimos, porque ni Ñita ni yo tuvimos otra abuela que la que nos prestaban Pepe y el *Viejo*.

-Eso es cierto, mamita. Usted es la única abuelita que tenemos el *Punga* y yo- dijo Lluvia al tiempo que le besaba su cabecita cenicienta, la arrullaba, abrazaba y remecía suavemente con brazo izquierdo.

----

Abue Cuco era muy cuentero, dicharachero y en sus días de asueto cargaba con sus nietos y Lluvia para que jugaran en las plazas, parques y jardines de los barrios en los que de joven y recién llegado a la Ciudad de México había trabajado como cargador y ayudante de albañil.

En su memoria y en su lengua cabalgaban algunos de los dichos y mitos más viejos de la cultura popular, que a la menor provocación los hacía saltar sobre sus presas con la rapidez fulminante de una mordida de víbora cascabel. La gracia con la que los decía era lo que más gustaba a sus interlocutores.

Lluvia recordaba que un domingo en el que rondaban en torno a la Plaza de Santa María la Ribera, uno de sus hermanastros le preguntó por qué cuando platicaba con sus amigos con demasiada frecuencia decía “estaba a punto de llevarme el diablo”; y que él, exaltado y casi gritando, respondió:

-¡Toquen madera, niños, porque con sólo nombrarlo se aparece o manda un temblor de tierra, que caiga una tormenta, que un coche o una bicicleta nos atropelle o que una cáscara de plátano nos haga resbalar sobre el piso! ¡No, niños, al innombrable hay que llamarlo Chamuco, Belcebú, Satanás, Patas de Chivo o de cualquier otro modo, y si se nos sale el nombre que no debe decirse, entonces luego hay que tocar madera!

En esa ocasión Lluvia recordó que ese domingo todos, incluido el abuelo Cuco, corrieron a buscar un árbol, un arbusto, una banca, un poste de luz o alguno de los barrilitos con helados, a fin de conjurar la posible aparición del Ángel Caído, el Chivo Chivarrudo y el Señor de los Infiernos.

Luego abue Cuco les dijo que el Innombrable siempre merodea en los vientos bajos, casi a ras de tierra y disfrazado de remolinito de aire, buscando pecadores de toda índole y fanfarrones que quieran negociar su alma a cambio de un buen trabajo, una fortuna o una bella mujer.

Les explicó que para el Chamuco es muy fácil localizar a este tipo de fantoches porque habitualmente andan en piqueras, cantinas y bares donde suelen presumir con dichos como el de que “soy más cabrón que bonito” y el de “si me ha llevar el Diablo que me lleve en buen caballo”.

-Dicen que el Patas de Chivo es muy grosero. Sí, malhablado, majadero; también mustio, hipócrita, fingidor. Los que alguna vez se toparon con él dicen que a veces intenta parecer un hombre de bien y se viste con traje de corte europeo,

corbata, sombrero de copa, fistol, zapatos o botas de charol; pero que siempre hay algo que lo delata- agregó don Cuco.

-¿Qué, abuelo?- preguntaron al unísono sus nietos y Lluvia.

-Ese algo son tres partes de su cuerpo que Satanás no puede ocultar?

-¿Cuáles?

-Las mismas que adornan a un chivo: sus cuernos retorcidos, sus pezuñas y su cola de cabrón.

-¿Pero a poco todo eso no lo tapa su disfraz de *gentleman*?- preguntó el Viejo.

-Sí, porque el sombrero tapa los cuernos, el pantalón las manos y la cola y las botas las patas. Pero el disfraz sólo dura al principio de la reunión y cuando llega el momento de brindar, comer o cenar, las pezuñas de sus manos y su voracidad de puerco hambriento lo traicionan y lo hacen ver como lo que no puede dejar de ser: un verdadero Patas de Chivo; un chancho que aunque tenga una mazorca en el hocico no deja comer a sus compañeros de chiquero o un perro del hortelano que no come ni deja comer.

-Oye, abue, ¿qué se hace para llamar a Dios?

-Con él no hay ningún riesgo de nada, ni problema para llamarlo porque está en todos lados; está en nuestra carne, corazón y pensamiento. Para cercarte más a él sólo tienes que mirar al cielo, rezar, soñar y hacer cosas buenas a favor del prójimo.

-Pero tú decías la otra vez que no hay que hacer nada para que Dios te quiera y te proteja.

-Es eso cierto, porque Él no condiciona su amor y protección a nadie y a todos ama y protege.

-¿Y quiénes son los ángeles?- preguntó PepePedro.

-Ah, canijo muchacho. Tú lo que quieres es que recuerde el dicho del sacristán majadero que una vez dijo “a mí que me quiera Dios que los angelitos me vienen guangos porque son pendejos”.

Todos se echaban a reír a carcajadas y doblaban el cuerpo, para festejar a don Cuco cuando por excepción llegaba a soltar palabrotas en sus dichos, cuentos y anécdotas, porque siempre procuraba portarse, él sí, como un auténtico gentleman.

¡Quién esperaría escuchar de él una grosería, una mala palabra, habitualmente vestido con traje de calle, camisa blanca, corbata, pañuelo rojo en el bolsillo alto del saco, sombrero de fieltro de ala corta y siempre tan propio en su habla y comportamiento con amigos, extraños, compañeros y clientes de la sastrería de Madero?

En esta tienda- taller era común que a todas horas sus compañeros se botanearan y pedorrearan de boca de los empleados y clientes de las joyerías, ópticas restaurantes y fondas de la avenida, bromas de las que se mantenía ajeno y sólo compartía a distancia con sonrisas discretas.

Otro de los chistes que repetía con frecuencia a petición de sus nietos y Lluvia era el de que cuando trabajaba como albañil en Mixcoac le gustaba oír y ver pasar el ferrocarril México-Cuernavaca porque a su paso le cantaba con su silbato unos versos que le había dedicado:

Ya me voy

Cuco tú

Cucu yo

Cucu tú.

Ya llegué,

Ya toy aquí.

Kirikí, kikirikí

Ya regresé.

Les contaba que el trenecito era muy viejo, verde y destartado como una iguana y que era de paso tan lento que tardaba 15 horas para llegar a Cuauhnáhuac, mucho más horas de las que él hacía para caminar de Mixcoac a Milpa Alta, sin contar las jarras de pulque que consumía en ese tránsito.

-Abue, ¿qué es Cuauhnáhuac?- le preguntó el *Viejo*.

-Es Cuernavaca en lengua. Los españoles de antes le pusieron ese nombre que suena a cuernos de vaca porque tenían las quijadas de madera y no podían pronunciar su nombre en náhuatl.

----

En la historia taurina de don Pedro José María Pérez Antunes y Galeana, alias *Azucarillo*, *Pasmo de La Merced* y *Niño de Loreto*, líder y maestro de la cuadrilla *Ignacio Sánchez Mejías*, había más de una tarde de gloria premiada con orejas y rabos, botijas de vino, flores y zapatillas de dama en la arena.

Algunos de estos grandiosos triunfos merecieron paseos a hombros en calles y plazas cívicas, además de titulares de primera plana en diarios impresos de la mitad de los estados de la república, pero se dieron en poblaciones muy pequeñas que no pudieron abrirle las puertas de la Plaza México.

Su valentía espartana no le alcanzó para siquiera empatar los éxitos logrados por otros toreros de gloria efímera, como fue el caso de su contemporáneo Rodolfo Rodríguez *El Pana*, quien triunfó como pocos en el Coso de Insurgentes, pero después de tomar la alternativa se hundió en el anonimato.

La tarde de mayor resonancia de *Azucarillo* en el Valle de México se dio en la plaza de La Florecita cuando apenas lindaba en los 17 años de edad y tenía poco de haber dejado atrás sus capeas teóricas en las mesas del bar Tupinamba, los prados del Bosque de Chapultepec y los Viveros de Coyoacán.

Era un chaval que nunca había estado frente a un torete o siquiera un chivo chivarrudo, pero que tenía ganas de demostrar que sus grandes redaños le daban el valor necesario para echar pie palante sin pensar que expondría su vida ante un novillo o un toro de cinco años y 500 kilos.

Ciertamente fue su ánimo de gladiador de circo romano lo que más lució ante el respetable en la tarde de su debut, porque olvidó en casa lo que había aprendido del arte de Cuchares y lo único que exhibió fue la gran capacidad de resistencia física que le permitió aguantar medio centenar de revolcones.

Además de quitarle el terno, las zapatillas y el chaleco que había arrendado en una sastrería de la colonia Nochebuena, las cobardes topeteadas que le dio el novillo que le tocó en suerte lo dejaron con la misma bendita imagen con la que El Señor llegó a la parte más alta del Monte Calvario.

De esta luminosa pintura, que pudo haber salido de las manos de Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros o José Clemente Orozco, así como de su demostración de que estaba hecho con carne de cornalón, se desprendió su siempre postergada fama en los cosos de la fiesta brava.

Esta extraordinaria hazaña taurina le brindó, además, la oportunidad de conocer a una persona que habría de ser muy importante en su desarrollo

profesional como maestro del artegio del donjuanismo bipolar o binario: don Francisco Rico Pascual, el próspero panadero de la calle Mesones.

-Uté es un gran torero. Uté trae el genio de la muerte y el pasmo de la vida- le dijo don Paco al término de esa hazaña, más gladiatoria que taurina. Fue en esa ocasión cuando le propuso convertirse en su apoderado y proveerlo de lo necesario para que triunfara en los ruedos más importantes de México y España.

PepePedro aceptó de inmediato la altruista oferta de su admirador espontáneo, aunque en el aquel momento no se imaginó que tanto ésta como la zalamería de don Paco tenían como único objetivo convertirlo en su espada personal en la trastienda oculta de la panadería de Mesones.

Sí, de esta tienda, del Bosque de Chapultepec y los Viveros de Coyoacán, jamás pasó la promesa de torear en las plazas de la capital, Toluca, Puebla, Guadalajara, Zacatecas, Monterrey, Saltillo, Ciudad Juárez, Querétaro, León, Texcoco, Aguascalientes, Tijuana, Puebla, Tlaxcala, Veracruz y Mérida.

Tampoco le cumplió la promesa de llevarlo a las tientas de las ganaderías más grandes y famosas de la república; y todo quedó en las tientas y faenas de trastienda de la *Flor de Galicia* de la calle Mesones en donde, sin embargo, aprendió a sacar más lana metiendo el estoque en morros más blandos.

Las tardes de gloria taurina debió buscarlas él mismo con la compañía de *El Panda* y *El Atitalaquia*, chavales igual de hambrientos de toro, fama y oro que conoció en los Viveros de Coyoacán, con quienes perfeccionó su habilidad en el uso del dos de bastos y la compraventa de yerba santa.

Con ellos y con el *Gorupo*, quien poco después se integró a la cuadrilla *Ignacio Sánchez Mejías*, emprendió en el inicio de la década de los años 80 la maravillosa campaña taurina en la que durante casi un bienio actuaron en cosos de Querétaro, Guanajuato y Jalisco.

En ese lapso el cuadrivio sumó al arriesgado desempeño del arte Cuchares el de los no menos peligrosos artegios del timo en la especialidad del *Paco*, el dos de bastos y el juego de la bolita, así como el de la venta de María Bonita, nieve colombiana y pomadas mágicas elaboradas con peyote.

Los cuatro eran diestros en estos y otros oficios, incluido el de la poesía y la actuación dramática, porque cuando un *Gilberto* se da cuerda del bajón o el engaño, hay que hacerse el indiferente, el impenitente y el inocente en todas las instancias posibles de una operación fallida.

Fue obra poética porque el *Atita*, inspirado por la media botella de bacachá que le removía los sesos, dijo: ¿por qué no comer hambre y hacer de ésta un estoque para matar primero chinches y piojos, luego leones y después elefantes?

-¿Qué quieres decir con esa mamada?

-Que desde este pinche rancho grande podemos ir primero a conquistar los ranchos chicos, después a los medianos, luego a los otros grandes.

Todos, empezando por *Azucarillo*, estuvieron de acuerdo con el *Atita* y de inmediato pusieron manos a la obra para llevar a cabo una de las campañas taurinas más extraordinarias de la historia de México por su sencillez, ingenio y diseño rápido, ya que se elaboró de una noche a la mañana.

La neta: su concepción y desarrollo inicial se hizo en punto pedo en el *Estudio 54*, por lo que a la cuadrilla *Ignacio Sánchez Mejías* le bastó caminar sobre la avenida Insurgentes Norte hacia el Puente Nonoalco-Tlatelolco para trepar al cabús del tren que en ese momento salía de la estación ferroviaria de Buenavista.

El único problema que tuvieron fue que en la estación de Pantaco los descubrieron y bajaron, pero más pronto que tarde hallaron una solución a aquel freno involuntario pues tomaron prestado un *Opel 50* con el que mantuvieron la misma ruta del México-Guadalajara guiados por el tránsito del sol hacia el poniente.

El coche fue bautizado *Yellow submarine* en correspondencia a su afición por el rock melódico de los *Beatles* e, inconscientemente, a los grandes servicios que brindó en los años siguientes ya que además de llevarlos a todos los pueblos donde torearon les sirvió de cama, hotel de paso, fonda, meadero, cagadero y depósito de vómitos.

El *Submarino amarillo* mereció con mucho este nombre no sólo por las múltiples tareas que desempeñó en el recorrido de más de 30 mil kilómetros sobre las carreteras del Bajío, sino también porque del fondo de esta región sacó del anonimato el nombre de muchos pueblos que hasta entonces eran desconocidos en el país entero.

Los grandes servicios que este cacharrito brindó a la nación mexicana concluyeron en San Felipe Torresmochas, Guanajuato, cuando se negó a seguir rodando porque su motor ya no tenía compostura, porque sus cuatro patas carecían de suelas de llanta y porque su interior jedía a perro muerto.

Los cuatro héroes de la tauromaquia nacional lo dejaron en las afueras de esa población después de rendirle un emotivo agradecimiento en el que abundaron las lágrimas, las bendiciones y una oración fúnebre de *Azucarillo*, quien lo aludió como una “nave que jamás caerá en el olvido”.

----

Antes de acceder a la vida racional el joven Venta, como le decía don Ernesto Polanco, *El Chamuco*, fue un vara suelta que voló sobre toda fuente de agua posible en este país -marranilla, alipuz, chinguere, taguarniz, guachiringa, chorreado, chinchol- hasta que aterrizó en firme.

Esto se dio cuando se le acabó la sed o acabó de saber que el agua de Dios enseña que su sabor se agota no sólo por falta de plata o cobre, sino también cuando se ha comido los sesos, los riñones, el hígado y los músculos de sus acólitos.

Venta dejó el trago cuando se dio cuerda que ya no tenía fuerzas para siquiera levantar el brazo en respuesta a los brindis de salud de sus amigotes y que cada vez con mayor frecuencia se hacía estas preguntas: ¿dónde toy?, ¿qué hago aquí? ¿A qué vine aquí?

Entonces llegó a saber que los sabores son saberes; que éstos pueden ser tan sabrosos como un largo y dulce beso; que se asimilan o “acemilan” en los libros; que éstos se abren igual que las mujeres; y que son igual de sabios que las yeguas que aceptan la monta del más pendejo de los burros.

Venta aprendió que los libros, aunque hechos de papel, no son elaborados sólo con engrudo sino fundamentalmente con los sesos de las personas más preocupadas en divertir y enseñar a otras y que las páginas de muchos de ellos contienen sabidurías milenarias.

Fue así como el joven Venta se aficionó a la lectura de libros y a sus sabias enseñanzas; entre las que resaltaron las que lo indujeron a medirse, a no comerse el mundo a puños y a hallar en esas chingaderitas un trabajo acorde con su apócope.

Se hizo librero después de haber sido empleado de comercio, secretario de abogado sindical y las gerencias de un teatro de revista y un cabaret, e incluso extra de cine, mientras estudiaba derecho en la Universidad Nacional Autónoma de México.

Fue también cantante de música popular y en algunos escenarios tuvo oportunidad de alternar con personajes como los jazzistas Mario Patrón, Tino Contreras y *Chilo* Morán, así como con los boleristas José Antonio Méndez, Leo Acosta, Benny Moré, Luis Demetrio y Daniel Santos.

En los años 50 Venta estuvo presente en el *Hotel Congreso*, ubicado a unos pasos de la Cámara de Diputados en la avenida Simón Bolívar, cuando esbirros del dictador cubano Fulgencio Batista intentaron matar a este cantante sólo porque le había puesto los cuernos con una de sus queridas.

Los sicarios eran tres y preguntaron por Santos en la recepción del hotel, en la que se hallaba Venta en espera de que éste bajara, toda vez que era su asistente en relaciones públicas. Como tal se ofreció a informar a su jefe que periodistas puertorriqueños querían entrevistarle.

Esta intervención fue decisiva para evitar el atentado porque Venta le dijo a Daniel que no tenían facha de chismosos profesionales, ya que eran demasiado altos, fuertes, malencarados, además de que ninguno de los tres portaba cámara fotográfica, libretas de apuntes y plumas fuente.

En cuanto regresó al lobby Venta les dijo que en cosa de media hora estaría con ellos porque acababa de levantarse y aún tenía que bañarse y vestirse; por lo que los invitó a tomar café o a desayunar en un restaurant aledaño mientras esperaban que bajara de su cuarto de hotel.

Pero los matones no aceptaron porque pensaban que ya tenían en sus manos al cantante; quien en ese lapso trepó al techo del hotel, recorrió las azoteas de tres edificios de viviendas; salió por el portón del que se alineaba sobre la calle Constitución de 1857 y de la que corrió hacia San Juan de Letrán.

En esta avenida tomó el taxi que lo llevó al aeropuerto de la Ciudad de México, a la que sólo habría de volver en los años 60, casi un lustro después de que el dictador proyanqui había sido expulsado de Cuba por los guerrilleros que lideró el comandante Fidel Castro Ruz.

El tío Venta, por cierto, solía contar que en la segunda mitad de los años 50 coincidió en varios congales, cantinas y cafés de las colonias Centro, Tabacalera y San Rafael con el *Caimán Barbudo* y *El Che* Guevara, y que ellos fueron los que lo enteraron de la existencia del socialismo.

Sus amigos, incluidos otros librereros y los mormones del *Salón Dalila*, recogían con pinzas de laboratorio químico esta versión “histórica” porque intuían o asumían como poco creíble que personas que alistadas para una revuelta armada anden de parranderas.

Pero le valía madre que le creyeran o no estas historias, porque en esa época todo lo que enfrentó -en particular el naufragio emocional al que lo sometió su amor loco por Dorita, la hermosa Helena cristera de la Lagunilla- fue decisivo para su formación física, moral e intelectual.

Fueron años de un aprendizaje integral del que no pudieron ser excluidas las fantasías, las mentiras, los errores y los eventuales aciertos, entre los que destacó su refugio sapiencial en los mensajes de redención socialista de *El Moro* y *El Güero*.

Pero al venturoso camino hacia el conocimiento profundo de la naturaleza humana hallado por el joven Venta, no sólo contribuyó el discurso político de la revolufia igualitaria propuesta por los citados filósofos alemanes, sino también el amor democrático hacia a otras mujeres.

----

Me duele la rola del *Viejo*. Es el hermano que pedí y no tuve. Soy más carnal suyo que el pinche torero mayate. Tenemos los mismos años, las mismas mañas, las mismas uñas, pero no los mismos daños. De niños compartimos hambre, frío, pan, café, tristezas, alegrías y sueños.

En la adolescencia aprendimos los mismos artegios, pero de la chamba de estos oficios no esperamos las mismas cosas porque desde entonces Rafa se hizo muy ambicioso, empezó a pensar en grande y a caminar sobre un piso más alto que lo ha llevado a tropezar más de la cuenta.

Yo siempre le decía, y le sigo diciendo, no levites más de la cuerda sobre la que te tambaleas, ni quieras comerte la tierra a puños, porque nunca faltan los tiñosos que por un fajo de la mujer blanca de ojos verdes y cabellos rojos quieran verte metido en la de cuadritos.

Aprende a ponerte en tierra, como yo y los demás chalanos del rumbo, que no sueñan con rodar y volar sobre el Pedregal y las Lomas; pero que ya no viven al día porque sacan el clavo necesario para el chivo en sus casas, para revolcarse con otras changuitas y ya no sólo tragan clarosol con coca.

Pero el cábula nunca ha pelado estas manzanas o monsergas, como las llama en su planeta de humo negro, porque aún en chirona el pendejo sigue pensando que algún día la fortuna lo hará igual de milloneta que al boquiflojo *Richi Salinas* y al dueño de Mexlim o México dormido.

Yo, la neta, nunca he tenido sueños guajiros como mi compadre el *Viejo* y el pinche soplanucas. Por ello ahoy los dos cabrones están donde están: uno retorciéndose en el tambo por falta de pericazos y el otro haciendo lo mismo para seguir creyéndose torero caro.

Pero cada quien su vidurria, como decía Basurto, porque en el espacio y el tiempo hay lugar pa todos; paque todo mundo haga lo que le venga en gana; paque

cada quien coma el poco o mucho pan que haiga en su mesa y paque sepa que en ésta está el límite que el Señor le puso a uno.

Y desta raya uno no debe pasar porque entons pasa lo que le pasa a mi compadre Rafa, que cada rato pierde los pies y las alas al caer en chirona de la nube más alta que asegún José Alfredo le prestó para siempre. Hay que respetar la raya porque con ella el Patas de Chivo te tiene agarrado de los huevos.

No he querido decir a PepePedro, ni a Lluvia, ni mucho menos a doña Leona, pero la situación jurídica del *Viejo* es mucho más cabrona que bonita y va para largo su estancia en la de cuadros, porque de acuerdo con un ajedrez se le acusa de la comisión de delitos de orden federal.

El más grave es el de traficar y vender estupefacientes que dañan mucho la salud de los compradores. Por eso hay un tiro muy fuerte entre la policía auxiliar y la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal con los judas federales y la Procuraduría General de la República.

Esta procu exige a la local que le entregue a mi compadre, pero ésta lo tiene retenido a como dé lugar porque detrás del tráfico de la nieve colombiana que se vende en la capirucha hay gentes de nombre demasiado conocido y ocupan cargos públicos y políticos.

El diputado *Tiliches* es uno de ellos y el *Viejo* debe cerrar el pico, aguantar vara y aceptar que es el único intermediario de los capos que traen de Cali o Bogotá la cocaína. Esta responsabilidad lo expone a cargar con ocho o diez años en una cárcel federal, aquí o en otra ciudad de la república.

El problema se le ha complicado mucho porque el gobierno de México quiere quedar bien con el del otro lado, en donde los políticos gringos nada hacen para agarrar a sus narcos que venden goma o coca a la libre y lavan sus ganancias en Wall Street.

Los golpes de nota roja más fuertes se dan contra las costillas enclenques de los pungas pendejos y menores como mi compadre, y no contra las de los pungas gordos que son dueños de bancos, industrias automotrices, fílmicas, hipódromos y juegos de apuesta.

Sí, al perro más flaco es al que siempre le caen más pulgas, porque los malandros grandes negocian en los entretelones la gracia de no salir a los escenarios, como es el caso del *Guichilobos* y otros actores de la narco-política y la alta narco-burocracia.

Es por todo esto que a Rafa no le queda de otra que declararse culpable; depender de lo que su jefe oculto pueda negociar con los gobiernos local y federal

; y esperar que el Señor de los Cielos lo ampare para que no lo vayan a condenar muchos años en el tambo.

El pobre *Viejo* ni siquiera pudo venir a darle el último adiós a su jefe; aunque, a decir verdad, cuando lo enteré de que se había muerto apenas murmuró algo entredientes y en su cara no apareció un solo gesto de tristeza. Mi compadre tiene seca el alma porque no guarda buenos sentimientos.

Lo único que lo mueve y saca del silencio misterioso en el que siempre anda envuelto es la mujer blanca de ojos verdes y cabellos rojos, con la que a veces se pone a bailar salsa caribeña.

---

La había observado con detenimiento, pero por la distancia no alcanzaba a reconocerla. Era cincuentona, morena, malvestida y se cubría el rostro con unas gafas oscuras y una mascada multicolor que le cubría el resto de la cabeza desgredada.

Detrás suyo, recargado con sus antebrazos sobre el techo de un taxi, había un hombre gordo y alto que cubría su cabeza con una gorra de beisbol. Atendía con celo la plática de *Azucarillo* con esa mujer, porque a menudo ésta lo abrazaba con mucha efusión.

Hacia media hora que estaban bajo un eucalipto y que la abuela, Lluvia y el *Punga* esperaban la vuelta de PepePedro. Lluvia se hallaba molesta porque la charla se había prolongado y doña Leona cabeceada de sueño y aburrimiento.

La mayoría de los automóviles que habían formado el cortejo de tío Rana habían volanteado y desaparecido del entorno del panteón, excepto la guayín de los muchachos toreros, quienes descorchaban otro pomo y oían música a todo volumen en espera de que se desocupara el Maese.

Intrigada, molesta, acaso también celosa, Lluvia preguntó al *Punga*:

-¿Quién es esa mujer?

-¿Cuál?

-La que está con PeppePedro?

-¿A poco no la reconoces?

-Nunca la he visto en mi vida.

-Vela bien, la debes conocer.

-La he estado bien viendo todo este rato, pero no tengo la menor idea de quién pueda ser.

-Es doña Margarita, la jefa de PepePedro y el *Viejo*. Ve a verla, ella fue también tu jefa y le dará mucho gusto volver a verte.

Lluvia dudó, pues no sabía que su madrina, quien la crio de niña, aún viviera. Ni PepePedro ni Rafa la habían mencionado desde que dejó de verla; sólo la abuela la había aludido de manera indirecta y despectiva: la madre de mis nietos, la ex mujer de mi hijo, tu madrina.

Con esta última referencia, quizás elaborada inconscientemente, doña Leónides ofrecía a Lluvia una imagen con el debido soporte familiar y moral de quien se hizo cargo de ella, cuando quedó huérfana después de la muerte o desaparición de su madre.

Durante un par de minutos, lapso en el que incluso cerró los ojos para concentrarse mejor, trató de recordarla, pero no lo logró y para distraerse, apretó suavemente a doña Leona, a la que conmemoraba como su única madre. Fue en ese instante cuando oyó otra vez la voz del *Punga*.

-Ve a verla. Yo me encargo de la doña. Sólo recargarla con mucho cuidado para que no vaya a despertarse.

Pero Lluvia se mantenía en la duda y en el asombro oscuro, pues la inundaba el extraño temor a una sorpresa; un miedo a que aquella mujer desconocida le preguntara quién era y con qué derecho se le acercaba con el pretexto de que era su ahijada.

Temía, asimismo, a que se despertara la abuelita y que se molestara al verla conversando con esa mujer, que muchos años atrás había abandonado a su marido, ahora muerto; a sus dos hijos adolescentes y a ella misma, para seguirle los pasos a un padrote de barrios bajos.

De nueva cuenta escuchó la voz de *Punguita*, que insistió en que fuera a saludar a doña Mago.

-Mira, PepePedro te está llamando. La ñora te quiere ver.

Su reacción instantánea, movida por inciertos pero fuertes timbres emocionales, fue un lagrimeo silencioso y abundante que la obligó a desprenderse con mucho cuidado del cuerpecito de doña Leónides, para sacar un pañuelo de su bolsa de mano.

¿Aquella tormenta de agua salada era el desborde de recuerdos arraigados en lo más ignoto de su ser, que ahora hallaron la puerta de salida para revelar por

qué fue niña huérfana de madre, hija pobre de padre rico y niña recogida de una familia humilde, generosa y amorosa?

Esta reflexión, súbita e imponente, la llevó a preguntarse si la doña aquella, a la que todo mundo aludía como su madrina, habría sido la persona a quien debía su supervivencia infantil y juvenil, su educación básica y moral, además de un futuro quizás alentador.

Justo cuando llegaba a esta conclusión, vio que el *Punga* salía del vocho y daba la vuelta hacia la puerta contraria en la que advirtió la presencia de PepePedro, al que instaba a que esperara un poco porque Lluvia aún no estaba preparada a salir del pequeño automóvil.

En aquel momento vio que *Azucarillo* levantaba su brazo derecho y con la punta de los dedos índice y pulgar informaba a doña Mago que en cosa de un momento le llevaría a su ex hijastra, en tanto se asomaba a la ventana del coche para decirle en tono suave y suplicante:

-Por favor, ven, ma quiere verte. Yo cuido a la abuela.

Después de recostar con mucho tacto a la abuela sobre el asiento y la parte interior trasero del vocho, salir y ver que PepePedro se colocaba al lado de aquella, Lluvia caminó hacia el eucalipto donde se hallaba su “madrina-ma”. ¡Sí, hasta ese instante se acordó que así llamaba cuando fue su hijastra!

Lluvia cubrió el tramo que la separaba de doña Mago con su habitual modo de caminar lento, movido y cachondo, a pesar de que el cielo se había vuelto a nublar y empezaba a caer una lloviznita silenciosa y acaso también triste.

----

-Oiga, don Luc, ¿qué pasó con la pintura?

La cara redonda y burlona de Noé reflejada en el espejo retrovisor obligó al viejo a reaccionar con un gruñido que apenas movió sus cejas y sus labios. Sabía que el joven peluquero juguetero quería hacerlo hablar de sus fantasías religiosas y no de su ya arrumbada afición por la pintura

Por ello se limitó a hacer un gesto de enfado y rechazo, y buscó distraerse con la observación rápida de la arboladura grisácea, chaparra y melindrosa de los edificios de las colonias que se hallan en el costado derecho de la Calzada de Tlalpan con rumbo al centro de la Ciudad de México.

Cuando el vehículo en el que viajaban don Venta, dos de los hermanos Cruz y él dejó atrás la estación Villa de Cortés, escuchó nuevamente la voz de Noe que le preguntó por qué había dejado el practicar el arte pictórico. Después de un minuto de silencio, respondió casi a gritos:

-Porque en la pinche barquita del fallido pescador de pecadores no cupieron mi paleta, mis pinceles, mis pinturas de mil colores y mis modelos, que ya no eran los enormes, bellos y sabios dinosaurios, sino mezquinos y sabiondos sacristanes mormones pagados por los cabrones gringos.

Tío Venta, Isaías y el propio Noe rieron a carcajada abierta por el gracejo de don Lucas, pero a partir de ese momento los cuatro se hundieron en el silencio, advertidos de que aquel breve tejemaneje había propiciado un involuntario choque de ideologías religiosas y también políticas.

En don Ventura Díaz Caminero, el *Filósofo de la Lagunilla*, este hecho era por demás evidente porque en la alusión a la bíblica Barca de Noe había sugerido el uso de las creencias religiosas como instrumento de dominio socio, económico y político de las poblaciones.

Esta conclusión lo llevó a tomar partido por su viejo amigo, como era obvio, e incluso en algún momento, precisamente cuando pasaban frente a la iglesia de San Antonio Abad, pensó casi en voz alta:

-¿Qué puede saber o entender de arte pictórico, escultórico, arquitectónico y literario un epiléptico de copia o teatro al que han inductado para que crea a pie juntillas el credo del cristianismo capitalista, luterano y weberiano, cuyo fetichismo es exclusivamente monetario y se opone a la liturgia pagana, orgiástica y barroca de la vida?

-¿Qué puede entender del arte de la vida y de todas las demás expresiones creativas del hombre, un pinche muchacho educado para saltapatrás? Nada., como acaso también ocurre con Lucas, aunque en realidad éste recurre a la oratoria piadosa en el Metro para llevar el pan de cada día a su casa- concluyó tío Venta.

En lo que quedaba de tránsito hacia El Carmen don Lucas recordó que apenas diez años antes se dedicaba a pintar milagros en las plazas de Santo Domingo, El Carmen y Loreto, donde la gente le contaba los favores de salud, dinero y amor que había recibido de vírgenes, santos y el Hijo de Dios.

Estos relatos fueron el hilo y el cajón de sastre con los que elaboró las prédicas religiosas que repite cotidianamente en los vagones del gusano naranja para ganarse el chivo vendiendo bendiciones de sanación y libros sagrados de segunda mano que le provee el *Filósofo de la Lagunilla*.

Su afición por la pintura nació un día que acompañó a Sarafí al Palacio de Bellas Artes para que pudiera hacer una tarea escolar y para que manera casual descubriera el estruendo volcánico de los colores de José Clemente Orozco y sus habilidades en el manejo de estos y el dibujo.

En esa ocasión apenas regresaron a casa Lucas se puso a dibujar lo primero que se le puso en frente en la azotea del edificio de Leandro Valle y que fueron, por supuesto, la Iglesia y la Plaza de Santo Domingo con sus portales, la fuente y la estatua de la patricia Josefa Ortiz de Domínguez.

Después se dedicó a figonear y copiar a lápiz pinturas al óleo y murales en los edificios de la Santa Inquisición, la Secretaría de Educación Pública, los palacios del Arzobispado y el Nacional, la Academia de San Carlos, La Esmeralda, los hoteles del Prado y Alameda, el Jardín del Arte y Garibaldi.

En poco tiempo sus trazos fueron rápidos, dóciles a la lógica figurativa y carentes de perspectiva, por lo que se ajustaron plenamente a la gracia ingenua y metafísica que exige tanto el arte plástico con que se elaboran los milagros religiosos, como el de los retratos a lápiz instantáneos.

Su fama de pintor milagrero en los años 70 fue tanta o mayor a la que luego alcanzó como vendedor callejero de biblias, evangelios y gramáticas castellanas y como la que ahora tiene como loco mesiánico y curandero en las estaciones y convoyes del gusano naranja.

Don Lucas dejó de dibujar y pintar milagros cuando estalló el escándalo amoroso en el que se vio envuelta *Rosa de Mediodía*, debido a que creyó que los supuestos pecados de ésta afectarían su fama pública de pintor religioso y los feligreses le reprocharían que había sido mal padre.

----

La lluvia era tan ligera como la vaharada de un gran mamífero del mismo tamaño del Popo y el Ixtla. Los veneros abiertos por el terremoto discurrían silenciosos y curiosos como lagartijas entre muros caídos, varillas erectas, ladrillos rotos, tierra removida, ropa desgarrada y zapatillas de mujer olvidadas.

El cataclismo, como un lobo hambriento, aún reclamaba al cielo llantos e inversas miradas de tristeza, a pesar de que la gente empezaba a recobrar su visión horizontal y vertical del mundo y, sobre todo, a lanzar plomadas a diestra y siniestra para definir las líneas de albañil que en adelante seguiría.

El centro de la ciudad estaba hecho el muladar que fue hace 200 años cuando aún se movía a lomo de caballos y carretas jaladas por mulas y bueyes. Sus calles y plazas estaban pobladas de campamentos de damnificados que habían perdido madres, padres, esposos, hijos y hermanos.

Los había hasta bajo los doctos aleros de los palacios Nacional y del Arzobispado. En el corazón de la plaza mayor, en torno de la asta bandera y frente a la catedral, había un grupo de chozas construidas con palos y techos de tejamanil, cuyos ocupantes exigían la atención del gobierno.

Se parecían a las palomas torcaz picando los minutos nones del reloj arzobispal. Habían llegado el día anterior de un pueblo ubicado en la región nororiental de la república, distante mil 500 kilómetros de la Ciudad de México, para plantear al Presidente de la República un par de demandas.

No, no querían viviendas, pan, tortillas, dinero o trabajo, como los miles de menesterosos a los que el macrosismo había condenado a vagar en las calles convertidas en vecindades. Querían tierra y agua para sembrar maíz, frijol y verduras. No pedían ninguna otra cosa.

Cuando una comisión del grupo solicitó audiencia con el primer mandatario del país e informó la razón de esta, un funcionario menor del Palacio Nacional le dijo a los integrantes que ahora éste no podía recibirlos porque había una situación de emergencia de la mayor prioridad.

Pero esta explicación sólo provocó que los comisionados intercambiaran miradas de extrañeza y confusión, como si no hubieran entendido, no creyeran o pensaran que se les estaba mintiendo. Esta actitud obligó al recadero del Palacio Nacional a preguntarles:

-¿Es que no han visto la situación de desastre integral en que se halla la ciudad? ¿Sus miles de muertos y damnificados? ¿Los centenares de edificios y casas derrumbados en casi todas las colonias y las calles? ¿La gran desolación y tristeza que hay en los sobrevivientes?

En respuesta a esta explicación, los campesinos volvieron a cruzar miradas de interrogación y después del nuevo intercambio mudo, el campesino que lideraba a la comisión dijo al gato presidencial que ninguno de sus compañeros había visto nada anormal.

-¿Pero es que están ciegos o llegaron de noche a la capital?

-Llegamos ayer a eso de las cuatro o cinco de la tarde.

-¿De dónde vienen?

-De Veracruz, de la Huasteca.

-Entonces entraron por Indios Verdes y debieron ver que el terremoto derribó muchas casas en las calzadas Insurgentes, Misterios y Guadalupe. ¿Acaso no vieron que en Tlatelolco el terremoto dejó como barra de pan *Bimbo* un edificio de diez pisos y que ninguno de sus habitantes salió vivo?

Otra vez los comisionados rurales volvieron a mirarse entre sí y se mantuvieron callados durante un buen rato como si cada uno de ellos -eran cinco- se hubieran puesto a meditar lo que tenían que decir. Fue nuevamente el presunto líder quien habló:

- Lo único que vimos es lo mismo que vemos todos los días en nuestros pueblos, paredones caídos, gente dormida o comiendo en calles y callejones de terregal o en milpas chiquitas secas y polvorientas por falta de agua.

Ante esta respuesta el funcionario menor movió la cabeza con fastidio y pidió al comisionado que llevaba la voz cantante que le entregara el papel que contenía las demandas y que mañana a la misma hora del día siguiente volvieran para recibir una respuesta oficial del Señor Presidente.

Fue así como el grupo huasteco, formado por alrededor de 200 hombres, mujeres, jóvenes y niños, sentó sus reales en el Zócalo al amparo de la enseña nacional, en cuyo entorno instalaron sus anafres para cocinar y sus tendederos para secar sus ropas de percal, manta, sarga y mezclilla.

Y como la atención a sus demandas fue para largo en las mañanas, mediodías, tardes y noches se pusieron a huapanguear en la plancha de la plaza mayor y los costados de la catedral y las ruinas de la pirámide que medio milenio antes los aztecas levantaron para venerar a sus dioses Tlaloc, Huitzilopochtli y Quetzalcóatl.

Estas distracciones llevaron a sus tríos de violín, guitarra y flautín a alternar con los danzantes de teponaxtle y chirimía en la espontánea comisión de divertir a las deidades prehispánicas, a los turistas, feligreses católicos, plomeros, albañiles y carpinteros que buscan trabajo a un lado de la catedral.

----

-Está lloviendo doña Rosalba, se va a mojar, dijo *Rosa de Mediodía*.

La limusina se había detenido en la esquina de la avenida 20 de Noviembre y la Plaza de la Constitución. El chofer, alto y uniformado como un militar de alto rango, bajó para abrir la puerta y ayudarla a desocupar el vehículo.

Era una ancianita muy encorvada vestida con un terno negro -falda, camisa y saco- que lindaba en el gris por lo sucio y desgastado. Aún traía cubierta la cabeza con un velo igualmente mugroso. Ningún desconocido habría supuesto que era la abuela de un diputado local de la Ciudad de México.

Áspera y furiosa como un gatito la mamá grande de don Luis Pérez Macías y Díaz de León rechazó las manos enguantadas del conductor que quería sostenerla hasta que se hallara bajo los portales del Palacio del Ayuntamiento y que, atento, esperó hasta que se halló ahí por su propio esfuerzo.

-¿Algún recado para el señor diputado?

-No. Sólo dile que se acuerde de su madre, que en santa paz debe estar hoy al lado del Señor.

Después de decir esto, abrió su bolsa de mano y sacó un doble pliego de papel periódico que usaba como paraguas para protegerse de la ligera llovizna que empezaba a caer y se encaminó hacia el centro del Zócalo. *Rosa de Mediodía* y el chofer observaron cómo se desplazaba con lentitud.

Lo que no pudieron ver, ni mucho escuchar, fue lo que iba balbuceando mientras avanzaba entre los vendedores ambulantes que ofrecían a precios muy bajos tamales, gorditas, enchiladas poblanas y potosinas, tlayudas oaxaqueñas, nieves de todas las frutas y sabores.

-¡Pinches indios léperos, vagos y malviviendo! ¡Si viviera todavía el señor presidente, el general don Porfirio Díaz Mori, héroe de la guerra y la paz, ya mero que hubiera permitido que estos nacos hijos de la chingada convirtieran en una caballeriza lo que antes fue el jardín donde paseaba la vista para descansar de las arduas tareas que desempeñaba para bien gobernar este glorioso país! ¡Miren lo que estos bárbaros cabrones han hecho de este paraíso: una pocilga llena de ratas, mierda, vómito de borrachos y chinches de putas baratas! ¡Sólo a estos pinches gobiernos se les ocurre permitir tanto desorden!

-Ya la gente no puede caminar en estas calles. En nuestros tiempos la ciudad era otra cosa. Estaba limpia y reluciente como un espejo. La caminaban caballeros de levita y sombreros de copa y las muchachas valsábamos en bellos salones rococó. Mi hija Rosa Martha era bonita, hermosa de veras; alta, rubia, con los ojos café claro como dos luceros. Si don Porfirio la hubiera conocido habría sido dama de compañía de Carmelita. Tenía categoría, distinción, no como esas putas que ahora visten pantalón y calzan botas de jineta en cualquier ocasión.

-Mi Rosalena estuvo a punto de casarse con un secretario del gobierno federal, quien le puso casa en la colonia Roma. No es cierto que el changuito ése,

que ahora se dice diputado, haya sido hijo de mi hija y del ministro de gobierno. Ese entrometido fue hijo de la conmiseración, no de una reina de la belleza y un secretario de estado. Pero éste se murió y todo mundo dijo que lo envenenó de celos una mujer, según dicen, su esposa; que prefirió matarlo porque cuando llegara a la Presidencia la iba a dejar para casarse con mi hija. Sí, mi Rosalena era muy bonita, blanca como la leche y su cabellera dorada estaba hecha con rayos del sol como la de María Antonieta.

----

¿Hemos perdido la causa? No, por supuesto. La miseria de las grandes masas es sólo una derrota relativa. La lucha de clases es la batalla más vieja que la justicia humana libra desde los años del caldo. Y, nunca, entiéndalo bien los malditos burgueses triunfalistas, han perdido una guerra y siempre han liquidado a las clases dominantes de su tiempo.

Si esto no es cierto, ¿díganme dónde están ahora los teócratas esclavistas, los señores feudales que empezaron como guerreros y se entronizaron como reyes y emperadores? La mayoría desaparecieron en Europa y en otros países donde imperan los burgueses, que para consolidar su dominio sobre las masas creyentes de dioses los mantienen en calidad de santones patronales o jefes de estado, pero sin tareas de gobierno reales, como ocurre en Inglaterra, varios países vikingos, España y Japón.

Sí, la burguesía moderna engaña a mucha gente con los trucos de la magia barata lanzados a través de la mercadotecnia mediática y aún la libresca, como es el caso del pregón doctrinario de Francis Fukuyama de que con el dominio de la burguesía globalizadora la humanidad llegó al fin de su historia.

Esta tesis, por demás falsa, se sustenta en la versión de que el supuesto triunfo del imperialismo yanqui-europeo en la guerra fría y el también presunto rechazo de los pueblos euroasiáticos al modelo de desarrollo comunitario propiciaron la desaparición de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

Se equivocan los burgueses, la disolución de la Unión Soviética no marcó el fin del socialismo, ni mucho menos el de la historia. Esta, en realidad, está empezando un nuevo periodo de desarrollo del que la federación multinacional recién extinguida fue sólo una prueba o una obra de docencia,

En China, Vietnam, Cuba y Chile está llevándose a cabo el mismo ensayo y su éxito o fracaso dependerá del grado de desarrollo económico en el que se

encuentren los respectivos pueblos de estas naciones, y no de las aseveraciones de la propuesta socialista que formularon Marx, Engels y Lenin.

La historia de la humanidad no se cuece al vapor o al fuego de un taquero de carnitas al pastor, sobre todo ahora que el imperialismo neoliberal está en proceso de reversión y resiste a los movimientos socialistas agobiando a los pueblos con guerras mercantiles, armadas y mediáticas.

*El Moro* es hoy más actual que nunca en la historia reciente del mundo porque se están dando las condiciones económicas, sociales y políticas para que se concreten las previsiones del *Gran Manifiesto* y porque los infames capitalistas están tratando de perfeccionar sus mecanismos de explotación laboral.

Por todo esto es falsa la versión de que el socialismo se haya acabado y que los demonios neoliberales lo enterraron. Esta blasfemia sólo puede ser compartida por los ignorantes, por los políticos endeble de espíritu, por los intelectuales al servicio de la burguesía y por los mercachifles de los medios de prensa.

Estos falsos profetas redentores ignoran que la divina chispa de la lucha de clases salta en todos lados en busca de las masas trabajadoras que han sufrido las mayores pérdidas salariales y prestaciones sociales y que, por lo mismo, están mejor dispuestas a desencadenar la revolución socialista.

Pero las mejores chispas para deslenguar mental u oralmente este discurso del tío Venta, podía ser tanto el más pedestre de los chismes políticos de la prensa diaria, que los altos pechos de la vedette de mayor demanda en los centros nocturnos de la capirucha.

La misma catástrofe generada por el terremoto del 19 de septiembre daba hilo a este rollo del *Filósofo de la Lagunilla* con el argumento -bastante valedero, dicho sea de paso- de que los gobiernos burgueses “no habían hecho bien las cosas en esta tierra cabrona y temblona”.

“Fuera del Tata y el chapín de Atizapán, ningún otro machuchón virreinal al servicio de los capitalistas gringos y novohispanos ha trabajado en favor de los mexicas pobres, a quienes hoy golpean por igual el cataclismo de la crisis neoliberal que el macro-sismo de 8.1 grados”, llegó a decir en el *Salón Dalila*.

----

Lluvia caminó indecisa y tímida hacia donde se hallaba su madrina-ma. Se sentía muy observada por ella y por el hombre corpulento que la acompañaba, a pesar de

que éste portaba lentes oscuros y se hacía el indiferente a lo que ocurría en el entorno.

En la medida que fue aproximándose, el descontrol emocional que minutos antes la había hecho llorar le apretó más el nudo que se le había formado en la garganta. Aliviaba un poco su tensión la compañía del *Punga*, quien caminaba a un costado y le platicaba en voz baja.

-Se ve joven todavía. Cualquiera diría que apenas tiene 35 o 40 años. Se ve más chava que el pinche *Viejo*.

Lluvia no hizo ningún comentario porque la apergollaba el propósito de no soltarse a llorar, impulso emocional que aumentaba a cada paso y que se combinaba con el deseo inconsciente de echarse a correr hacia la tía Mago o al descampado. Pero los dichos del *Punga* la frenaban.

También la detenía el cotejo que una hora antes había hecho entre esa señora de estatura baja, nariz chata, labios gruesos, pelo rizado azabache sin una sola cana, esbelta y ninguna arruga en la cara, y la joven alta, morena-oscura, alegre y dicharachera que recordaba como su madrina-ma.

Sólo hasta que estuvo a un metro de distancia y la señora sonrió, abrió la boca e hizo que refulgiera el brillo de un diente de oro, Lluvia se convenció de que esa mujer era la única madre que realmente tuvo, la que la crio, la apapachó, la vistió, le dio de comer y la llevó al kínder y a la escuela primaria.

Sí, era la madre que siempre amó, extrañó y por la que lloró en silencio durante ocho años, porque desde su repentina desaparición en casa nadie de la familia -con excepción del tío Rana en sus soliloquios de borracho- la mencionaba por su nombre como si no hubiera existido.

Fue por ello que cuando doña Mago le extendió los brazos para atraerla hacia su pecho, Lluvia se soltó a llover en tormenta las lágrimas que durante más de tres lustros había acumulado en sus ojos, su mente y su corazón, y las que al brotar como fuente de agua removieron todo su cuerpo.

El abrazo y el llanto duraron cosa de tres minutos, lapso que resultó eterno para la abue Leona, PepePedro y el *Punga*, quienes no pudieron imaginar o suponer que dentro de aquel encuentro había hecho erupción un volcán de sentimientos ocultos, sinceros e igual de ardientes que la lava.

Una lava volcánica en la que los recuerdos de Lluvia evocaron unas manos oscuras de palmas amarillas, cuyo suave roce cálido sobre su piel, asociado a un arrullo en canto apenas perceptible, lograban atraerla al sueño, de difícil conciliación sobre todo en sus primeros años de huérfana.

Al término de este tierno reencuentro, durante el cual paró la lluvia, relumbró el sol y entre las faldas bajas del Ixta y el Popo se tendió el gran puente de un arco iris y el paso por el que doña Mago y Lluvia pudieron intercambiar algunas palabras antes de despedirse.

-¡Eres igual de bella que cuando eras niña! Poco has cambiado, hija, para bien tuyo y nuestra familia.

Estas frases volvieron convulsionarla emocionalmente, pero logró controlarse para decirle en voz alta a su madrina-ma:

-¡Gracias a usted, a quien debo mi sobrevivencia y educación!

Entonces se envolvieron en otro abrazo igual de estrecho y largo, del que salieron cubriéndose la cara con el antebrazo para ocultar sus sollozos y jalar cada una por su lado: tía Mago hacia el hombre que la esperaba y Lluvia hacia el vocho donde estaban la abue, PepePedro y el *Punga*.

Ya en calma dentro del automóvil, de vuelta al centro de la ciudad, al lado de doña Leona y teniendo en frente a *Azucarillo* y uno de los pocos amigos que tuvo en la infancia, Lluvia se esforzó en rastrear en su memoria las imágenes y actitudes más significativas que guardaba de la tía Mago.

La primera que vino a su mente fue una en la que se veía arrastrada por su madrina-ma sobre una de las banquetas de la calle de El Carmen, en cuya esquina con República de Nicaragua terminó el arrastre y el forcejeo, pues ahí se hallaba la preprimaria en la que la había inscrito.

Sí, en sus primeros días de colegiala fue llevada a la fuerza por la tía Mago, quien en ningún momento le consintió holgazanerías ni caprichos para que no se quedara igual de burra y pendeja que ella, la mayoría de sus comadres de la vecindad, las cocineras, las gatas y las meseras de Garibaldi.

Recordó también que cuando ya tenía uso de razón y cursaba el quinto o sexto de primaria, el afecto maternal de doña Mago se expresaba mediante el uso de figuras de la retórica popular como la de que parecía una chiquilla de pesebre navideño, que sus oscuros y brillantes eran de capulín, toro asustado y camello sediento.

----

-Acérquese señora, señor, señorita, joven, niña, niño, abuelita, abuelo; acérquese toda persona que tenga algún malestar o dolor que su doctor no haya podido curarle, porque aquí vengo ofreciendo, señor, señora, niño, niña o abuelito,

la última y más milagrosa panacea creada en el mundo para remediar todo tipo de enfermedades, incluidos soplos, catarros, cefaleas, reumas, lumbago y dolores de caballo, que no son otra cosa que pedos atorados.

Sí, estimados y queridos pasajeros, en estos frasquitos de vidrio oscuro traigo las pastillas curatodo más fregonas del planeta e inventadas por los científicos de los mejores laboratorios farmacéuticos de mayor renombre en México, las Europas y los Estados Unidos. Sí, la neta del planeta, con estas capsulitas baratas y accesibles a su bolsillo, usted, señora, caballero, señorita, abuelo y abuelita, puede mandar a volar cualquier tipo de malestares corporales y mentales, incluidos los males de ojo y las hechicerías de sus vecinas, concubinas o amigas de cantina de su esposo.

Sí, con estas cápsulas mágicas usted puede curarse lo mismo una cruda de dromedario teporocho, que el más fuerte ataque de nervios o angustia, porque están hechas para golpear a fondo el origen psicosomático de todos los males. Ustedes se preguntarán que con qué se come esta pinche palabreja moderna y yo les digo que con ella se habla del origen nervioso o mental de todas las enfermedades no infecciosas o provocadas por bichos, frío, calor, malas comidas y bebidas, contra los que a veces fallan nuestras defensas naturales.

Sí, amigas, amigos, marchantes y pacientes, esta panacea fue inventada para remediar todas las enfermades que afectan al ser humano y está haciendo verdaderos milagros de sanación en Europa, Estados Unidos, Canadá, Asia y todos los islarios de los océanos Indico, Pacífico y Atlántico, incluidos los de Australia y Nueva Zelanda. Anímese, querida dama, estimado caballero, y llévese un frasquito con 20 pastillas de esta panacea milagrosa por un módico precio equivalente al de un kilo de tortillas, un tercio del de un kilo de huevos y cuatro veces más barato que un caballito de tequila.

Sí, con sólo unos cuantos varos llévese esta medicina de patente llamada *Fósforo Vitacal*, elaborada en la Ciudad de México por el prestigioso laboratorio Oxomoco, y prevenga o cúrese ataques cardiacos, pulmonías, cánceres de panza, piel, verijas y patas, sífilis, crudas, males de ojo y hechizos de brujas de fogón y escoba. Ustedes preguntarán porqué nuestra panacea está patentizada como *Fósforo Vitacal* y un servidor con todo gusto les informa que es fos porque contiene fósforo, vita porque lleva vitaminas y cal porque el calcio lo complementa. Sí, señoras, señores, señoritas y señoritos: *Fósforo Vitacal* sirve para fortalecer los huesos, los dientes, las muelas y las uñas; para prevenir y evitar las reumas, la artritis, el lumbago y el desgaste de las rodillas y tobillos; para que no sufra fácilmente torceduras y fracturas; para que no se le caiga el pelo; para que no le den calambres, dolores de cabeza, cólicos e insomnios; para que no padezca mal

de amores; para que sus nervios no se tensen demasiado, la ansiedad le seque la boca, le queme los ojos y los ciegue ante la evidencia de que los cuernos que le salieron en la frente fue porque su pareja se ha ido con otra u otro a ver como hacen el amor caracoles. Sí, querido pasajeros, las milagrosas cápsulas de *Fósforo Vitacal* no sólo curan enfermedades de seres humanos y animales domésticos, sino también sirven para hacer crecer flores, plantas, milpas, árboles y bosques...

-¡No, no. Paro mi patín, amigas y amigos! Esto último no lo crea, es sólo una broma, un chiste para que usted se ría y se anime a comprarnos esta maravillosa panacea creada en el extranjero, pero hecha aquí por una franquicia mexicana para que ustedes puedan comprarla a un precio muy accesible y que no lastime sus bolsillos. Adquiéranla convencidos de que todo lo que les dije de sus virtudes curativas es verdad y no mentira, porque su servidor es un médico y químico egresado de la Universidad Autónoma de la Vida y no unmerolico de baratillo o un varillero que vende peines, cortaúñas, listones, pomadas y perfumes mágicos elaborados con esencias baratas compradas en los mercados de Mixcalco, la Merced y Sonora.

Y, en efecto, don Lucas no mercaba este tipo de baratijas, ni recurría al uso de serpientes de cascabel descolmilladas o viborones para embobar gente o pájaros, pero sí a la más eficiente de las adormideras mercantiles y políticas: la verborrea y la multilabia imparables con la que se ensordece, hechiza o hipnotiza a los clientes potenciales.

----

En el miedo consciente a morir se halla la muerte porque ésta es sólo una vuelta a la nada; también se halla en la percepción de que vas perdiendo sueño, memoria y peso entre la gente y que poco a poco te vas acomodando a la idea de que te estás achicando a fin de ocultarte en el ínfimo cuerpo de un átomo.

Este fue el proceso de cambio que siguió el tío Rana semanas antes de que la Parca lo agarrara de los tobillos despellejados en callejón solitario de Chimalistac, después de una peda de 15 días que había empezado en la infausta mañana del 19 de septiembre, cuando golpeó el primer gran temblor.

¿Quién iba a imaginarse que un hombre tan guapo, tan fortachón, tan simpático y trabajador iba a terminar de teporocho y muerto como un perro callejero? ¿Quién iba a imaginarse que con estas virtudes no podría superar a pie firme el abandono de una mujer traidora?

Nadie, por supuesto, como nadie que lo haya conocido como hijo único y bien educado por sus padres, don Cuco y doña Leónides, pudo imaginarse que perdiera el camino recto después de haber recibido las mejores lecciones de vida para no caer en las trampas de la vidurria.

Desde niño, adolescente y joven don Cuco le enseñó las prácticas más conocidas de los muchos oficios que aprendió para sobrevivir en este país más cabrón que bonito, entre ellos campesino, jardinero, albañil, plomero, carpintero, zapatero, sombrerero, vendedor ambulante y sastre.

Pero fue con oficio del tercer pedo del diablo en el que tío Cuco ganó prestigio, toda vez que cuando trabajó en una de las sastrerías de Palma y Madero cortó y cosió tacuches para artistas de teatro, radio y cine, incluso para toreros famosos a los que vistió no de luces, sino con trajes de corte inglés para que lucieran también en las calles.

De chavo en El Espejismo, su pueblo natal, había sido dulcero y su especialidad artesanal fueron las trompadas, los jamoncillos y las cocadas; las que volvió a hacer ya de grande para que sus nietos, PepePedro y Rafa *El Viejo*, tuvieran algo que hacer y no anduvieran de huevones en la calle.

Pero los ojetes se ponían rejegos, argumentaban que la venta de dulces en las calles era indigna de su clase; aceptaban a regañadientes sacar de su vivienda las canastas; las vendían cada una a mitad de precio entre sus amigos de vecindario y con ese dinero aprendían el oficio del dos de bastos.

¡Como si meter mano en bolsillos ajenos fuera más honesto que endulzarle la boca, los labios y la lengua a la gente!

Don Cuco, de buen dicho cuatrero, decía que todo lo que aprendió en su infancia y adolescencia se lo debía a la miseria y el hambre desatadas por la revolución de 1910; en la que escasearon tanto las cosas que su mamá remendaba los tiliches con hilos sacados de viejos pantalones de mezclilla.

-Nos daba como café agua hervida con maíz y garbanzo tostados, endulzada con panocha. En la escuela, como no había cuadernos ni lápices, escribíamos con cachitos de cabrón en papel de estraza; y en el recreo jugábamos con carritos hechos de cajas de cartón, palos de escoba y hasta los cartuchos de las balas que los soldados y los rebeldes dejaban desperdigados en las calles y las milpas ¡Quién iba a jugar con muñequitos o cochecitos de celoloy, hule o madera!

El abuelo decía que la pobreza y el hambre bien digeridas son buena escuela porque enseñan a vivir con sobriedad y sin las angustias que tanto perturban el

ánimo de la gente; además de que se aprende a soportar el frío, las heladas, el calor y el agua de lluvia en aguacero.

Y de esa enseñanza de vida don Cuco era la mejor muestra con sus hábitos de alimentación sobria y nutritiva pero bien sazonada, su moderación para consumir bebidas con alcohol y su vestimenta siempre limpia y bien planchada, tanto sus tacuches, zapatos de charol, sombreros de fieltro y su paraguas.

Este era imprescindible en sus manos durante las temporadas de aguas e impredecibles aguaceros de la Ciudad de México; así como sus sombreros de ala corta estilo Chicago, que hacía con cartuchos de piel y fieltro que compraba en tiendas de la avenida Cinco de Mayo.

En el tiempo que se dedicó al comercio de saldos recurrió a la compra de ropa habitual y percha pasada de moda, tanto en las grandes tiendas del centro de la ciudad, como en los tenderetes judíos, árabes y españoles de la Merced, la Lagunilla y la colonia Doctores.

Hubo una temporada en la que fabricó gorras de tipo europeo que hacía con retazos de tela de casimir, que cosía en una máquina *Singer* del año del caldo y a las que le puso etiquetas con la marca *Tardan*, cuyos sombreros eran los más famosos de "Tijuana a Yucatán".

Este fue el único hechizo de tío Cuco y dejó hacerlo porque la citada sombrerería solicitó la intervención de las autoridades; los cuicos de la policía judicial estuvieron mordiéndole los talones y se vio obligado a tomarse unas vacaciones forzadas fuera de la capital.

Cuando don Venta le recordaba ese semioscuro pasaje de su vida, tío Cuco sonreía con gracia inocente y argumentaba que para el pobre no hay mejor industria que tomar prestadas las cosas que flotan en el aire y que, como el oxígeno, son vitales para su sobrevivencia.

- Por qué no hacerlo si los dueños de fábricas, comercios y templetos de gobierno no dejan nada para los demás y los pobres no pueden hacer lo que hacen aquellos: de caña, vino y brandy; de uva ron; de panela mezcal; de nopal pulque y de saliva gobierno.

-¿Por qué no podría vender yo bolsas de hule con hielo como bragueros de borracho? ¿Sabía usted, Venta, que el hielo es bueno para bajarle rápidamente a uno el pedo?

Doña Leónides no llegó virgen a don Cuco, pero esto jamás fue motivo de observación y desde la primera vez que rodaron juntos sobre un petate se convirtieron en una misma arcilla pura y venturosa con la que santificaron cada uno de sus otros actos dentro y fuera de su hogar.

Fue un intenso amor carnal de juventud y madurez que a la menor provocación y oportunidad, y a cualquier hora del día o de la noche, derivaba en batalla campal de cama, con o sin colchón, de petate, de closet o de mesa de comedor o de cocina.

Pero estas explosiones de amor incendiario eran discretas y las ocultaban con el trato de usted que ambos se brindaban ante su hijo, otros familiares y vecinos, así como con el nulo intercambio de besos, palabras afectivas, miradas y gestos que pudieran evidenciarlas.

Sus expresiones de amor se daban únicamente cuando estaban solos y bastaban unas cuantas caricias para que de inmediato Refugio buscara su mejor refugio vital en este mundo y para que Leónides se convirtiera en una enjundiosa y eficiente leona en labores de caza.

Cuando concluían estas aguerridas batallas Cuco automáticamente se quedaba dormido y Leónides se ponía a agradecer al Señor que haya puesto en su camino a un buen amante, un marido responsable, un generoso padre y un hombre que no era parrandero ni putaño.

La única vez que coligió que pudo haber andado con otra mujer ocurrió una madrugada de los años 40, cuando tenía en el vientre a Ranulfo, y su marido llegó borracho, pintarrajeado y con el calzón al revés. Pero no le hizo pleito y se limitó a preguntarle si meaba por el trasero.

Cuco recurrió a la mentira de que se había metido a un excusado en lugar de a un mingitorio, y en respuesta Leona insistió en preguntarle si había hecho lo mismo que hacen las mujeres para “no miarse las piernas, las rodillas y las pantorrillas: bajarse la pantaleta hasta los tobillos”.

Refugio no volvió nunca más emborracharse fuera de casa ni, mucho menos, a enrolarse con ninguna pata y en adelante sólo intercambiaba palabras y piropos con las damas de la calle del Órgano, Garibaldi y Santo Domingo para que no se le olvidaran sus usos y costumbres del pasado.

A partir de entonces decidió que sólo en su casa tomaría sexo y trago del cuerpo y las manos de su hembra, la más cachonda de todos los petates, camas y baños públicos de la Ciudad de México, sus 14 delegaciones y los municipios conurbados de los estados de México, Hidalgo, Morelos y Puebla.

Una mujer aparentemente fría o demasiado seria y sobria, pero bajo cuya piel morena había no un fogón en rescoldo sino un volcán activo en el que podían fundirse y templarse las espadas de los guerreros más chingones que todo el país, como era el caso de Refugio.

Un guerrero genuino, pero no porque la colonia de don Vicente haya sido su primera patria chica en el Distrito Federal, sino porque dominó el arte de la padrotería como en el siglo XVII lo lograron don Miguel de Cervantes; en el XIX don Juan Tenorio y en el inicio del XX don Ramón del Valle, el manco que no perdió un brazo en Lepanto.

Sin embargo, nadie, ni siquiera sus amigos más íntimos, sabía de la intensa vida marital que compartía con doña Leónides, aunque algo entrevía Lluvia cuando platicaba de las cosas del amor y recibía consejos de cómo llevar del mejor modo una relación de pareja.

Doña Leona le decía que en la cama debía actuarse con la mayor libertad y no hacer caso de tonterías de curato, mojigaterías de monjas, chismes de vecindario y mercado porque la buena suerte no llega sola y hay que buscarla con obediencia al mismo consejo que el Señor dio a San Pablo: ayúdate que yo ayudaré.

-Así es, hija, en cosas del amor hay que aceptar y dar todo lo que te ofrezca y pida tu marido o querido; nunca negarle nada y siempre pedirle todo lo que te venga en gana.

-¿Por eso ha sido feliz con abue Cuco?

-Sí, hija, he sido muy feliz, tanto que a veces pienso que por eso le fue mal a mi Ranulfo, porque a Dios no le gustan los abusos. Cuando yo conocí a Refugio y me dí cuenta que era un hombre difícil de encontrar, recordé lo que una vez le oí a una mujer que tenía fama de torear al marido con otros hombres: en cuestiones de amor hay que hacer todo hasta donde se pueda porque la vida es corta y no se vale desperdiciar el amor celos y pendejadas. Si tienes sospecha de engaño, mide su tamaño y daño porque el hombre que sabe lo que tiene en su casa regresa al año y al caño. Tampoco busques en las bolsas del marido o querido lo que es de su uso diario y no necesitas porque te vas llevar una o varias sorpresas. La mujer de casa debe ser dama en la sala, gata en la mesa y puta en la cama para que su hombre no busque agua en otros pozos. Aquello de que la mujer debe estar siempre en casa y con la pata rota es injusto, pero el dicho algo tiene de cierto porque una debe lucir siempre bonita y coqueta y jamás hacerse de la boca chiquita ni apretar el culo y cerrar el coño, porque de otro modo tu esposo o querido va a pensar que eres una de las santurronas que cuando están en el confesionario a San Silvestre y San Antonio les dicen “para ti es este” y a San Teódulo “para ti es ofrecen el culo”. En

esta vida no hay que ser monja sin hábito, ni virgen de corsetería y darle a tu quelite o esposo lo que quiera, sea chiche, coño o ano para que no vaya a buscarlos a otro llano.

Cuando Lluvia escuchó estas lecciones de vida de la abue Leona, pensó:

¿Quién iba a pensar que este capullito de sarmientos de muchos años, ojitos casi cerrados, de boquita sin dientes y dormida en el recuerdo de su hijo muerto, pudo gozar tanto la vida? ¿Quién se hubiera imaginado que siendo tan seria y siempre metida en sus quehaceres de cocina y limpieza contara en decenas de miles sus idas al cielo junto con su pareja, el abue Cuco, un hombre igualmente serio y callado?

----

Doña Mago no supo qué tanto la regó el día en el que sin venir a cuento le dijo al oído a Lluvia: ¡Dios mío cuánto te pareces a tu papá! ¡Eres su vivo retrato!, y la niña, sorprendida, boquiabierta, le preguntó balbuceante: ¿Mi tata Ranulfo?

Pero la respuesta que le dio a esta exclamación fue mucho más torpe porque Lluvia confirmó con ella lo que desde hacía varios años presumía a diario: que era una niña huérfana adoptada por la pareja formada por tío Rana y tía Mago:

-No, hija, Ranulfo no es tu padre, ni yo tu madre. Tú tienes un papá y una mamá de sangre, como debes saberlo. Tú padre es un árabe o turco de la colonia Roma que se llama José Salomón Elías ¿No lo sabías?

-Sabía algo de eso, pero que había muerto antes que mi mamá y que usted es mi madrina-má porque me recogió cuando ésta murió.

-Don José todavía vive, pero ya no vive en la Roma sino en las Lomas de Chapultepec o el Pedregal de Ángel, porque ahora es más rico que antes- dijo doña Mago al final de esa plática reveladora.

Lluvia recordaba con frecuencia esta conservación con su madrina-má y ahora la escuchaba mentalmente por su reencuentro en Iztapalapa, en el que le dio la dirección de una vecindad de La Merced en la que podrían habla de sus papeles personales.

Una semana después fue a verla con el propósito de saludarla y saber un poco más de esos papeles, por lo que enteró que los guardaba la abue Leona y que entre ellos estaban su certificado del registro civil de su nacimiento. , el de kínder y primaria.

También estaban sus diplomas del kínder y la primera; el acta de fallecimiento de su madre y varios recortes de periódico con fotografías y textos en los que se informada de las actividades empresariales y sociales de su papá.

Acerca de estos, doña Mago le dijo que en uno de ellos su padre era descrito como un “rico comerciante de telas y ropa” y que en otro se reseñaba su elegante boda en la Iglesia de San Ángel con una “señorita de la alta sociedad” que residía en las Lomas de Chapultepec.

Le explicó que ésta, por supuesto, no era su madre; que a ésta la había conocido mucho antes, cuando ambos eran jóvenes y cuando él vivía con su familia en una casa de la colonia Roma, en la que Magnolia trabajaba como criada.

Entre los recortes había también noticias en las que se dice que el ricachón era dirigente de una cámara de comercio; habla de negocios e inversiones y viajes en el extranjero; y fotos en las que aparece jugando polo, tenis y golf.

Tía Mago le dijo que su exsuegra debía guardar esos papeles en un sobre cerrado que ocultaba en uno de los cajones de su cómoda y le recomendó que le pidiera porque en cualquier momento podría necesitarlos para algún trámite burocrático o para buscar a su padre.

-¿Para qué iría yo a buscar a ese señor?

-Para que lo conozcas y te conozca.

-Nada, ni nadita, me interesa conocerlo. Además, dudo que quiera conocerme, siendo un hombre rico e importante y yo una simple gata de barrio pobre.

-Don José te reconocería al instante porque en ti volvió a nacer. En cuanto estén frente a frente se verán con los mismos ojos de camello o caballo y no dudará que eres la hija que le metió a Magnolia cuando era gata de sus madres en la colonia Roma. Sí, hija, debes buscarlo para te dé su nombre y algo de la mucha lana que el cabrón tiene.

-Pero ya llevo su apellido.

-Es cierto, pero tu mamá no sólo te registró con su apellido para que te reconozca, sino también para que le exijas que te dé un lugar en el mundo donde se mueve.

-Pero si me reconoce y me lleva con él, entonces ya no los veré a ustedes que son mi única familia.

-No importa, hija, porque en esta vida siempre hay que pasarla bien y mejor.

-No, madrina má. Yo no cambiaré mi vida con ustedes por otra con más dinero, lujos y apariencias.

Después del largo abrazo de despedida y una breve pausa antes de alejarse, Lluvia le preguntó en dónde había nacido de su madre y doña Mago le dijo que Magnolia Sánchez Galeana fue oriunda de un pueblo de la región Costa Grande de Guerrero.

-¿De qué murió?- preguntó Lluvia después de mover la cabeza como sacudirse de la presunción sobre un hecho del que ya contaba con algunos detalles.

-De suicidio, hija. Se lanzó a las ruedas del Metro.

-¿Por qué, madrina-má?

-Porque ya no pudo soportar la separación con don José.

-¿Él la dejó?

-No, hija. Don Abraham y doña Altagracia, sus padres, lo mandaron al Líbano y a Francia con el pretexto de que se fuera a estudiar, pero la neta fue para deshacer un amor muy fuerte entre Pepe y tu mamá. Un amor muy cabrón del que sólo así pudieron distanciarlos, ya que José quería dejar su casa y largarse con Magna. Te juro que así fueron las cosas porque en esos días fui su alcahueta, ya que poco antes de que lo mandaran fuera de México habían corrido a tu mamá de la casa de Orizaba. En ese entonces venías ya en camino y fue la panza grande de tu madre la que los metió en sospecha.

-¿Entonces yo fui la que los separó?

-¡No, mi hijita! ¡Nonunca vuelvas a pensar eso! Fue la hijoputez de esos ricachones ojetes que no saben que el amor nada tiene que ver con el dinero, ni con las razas, ni con los colores de piel, ni con las religiones, porque el amor sólo entiende la lengua de las miradas, las manos y la carne.

De esta plática -por demás sorprendente y reveladora porque la había acercado a dos madres, una ya muerta y otra viva, y a un padre vivo que sustituía al que recién había muerto- salió caminando con mayor seguridad, relajada y felizmente vertebrada por la convicción de que le esperaba un futuro más de goces que de tristezas.

Lo que más le sorprendió a Lluvia de esta charla fue la profunda sabiduría que sobre la vida común o cotidiana había exhibido su madrina-má, de la que sólo conservaba recuerdos cálidos y lejanos, pero sobre todo referencias despectivas y negativas en el interior de su familia.

Lluvia recordó lo que en cierta ocasión leyó en un libro y se le quedó bien grabado en la memoria: que los saberes más útiles y sabrosos son como la sal y las yerbas que están más a la mano del hombre.

----

-Falta mucho para llegar al centro, don Luc- dijo Isaías en respuesta a una pregunta del viejo.

-Es que voy a trabajar un rato en el Metro.

-Pero no trae sus biblias ni sus gramáticas.

-Aquí en la bolsa traigo un libro santo y voy a predicar la palabra de Dios en lo que resta del camino- dijo tío Lucas, que a la vez pidió a don Ventura que se hiciera un lado para bajar del automóvil.

Ya abajo, se alisó el bigote, se arregló el maquinó y se dirigió a la estación Portales. En sus ojos brillaba una convicción indómita, pero los movimientos ágiles y saltarines de su cuerpo exhibían más el impulso de una misión atlética que evangélica.

Para sorpresa de tío Venta e Isaías, quienes lo contemplaban desde el interior del vocho, don Lucas ingresó a la línea dos por una de las puertas de servicio que un policía le abrió comedidamente con sólo mostrarle el librito sacro que ahora colgaba de un cordón pendiente de su cuello.

El ministro del Señor iba tan distraído en la elección de su prédica en el Metro que cuando en el pasillo alto avanzaba alto hacia los andenes tropezó con un desnivel del piso y salió disparado hasta topar con la pared de una tienda de medicina y alimentos naturistas.

Golpeado en la frente, atolondrado y sangrando de una pequeña herida, fue ayudado a ponerse de pie por otros usuarios, en tanto que la tendera se le acercó para limpiarle la contusión con alcohol, ponerle un par de curitas sobre esta y ofrecerle un refresco para el susto.

Su camisa, el maquinó y el librito evangélico quedaron salpicados de sangre, pero en su rostro, particularmente en sus ojos y en los gestos de sus labios y mejillas, fluían las luces de lo que era una profunda reflexión sobre el origen del aquel accidente ínfimo pero significativo.

Una reflexión que en sus labios vertía a murmullos con los que decía para sí que en todo suceso anómalo que aparta a la gente de la normalidad cotidiana, sea

un terremoto o un aguacero torrencial, o el piquete de una abeja o una hormiga, hay un mandato divino.

-Un mensaje que debe ser atendido, porque nada de lo que sucede en este mundo ocurre por casualidad y todo lo que cae no cae por su propio peso sino por orden celestial, como fue el caso del Señor, que cayó no una sino tres veces y de la última se elevó al cielo para colocarse a un lado de su Padre por el resto de los siglos- dijo tío Luc cuando enfilaba hacia los andenes.

Una vez que se halló en estos y trepó a un convoy exhibía la imagen misma de la ancianidad dolida y abandonada, pero no por su vestimenta precaria sino por la expresión de sorpresa y alarma de su rostro, quizás similar a la de Julio César frente a Bruto y la de Álvaro Obregón ante Pepe de León Toral.

Pero su estado de indefensión se debía menos al temor a ser víctima de un acoso de Satán, que al de hallarse atrapado por la convicción de que su tropiezo de minutos antes había sido ordenado por Dios y que portaba un mensaje divino que debía atender inmediatamente.

Un mensaje que en su boca vertía con un suave balbuceo labial apenas perceptible, en miradas e instantáneos gestos faciales hacia el frente y ambos lados que inquietaron a los usuarios más inmediatos porque supusieron que estaba siendo perseguido o padecía ataques epilépticos.

Cambió esta actitud en la estación Villa de Cortés gracias a una bocada de aire húmedo que refrescó a tal grado su mente que sin pedir permiso a la idea que le removía el cerebro, su lengua dejó de musitar para ponerse a discursar al modo de don Hernán, el innombrable de siempre:

--Ved, amigo, amiga, que mi desconsuelo y pobreza no son obra de la desobediencia, ni la impiedad, ni mucho menos de la herejía, sino del Señor que me ha puesto prueba por una razón que desconozco – dijo mientras bajaba la vista hacia el librito que pendía de su cuello.

Cuando los dedos de su mano derecha hallaron la página deseada, hizo otra breve pausa, carraspeó, alzó la vista y con la tonalidad y el ritmo propios de un texto poético, dijo:

-En el *Libro de Job* de la *Biblia*, el santo antiguo testamento, hay versículos que nos enseñan a comprender mejor nuestra naturaleza y a no errar el camino hacia la piedad y la justicia que Jehová nos ha trazado en nuestro perentorio paso por la tierra. Una de estas bellas enseñanzas, la cual jamás debemos dejar de lado ni olvidar, dice que *el hombre, nacido de mujer, es corto de días y harto de sinsabores*. Y otra que completa y explica el sabio recuerdo de que nuestro tiempo

en la tierra es muy limitado, que nuestros días son iguales a los del jornalero y nos hace esta terrible advertencia: *Mi carne está vestida de gusanos y de costras de polvo, mi piel hendida y abominable. Y mis días fueron más ligeros que la lanzadera del tejedor y fenecieron sin esperanza. Acuérdate que mi vida es viento y que mis ojos no volverán a ver bien.*

-Hasta aquí las palabras de Job- dijo don Lucas después de cerrar el librito y dejarlo colgado del cordón pendiente de su cuello- Lo que me queda por decir a mí, su humilde intérprete, es insistir en que sus versos son nuestro espejo, que todos somos Job y que nadie merece el favor de Jehová si no ha pasado por el dolor y la miseria, aunque también es cierto que no todos los hombres están expuestos a estas pruebas como ocurre con los banqueros, los grandes comerciantes, políticos, narcotraficantes y otros fariseos, quienes cuentan con su favor y el de sus ministros terrenales, pero quienes sin lugar a duda reciben estos beneficios no por obra de los designios del Señor, sino por los de Satán que se afana en contradecir sus diarias tareas de justicia divina.

Después de esta prédica, no sin cierta parsimonia, don Lucas cerró su librito, se acomodó el maquinó, esperó a que parara el vagón y al bajar en la estación Zócalo se perdió entre los demás pasajeros.

----

A principios de los 60, cuando andaba en los 40 años, se dio cuerda que la giraba muy mal porque se golpeaba mucho contra pisos y paredes, y parecía novillo de talanquera, perro ladrón de sombras, gato saltarín de ratones de piedra y teporocho igual de sediento que camello de piquera.

Su sed de amor hacia Dorita había llegado a ser tan fuerte que en ningún licor o agua de Dios hallaba alivio ni olvido, hasta que llegó un día en que la falta de lux le enfrió los sesos y estos, nada pendejos, lo hicieron entender que la estaba cagando.

Fue cuando decidió poner a su amada en el altar de su frente, rendirle todos los pleitos y pleitesías que suelen brindársele a las santas, vírgenes y santos; esperar con paciencia una respuesta positiva y si esta no llegara mandarla a la chingada.

En su interior de poeta atribulado y resentido burbujeaban en remolino estas ideas: si tu amada no embona, mándala a la goma a la muy cabrona: si tu quelite no te hace el quite, busca en otra tu desquite; si contigo tu querida no rima, busca hoyo en otra mina.

En ese tiempo era muy presuntuoso porque suponía que su oficio de chofer y recadero de empresarios de teatros de revista y congales lo colocaba en una posición similar a la de éstos y que con alzar una mano o un gesto tenía a todo mundo a su servicio.

Pero Dorita no compartía esta opinión porque sabía que el amor sincero tiene gustos, caprichos y tempos, pero no precios de mercado, preferencias sociales, raciales e ideológicas; que las parejas a veces lo descubren a primera vista, tardan muchos años o nunca.

Esta gesta mental primero lo llevó a hacerse consciente de que era un simple gandul de barrio; luego a que se creía igual de chido que sus patrones y finalmente a que éstos gandayas estaban muy debajo del nivel social y económico de otros ricachones.

Esta conclusión, propiciada también por los hábitos de lectura que había heredado de su abuelo, lo indujo a alejarse de sus recientes presunciones laborales, a poner freno al cogote, a trabajar mucho y a sólo darle gusto al cuerpo con amor físico de putas de burdel o callejeras.

Además de convertirlo en un garañón de sepa, el oficio de supuesto gato de Angora le aportó uno de los más sabios de los aprendizajes logrados por la especie humana; que el paraíso celestial no está arriba, sino abajo y que su mejor recinto es un guayabo.

Su decisión de ponderar la bohemia y cambiar de oficio se inició después de una velada musical en el centro nocturno *Pigally*, en la que constató que la vida de una persona puede tener tantas variables como las que los intérpretes le dan a un género musical.

Advirtió que no podría seguir viviendo al ritmo del son cubano y con el mismo desenfreno con que lo cantaba Benny Moré y que en adelante debía hacerlo en el morigerado tono de Francisco Fellove, que lo vocea pausado y lo araña con sus grandes manos de jaguar negro.

En adelante, asimismo, se dedicaría a la venta de libros viejos, giro que había explorado gracias a su afición a estos y a la influencia de una anciana que era su vecina de vivienda en uno de los edificios de departamentos que circundan la Plaza del Estudiante.

Destinaría buena parte de su tiempo a devorar con los ojos cuanto cayera en sus manos, fueran libros, revistas, periódicos y pasquines, a fin de informarse de todo lo que ocurría y había pasado en el país, en otras naciones y el universo entero.

Los conocimientos que más lo atraían eran los de la historia y la filosofía, porque le permitían entender mejor lo que ahora sucedía tanto en México como en el resto del mundo, especialmente en los ámbitos económico, social y político.

Esta inquietud la había heredado de su abuelo, quien de joven había vivido de lejos la primera revolución agraria-comunista en el país, la que como tal se declaró en Chalco, trepó a la Sierra Norte de Puebla, llegó a Tulancingo y Pachuca y finalmente se ocultó en Capula.

Más tarde el joven Ventura supo que este movimiento -descrito por los gacetilleros del Porfiriato como una simple asonada de asaltantes de caminos- fue influenciada por el *Manifiesto del Partido Comunista*, proclamado por Carlos Marx y Federico Engels.

Este documento, así como otros textos de ambos autores y la revista *El Machete*, órgano oficial del Partido Comunista Mexicano (PCM), lo llevaron a afiliarse a esta organización política y volverse lector voraz de toda prédica socialista.

Los libros de *El Moro* y *El Güero* fueron los primeros en integrar la biblioteca de cabecera del futuro *Filósofo de la Lagunilla*, que presidía un retrato de Dorita y cuyo entorno poco a poco fue envuelto por más libros hasta cercarlo completamente.

Cada palabra escrita de Marx fue formando parte de un nuevo evangelio en el que Jesús estaba desmovilizado como dios y se le miraba al frente de un movimiento de trabajadores del campo y la ciudad de filiación socialista.

La única divinidad posible en los textos del dúo revolucionario de la segunda mitad del siglo XIX, según Venta, era la lucha de clases en la que la confronta no necesariamente es violenta y la mayoría de las veces es pasiva y silenciosa.

Por ello es indispensable primero hacerla visible a los ojos de sus protagonistas, los dueños de los medios de producción y trabajadores, y luego denunciarla como injusta para éstos, quienes suelen considerarla como natural o mandatada por los dioses.

Venta era consciente de que Marx y Engels supusieron que la lucha de clases inducida por el movimiento comunista triunfaría a finales del siglo XIX y que con este aserto fallaron porque el sistema capitalista aún no se había agotado.

Esta falla, sin embargo, no invalidaba el acierto de su teoría revolucionaria con base en el uso consciente de la lucha de clases, al margen de la capacidad de resistencia de la burguesía capitalista de los siglos XX y XXI.

Por ello don Ventura Díaz Caminero consideraba que el futuro siempre será promisorio para la clase trabajadora, sobre todo cuando sus líderes saben aprovechar los errores de sus enemigos y catástrofes como la generada por los terremotos del 19 y 20 de septiembre.

Los trabajadores, decía, deben ir siempre un paso adelante para no ponerse a tono con el dicho popular que repetía el *Melengala*, un afamado lechuzo del dos de bastos: *A caballo van los hombres, en mula los alcahuetes, en burro los ojetes y los pendejos a pie.*

----

Llegó a la escalinata del altar mayor de la Santísima aún con el paraguas desplegado, del que escurrían algunas gotas de agua que refractaban las luces parpadeantes de la araña eléctrica que pendía de la alta bóveda del templo.

Nadie la miraba, salvo los santos de madera cuyos ojos, rostros, manos, pies y sotanas estaban pintados sólo en blanco y negro. Besó el borde dorado del vestido de la Virgen, se hincó, hizo la señal de la cruz, cerró los ojos y se puso a rezar a murmullos.

Así estuvo largo rato hasta que se le acercó el párroco para decirle al oído que cerrara y guardara su cubrelluvias porque la casa de Dios está libre de lloviznas, aguaceros, tormentas y aún del diluvio universal.

Después de escuchar estas palabras, lo miró con sorpresa y agradecida como si estas contuvieran una revelación. De inmediato recogió su paraguas, lo replegó y guardó en su bolsa de mano, para luego ponerse de pie.

-Padre, usted me conoce y me ha recibido en confesión varias veces.

-Sí, hija. Sé quién eres y que eres la abuela del diputado- le contestó el cura.

-¡No, padre, no soy su abuela, aunque él y algunas gentes digan que es mi nieto! Está tan feo, parece chango, que me da cosa sólo pensar que mi hija pudo haberlo tenido.

-Ya hemos hablado de eso la otra vez y no está bien que lo andes soltando, así como así, en cualquier lado.

-Pero es la verdad, padre. Tal vez sea que haya salido del vientre de mi hija y que sea un producto del diablo.

-¡Aquí no menciones al innombrable porque ofendes a Dios y el oído sacro de los santos!

-Perdón, padrecito, se me salió. Pero es la verdad, porque mi hija era muy bonita, sana de cuerpo y espíritu y ese engendro pudo ser obra de alguna brujería, de una posesión maligna o del cambio del verdadero hijo de mi hija por un ajeno, aunque lo parió en uno de los mejores hospitales de la ciudad, porque ha de saber usted que mi yerno era un alto funcionario del gobierno federal, secretario de estado, un hombre rico, con toda la barba, guapo y rubio igual que mi hija.

-Pero tú me habías dicho que tu hija no era casada y que su embarazo fue fruto de una perversa seducción de un funcionario del gobierno.

-Sí, era cierto, el fulano ese estaba casado, pero ya se iba divorciar de su mujer para casarse con mi Rosa Elena. Iba hacerlo porque estaba enamorado, tenía varios años de relación amorosa con ella porque era su secretaria privada. Incluso ya le había puesto un piso en la colonia Roma y habían viajado juntos a Estados Unidos y varios países de Europa.

-¿Ella había aceptado esa situación?

-Sí, padre, porque también estaba muy enamorada y había tenido que desoír mis críticas y objeciones a esa relación; porque no era cosa de que nosotras, que tenemos abolengo de la más vieja estirpe, fuera la querida de un fulano sólo por amor. No, hija, le decía yo, no puedes destruir un hogar ajeno y robarte un hombre ajeno. Eso es ilegal y castigado por la propia iglesia. Además, puede engañarte y dejarte viviendo siempre en casa chica y tratarte como mujer de siesta, media hora, entresemana, cena rápida, media calle y media cara, porque siempre tiene que andar voleando hacia todos lados preocupado de que sus vecinos de la casa grande vayan a verlo y llevarle el chisme a su esposa que lo vieron con otra mujer. Sí, padre, también le dije que siempre sería la otra, la intrusa, la mujer que todo mundo mira por encima del hombro y que esa situación no era digna de una Díaz de León, una descendiente de uno de los mayorazgos de la más grande prosapia española. Pero nunca me hizo caso y se fue a vivir solitaria a una casa chica de la colonia Roma, donde nació ese mal nacido de mi nieto.

-No hables así, hija. No hables así de tu nieto, ni de ninguna otra persona, porque nadie en el mundo nace sin el consentimiento de Dios y nadie, por lo mismo, no es malnacido, aun cuando nazca con algún defecto o imperfecto, lo que sin duda fue por mandato del Señor y nosotros no somos nadie para querer enmendarle la plana.

-Pero ese chico es malo, padre.

-¿Por qué lo dices?

-Porque su malformación provocó que su padre huyera de mi hija y luego porque ésta enfermó del corazón al no soportar verlo como un changuito.

-¡No sigas, no blasfemes, no digas más tonterías! Estoy seguro que ninguna de las cosas que acabas de decir son ciertas. Basta por hoy de tantas necedades. Ven el sábado para que te oiga en confesión. Apaga, cierra tu paraguas, y ve con Dios.

-¿Y si afuera está lloviendo?

-Si está lloviendo, lo vuelves abrir y te cubres bien la cabeza, los hombros y también los pies.

-¿Está lloviendo mucho porque ya llegó el diluvio universal?

-No, hija. El diluvio universal es otra cosa, es una catástrofe mucho mayor, completa.

-¿Cómo el terremoto de hace unos días?

-¡No, hija! Eso quizás sólo fue un aviso o un gesto mal humor del Señor.

- ¿Dios está enojado?

-¡No, por supuesto, hija! Los sismos son fenómenos naturales que a lo mejor dan expresión a ciertos enfados del Señor por el mal comportamiento de la gente, pero no los hace para perjudicarla.

-Pero el terremoto mató mucha gente, tiró muchas casas y sacudió la ciudad como si fuera un barquito de papel.

-Por eso te digo que el poder del Señor no tiene parangón y que le bastan un par de segundos o un par de minutos para expresar su molestia divina contra todo lo malo que está pasando aquí y en el mundo. Pero basta ya de tanta plática, ve a tu casa y ponte de rezar para que te perdone de los desaguizados que dijiste hace rato. Ve con Dios.

Una vez que el cura se alejó, doña Rosalba tomó su paraguas, pero en lugar de cerrarlo, lo sujetó por el mango y al arrastrarlo mientras caminaba hacia el portón de la parroquia su punta producía un ruidito de ratón que apenas lograba horadar el silencio vespertino que envolvía a la iglesia de la Santísima.

----

La situación de *El Viejo* está definida desde hace una semana. Aceptó el trato que le ofrecieron *El Inmortal* y la mafia de más arriba. Sólo falta concretarlo después de

que lo trasladen de Tlaxcoaque al Reclusorio Sur, donde será sometido a juicio penal.

Le esperan entre nueve y 15 años de tambo en una celda de cinco estrellas con televisor, servibar, comida de restorán, una visita conyugal a la semana, dinero en efectivo suficiente para sus pericazos diarios y una salida nocturna al mes.

Esta vida de marajá será a cambio de que se declare el único responsable del cargamento de nieve colombiana con el que lo descubrieron en flagrancia y jamás pronuncie siquiera en sueños el nombre sus jefes y cómplices.

Rafa se halla muy ilusionado no sólo porque la va pasar mejor que nunca en su vida anterior de chavo de barrio y porque cuando salga de la de cuadros tendrá entre 40 y 45 años, buena edad para iniciar su nuevo proyecto de vida.

Este consiste en largarse a un pueblo de Michoacán en el que se dedicará a hacer muebles de madera coloniales. En la ejecución de este plan invertirá el dinero que los malandros le han prometido depositar en una cuenta bancaria.

Es tal su entusiasmo por este rollo que con la lana mensual que los malandros le dan para sus gastos ya quiere comprar una caja de herramientas de ebanistería para ponerse a recordar y practicar lo poco que aprendió del oficio de su padre.

El recuerdo de éste apenas le produjo un pestañeo con el que quizás reprimió un suspiro triste o intentó soslayar las imágenes de rechazo, lástima y vergüenza que el pinche viejo generó en sus últimos días de teporocho.

Pero esta distracción duró muy poco y después de mantenerse callado como para meditar lo que iba a decir, me tomó del brazo, acercó su rostro a uno de mis oídos para vocear casi en silencio algo que me sorprendió mucho:

-Te pido de favor que cuando te sea posible le echas ojo a lo que hace Güicho con los negocios que tiene a la vista en el barrio.

-¿Por qué?

-Porque con el gato que me lleva dinero cada fin de mes me mandó decir que le está yendo mal en los negocios y pienso que el cabrón del *Tiliches* está tratando de dejarme a la buena de Dios cuando el juez dicte la condena.

-No creo que sea tan ojete.

-¡No lo conoces bien al hijo de puta! Su ambición no tiene llenadero y por dinero es capaz de vender su alma al diablo o meter su pata sana en el caldero.

-¿Tienes miedo de que no cumpla con lo prometido!

-Sí, la neta, porque ahora tengo bien pensado lo que voy a hacer cuando salga de chirona y voy a necesitar buena paca para echar a andar el proyecto.

-¿Por qué en Michoacán, lejos de aquí, de los tuyos?

-Porque quiero cambiar de oficio y de todo.

-¿De doña Leónides, de Lluvia?

-Tienen a Pepedro.

Después de esa respuesta tan sorprendente como cabrona, me quedé mirando al Viejo, lo abracé, me despedí y cuando alcancé la parte alta del puente de Tlaxcoaque empecé a comprender que mi amigo tenía razón en buscar un cambio radical en su vida.

¡Lo que hay que ver para entender por qué a veces el mundo da vueltas al revés! Tiene razón el *Milaventuras*: para todo se necesita el dinero, el dinero le parte la madre a todo, divide familias, aparta hijos de padres, hermanos de hermanos, amigos de amigos; hace obispos de curas de pueblo, papas de cardenales y de éstos santos!

¡Quién iba a pensar que el líder de la banda Loreto, el campeón mundial de barrio, el putamadreador de putos y putas callejeras, el ratero más chingón y con los tompiates más grandes del rumbo, sea hoy un hombrecito que sólo está pensando en dinero como el pinche diputado *Tiliches*!

----

Ya bordeando el Zócalo, en Izazaga y Pino Suárez, don Ventura Díaz Caminero se quedó medio adormilado y para no clavar la cabeza sobre su pecho la alzó y recargó la nuca contra la parte alta del asiento delantero del vocho de los peluqueros.

El aguacero había cedido, pero aún lloviznaba y el parabrisas seguía batiendo el agua. Ahora todos callaban y acaso meditaban sobre la perra vida que había llevado el pinche viejo teporocho a cuyo entierro habían asistido una hora antes.

Don *Milaventuras* había pensado sobre este asunto y para evitar otro cabeceo lo retomó con una conclusión que a él mismo lo sorprendió: que a Rana le hubiera ido mejor quedarse como uno de los puntos lejanos y luminosos del universo, según Pitágoras.

¿Cuál es el chiste de bajar al mundo sólo para pendejearla con una putita que cualquier cargador de La Merced puede llevarse a los baños Tomatlán o actuar como un niño de la calle en uno de los albergues del padre Chinchachoma?

¿Quién puede entender a un hombre tan prometedor como Rana, que antes de enredarse en amores con la caleña, se pasó por el arco del triunfo a más chavas o rucas que famosos galanes como Juan Tenorio y Pancho Casanova?

Yo no creo en brujerías, pero sé que las gentes que creen en los maleficios se dañan a sí mismas, e igual de expuestos a este tipo de daños están los que tienen algún sentido de culpa y los cristianos que creen en pecado original.

El concepto pecado y el sentido de culpabilidad son las mejores y más efectivas armas con las que los ministros de culto y los gobernantes tienen tomados de los huevos y hacen caguengues a los más cabrones que bonitos.

Federico el Grande, Federico Nietzsche desde luego, no su paisano imperialista, dijo que el sentido de pecado debilita a las personas ante otras y ante todo tipo de instituciones de gobierno, políticas y religiosas.

Si los testaferros de los dioses no tuvieran en sus manos el uso del sentido del pecado y la promesa de inmortalidad -la más antigua y eficiente de las ofertas de la mercadotecnia comercial y política- no habría perdurado tanto el poder las clases explotadoras.

Con el manejo del sentido del pecado éstas, sus gobiernos y los pastores religiosos imponen normas, restricciones, obligaciones y sanciones para acorrallar y explotar mejor a la ciudadanía, pero en especial a los creyentes.

Para contrarrestar estas armas de dominio no hay mejor remedio que hacer lo mismo que los grandes criminales, los ladrones y los explotadores: hacer caso omiso de los sentidos de culpabilidad, responsabilidad y pecado.

Hay que recordar que Dios lo perdona todo y que la ausencia de estos sentimientos no es una falta o una falla, sino el refugio que el creador del universo ofrece a la especie humana para que se proteja de sus debilidades y excesos.

Claro, no hay que excederse como lo hacen los burgueses y los asesinos que desde la primera comisión de sus abusos aprenden que las normas divinas y humanas fueron hechas para ser violentadas como lo reconoce el propio Saulo de Tarso.

Los explotadores asimilan pronto que hay que librarse de todo tipo de pendejeces y que nada hay mejor que vivir del trabajo de los demás porque el infierno y sus diablos sólo son espantajos para engañar ignorantes y bobos.

Esos cabrones aprenden rápidamente que para vivir a plenitud hay que gozar de la comida, la bebida y la cogida y que para rimar bien estas acciones no necesitan ser poetas sino ser unos perfectos hijos de la chingada.

Reconocen que son animales, que la animalidad es inherente al hombre, que la perfección es sólo un modelo y que el paraíso existe únicamente donde ni siquiera hay aire ni luz, es decir, en la oscura y putísima nada.

Cuando en una ocasión don Ventura expuso estas ideas a los hermanos Cruz le dijeron que estaba loco porque se negaba a sí mismo y todo lo que estaba en su entorno, incluida la luz del sol, el agua y el oxígeno que respiraba.

-No niego la materia cálida, dura, blanda u orgánica; sino la ilusa pretensión de algunos teólogos que suponen que el universo es obra de divinidades inmateriales y que estas procuraron al hombre el ABC de sus acciones más elementales.

-¿Cuáles son?- le preguntó Isaías.

-Las cité hace un momento: los alimentos, las bebidas y las cogiendas.

-¡Esas típicas vulgaridades de un comerciante que se cree filósofo sólo porque vende libros herejes y baratos!

El *Milavenruras* recordó que en esa ocasión se quedó callado porque era cierto lo que le había dicho el segundo de los hermanos peluqueros y que, sin duda, una de sus cotidianas frases imprudentes lo había molestado.

## IV

-¡Lo que es la vida! Yo pierdo a mi padre y tu encuentras al tuyo- dijo PepePedro a Lluvia, mientras se revolvía en su asiento. Ésta se hizo la desentendida aprovechando que en ese momento acariciaba a la abuela Leónides.

Se limitó a levantar la vista; instantes después bajó los párpados como para pensar en lo que iba decir, movió la cabeza de un lado a otro y con voz queda, apenas perceptible, dijo que no creía que aquel hombre fuera su padre.

-Pregúntale a abue; ella tiene los papeles que dice mamá. Ahí están las pruebas de que eres hija del turco. Eres igual de ojona, cejijunta y nariguda que el ñor. Ora que llegemos a la casa te enseño los recortes de periódicos donde aparecen las fotos.

Lluvia lo miró a los ojos durante varios segundos por primera vez en muchos años y él, a su vez, advirtió en aquella mirada los límpidos fulgores de una noche estrellada y distinta a cuantas pudiera recordar en aquel momento.

La transparencia y belleza en estado puro de esa mirada lo turbaron, bajó la vista y sin decir más recuperó su posición anterior en el asiento delantero, aunque sin dejar de buscar los ojos de Lluvia en el espejo retrovisor.

Un silencio pesado se adueñó del interior del vocho que ni el suave ronquido de doña Leona, ni el rasgueo de la lluvia sobre el parabrisas, lograban romper porque parecía nutrirse con los confusos sentimientos de Lluvia y *Azucarillo*.

Fue roto por el *Punga*, quien se había mantenido ajeno a aquella plática, pero había seguido su desarrollo con mucha atención:

-El turco, ese que dicen que es tu padre, deveras que es rico. Es líder de los comerciantes del centro de la ciudad. Vive en las Lomas. Deveras muy rico, comadre; dicen que es fabricante y vendedor de telas en grande. Es un hombre de periódicos y política. Por ello creo que no te reconocería como hija.

-¿Por qué no la aceptaría si es idéntica a él? En cuanto la vea luego-luego comprobará que es la hija que en la colonia Roma tuvo con una gata- comentó PepePedro.

Concentrada en las caricias y los arrullos que brindaba a abue Leónides, a la que además hablaba al oído como a una bebé; Lluvia escuchaba de soslayo lo que éste le decía, pero no por lo que dijera sino para mostrar su interés en mantener la charla.

-Es cosa de que le lleves tu acta nacimiento, tu fe de bautismo y un retrato de tu mamá para que te reconozca.

-¿Y para quiero que me reconozca?- dijo en tono de protesta y buscándole la mira en el retrovisor.

-¿Cómo que para qué? Para que te ayude, para que te saque de la pobreza, para que te dé un lugar junto a él y para que cuando se vaya de minero te deje algo de su riqueza ¿Acaso no oíste lo que dijo el *Punga!* ¡Está podrido en plata!

-Ya mero va a reconocer a una pinche gata como yo, a quien nunca ha visto en su vida. Antes va a creer que voy a verlo por su dinero y hasta me manda al bote.

-Np lo haría porque la mejor prueba de su parentesco contigo está en tus ojos y los suyos ¡Cómo un pinche juez no reconocer la misma facha de los dos!

-Eso no cuenta. Gente parecida hay en todos lados sin que sean parientes.

-También hay análisis de sangre. Si el cabrón turco no quiere reconocerte y lleva el asunto a las autoridades, puedes pedir un examen de sangre que demostrará que es tu padre y tendrá que caerse con la lana.

-No, ese señor jamás me reconocerá porque por encima del parecido están las condiciones sociales, las apariencias y no le convendrá que le pongan enfrente a una hija extraña y pobre. ¿Cómo explicaría a su familia y a sus amigos que en su juventud se metió con una criada de su casa y que de esa metida de pata salió una hija?

-Todos los días en los periódicos salen noticias de cantantes, actores toreros, boxeadores, futbolistas y hasta ricachones que tuvieron hijos fuera de matrimonio ¿Por qué no habría darse tu caso? Es cosa de probar.

-Yo no haría un ridículo de ese tipo, ni quiero meterme en una bronca de ese tipo, para la que además no tengo dinero.

-Te digo que es cosa de probar y ver cómo reacciona.

-Hará lo mismo que todos los señores importantes y no aceptará que de joven se acostó con una pobre gata con la que tuvo una hija de la que nunca se enteró de su existencia.

-Ahí está precisamente el chiste.

-¿El chiste de qué?

-El chiste está en hacerle un escándalo para obligarlo a negociar y que se caiga con los centavos.

.¿Chantajearlo?

-No sería un chantaje sino una compensación por 28 años de olvido.

-Te equivocas si crees que voy a meterme en un lío de ese tipo. Soy pobre, no puedo negarlo, pero no me muero de hambre ni de ansias por ser rica. Además, no quiero conocer a ese hombre, ni a ningún otro pinche rico. No me interesa él, ni su dinero. Mi padre fue el tuyo, el que acabamos de enterrar. Mi padre fue el abue Cuco; mi madre, la tuya; mi familia eres tú, Rafa, el *Punga*, la vecindad entera. No necesito padre rico que salga en los periódicos, en la televisión y en el radio. No me interesan él y su dinero. Yo soy feliz en mi pobreza y con mi gente, me valen madre los rotos de las Lomas con toda su riqueza.

-Para tu patín, *Chachita*. Despierta, bájate de las películas de Pedro Infante.

-¡A mí no me gustan las películas, ni las telenovelas! Yo son una mujer honesta y trabajadora, que lo mismo ha trabajado de barrendera, gata y mesera. Tus padres, que fueron los míos, me enseñaron a vivir de su trabajo y a no depender de los demás. El turco, judío o libanés puede seguir pasándosela sin hija, como yo puedo seguirmela pasando sin padre por el resto de mis días. Él puede meterse su pinche feria por donde le quepa y yo seguir de gata, pero sin comer mierda como los pinches perros. Te repito: mis padres fueron tío Rana y abue Cuco, y mis madres Magnolia, madrina-má y esta divina ancianita que tengo en mis brazos ¿Qué sentimientos puede tener para un cabrón que se burló de mi madre sólo porque era un niño rico que podía hacer y deshacer lo que quería? ¿Acaso se preocupó por saber de mi pobre madre que aventó a las vías del Metro por su culpa? ¿Se preocupó por saber de su suerte y de la mía? Quizás ni siquiera sabe que existo y si lo sabe le ha valido madre mi suerte, como hay miles de cabrones en este país que jamás se ocupan de los hijos que tuvieron con mujeres de un solo palo o que fueron de paso. Y mi pobre madre eso fue: una mujer de paso en la vida de un niño rico con calenturas de albañil o carpintero.

Era otra Lluvia, no la lloviznita silenciosa, tímida y apagada, sino el torrente de un aguacero tropical de cuyos grandes ojos se desprendían relámpagos luminosos con los que daba cuenta de la existencia interna de un ser bello y especial.

-Está bien, doña huracán, pero pare su patín- dijo PepePedro, reprimiendo su deseo de abrazarla y apagar a besos los destellos estridentes de sus grandes ojos.

----

-¡Qué tapón de hocico al valedor! Nadie hubiera imaginado una respuesta tan chingona y con tanta lógica, como diría el *Milaventuras*. Lo que pasa es que a veces le perdemos el hilo a la gente que está cerca de nosotros y no sabemos cómo piensa o qué hace.

Ñita siempre ha sido muy lista, mucho más de lo que deja ver. Siempre se hace la pendeja de que no sabe las cosas, pero siempre se la pasa preguntando, observando, comiéndose las cosas con los ojos y trabajando dentro y fuera de su casa.

Desde muy chava es ella la que lleva la casa, porque desde hace tiempo que doña Leona está viejita y desde que murió don Cuco sólo se dedica a sus recuerdos, sus pájaros y sus plantas

Si necesita medicinas, jarabes, chiquiadores y yerbas para sus males, ¿de dónde sale la lana para todo esto? No de las manos del rata de Rafa y PepePedro, sino de las gateadas de medio turno y las barrenderías nocturnas de Ñita.

Deste trabajo la sacó el *Viejo* hace ya varios años porque una noche en la que andaba rateando en Perisur la sorprendió en romance de lobos bajo un palo bobo, esos arbolitos secos que se dan en el Pedregal de San Ángel.

Esos cabrones no han capizcado que la nueva jefa de la casa es ella, Lluvia, que está tan buena como la Lepe en los tiempos que fue miss México ¡Cómo da vueltas el mundo y uno no se da cuerda!

Lo que dijo fue tan sabio como lo que una vez le oí decir al *Milaventuras* en el *Salón Dalila* sobre el papel de juez y parte que el Señor hace en la tierra; algo que suena a herejía pero que parece cierto si uno mira las cosas tal como son.

El *Filósofo de la Lagunilla* dijo ese día que la tolerancia de Dios a los ricos es tanta que da la impresión que está de su parte y que no es cierto que el Chamuco tenga la de tarea de castigarlos.

A los burgueses los deja robar y explotar a los trabajadores, y la justicia divina brilla por su ausencia en la tierra porque el Señor se la pasa en los Jardines del Edén cortándose las uñas y rascándose los huevos. Sí, así lo dijo el pinche viejo vendedor de libros viejos.

Dijo que los pobres son pobres porque trabajan para los ricos, que estos cabrones tienen también como protector al Chamuco; que este es el mismo coco fantasmal de los chavitos y que por eso los ladrones y los cabrones burgueses se ríen de la justicia terrenal y celestial.

Es por todo esto, dijo el viejo blasfemo, que a muchos pobres no les queda que otra cosa para comer que zorrear, retintar, boquetear, romper cristales, pescar mollejas con el dos de bastos y si es mujer como la Aguacero lavar ajeno, limpiar pisos y barrer calles.

Y a los que no tuvimos padres, ni tíos, ni abuelos porque pronto chuparon faros, no nos queda de otra que arrimarnos a la buena de Dios en cualquier chamba callejera, sea de mandadero, maletero, cargador, chafirete o soplamueertos en los paraderos de combis, camionetas y taxis.

Pero lo peor de nuestra puta vida son los cabrones recuerdos que en la pinche sesera se mueven como lombrices y para hacerlos a un lado hay que ponerse chemo o pacheco con la jarra, la chiva o la maría bonita.

No es cierto que yo no tenga parientes; no es cierto que venga de la nada. Nadie viene de la nada porque detrás tenemos mucho más que el lomo, las nachas y el culo. Lo que pasa es que uno se hace el pendejo y trata de negar su pasado.

Y uno hace esto porque los malos recuerdos lo agarran a golpes a uno como al *Kid Chema*, el boxeador pendejo a quien hasta el costal, la pera loca y las cuerdas le rompen el hocico, la quijada, la nariz, las cejas y las orejas.

No es bueno estar recordando el pasado negro, aunque por ahí se dice que es bueno sacarlo a la luz del sol para que se oree y seque como la mierda y el lodo, con lo que se mueren las pinches lombrices.

Pero como contar que mi padre dejó a mi mamá, a mí y a mi hermana; que un día mi jefa llegó con otro hombre que se convirtió en un buen padrastro y que tres años después mi carnala se largó con éste de la casa.

Pero contar que un par de años después mi mamá, que era todavía joven, murió de cáncer en el páncreas; que luego le siguió don Jonás, en pago a su traición a ella y que mi hermana regresó a casa con el hijito que había tenido con su padrastro.

Y cómo no recordar que este niño era mi sobrino y hermanastro; nieto y entenado de mi difunta jefa, títulos nobiliarios que me resultaron demasiado pesados y me mandaron a rodar en las calles hasta que don Cuco paró en La Ronda.

----

Justo cuando *Rosa de Mediodía* bajó de la limusina y sus botines charolados comenzaron a remover el discreto murmullo de las máquinas de escribir de Santo

Domingo, Chamín Tarde se desprendió del Salón Madrid para encontrarla a medio camino del portal.

-Precisamente iba buscarlo a usted- le dijo Saraí a don Benjamín.

-¿A mí, niña de mis ojos?

-Sí, don ¿Se acuerda que un día me prometió llevarme con un joyero que es amigo suyo en la calle de Plateros?

-Claro, mi niña. Si quieres ahorita mismo te llevo con él.

-Pero antes tenemos que ir a mi casa por un trebejo.

-Sí, mi reina. Tú mandas y contigo voy hasta el cielo o al infierno.

*Rosa de Mediodía* reanudó su caminata en medio del montón de clientes, impresores y curiosos que se habían reunido en torno suyo como si se tratara de una actriz de cine o televisión y desearan pedirle una mirada, un saludo o un autógrafo.

Una vez fuera del Portal de Santo Domingo, la bella joven y el anciano se dirigieron al campamento de damnificados de Leandro Valle; pronto volvieron a la plaza dominica y a partir de Brasil se encaminaron a Madero, en la que buscaron un empalagoso edificio rococó.

En el patio interior, iluminado por múltiples arañas de cristal cortado, se vieron rodeados de talleres de orfebrería, tenderetes de joyería, relojería y bisutería. Se detuvieron frente a uno de éstos. en el que un gigante montaba piedras brillantes a una sortija.

-Perdona que te interrumpa, Fito, pero lo hago para presentarte a Saraí, la joven vecina de quien tanto te he hablado.

El joyero debió sujetar con mayor fuerza la lupa con la que trabajaba porque cuando vio a Saraí fue tal su sorpresa que estuvo a punto de soltarla y dejarla caer en el suelo, e instantes después su rostro exhibía una expresión de incrédula sorpresa.

-¡Pero tú no me dijiste que tu vecina es demasiado hermosa, ni que la ibas a traer ahoy! ¡No me diste chance de bañarme, ir a la peluquería, ponerme un tacuche de lujo y adornar mi taller con flores! ¡No la amueles, Benja, así no se trata a los amigos!- reclamó Fito.

-Yo te dije, mano, que era una emperatriz, una estrella de cine- contestó Chamín.

-No es para tanto, bájenle los dos- dijo Saraí y con una sonrisa de satisfacción agradeció los encomios al adivino y a su amigo, quien sacó de su taller una silla de hierro con cojín acolchado.

Una vez sentada, Saraí sacó de su bolso de mano una mascada de seda en la que había varias pequeñas piezas de oro: una carátula de reloj, una pulsera femenil, una cadena, una ajorca, un par de mancuernillas, un fistol y varios anillos y aretes.

, ¿Herencia de su padre?

-Sí, de él, de mi madre y mía de parte de mis abuelos.

Chamín cerró uno de sus ojos en señal de aprobación y coqueta complicidad, en tanto Fito se disponía a revisar las piezas con su lupa. Después de unos cinco minutos, el joyero volvió a poner estas en la mascada y preguntó a Saraí si quería cambiarlas o venderlas.

Contestó que sí con n movimiento de cabeza y Fito hizo un rápido recuento manual, visual y aún bucal, para después proponer:

-Puedo darle a cambio un par de las joyas que hay en este laredo, cuyo precio es de mil varos cada una – dijo señándole la parte izquierda de su tenderete- Pero si quiere el pago en efectivo, sólo le daría el de una.

-¿Por qué la mitad si es en efectivo?

-Porque no tengo más dinero en caja y porque no puedo hacer movimientos mayores en mi contabilidad. El fisco anda muy canijo.

-¿Qué piensa usted, don?- preguntó Saraí a Chamín.

-¡Ay, hija, qué puedo aconsejarte en cosas en las que no soy ducho y yo mismo necesitaría consejo! Sólo puedo decirte que Fito es un hombre de fiar.

-Es lo mejor, señorita. Además, yo le daría las joyas con factura y sin esta le costaría mucho trabajo venderlas a buen precio.

-¿Ni en el Monte de Piedad?

-Ahí más que en ningún otro lado, a menos que la remate con un coyote que no le exigirá factura.

-Entonces deme el dinero.

Cuando recorrieron de nueva cuenta el pasillo del edificio joyero y caminaron sobre la avenida Madero con rumbo al Zócalo y *Rosa de Mediodía* llevaba de la

mano al viejo Benjamín, éste exhibía una cara de tristeza y desamparo como si fuera un niño que ha perdido a sus padres.

Al percatarse de esta actitud, Saraf se detuvo y dijo al desastrólogo:

-¿Se siente mal? ¿Le pasa algo, don?

-No, hija. Sólo estaba pensando que dentro de poco, cuando te vayas, voy a quedarme solo.

-Todavía no estoy segura de que me vaya.

-¿Porqué?

-Por mi padre. Tiene tantos años aquí, que podría morir si lo saco de pronto.

-No, Saraf. No renuncies a tu proyecto sólo por eso. Háblale de la *Biblia*, del *Éxodo*, de la diáspora. Lávale el coco y vas a ver que acepta irse. De cualquier modo, cuenta conmigo por si no quiere acompañarte o, si ya ido, regresa.

-Le agradezco, don. Pero no podría desprenderme de esa responsabilidad. Ya el tiempo dirá que debo hacer. Mientras tanto no voy a complicarme la vida ¿No quiere tomarse un refresco en Mercaderes, ahora que van a arriar la bandera?

-Sí, hija, me caería bien una cervecita.

-Oiga, don, ¿qué ha sido de su amigo de Donceles?

-Sigue desaparecido. Tal pareciera que se lo comió la tierra y que se lo llevó el terremoto. Pero lo curioso de todo es que no se halló un solo rastro de él en los escombros, ni un pelo, ni una uña, un zapato, alguno de sus libros y papeles... A propósito de tu viaje, ¿sabes de dónde es mi padrino?

-No, porque sólo una o dos veces platicué con él.

-De Tampico. Es nativo del puerto.

-Nunca me dijo su nombre, ni a qué se dedicaba. Parecía ocultar su nombre. Un tipo raro, interesante- dijo Saraf.

-¡Un cabrón bien hecho, niña, especialmente con las mujeres! Un lagartijo de altos vuelos.

-¿Padrote, don? Aunque parecía también artista, algo así como pintor, compositor, poeta, escritor.

-También, hija, pero sobre todo padrote. Siempre vivió de las mujeres y llegó a controlar cuatro, cinco o quizás diez putas. Yo lo conocí en su mejor momento.

Después de que el viejo hizo alusión al supuesto oficio de su amigo, *Rosa de Mediodía* calló, bajó los ojos y dio muestras de no seguir con esa plática, quizás movida por el recuerdo involuntario de Abraham, su pervertidor, quien se dijo su marido e intentó ser su padrote, chulo, lagartijo, gigoló.

El silencio prolongado y la vista baja de Saraí hicieron comprender a don Chamín que había llevado aquella charla a un tema incómodo, pero ello no obstó para que lo cerrara a su modo.

-¿Sabes cómo se llamaba o se llama *Timba*?

Saraí movió la cabeza en señal negativa.

-Pedro José Barradas Ocampo. Buen tipo deveras. Inteligente, culto; sabía muchas cosas del mundo. No era un simple padrote. Este era sólo su oficio sobrevivencia, con el que no dañó a nadie, incluidas sus chavas. Tenía o tiene buenos sentimientos y un sentido de la justicia basada en la igualdad social y económica. Para él el pecado más grande, después de explotar a la gente con exageradas cargas de trabajo y malos salarios, es no saber amar a las mujeres. Decía que la vida es tan corta y tan larga e infinita la muerte que no se vale desperdiciarla en celos fuera de la cama. Si hoy está muerto o haciendo vida en otro lado deberá seguir gozándola con el recuerdo de sus chavas, porque la muerte es parte del juego de la vida y ésta apenas dura un segundo en el juego de la nada. ¡Cállame, hija, tápame el hocico y no dejes que siga diciendo las mismas pendejadas que dicen a cada rato tu padre y el *Milaventuras*!

----

En Tlalpan y Municipio Libre la guayín de los muchachos toreros se hallaba detenida y soñolienta en espera de que el *Atitalaquia* retornara con un pomo, con una chava que trabajaba en el Hotel Portales y también con un billete para pagar el préstamo de la camioneta de los mariachis.

El plan de la cuadrilla para el resto de la jornada consistía en hacer bastos en San Juan y en Garibaldi, una vez que llegaran a la plaza. Pero había varias propuestas sobre lo qué harían con la lana que juntaran, pues el *Gorupo* era de la opinión de dedicarla a un festejo en grande.

-¡No chingues, *Gorupo*; cómo vamos a llevar al *Maese* a festejar después de que se petateó su jefe!- dijo el *Trolebús*.

-En este país uno se empeda no sólo de alegría, sino también de dolor. También de dolor se canta, como dice la canción; por eso los indios hacen fiesta

cuando se les muere un pariente. De una pasión o un pasón uno se escapa con lágrimas y cantos.

-Es cierto eso, *Goru*: el maese puede salir más rápido de su pena con un buen pedo. Cuando tengamos un buen billete le caemos luego en Colombia. El dirá si quiere o no. Un buen pedo cura, empata con la cruda y hasta amorciilla. Dinero mata verba, labia y carita. Hay que chupar hasta que el cuerpo aguante. Un pedo largo espanta todos los malos dolores y olores que traen los aires de la vida- terció el *Panda*.

-¿A qué viene todo eso?, pinche pataco. Se me hace que ya te pusiste pedo con sólo pensar esas cosas.

-Toy chivo y tú lo chaves, chivo.

-¡Coño, hablas por hablar y para decir pendejadas!-

-¡Cállate, ñoño, que tú también tienes su historia! Tu no hablas pa no decir pendejadas y no reírte dellas, igual que los mudos, aunque los cabrones no tienen que morderse la lengua, como tunas y yunas.

-¡Ah, de modo que tú también eres poeta como el *Gorupo*!- replicó.

-¡Alto, ñeros, nada de comparaciones que en este pinche país todavía hay clases sociales!

Pero en ese momento los dimes y diretes de los tres debatientes se aplacaron porque venían acercándose a la camioneta el *Atitalaquia* y la chava que había prometido llevar.

-¡Putá madre! ¡Qué culo de vieja!- exclamaron al unísono.

Y cuando *Atita* y su acompañante llegaron a la puerta del vehículo sus tres compañeros de cuadrilla se habían bajado y puesto de pie al lado de la puerta en la que debía subir al auto.

-He aquí, maestros de la tauromaquia, artes anexas, conexas y similares, la mujer más bella del Valle del Mezquital, la colonia Portales y el Distrito Federal. Su nombre de pila es Virginia, pero en el gremio callejero y nocturno la llaman *Nalgas de Oro*- dijo el *Atitalaquia*.

-¡Qué hojaldra eres, pinche *Atita*! ¡Nunca nos dijiste que tu nalga era un cromo de mujer!

-¡No soy nalga de ningún pendejo! Soy la *Nalgas de oro*, la reina del *Sótano* y otros reventones de la colonia Centro.

-¿Hija de María Félix?

-¡No chingues! ¿Acaso tengo cuerpo de tortilla?

-No te enojas, reina, lo dije sólo por tu cara bonita. Aunque si fueras tortilla me gustaría echarme un taco contigo.

-A mí no contigo, porque con esos pinches ojitos de ostión no sabrías dónde meter el pájaro.

-¿Pájaro para qué, si no canto? En el cuerpo a cuerpo da lo mismo entrar por un lado, que salir por otro y en ese tipo de lucha sirve lo mismo la de hablar que la de mirar o hasta un pinche dedo. La macana sólo la uso para madrear y hacer el dos de bastos.

-Pinche enanito, hasta presumido me saliste. A lo mejor ni pájaro tienes y de burro sólo tienes las orejas.

-A este. tu admirador espontáneo, le dicen el *Gorupo* o *Coruco* – intervino *Atita*.

-Mucho gusto, a tus lindos pies.

-Que tal, manito, me dicen *Nalgas de Oro*, pero me llamo Virginia, aunque nada nuevo puedo ofrecerles a San Pedro ni a San Pablo.

-¿Y el cabús?

-Bien, gracias, guardado para el rey de mis sueños.

-Este es el *Panda*- volvió a hablar *Atita*.

-Hola, ñor. Tú sí te ves serio, no como el piojo de pájaro, que es más pícaro que zángano.

-*El Panda* es el mejor torero a caballo en diez ruedos a la redonda de la capirucha.

-¿Rejoneador? No, varilarguero, picador de toros y todo. En eso se parece al maese gitano, nuestro matador, que lo mismo pica mono de ñora u ñor. que ojo de rana, ojo de pancha o culo de pollo, porque es soplanucas de mascalmohadas.

-Al *Panda* le dicen también el *Trolebús*.

-¿Todos son toreros?

-Sí, porque cuando no tenemos corridas de toros con el dos de bastos toreamos peatones en las calles, pulquerías y piqueras, donde también jugamos con páginas cargadas del libro mágico.

-¿Es cierto que vienen de un entierro?

-Acabamos de sepultar al jefe de un gran amigo y compañero de oficio.

-¿Será cierto que los sepelios estimulan el sexo?

-¡Debe ser cierto, *Nalguita*, porque ahorita mi ermitaño anda muy sediento de un juguito de coño o un guarapo de ostión perfumado!

-Si quieres te presto un billete para que te busques una enanita de tu tamaño.

-Bueno, muchachos, vamos a subirnos al coche porque está volviendo a lloviznar y nos falta un buen tramo para llegar al ombligo del mundo.

Una vez en tránsito, mientras la camioneta se desplazaba lenta y parsimoniosa a compás de la caída aterciopelada de llovizna vespertina, los muchachos toreros y su nueva reina de la belleza se dejaron atrapar por el discurso asordinado del silencio que envolvía al Valle de México.

Sin embargo, varios minutos después *Nalguita* lo rompió con una pregunta:

-¡El señor que acaban de enterrar murió del terremoto?

-No, murió de ganas de morir; se quedó a la mitad de una peda de un mes que empezó con el pretexto del cabrón temblor.

-¡Sabías, *Nalguita*, que el *Gorupo* es poeta y que en el aire las compone.

-Soy Agustín Lara,

el músico poeta

dijo con su citara

a la mitad del foro:

más nada me gustara

que echarme un palo

con la *Nalgas de Oro*.

- ¡Putá madre, este cabrón tiene de poeta lo que yo de virgen!

----

-¿Sasba, moco tases?

- Enbi.

-¿Ut y?

-Bienta.

-¡Euq et sópa ne al tefren?

-Dana.Loso em guépe un copo.

-¿Deón?

-En el Metro.

-¿Cómo?

-Me trompesé y fui a dar contra el mostrador de una tienda naturista.

El señor a quien Sabás boleaba sus choclos sólo comenzó a medio entender que éste y su viejo amigo habían platicado primero con palabras de español parecidas a alguna lengua latina, pero no supuso que se trataba del idioma alrevesado del Príncipe de las Tinieblas.

De este origen pudo enterarse hasta que Sabás terminó su labor y le preguntó en qué lengua había dialogado y de qué había hablado con su amigo, preguntas que como respuesta inicial tuvieron una sonora carcajada que se escuchó en todo lo largo del Portal de Mercaderes.

Hasta que ambos viejos terminaron de limpiarse las babas que la risa a lengua suelta les había dejado en boca y carrillos, fue cuando don Lucas le explicó que era la lengua del Chamuco, el cual se la heredó a Barrabás y que era muy sencilla porque se hablaba con sólo poner al final de cada palabra la primera sílaba.

Una vez que el cliente de Sabás pagó y complacido se alejó por 16 de Septiembre, el bolero del Portal de Mercaderes retomó la plática sobre cómo había ocurrido el accidente en el que don Lucas salió herido de una estación del Metro de la línea Cuatro Caminos-Tasqueña.

-No es cosa del otro mundo, Sasba. Es sólo un rasguño.

-Lo bueno es que a los locos no les duele nada.

-Sí nos duele ¿Quién dice que no? Pero ahorita ya no me molesta nada. La naturista hizo un buen trabajo.

En efecto, salvo el rayón rojo en la frente, la cara de tío Lucas se veía fresca, rejuvenecida e incluso sonriente, ajena en absoluto a la imagen de desamparo y miseria que exhibió cuando salió el Metro y parecía un andrajoso Cristo de Tortillería.

Tal era su posición victoriosa sobre las adversidades que su habla, cuerpo y rostro eran igual de firmes y claros como las respuestas que los actores electos por el pueblo brindan en las ruedas de prensa después de encarnar al Cristo de Iztapalapa los viernes santos.

Pero don Lucas sabía que el vigor juvenil que ahora lo inundaba era sólo uno de los estados de gracia con los que el Señor procura a los rucos para que piensen que pueden regresar 33 años, frenar un potro a galope, saltar de un tren y subirse al guayabo tres veces al día.

Por ello, luego de darle un golpe de vista en redondo a la Plaza de la Constitución, sin aparentemente venir a cuento, dijo para sí: Dana yha vonue joba le los.

-Is, toerci, gomia- comentó don Sabás.

-El sabio poeta judío fue realmente muy fregón porque nada hay nuevo bajo el sol; porque todo nace, muere, renace, vuelve a morir y a renacer- tradujo don Lucas.

Los ancianos se habían conocido dos décadas atrás en esa misma columna del Portal de Mercaderes, justo enfrente de una sombrerería que en los años 60 se había hecho famosa por un pregón publicitario que decía: *de Baja California a Yucatán, sólo sombreros Tardán.*

Desde esos años mantenían una relación clientelar y amistosa con la que intercambiaban novedades relativas a artistas populares de canto, radionovelas, telenovelas y películas de cine; política local, nacional, internacional e incluso chismes de vecindad y albures.

En el momento que don Lucas se sentó a un costado del sillín de lustrador de su amigo, ambos repararon que Saraí y Benjamín se hallaban en el extremo norte del portal a una de las mesas extramuros del café Mercaderes, cuyo dueño decía que era el más antiguo de la Plaza de la Constitución.

-¿Ut jahi?

-Is, Sásba.

-Muy bonita muchacha ¿Cómo la hiciste?

-Salió a su mamá, que también era muy bonita.

-¡Y quién es el fulano con quien está?

-Un vecino que se llama Benjamín Tarde.

-¡Ah, el cabrón loco que anuncia desastres!

-Creo que sí; a eso dedica y de eso vive,

-¿Es amigo de tu hija?

Antes de contestar, don Lucas miró hacia donde estaban Saraí y Benja como para poner en perspectiva lo que iba a responder.

-No amigo, pero sí un vecino atento, decente y solidario con los demás. Un borrachín listo e ingenioso que antes de hacerle al cuento con todo a lo que a la gente le tiene miedo, se dedicaba a hacer bailar en las calles un oso de pandero al que controlaba y jalaba de la nariz con una cadena.

-¿Y por qué cambió de oficio?

-Porque el *Pelucho* se murió y tuvo que buscar otro modo de sacarle filo a la lengua.

-Pudo haberse dedicado a merolico.

-Es lo que yo le dije, pero me dijo que es más fácil sacarle dinero a la gente asustándola con animales o cosas poco comunes.

-¿Cómo qué cosas?

-Como los temblores, los aguaceros y las inundaciones. Él dice que estos f desastres los ve anunciados días antes en eclipses, cometas, soles vespertinos grandotes y lunas llenas, negras, rojas. También dice que previene y protege a la gente de estos males vendiéndole estampitas, rosarios, breviarios y aguas milagrosas en las afueras de los templos de Santo Domingo, Loreto, la Santísima, la Soledad y la Merced.

-Pero aquí no son raros los jalones de tierra, ni las lluvias cabronas que se roban los tiliches y los comales de la gente pobre, ya que se dan varias veces al año y son parte de nuestros usos y costumbres.

-Es cierto, pero su jaloneo no siempre es igual de arrebatado como el de los sones de mariachi y los tangos, y el más frecuente es el asentadito y lento de los danzones- aclaró don Lucas, que dejó de lado la plática sobre el oficio de don Benjamín Tarde, para desviarla hacia el poco efecto destructivo que los sismos habían provocado en el centro de la capital de México.

En adelante este tema dominó la charla de los dos amigos, que coincidieron en que el trazo de la Plaza de la Constitución se mantenía intacto desde la fundación de Tenochtitlán en el siglo XIV; desde la remodelación integral de sus edificios que

se hicieron al modo europeo dos siglos después (siglo XVI); y el parcial y casi nulo a partir de la Independencia de México con respecto a España.

Celebraron con mucho orgullo que después de casi siete siglos de historia México-Tenochtitlán siguiera siendo un enorme, bello, multicolor y vociferante zoco en el que lo mismo se venden tacuches, sombreros de pelo, aparatos de tecnología de punta y platillos de cocina francesa o gringa, que peines de madera, mercancías de pulga, rajadas de ocote, yerbas medicinales; tlayudas, gorditas de chicharrón prensado, tacos de canasta y que en la plancha del Zócalo y los recovecos de los edificios coloniales haya brujos que con danzas prehispánicas y yerbas de olor y humo de copal curan todo tipo de enfermedades corporales y mentales, incluidas las de amor.

Cuando don Lucas se puso de pie y se preparaba para despedirse de don Sasba, este le hizo una pregunta que jamás habría supuesto proveniente de su amigo:

-¿Qué harías si de pronto Benja hiciera su luchita por la vida con el mismo oficio de locos como el tuyo?

-No creo que vaya o pueda hacerlo, porque cada loco habla de su propio tema y el suyo es muy diferente a mío. Para fortuna mía y de todos, la locura del poeta, del filósofo, del abogado y del político es muy distinta a de los profetas, y la de los que se dedican anunciar desastres es mucho menos común que a la de quienes estamos en contacto con el Señor y avistamos futuros menos ojetes o cabrones.

Don Sabás no se sorprendió de esta respuesta y, conociendo bien a tío Lucas, no se arrellanó en su banquita de bolero en espera de que éste se diera la vuelta después de haber iniciado su retirada y soltara el remate de una de sus habituales prédicas:

- En estos casos siempre hay que hacer lo mismo que el Señor ordenó a Lot a través de la voz de un ángel antes de la destrucción de Sodoma y Gomorra: escapa para salvar el pellejo, no mires hacia atrás, cruza la llanura sin parar y trepa al monte en busca de algún refugio; y para mí el mejor refugio está en los benditos consejos del Señor de los Cielos y en cada uno de los vagones del Metro.

----

El vocho frenó intempestivamente a unos 100 metros de la estación San Antonio Abad del Metro. El tránsito de la vía oriente de la Calzada Tlalpan estaba siendo

cortado por un grupo numeroso de trabajadores de pico, pala y carretilla en torno a un trascabo y una grúa que sacaba grandes cucharadas de cascajo.

Policías, rescatistas de la Cruz Roja y decenas de curiosos contemplaban desde la acera las tareas que se ejecutaban en lo que parecían ser los restos de un edificio derribado sobre la calzada a causa de su debilidad y una réplica más de los terremotos del 19 y 20 de septiembre.

A poco de su detención, varios agentes de tránsito instruyeron al *Punga* y a otros conductores que viraran hacia la derecha para que avanzaran hacia una calle lateral que desahogaría del embotellamiento a gran parte de los automóviles inmovilizados en la Calzada de Tlalpan.

Ya en esta puerta de salida los tripulantes se toparon con un grupo de mujeres, niños y ancianos a cuyas espaldas resaltaban las ruinas de otro edificio destruido por los sismos y que portaban una manta con un letrero que decía: *Auxilio, aquí hay 21 cadáveres sepultados*.

Eran los sobrevivientes de ocho familias que habían logrado salir a tiempo del bailongo subterráneo y dejado atrás a algunos de sus parientes, por lo que en sus rostros era ostensible no sólo la tristeza por esta pérdida sino también, quizás, por sentido de culpa.

-¡Díganle al pinche gobierno que nos urgen labores de remoción para rescatar a nuestros familiares!- se escuchó el grito desesperado de una de las mujeres del grupo, el cual se hallaba rodeado por muchos curiosos y vendedores ambulantes.

*El Punga* había decidido salir por Boturini, cruzar Fray Servando Teresa de Mier a la altura de La Merced, tomar cualquier calle transversal que lo llevara a 20 de Noviembre para alcanzar el Zócalo; pero cuando giró hacia a la izquierda debió amarrar el vocho para no atropellar a una niña.

Una chiquilla de cuya silueta fantasmal pudo percatarse a tiempo gracias que vestía un trajecito de arlequín de rombos dorados y rojos, nalgamen en extremo apelotonado, frente y mejillas blancas, cejas, negras, nariz y labios esmeraldas y piochita verde.

La payasita, de unos cinco o seis años cuando mucho, apareció de pronto a media calle con tres pelotitas de hule espuma que intentaba manipular hacia arriba al mismo tiempo sin lograrlo y la obligaban a moverse de un lado a otro como en un baile de mambo o chachachá.

Al término de su show, se acercó al vocho y PepePedro le dio una buena propina, pero en lugar de alejarse e ir hacia otros autos en busca de más propinas,

se acercó a la parte de atrás para avistar a Lluvia, cuya mirada seguramente le había atraído.

La pequeña pegó su rostro contra el cristal, saludó a Lluvia con un movimiento de cabeza y con el dedito índice señaló a la abue Leónides, que en ese instante dormitaba sobre una de sus piernas. como para preguntarle de quien se trataba.

Lluvia le respondió que era su abuela con un silencioso movimiento de labios, a fin de darle a entender que no debía ser despertada; la payasita movió cejas y boca para mostrar su acuerdo y se alejó del vocho para proseguir su ventaneo en busca de más gratificaciones.

Cuando el vocho reanudó su camino en los ojos de Lluvia estallaron mil imágenes en poliedro que refractaron sus años de infancia en la orfandad que de inmediato vertieron en gruesas y abundantes lágrimas que cayeron sobre la carita de doña Leona.

Cerró los ojos para simular que dormía e impedir que el *Punga* y PepePedro advirtieran que había llorado, pero ambos se hallaban demasiado entretenidos en la búsqueda de la ruta más corta y expedita para llegar a casa antes de que cayera la tarde.

En la calle de Mesones, una de las menos atestadas por el tráfico, PepePedro compró un diario vespertino con el propósito de informarse de las noticias más recientes sobre los hechos de mayor impacto relacionados con la tragedia masiva.

Pero el encabezado principal del diario no era de nota roja ni amarilla, sino bicolor, pues revelaba que el presidente Miguel de la Madrid Hurtado (MMH) había conseguido un crédito de emergencia de tres mil millones de dólares del Fondo Monetario Internacional (FMI).

La segunda nota más relevante refería que el presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, había expresado su solidaridad fraternal con México; y la tercera informaba sarcásticamente que la deuda externa del país equivalía al monto de las pérdidas monetarias generadas por 16 terremotos.

El vespertino incluía otra noticia importante que decía que el sismo del 19 de septiembre había provocado el desalojo de cinco mil personas de la Unidad Habitacional Nonoalco-Tlatelolco; y la entrevista con un superviviente del desplome del *Hotel Regis*.

“Cómo escapé del *Regis*”, era el titular de la nota, cuyos sumarios reseñaban cómo un empresario salió ileso, enjabonado, en calzones, calzado y con su

portafolio en una mano después hallarse sepultado bajo los escombros durante varios días.

Sin embargo, para *Azucarillo* la acción de sobrevivencia más larga, publicitada, intrigante y sospechosa derivada del terremoto de 1985 era la de Luis Ramón Nafarrete Maldonado, *Monchito*, que aún daba señales de vida pese a que tenía 15 días bajo las piedras.

Sus muestras de vitalidad eran voces apagadas, rasguños sobre canteras y mensajes enviados a la gente que se solidarizaba con él y recibía en sueños a pesar de que se hallaba bajo tres lozas de concreto y los cimientos del edificio que había habitado en Venustiano Carranza 148.

*Monchito*, atrapado junto a su abuelo Luis Maldonado y a quien se suponía muerto desde el derrumbe, fue objeto de la búsqueda más intensa y extensa porque desde la primera semana participaron en ella más de media docena de instituciones nacionales y extranjeras.

Entre ellas la Cruz Roja Mexicana, los Bomberos de México y Seattle, los Voluntarios del Líbano, la Escuadra de Maine y más de 30 topos de casi un centenar de naciones, entre ellos *La Pulga*, quienes trataban de oír su voz en medio del ruido de grúas, cortadoras de piedra y trascabos.

El embajador de Estados Unidos, John Gavin, y su esposa Constance, hicieron un huequito en su apretada agenda diplomática para asistir compasivos a la búsqueda de *Monchito*, cuyas señales de vida a partir del doceavo día empezaron a convertirse en mensajes de telegrafía popular.

Telegrafía que, influida por la maledicencia anónima, fue transformando al abuelo *Guicho* Maldonado en un cofre de centenarios guardados bajo la cama de *Monchito* y a éste en un embustero que nunca dio la cara ni su nombre real porque sólo quería constatar la existencia del presunto tesoro.

Después de escuchar este relato en boca de PepePedro, Lluvia se dedicó a contemplar las imágenes de desolación, abandono y orfandad que aún dominaban buena parte de las calles de la Ciudad de México, en las que abundaban los campamentos improvisados.

Una vez que el vocho rodeó la Plaza de la Constitución y llegó al costado poniente de la Catedral y esquina de 5 de Mayo, el *Punga* dijo a *Azucarillo* que dirigiera la vista hacia el café del Hotel Majestic, donde se hallaban sentados Saraí y el viejo Benjamín Tarde.

Pero como éste estaba de espaldas, PepePedro no pudo identificarlo y preguntó al *Punga* que con quién compartía café la llamada *Rosa de Mediodía*.

-Está con el santero de Santo Domingo.

.¿No anda en busca de un muerto suyo?

-Sí, al padrote de Donceles.

-Ah, el cabrón ése que se viste como poeta dominguero.

-El mismo, tovarich; sólo le falta disfrazarse de torero.

-¡No chingues al amigo, *Punga*” ¡Ni la burla perdonas!

Hacia mucho tiempo que el *Punga* y *Azucarillo* no comulgaban de esta manera, debido a que en el pasado reciente el primero había convivido más con *El Viejo*, aunque desde la infancia compartían un mismo código de hermandad, valores, oficios y artemios.

PepePedro remató esta buena y amena charla preguntando cuál había sido el derrotero de *Timba*, el padrote de Donceles, y el *Punga* le contestó que era coime de una casa de putas de la colonia Polanco de la que es dueña y regenta la más vieja de sus quelites.

----

Los *dalilos*, los peluqueros mormones, lo dejaron en la esquina de Brasil y Cuba porque quería vagar un rato en las calles antes de ir a cenar a la *Alteña* y disfrutar de aquella lluviecita rala, casi seca y polvorienta, que quizás se parecía a la que dio fin al diluvio universal hace millones de años.

Le gustaba ver llover de cualquier modo, incluso a torrenciales, porque sabía que el agua de lluvia dio origen a la vida orgánica en la tierra; que el agua es la sabia prevalente en animales y vegetales; y que por ello los vegetales como él no pueden prescindir del agua de Dios.

Pero esa miadita de pájaro lo obligó no sólo a guarecerse en el portal de Santo Domingo, antes de emprender su camino hacia Garibaldi, sino también a recordar que cuando fue chavo soñó con formar parte de una guerrilla como la que operó durante muchos años en la barranca de El Chico.

Luego de un buen rato de esperar a que pasara el chipichipi, de autoinculparse de no haber llevado a cabo aquel proyecto de vida y de haber terminado en el vegete pobre y pretencioso que creía saberlo todo, se metió a la Policlínica para echarse un par de tragos.

Un buen enjuague de hocico y gañote le permitiría superar ese chingado reproche y dejar de lado esa vieja cháchara con la que olvidaba que el homo sapiens vive más de lo que piensa y ambiciona, que de lo que realmente puede hacer y hace.

Además, ¿qué importancia puede tener el hecho de que ahora sólo sea un sabihondo de barrio, un exitoso vendedor de libros de segunda o tercera mano y un ruco que aún dispone de la capacidad física y emocional para amar y ser amado?

Una vez dentro de la cantina pidió a Chavita, el único mesero de la Policlínica, a quien conocía de hacía más de 20 años, un caballito de tequila, sal y limón, a fin de que se le alborotaran las lombrices de la panza y le despertaran el apetito antes de cenar.

-Hace muchos días que no venía por este rumbo, don Venta- comentó el mesero.

-Sí, amigo, todas las chingaderas del terremoto me han distraído mucho y he andado de un lado para otro.

-¿A poco se le perdió algún pariente o amigo?

-No, por fortuna, pero como no hay venta de libros en estos días, me he dedicado a fisgar en casi todos los sitios donde se cayó un edificio o una casa, como los camilleros de la Cruz Roja, las ratas de dos patas y los periodistas de nota roja.

Cuando Chavita volvió a su mesa, después de atender otra, el librero le preguntó cómo andaban las ventas de la cantina.

-Muy mal, don. Como en todos lados. En los últimos días no hemos mandado ningún borracho a su casa, porque vienen muy pocos y los pocos que entran se echan uno, dos o tres tragos y se van luego. Es que la gente le tiene miedo a que se suelte otro terremoto.

-¿Crees tú que la gente tiene miedo a que haya otro terremoto como el del día 19?.

-Si, don Mil, por eso casi no hay gente en las calles y la mayoría de las gentes están metidas en su trabajos, negocios y casas.

-Pero bajo el techo de estas y los edificios corren más peligro que en las calles y las plazas.

-Es cierto, pero la gente piensa que está mejor protegida.

-Tienes razón, Chava, aunque la gente olvida que en cualquier momento esta tierra temblona y cabrona puede mandar a uno de sus chivos berrinchudos a

topetear paredes, azoteas, pisos y cimientos, valiéndole madre si hay niños, mujeres, ancianos y chavos durmiendo, trabajando o cortándole manzanas al guayabo.

Llamado por el cliente de otra mesa, Chavita dejó solo al *Filósofo de la Lagunilla*, quien apuró de un trago el caballito de tequila después de chupar la mitad se un limón con sal. Instantes después le echó un ojo a la parte de la Plaza de Santo Domingo que se haya frente al templo dominico.

Movido por su espíritu de contradicción, esta mirada contemplativa lo llevó a las ideas e imágenes de su ideología política: el *Manifiesto del Partido Comunista*, el marxismo-leninismo, Karl Max, Frederick Engels, Mao Tsetung, Fidel Castro, Ernesto Guevara, Chou Enlai y Deng Xioping.

Y también, desde luego, a la actual lucha que los bloques comerciales liberados del imperialismo europeo y estadounidense, como era el caso del Grupo BRICS (Brasil, India, China y Sudáfrica), países cuyos gobiernos resisten al modelo económico neoliberal.

Estas evocaciones, así como el recuerdo de sus más recientes y eventuales amoríos en *El Bombay*, *El Copacabana*, *El Rey* y *Las Adelitas*, donde seguía siendo atractivo entre las mujeres jóvenes y maduras por su habilidad para cortejar, terminaron por confortarlo.

En la conmemoración de estos hechos, así como en sus ideas y santos paganos, no había dolor ni duelo, aunque no podía deslindarse de ningún modo de la situación desastre, pobreza y abandono creada por el terremoto de más de ocho puntos en escala de Richter.

Tampoco podía desentenderse, por supuesto, de su crisis de ingresos personales por la falta de ventas, pero con las gramáticas y biblias que vendía don Lucas en el Metro seguía sacando el dinero necesario para comer y comprar jabón para bañarse y lavar su ropa.

En México, pensaba y lo decía con frecuencia entre sus amigos, se vive con poco y de ese poco se saca para que sobrevivan sus 70 millones de pobres y se hagan más ricos la docena de multimillonarios que son dueños de las grandes industritas, comercios y partidos políticos.

México es rico no por estos ojetes, sino por sus muchos pobres, quienes comen poco, visten tiliches, trabajan mucho, ganan poco y presumen mucho. Por ello no pasará mucho tiempo para que las propuestas políticas del arcángel San Carlos arraiguen en este país.

Esta última frase la alcanzó a oír Chava, quien volvía su mesa para preguntar si se le ofrecía otro trago.

-¿Otro caballito, don?

-Sí, hijo. Dame el penúltimo porque voy a darme otro paseito antes de irme a cenar a San Camilito.

Cuando el *Milaventuras* salió a la calle la lluviecita que meaba desde el cordonazo de San Andrés había ocultado sus alitas de colibrí bajo las primeras sombras de la noche, pero reverberaban al chocar con la luz de las lámparas de la avenida Belisario Domínguez.

----

Mi destino, si efectivamente hay un trazo de vida predeterminado por el Señor, ha seguido una vía de muchos columpios altos y bajos; curvas abiertas, miopes, ciegas y peraltadas; puentes y vados anchos y cortos; y alimentada desde ambos lados por múltiples atajos.

Sí, he seguido un camino sesgado y truculento, pero siempre he llegado sano y salvo a casa, aunque con los tropiezos y las paradas de perro propias de un borracho travieso. No fue así la vida de mi hermano Coco, quien se alejó de la tierra hace cosa de siete años.

Fue en el 78, cuando tenía apenas 25 años y en un arranque de locura violenta dejó de seguir cargando las malas pulgas de la familia, que le pesaban como elefantes y según él se las sacudía echándole bronca a todo mundo, incluida nuestra mamá.

El cabrón empezó desde chavo a desobedecerla a ella y nuestro padrastro; en la escuela a los maestros, en la doctrina al cura y las monjas y a los 14 años se metió a chavo banda en el barrio para luego convertirse en malandro solitario y muy agresivo.

En la banda le decían *Coco-tío* porque cuando nuestra jefa se juntó con *El Cabuz*, él y yo quisimos hacerlo pasar por tío, pero los ojetes no nos creyeron. Y cuando poco después *El Cabuz* se llevó a mi hermana y pasó de padrastro a cuñado, los otros chavos banda le pusieron *Coco-cú*.

El piquete a navaja que le dio al chavo de otra banda del barrio de Santa Fe nos costó el cambio de casa a una colonia del centro de la ciudad y también que agarráramos rumbos y oficios distintos. Coco paró en La Ronda y yo en el templo menor.

A él le pegaron más fuerte las monas, los tragos y los besos de la mujer blanca de ojos verdes. Se metió a una banda que traficaba con láminas y asaltaba bancos, grandes comercios y residencias ricachonas de las Lomas y el Pedregal de San Ángel.

Coco cayó en el mismo rollo en grande de mi compadre el *Viejo*, quien está colgado de un poste luz en espera de la sentencia judicial. Desde el inicio de los años 80 no supe de él, salvo cuando fui a verlo para atestiguar contra una falsa acusación en su contra.

Se libró de ella gracias a que el platillo de la balanza justiciera se mueve de arriba abajo según el peso de las monedas doradas que le pongan los malandros de uno y otro bando, según el dicho de los abogánsteres y los especialistas en derecho penal.

Me enteré de su último viaje al otro infierno cuando en un periódico de la tarde se publicó la noticia de que un solitario ratero borracho o drogado había intentado saquear las cajas de una sucursal bancaria de La Merced con la amenaza de hacer explotar una bomba artesanal.

La noticia explicaba que el artefacto casero había sido elaborado con un frasco de café en polvo, pólvora, clavos, tornillos, arañas de metal y un cordón incendiario, cuya mecha pendía entre los dedos índice y pulgar de la mano izquierda de Coco.

“Pero además -decía el texto periodístico- el supuesto asaltante estaba tan chemo o borracho, que su amenaza de lanzar la bomba atómica al interior del banco, la hizo a gritos desgañitados desde la banqueta y a dos metros de la puerta de entrada de la sucursal.

“Esta escandalosa e inocente amenaza de inmediato llamó la atención tanto de los peatones que andaban sobre la banqueta oriente de la avenida Circunvalación, como del personal bancario, que en menos de medio minuto hizo sonar la alarma y bajó las cortinas metálicas.

“En cosa de otro medio minuto el raterillo fue rodeado por casi una veintena de patrulleros que las pistolas y los rifles en ristre lo obligaron a entregar su bomba atómica, la que sin embargo no hizo estallar porque se le olvidó llevar un encendedor o una caja de cerillos”.

Yo terminé de leer llorando esa pinche noticia porque luego decía que cuando mi carnal era llevado a una oficina del Ministerio Público en la delegación Venustiano Carranza, ninguno de los tres policías que lo conducían se dio cuerda de que se dio un navajazo en el corazón.

El periodista que escribió esa noticia ponía en duda que esto hubiera ocurrido para sugerir que alguno de los policías pudo haberlo matado, pero yo sí la dí por cierra porque desde hacía mucho tiempo Coco andaba buscando la forma de irse de este pinche mundo.

La neta, para él el único botín que siempre buscó fue la muerte de cualquier manera, porque para el pobre y el jodido que no tiene un oficio chingón el mejor alivio es un hoyo rojo, estrecho y carnoso o el que huele a azufre y baja directo al pinche infierno.

Coco fue mucho más pobre que otros jodidos porque no trató de vivir con paciencia; porque siempre buscó lo que más brillaba a su vista y porque nunca intentó hallarle, como dice el *Filósofo de la Lagunilla*, lo más rico que hay en la vida: el amor y el gusto por trabajar en lo que a uno le gusta.

----

La luz se había ido de Garibaldi y medio oculta en portales, restoranes, fondas y cantinas apenas brotaba en quinqués, velas, lámparas sordas, en los alamares de plata y lentejuela de los trajes de mariachi y en las miradas sorprendidas de los turistas.

La plaza parecía velorio y la soledad que la envolvía era un obstinado remanente del terremoto, aunque para los damnificados parecía ser el último de sus coletazos. como lo sugería el indicador más obvio: la presencia de borrachos ufanos, gritones y fanfarrones.

-Es temprano todavía- dijo el *Gorupo*, mientras buscaba asiento en un banco de cantera, en cuyo entorno se hallaba la cuadrilla Sánchez Mejías en espera de *El Panda* que había acompañado a la *Nalgas de Oro* a cambiarse de vestido en uno de los baños del mercado de San Camilito.

Cuando ambos se incorporaron al grupo, *Nalguita* preguntó:

-¿Y qué vamos a hacer aquí? ¿Cantar rancheras, bailar jarabes zapateados?

-No, reinita; tú y *El Panda* van a echarse en el *Viva México* unos jarabes de pico, trago y tacón, si eso es lo que quieren, mientras los demás vamos a ver qué pescamos en las calles y las piquerías del rumbo- explicó el *Atitalaquia*.

-¿Charales, sardinas, tiburones o ballenas?

.Nomás gilbertos, que son peces de medio nado y a veces traen escamas de plata y oro, como los mariachis.

-Y cuando vuelvan ¿qué vamos a hacer?

-Primero, si no completamos para la parranda entera, iremos al frontón de la Roma a frotar el naipe para aumentar la parranda; más tarde mambo, chachachá, salsa y danzón en el *San Luis* o en el *Jaguar*; luego le damos al chico, mamey y papaya.

-¡Toma pa tus tunas o tus chicles, que no pienso brindar con ningún cabrón de ustedes!- dijo la dama.

-¡Uy, qué digna y aristocrática salió doña *Nacha Dorada*!

-La neta es que yo vine en plan de cuata y no de puta.

-No es por allí la cosa. De lo que se trata es que nos divirtamos juntos, que cada uno lo haga a su modo y que todos salgan ganando algún billete. Esta parranda está dedicada a don Rana, el papá del maese *Azucarillo*.

-¿El ñor que acaban de enterrar?

-Is, barnís.

-¡Están locos! ¿Lo sabe el tal maese!

-Claro, *Nalguita*, En cuanto tengamos la feria en la bolsa, le avisaremos que todo está listo para recordar como se debe a su jefe.

Esta explicación convenció a *Nalguita* y junto con el *Panda* fue a sentarse a una mesa del *Viva México*, un antiguo mesón de arrieros convertido en fonda, cantina y prostíbulo en el que siempre se vendía de todo porque no cerraba nunca, ni siquiera en los días de guardar.

En cuanto ordenaron lo que iban a tomar, el *Panda* le preguntó al mesero si andaba por ahí cerca el *Cachafaz*, de quien aquél dio referencia con un movimiento de cabeza de arriba abajo.

En cosa de cinco minutos llegó a su mesa un hombre de edad mediana, vestido con camisa y pantalón blancos, saco americano y zapatos de charol negros, pero sin calcetines. Saludó con una inclinación de cabeza, levantó la cara y sin decir palabra miró a el *Panda* para preguntar qué deseaba.

Éste, igualmente sin abrir la boca, sacó de una de las bolsas laterales de su chamarra algo que depositó con mucho cuidado sobre la mesa para ponerlo a la vista del convocado, quien con la misma atingencia lo aprendió con los dedos índices y pulgar de su mano izquierda.

Era una pluma fuente *Mont Blanc* que primero colocó sobre la palma de su mano derecha para sopesarla y después revisó con mucho escrutinio ayudándose con una lupa que sacó de la bolsa interior de su americana. Instantes después, dijo:

-Quinientos varos.

-¡No chingues, *Cacha!* Es una *Mont Blanc* charolada con orégano de 25 kilates y no vale menos de dos mil varos ¡Cómo se ve que te has vuelto un explotador más de la clase trabajadora, como dice el *Milaventuras!*

-Véndesela al cabrón que quiera darte ese dinero- respondió el *Cachafaz*, que volvió a poner la pluma sobre la mesa, inclinó la cabeza, se dio la vuelta y con la misma parsimonia con la que había llegado se encaminó hacia la puerta del *Viva México*.

-¡Puede creerse esto, *Nalguita!* Uno pone toda su arte y habilidad en hacer bien las cosas y los pinches comprachueco las quieren regaladas!

-Véndesela a otro ojete que se dedique a lo mismo.

-No, amiga, porque esa feria se necesita para el festejo del maese por la muerte de su padre- contestó el *Panda*, que se levantó de la mesa para alcanzar al *Cachafaz*, quien se hallaba en la puerta del salón en espera de que su cliente reconsiderara su oferta.

Cuando retornó a la mesa, la *Nalgas de Oro* le soltó la pregunta de si el oficio de ratero era más peligroso que el de torero, cuestión que lo obligó a pensar un buen de tiempo porque la respuesta no era fácil, ya que debía ponderar los riesgos de ambas chambas.

-Aunque no soy torero de a pie, sino picador, una caída del caballo me expone a que el toro me cornee la cabeza, la panza, los tanates y el corazón, con lo que si no me voy al otro mundo puedo quedarme sin pensar bien, comer sabroso y seguir cogiéndole gusto a la vidurria; por todo esto la fiesta brava podría resultar mucho más peligrosa que el dos de bastos, oficio en el que también hay muchos riesgos, entre ellos de que algún gilberto bravo se de cuerda del bolseo, te madree y si está armado te mande al otro laredo. Por ello te diría que ambos oficios con igual de cabrones porque lo mismo te pueden llevar al hospital que al cielo o al tambo. Pero tengo que confesarte que los picadores son los más pendejos de la baraja porque la mayor parte del público, incluidos los pinches villamelones, no nos tragan y desde que salimos al paseílo nos empiezan a chiflar y aventar cojines y otras cosas porque que creen que nosotros le damos en la madre a toros, sin recordar o reconocer si nosotros no le quitamos un poco o una mucha fuerza a los bichos, los carniceros vendrían más carne de sotas de espadas que de toros.

----

-Mira la trabe, está escurriendo- dijo abue cuando PepePedro había terminado de acomodarla en su cama y Lluvia empezaba a ponerle un vestido viejo que cumplía la función de pijama.

- ¿Llueve, Lluvia?

-Sí, mamita, pero ahorita es poca; apenas una lloviznita de chipichipe- le contestó su nieto.

Entre el montoncito de huesos y piel morena arrugada resaltaba el brillo de sus ojos, en cuya difusa mirada había asombro como si pocas veces en su vida hubiera visto llover mucho. En su atisbo había también el propósito de escuchar el ligero roce del agua sobre el techo de la vivienda.

Para entonces tanto *Azucarillo* como el *Punga* se habían sentado en el sofá, estiraron brazos y piernas para liberarse de la tensión y el cansancio de casi una veintena de horas de movimiento continuo de un lado a otro para el velatorio y la sepultura del tío Rana.

Una vez que concluyó de abrigar a la abuela, Lluvia preguntó a PepePedro y al *Punga* si deseaban comer algo, tamales, pan, o tomar café, acaso una copita de chinguere; pero sólo le contestó el segundo, quien le informó que iría a su cuarto a dormir.

*Azucarillo* dormitaba e incluso roncaba un poco, por lo que Lluvia decidió volver a la cama de doña Leónides para abrigarse y acostarse a un lado porque también resentía el cansancio de tantos trajines y sorprendentes novedades.

Entre éstas, una que no la dejó conciliar el sueño durante un buen rato: la atracción que le había provocado la presencia de su otrora molesto hermanastro y la que ella, asimismo, le causaba de manera indisimulada e incluso abierta o descarada.

Un asombro que también asedia a PepePedro en ese mismo momento y que se le ofrecía como un sueño o una revelación fuera de lo común en el que la odiosa víctima de sus persecuciones infantiles se había convertido en un descubrimiento mucho mayor al de América.

¡Un culo de vieja que ni Colón ni Cortés pudieron haber encontrado en estas tierras hace medio milenio! ¡El paradigma de belleza femenil que había inspirado de modo inconsciente sus hazañas callejeras, sus gestas taurinas y su deseo de estabilidad social y económica!

Su odiada hermanastra, sin que él se diera cuenta, lo había asistido siempre como un Ángel de la Guarda para que superara el cabrón miedo que le daban novillos y toros, y hallara los más hábiles requiebros de palabra y acción en la conquista de gatas y putas.

El sueño de *Azucarillo* fue roto por un siseo apenas audible con el que Lluvia consolaba amorosamente a su abuela Leónides y le secaba las lágrimas con un pañuelo desechable:

-No llore, mamita, tío Rana está ahora en el cielo junto a Dios y María Santísima; está mejor allá que aquí, porque en el cielo no hay cantinas ni piqueras...

-Sí, abue, aquí está PepePedro, Está dormido. Rafa no pudo venir, pero está bien. El sábado lo iré a ver y le llevaré cigarros y comida. Pero duerma, abue, descanse bien porque mañana empieza el novenario. Allá, donde se encuentra, está mejor que aquí, porque la vida no es mejor que la muerte.

*Azucarillo* escuchó todo esto que, liado con lo que había visto y oído en su sueño, lo llevó a pensar que su hermanastra era tan buena onda como hermosa hembra de grandes ojos castaños, piel blanca y suave, boca roja y carnosa, pechos y caderas sobradas, piernas fuertes y torneadas.

¡Un cromo de vieja bonita, que además de cachonda y cabrona, estaba como para que la contrataran para una telenovela, una película de cine y para bailar encuerada en los teatros de variedad de la Zona Rosa, la Roma, Polanco, las Lomas de Chapultepec y el Pedregal de Ángel!

Justo cuando PepePedro formuló esta idea, en el techo de la vivienda la lluvia de afuera se intensificó y comenzó a golpear con la fuerza de un aguacero, como si Tlaloc hubiera ordenado a sus tlaloques que hicieran caer sus aguas con la misma intensidad de sus pensamientos dedicados a Lluvia.

Con esta lluvia sobre mojado, como si cayera en un sueño consciente o despierto, *Azucarillo* recordó que su padre había sido buena onda, que sus males vinieron a causa de la decepción amorosa que padeció cuando lo dejó su madre y que ésta, aunque puta, tampoco era mala persona.

Reconoció también que él, aunque cabrón e hijo de puta, tenía buenos sentimientos, que jamás había lastimado más de la cuenta a nadie de sus víctimas del dos bastos, la tauromaquia y la padrotería, oficio que en gran medida debía a su buen parecer físico.

¿Y a quien le dan pan que llore? ¿Cómo renunciar a estos dones concedidos por Dios y la naturaleza? ¿Cómo negar que sus largas pestañas chinas desde que

era niño soportaban un cigarrillo y que era uno de sus mayores atractivos para las chavas, además de su verba fácil y llana?

Ya a punto de dormirse y sin venir a cuento recordó una reflexión que le oyó al *Milaventuras* en el *Salón Dalila*: ¿Qué fue realmente Quetzalcóatl: un dios, un brujo tribal; un vikingo náufrago que llegó a estos lares nadando en los ríos Pánuco, Moctezuma y Tula; o un dragón chino trasmutado en crótalo?

----

-¡Doña Lluvia, doña Lluvia!

La vocecita de Dorotea, la pequeña hija del rezandero José Abigail no alcanzaba a ser escuchada por Lluvia, quien aún dormía a un costado de la abue Leona con un sueño duro y sordo como si fuera de hormigón, con el que se estaba recuperando de muchas horas de vigilia.

Pero, a diferencia de los demás parientes, ya había barrido la sala de espera; preparado el ponche, el café, los tamañes y la comida para el velorio del tío Rana; además lavado las tazas, vasos y caballitos en los que se servirían el mezcal y los tragos de brandy, ginebra y vodka.

También había bañado a mano de esponja el cuerpo de su papá adoptivo y vestido con sus mejores prendas del año de la chingada, entre ellos un tacuche negro que don Cuco le regaló a Rana cuando se casó con la tía Mago, por cuyo amor apasionado murió de pedo.

Fue por ello que despertó hasta el año del caldo y cuando Dorotea llevaba más de diez minutos gritándole desde el patio de la vecindad. En cuanto advirtió de quién le gritaba, se inmediato se levantó y fue a la puerta para que entrara sin hacer mucho ruido.

En obra de este propósito le hizo una señal para que se diera cuerda que la abue Leona aún dormía y que tenían que hablar a chitón callado, por lo que a señas le preguntó qué quería y donde andaba su papá.

-Está en el zaguán.

.¿Mojándose?

-No, doña, porque ya no está lloviendo. Pero me mandó a preguntarle si puede venir en la noche a el rezar el rosario.

-Claro, dile que sí, pero dile que venga a eso de las siete de la noche, hora en que se darán los rosarios.

Luego de despedir a Dorotea con un beso en la frente, Lluvia le echó un ojo a la salita y se puso a recoger a mano unas cuantas hojas y pétalos que se habían desprendido de las coronas y ramos flores que habían acompañado al camposanto el cajón de muerto de tío Rana.

Más adelante fue a la cocina a echarse un taco y ver qué tanto quedaba de la comida, el ponche, el café y el chinguere que se ofrecería a los vecinos y amigos que vendrían al primero de los rosarios. Después de este recuento informaría a PepePedro si era necesario comprar algo.

Hasta ese momento se dio cuenta que en el sofá, a un costado de donde dormía su hermanastro, había un envoltorio de papel que contenía un buen fajo de billetes que en la madrugada seguramente le habían traído sus compañeros de cuadrilla de rateros y toreros.

Pero el balance fue positivo y cuando *Azucarillo*, una vez despierto, le preguntó si había que comprar algo más le dijo que quizás sólo era recomendable conseguir un pomo de bacachá y otro de tequila por si a los dolientes se les antojaba café con piquete.

La previsión resultó acertada porque desde antes de las siete de la noche los primeros en llegar fueron quienes habían sido amigos y compañeros de parranda del tío Rana y para recordarlo mejor que requerían era un buen trago de la beberecua disponible.

En tanto llegaba el rosario, éstos se pusieron a discurrir en voz baja que el difunto había sido un muchacho guapo, galán y dotado de muy buena voz como lo demostró cuando se integró a un trio de boleros románticos que pudo haber competido con *Los Panchos*.

Pero todo eso se fue al diablo cuando la traidora cambuja de Tierra Caliente lo dejó al garate con dos niños varones, más una hija adoptiva, Lluvia, quienes quedaron al cuidado de don Cuco y doña Leónides porque el pedo atrapó luego al pobre de Rana.

-Pero así es la pinche vida, en la que de todo hay, bueno, malo y regular; sólo el Señor sabe lo que hace y a uno sólo le queda aguantar lo que venga; y porque en mundo cabrón la felicidad y la riqueza no alcanza para todos y sólo a unos cuantos le llega, la neta- dijo don Chava, quien desde la infancia había sido amigo del difunto.

A este comentario se sumó el de don José Abigail, quien poco antes se había sumado al grupo y preparaba sus arreos de rezandero en espera de que Lluvia o PepePedro le indicaran que debía empezar la primera sesión del novenario:

-Eso que usted dice es cierto; pero no se ajusta al mandato de Nuestro Señor Jesucristo de que la igualdad entre los hombres sea pareja en la distribución de bienes materiales, morales y oportunidades, aunque no en los intelectuales porque si ese fuera el caso las disputas entre humanos y países serían más peleadas y complejas. Para don Rana las cosas no fueron parejas, la vida fue más canija que la nuestra y recemos porque allá en el cielo, o donde se halle, cuente con el beneficio del Señor y esté disfrutando de lo que aquí le negaron sus prójimos.

En el mismo instante que terminó de hablar, se acercó Lluvia con un café con piquete a fin de que se le calentara el gaznate y pudiera palabrear con claridad y sin ningún tropiezo de lengua, porque la gente no sólo se tropieza con las patas sino también con la viborita palabrera.

Y así ocurrió, ya que a sólo cinco minutos después de echarse al cogote el café con piquete y un par de caballitos de tequila, don José Abigail se soltó a rezar con la misma facilidad con la que un merolico ofrece panaceas baratas en banqueras y plazas públicas.

----

Almohacín equívoco o inconsciente, don Lucas se hallaba sentado con las piernas enredadas y las rodillas abiertas hacia los lados con la mirada puesta sobre la Plaza de Santo Domingo, de la que apenas reverberaban las alitas brillantes de sus faroles.

La lluvia pertinaz, aunque provista de gotitas casi invisibles, impedía al demiurgo entrever incluso la esquina de Cuba y Brasil, donde remata el portal de los escribas dominicos y se halla una escuela pública en el predio donde hace varias centurias murió doña Malinche.

Sólo distinguía bien la figura de doña Pepa Ortiz de Domínguez, como si el agua en caída libre lo guiara en la lectura correcta o patricia de la historia, a pesar de su oficio como difusor de los *Evangelios* de Cristo y la *Biblia* en los convoyes del gusano naranja.

Un oficio mercenario que bien podría definirlo como un aliado de los cabrones conquistadores de antaño pero que, gracias a las enseñanzas de don Ventura Díaz Caminero, era escuchado como la prédica de un rollo liberador e igualitario.

Pero precisamente por esta orientación tío Lucas sabía que navegaba en buena barca y que se dirigía a buen puerto, aunque éste ya no fuera una isla lacustre rodeada de múltiples enemigos y su actual canoa fuera en realidad un tren de pasajeros.

Estaba enterado a plenitud que vivía en una metrópoli tan cabrona como bonita que durante más de mil años había sobrevivido a la erupción de media docena de volcanes y miles de terremotos e inundaciones provocadas por otros tantos diluvios universales.

¿Cuántos más estornudos, fumarolas y vómitos de diablo soportará esta Ciudad de Dios, hecha con piedras verdes, canteras de tezontle, aires de los cuatro vientos, danzas y músicas de chirimía tocadas a golpes de teponaxtle, bombos y platillos?

Esta pregunta la hizo a la hora en la que tío Lucas comenzaba a hablar con Abraham, Pedro, Pablo, María de Magdala y Job, de cuyas sabias enseñanzas recibía instrucciones del Señor para nutrir sus prédicas religiosas de la jornada siguiente.

Esta noche, quizás aún constipado por la plática que había sostenido la tarde anterior con el bolero del Portal de Mercaderes, el lúcido predicador del Metro se soltó un rollo de tal suerte raro y confuso, que cualquier cristiano lo habría tomado por hereje.

¿Acaso, Job, no eres tú y yo, tú? ¿Acaso tú, engendro de ballena, no padeciste penas muy parecidas a los demás hombres, que deben comer todos los días las amargas yerbas de los caminos de los llanos del desierto, de los bosques y playas de mares y ríos?

¿Acaso los hombres de hoy no viven en la enorme panza de un mundo yermo donde el desempleo, la inflación y la pobreza lo han convertido en un yerbajo de abandonada casa de adobe a la que lluvias cabronas como las actuales hacen lodo y polvo?

¿Qué les queda por hacer a los Job de hoy, sino dedicarse a pepenar cartón, botellas de lámina y vidrio, zapatos y tiliches viejos; mendigar sobras de fonda, pulquería y cantina; irse a gringolandia y hacer el dos de bastos en los autobuses y el Metro?

¿Acaso no soy yo igual que tú, Job, a quien el Señor castigó rectitud y perfección, no avaricia, ni prepotencia o falta de humildad? ¿Qué castiga en mí el Señor, me pregunto, como muchos lo hacen ante el desconcierto que les causa la forma de juzgar a sus hijos?

Con esta lógica jurídica ¿no hay razón para pensar que el Señor quiere ser único, omnisciente y omnipotente para hacer y deshacer del mundo lo que le venga en gana; y para que sus preferidos no sean los bien portados, sino los ricachones que se persignan a diario?

¿Cómo no pensarlo así cuando permitió al hombre subir al Árbol de la Ciencia, pero sólo para que probara lo bueno que es el sabor y el saber de la ciencia y el amor, para después bajarlo del cielo, empequeñecerlo y dejarlo a la buena de Dios en esta agreste tierra?

Perdón, Señor, pero la prueba a la que sometiste a nuestro hermano Job no puede menos que llevarnos a suponer que tu sentido de justicia no es realmente parejo o justo, como hoy lo han dejado ver el terremoto y los grandes desastres que trajo a mucha gente.

Si esto no lo crees, échale un ojo a las carpas de damnificados que hay en la Plaza de Santo Domingo y la calle Leandro Valle, aquí al lado, donde abundan niños hambrientos, viejos semidesnudos, hombres y mujeres tembleques y palomas que no cagan porque no han comido.

Acabada esta última diatriba, escuchó detrás suyo una voz queda que de inmediato identificó con la de Saraí, quien le preguntó que si había terminado su plegaria nocturna y si ya bajaba al campamento porque todo parecía indicar que se venía un fuerte aguacero.

Una vez que inclinó la cabeza para decirle que la seguiría, don Lucas se persignó, deshizo su posición de ruego sacro al modo oriental, dobló el cartón sobre el que había estado perorando un buen rato y se dispuso a bajar las oscuras escaleras del desastrado edificio de Leandro Valle.

----

*Rosa de Mediodía*, también bella rosa de media tarde y de noche, apenas dejó atrás el campamento de Leandro Valle y caminó sólo unos cuantos pasos hacia la calle República de Perú, en donde abordó un automóvil negro cuyo conductor hacía rato que la esperaba.

El chofer, cubierto por una librea y un quepí oscuros con filetes dorados y rojos, inclinó la cabeza y el tronco para saludarla, le abrió la portezuela trasera y ella se introdujo sin corresponderle siquiera con una señal o alguna palabra de agradecimiento.

El vehículo cubrió una cuadra; en la avenida Ecuador dobló hacia la izquierda y la recorrió entera hasta arribar al Paseo de la Reforma, en cuya glorieta José de San Martín, dio vuelta para tomar su vertiente poniente y dirigirse a las Lomas de Chapultepec.

Ya en la zona residencial de los ricachones de la ciudad, la limusina se detuvo frente a una casa señorial con jardín propio y árboles muy altos, protegido con un barandal de cantera y hierro, en cuyo portón había otro par de gatos también vestidos con librea.

¡Era cierta la versión de algunos chismosos del barrio de la Lagunilla que decían que la hija del predicador de la Palabra del Señor en el gusano naranja hacía *free lance* en una cadena de casa de putas caras en Las Lomas, Polanco y el Pedregal de San Ángel!

Después de recorrer un caminito con piso de tezontle y rodeado en ambos lados por jardines de flores de todos los colores, *Rosa de Mediodía* se halló en el interior de la casona y fue recibida por doña Licha *La Querendona*, a quien acompañaba un grupo de caballeros.

-Te estábamos esperando- le dijo la madrota en alusión a sus convidados, cuatro ancianos con bigotes largos y engomados, vestidos y calzados a la usanza antigua como si actuaran en una película o telenovela del Porfiriato: smoking, camisa blanca y pajarita roja.

A cada uno de los rucos doña Licha presentó a *Rosa de Mediodía* con un seudónimo de casa, Sara Morgan, inventado por aquélla con base en la versión en español de su nombre judío y un apellido seleccionado al aventón pero que sonaba a caché gringo.

El cuarteto neoporfiriano estuvo de acuerdo con el dicho de la madrota de que Sarita era la joya más preciada de la casa y todos, antes de acogerla con un beso al vuelo en la mejilla, la saludaron con inclinaciones de cabeza y tronco como si fuera una condesa.

Una hora después, en un ambiente festivo en el que participaron una docena de hombres e igual número de mujeres jóvenes del ambiente, entre brindis de champán, bromas, albures verdes y chistes se organizó una rifa a flor de copa para definir parejas.

La palomita de papel con el nombre de Sara Morgan fue extraída de la copa por un chavo-ruco a tal grado achicado y jorobado por la edad que sus compañeros de parranda le decían *El Bastón*, apodo que lejos de molestarle le caía en gracia y lo hacía reír.

-Ya verás, niña, que seré un buen sostén y conmigo jamás vas a tropezar porque, como Napoleón El Grande, siempre camino sobre la pirámide más grande y antigua del mundo desde la que se contemplan los 30 siglos pasados.

Este gracejo provocó la sonrisa de todos, incluido el chistoso, quien la tomó del brazo y miró a los ojos como para que celebrara su ocurrencia, con la que quería impresionarla de su ingenio sin suponer que Saraí la evaluaba como propia de un humor chabacano.

*El Bastón* desconocía que la joven había crecido con las enseñanzas historicistas del *Milaventuras*, para quien la burguesía criolla del Porfiriato, así como sus remanentes de la Revolución de 1910, eran unos fresas mentecatos que creían saber todo sólo porque tenían mucho dinero.

Saraí invocó varias frases en las que don Ventura había dicho que los aristócratas del pulque y la cerveza gringa, así como sus herederos con estudios en las universidades de Yale, Boston y Cambridge, tenían sesos de malvavisco y merengue.

Una de esas expresiones fue reproducida por su memoria casi textualmente: Ni el dinero, ni los viajes a los estutes nates y a las europas, dan cultura y agudeza si en el cacumen sólo hay melcocha de ex hacendados pulqueros y vinateros de brandis maderos y carranclanes.

El coro obligó a la pareja a darse un beso en la boca antes de que subieran a la suite que les correspondía. En su ascenso por las escaleras de la sala de estar Sara Morgan movió el cuerpo con la elegancia sensual de una modelo de vestuarios en una pasarela mercantil.

Ya en la suite *El Bastón*, igual de chico que Luis Napoleón -el “sobrino de su tío”, como lo llamaba *El Moro*, según *Milaventuras*- él y Sara Morgan se sentaron en un sofá para contemplarse durante los 30 siglos de 60 segundos que debían cubrir para simular una trepa al guayabo.

Un guayabo que sería el primero de tres porque Saraí había concertado ese número con doña Licha, sobre todo porque la mayoría los clientes de ésta eran rucos LAD, es decir, que sólo dan lástima, asco y dinero; y porque tenía una urgente necesidad de lana extra.

Esta iría a parar a la funda de una almohada en la que juntaba el mayor dinero posible para un futuro viaje fuera de la Ciudad de México y, quizás, una duradera estancia en una población de provincia lejana a ésta y a sus recuerdos de infancia y adolescencia.

Un viaje que debía su razón de ser en un proyecto imponderable: que en breve abandonaría su chamba de puta cara porque en poco menos de tres semanas Abraham saldría del tambo y se iría a vivir con él hasta que la parca los separara.

Sí, *Rosa de Mediodía, Rosa de Media Tarde, Rosa de Medianoche*, Saraí Hernández Olguín, *Sara Morgan*, la aún flor, princesa y reina de dos que tres barrios de la capital de México, había conocido al amor de su vida y sólo a él amaría con fidelidad.

----

Garibaldi seguía sin luz. Los mariachis andaban en la escucha de la música lejana, sibilante y triste del viento que había traído la lluvia y ahora furioso golpeaba los montes que rodean gran parte de la zona metropolitana del Valle de México.

Don Ventura Díaz Caminero se sentó en uno de los extremos de la banca de madera pintada del azul celeste que está colocada ante el mostrador de *La Alteña*. Después de arreglar un quinqué y encender su mecha, sacó un cabo de cigarro que prendió con el mismo cerillo.

Luego, cabizmeditabundo, se puso a resoplar con la boca para expulsar de sus labios los grumos de tabaco que se le habían pegado en la lengua. Cuando concluyó esta tarea, volvió la vista hacia el callejón del mercado de San Camilito para verificar si seguía lloviendo.

-En Guadalajara debe andar bien la fiesta, pero aquí quién sabe cómo vayan a ir las cosas- comentó Dorita, que se hallaba detrás del mostrador y de cuyo rostro se distinguían el mentón, la boca y el brillo de sus ojos.

-No te preocupes. En menos de un año todo volverá a ser como antes. Ahora todavía hay gente buscando a sus muertos o enterrándolos; otros están componiendo su casa o buscan otra; pero más temprano que tarde se volverá a la normalidad porque la gente no puede pasarse toda la vida llorando o pensando en que pronto va venir un zangoloteo cañón como los del 19 y 20 e septiembre.

-¿Tú crees?

-Claro, Dorita. El olvido, por muy largo que sea, es la ley de la vida. Además, ninguna catástrofe natural o de guerra dura 100 años, aunque se diga lo contrario. Ahí tienes a los judíos: nunca como hoy ha habido tantos en el mundo desde que hace miles años los faraones de Egipto los esclavizaron; Moisés los liberó y desde entonces andan de pata de perro para que después los pinches godos de España los expulsaran de patio ibérico y más recientemente los masacrara el hijo de puta de Hitler.

-¿Sabes cuántas birrias he vendido hoy?... Once. En dos semanas Concha, Teresa, mamá, tú y yo no hemos comido otra cosa que la birria que hicimos para vender y no hemos vendido.

-Ya pasará esto. Poco a poco irán llegando los clientes.

-¡Pero si todo está cerrado y no hay para cuándo la gente vuelva a sus trabajos y los turistas se den una vuelta por este rumbo! Los pobres mariachis tienen que irse hasta las Vizcaínas y Beethoven en busca de tocadas.

-Ten confianza y paciencia, Dorita. No es el primer terremoto que zangolotea a México, ni será el último.

Dorita se calló y durante un buen rato se ocupó en remover el caldo de una olla muy grande que se hallaba a uno de sus lados. Poco después se lavó las manos, se las limpió con el mandil atado a su cintura y salió al pasillo interior con rumbo a los baños del mercado.

Tío Venta se dedicó a observarla cómo se detenía a saludar a otros vendedores de comida, botanas y golosinas. Alta y gorda, de su belleza juvenil conservaba el blanco sonrosado de su cara, el intenso azul oscuro de sus ojos grandes y el pelo rubio apenas cubierto por algunas canas.

Había rebasado los 60 años y nadie de sus conocidos de San Camilito sabía que dos décadas atrás había sido una de las vedettes nudistas más atrevidas de su tiempo en los centros nocturnos de mayor renombre del Centro Histórico y sostenido relaciones de amor con muchos cabrones.

Por ella, en términos de kilometraje y riesgos vitales, el entonces joven Ventura Díaz Caminero había llevado a cabo, según él, cuatro o cinco más viajes por tierra que el pinche viajecito que por el mar Egeo hizo hace milenio y medio Ulises por la cabrona de Penélope.

Era el amor de su vida y aún la amaba con la misma intensidad de cuando la conoció en un cabaret de San Juan de Letrán. Para él el cuerpo, la cara y la piel de Dorita conservaban el mismo calor, olor y sabor de flor que lo cautivó desde la primera vez que se treparon al guayabo.

Esto ocurrió, por supuesto, cuando ella andaba en el final de su carrera artística y se hallaba más accesible a la clientela menos solvente desde el punto de vista económico, como era el caso de Venta, quien entonces vendía mercancías casa por casa.

Antes siempre lo había mirado por encima del hombro, jamás aceptó bailar con él, ni compartir mesa ni trago, porque sólo estaba disponible para los clientes

de tacuche fino y no, como él, que vestía trajecitos de *Milano* comprados en una tienda cercana al Pasaje Savoy.

¿Los cuidados y regaños que hoy le dedicaba eran una expresión remanente e inconsciente de la actitud de rechazo o simple incompatibilidad social, que no física, que 20 años atrás le había mostrado sólo porque era uno de los contertulios pobretones del Savoy?

Rumiaba estos pensamientos cuando le fueron interrumpidos por la misma vocecita airada y mandona que había estaba invocando minutos antes:

-¿Te tiene pensativo alguna de tus putas? ¿A tu edad andas todavía de cusco?

Tío, Venta sonrió. Sabía que era un halago y el buen concepto que como hombre de muchas mujeres le tuvo de joven y hoy de ruco aún le tenía, a pesar de que en el pasado no lo había evaluado bien ni supuesto, mucho menos, que llegaría a ser un filósofo de barrio.

Pero Dorita le reservaba una sorpresa más grata e inesperada:

-Mira, Venta, fui por esto. Vamos a echarnos un par de caballitos para olvidar las penas, festejar que el terremoto no nos hizo nada y que seguimos juntos- le dijo mientras le mostraba una botella de tequila y con movimientos rápidos se metía a su puesto en busca de un salero y limones.

Esta sorpresa fue acompañada, además, por algo aún mucho mejor: en la cara y los ojos de Dorita había la expresión de vivacidad y alegría propias de una muchacha veinteañera enamorada con muchas ganas de agradar a su galán.

Luego, excitada, salió del tenderete, se sentó a su lado y se le pegó hombro con hombro en tanto llenaba los caballitos de tequila y balanceaba suavemente su tronco como si bailara y siguiera el ritmo de una pieza de música alegre y lisonjera.

En la mirada de asombro de tío Venta brillaba la añeja y pícaro pregunta popular “¿qué mosca le picó?”, que ahora se planteaba de modo irreverente en alusión al imprevisible cambio de trato que le estaba dando su antiguo amor de la vida.

La respuesta a este cuestionamiento le llegó después de que se echaron al gañote tres copas de mezcal al estilo jalisciense de las películas de Jorge Negrete y Pedro Infante: casi sin pestañear y con la sola mediación de una chupa de sal y limón.

-Todos estos días he estado pensando que tú y yo podemos irnos a pasar unos días a Guadalajara para ver las fiestas de octubre y olvidarnos un poco del

terremoto y las lluvias, al fin que no hay venta de birria, ni de chalupas, ni de libros. Allá podemos parar en casa de mi hermana Gertrudis, que harto me insiste en que vaya a verla. Luego podemos ir a Los Altos, a San Juan de los Lagos y a La Chona. En total serían dos semanas, un buen de tiempo como para que la tristeza empiece a jalar con más fuerza sus tiliches de tela y tierra ¿Qué te parece, viejito?

La propuesta, tan inesperada como las dos que tres actitudes sorprendidas de minutos antes, causó tal estupor en el *Filósofo de la Lagunilla* que lo obligó a quedarse callado porque no sabía cómo evaluarla y, por lo mismo, cómo darle respuesta.

Su silencio fue tan largo y denso que Dorita empezó a sospechar que su enamorado no había entendido bien cómo y en qué términos viajarían a Jalisco, o que meditaba la forma de rechazar el viaje debido a que andaba muy limitado de lana.

-Iremos tú yo, juntos como marido y mujer. Quiero estar contigo, Venta. Con este viaje intentaremos ver si nos salen mejor las cosas. Quizás ahora de carcamanes tenemos más paciencia para entendernos y soportarnos. Yo te quiero, Venta; siempre me gustaste y te he querido, pero mis vanidades del pasado no me dejaron reconocerlo como era debido. Si tú todavía me quieres, te pido enmienda de ese pasado y que me des oportunidad de demostrarlo. El viaje a Jalisco puede servirnos de prueba.

Venta siguió callado, pero mirando con mayor fijeza a Dorita, sobre todo a sus ojos, en los que buscaba corroborar la sinceridad de lo que había dicho, y cuando creyó verificarla empezó a gimotear y a soltar unos lagrimones tan grandes que lo obligaron a agacharse sobre el vientre de su amada, que en seguida se dobló sobre su espalda para arrullarlo y decirle que en la madrugada del día siguiente tomarían en tren hacia Guadalajara, en tanto el chavorruco asentía moviendo la cabeza de arriba abajo sin dejar de berrear como un puerco de matadero.

¡Torpe y pendejo quien no encuentra madre en este pinche mundo antes de irse al otro pinche infierno!

----

No es cualquier cosa caminar a medianoche en callejones oscuros y solitarios en los que los únicos brillos de luz provienen de las estrellas más bajas del cielo, de las ratas de cuatro patas ocultas en las coladeras y las de dos patas que espían desde las esquinas, puertas y ventanas.

Una ciudad no deja de ser bella sólo por tener barrios feos y umbríos, así como no dejó de serlo Babilonia por ser sólo una torre multi parlera; ni Nueva York deja de ser una nueva Babel por tener muchos rascacielos; o París sólo por tener una torre de fierro turistero.

La disparidad y el contraste son lo que hacen atractivos al mundo y la vida, cuya diversidad dimensional hace que todo se mueva en un espacio en el que caben uno y muchos tiempos a la vez, al igual que en la sesera de un borracho, un loco o un pendejo.

Esto se lo oí al *Milaventuras*, el viejo cabrón sabelotodo que vende libros en la Lagunilla; quien me enseñó que *yo sólo sé que no sé nada*, como dice que hace miles de años dijo un zoquete de la calle de Atenas; y me recordó lo que dice la canción: *yo sólo sé que no me parezco a nadie*.

Sí, lo reconozco, lo único que sé es lo que oigo en el vecindario, en las calles, fondas, taquerías, peluquerías, piqueras y celdas ministeriales, no en las de los misioneros, porque desde chavo aprendí que mi única misión en este pinche mundo es ser más cabrón que bonito.

Sí, la neta, porque de otro modo los jodidos no salimos del hoyo, no comemos, no chupamos; porque en este jardín del Jodén sólo hay buenas chambas y buenos salarios para los juniors de la Roma, la Polanco, las Lomas de Chapultepec y el Pedregal de Ángel.

Por ello en estas calles desiertas y zocos informales, multiusos, ropavejeros y alharaquientos, no faltan la carne de burdel, el dos de bastos y la llave china, porque en este paraíso de la chingada no hay yan sin yin, ni yin sin yan, ni pan o tortilla sin chingere, taguarniz, alipuz y huachiringa.

Por ello, asimesmo, como dice tío Venta, el templo menor no es menos bello que el Templo Mayor, con el que comparte la misma raza, traza, lengua, tarea religiosa y nombre: Teocultepitón, Tepitóyotl, teocali advento Tepitón, o Tepito a secas, como ahoy le llaman.

Mi segunda patria chica y mi casa para siempre, si no es que otro pinche terremoto cabrón y chingón me da de lleno en la maceta y me corre a una playa más lejana que el lago de chapopote, cemento y calabaza de los mierderos y callejeros teporochos.

Pero no me iré, porque después de mi expulsión de Tacubaya, de la muerte de mi madre y de que mi casa se convirtió en un infierno familiar, aquí encontré abrigo, amistad, amor, paz, oficio y un sentido a la vidurria, que es lo principal para seguir *biendo* y *veviendo*.

Sí, aquí, en el último rescoldo de Tenochtitlán, en sus callecas descuidadas, mugrosas y llenas de tepos, chemos, motos y pungas, como su servilleta, encontré mi primero y más viejo amor de la vida, pero del que no conozco su verdadero nombre.

Ni mi compadre Rafa, el *Viejo*, ni el pinche torero mayate de su carnal, el tal *Azucarillo*, lo saben; ni tampoco el tío Rana, quien desde los tiempos del caldo anduvo de pedo en muchos barrios y creyó haber visto todos los espectáculos que se daban en la capirucha.

Y no me sé el nombre de mi primer gran amor porque quien lo provocó era una niñita de apenas seis años, que trabajaba en el circo *Estaciones*, en el que se hacía llamar *Capullito Tongolele* porque imitaba a la bailarina *Tongolele*. Eso se dio en Tacubaya cuando yo tenía doce años.

Y todavía la recuerdo porque su figurita de niña y sus movimientos de baile hawaiano o tahitiano me llevaron a descubrir el deseo sexual; porque a pesar de su inocencia me pusieron caliente, el palo se me paró más tiempo y duró mucho más tieso que antes.

La chavita era la que más gente llevaba a ese pinche circo, que sólo tenía una carpa de lona hecha casi añicos, un elefante que siempre bailaba dormido, un pony más pequeño que un borrego, un camello supuestamente traído del desierto de Sahara y un león desdentado de África.

Ese enamoramiento no sólo me hizo viajar al fin del mundo acompañando a *Capullito Tongolele*, sino también a llevar a cabo a primera acción de punga. La hice con el *Viejo* y a costa del *Guichilobos*, que entonces empezaba sus labores de usura en el salón *Broadway*.

La operación fue muy sencilla: Rafa llevó un montón de cuentos y revistas gráficas que habíamos robado días antes y mientras él y Guicho alegaban sobre el precio de estas pinches chácharas, yo le bajé buena parte de la lana que tenía guardada en una bolsa de cuero.

Por un buen rato no nos aparecimos en la cuadra donde se halla el Broadway y fue al cabo de unos seis meses que nos lo volvimos a encontrar el futuro diputado Luis Pérez Macías y Díaz de León, alias *Guichilobos*, y el muy cínico nos dijo:

-No crean que no me di cuerda de que me robaron, pero me hice el pendejo porque sabía que más temprano que tarde trabajarían para mí y recobraría lo robado. Así se las gastan los cabrones ricachones de este país rico en pobres.

----

La Plaza México es para los toreros lo que para los maratonistas fue el Partenón de Atenas; para los gladiadores el Coliseo de Roma y para los musulmanes La Meca. Pero no lo fue para don Pedro José María Pérez y Antunes, porque nunca pudo plantar pie en sus arenas.

Y no pudo hacerlo porque otras plazas de menor cupo e importancia en el país se lo impidieron; y porque de algún modo éstas vetaron su presentación triunfal en el Coso de Insurgentes al disputarse el toreo fácil y docto del *Pasmo de Santo Domingo y Loreto*.

Sí, la neta, esa fue la causa por la que el exigente público taurino de la capital de la república no pudo disfrutar de su gallarda figura de Coloso de Rodas, su florido toreo de capa, su estólida maestría para templar con la muleta y su valentía suicida para estoquear.

De esta ausencia, sin embargo, no hay la menor mella en la memoria del fundador y maestro de la cuadrilla taurina *Ignacio Sánchez Mejías*, que hoy sólo se dedica a picar con el dos bastos a los borrachos de bares, cantinas, piqueras y toleos de barrio.

Y no la hay, además, porque *Azucarillo* desde que era novillero supo que el mentado coliseo lo mismo da que quita o empeora la fama, y que el triunfo taurino depende más del azar, que del valor, el arte y la sapiencia para lidiar un torete o un bicho de cinco años.

Y para muestra de botón recordó lo que le pasó a *El Jeque*, el diestro de Calpulalpan, quien de la México y otras plazas de la república salió varias veces en hombros, pero en los toleos de cantina y cabaret salió de rodillas y de uno salió directo al cielo.

Fue por eso que PepePedro se protegió más de las cornadas de amor que las de toro, ya que las de teta son más peligrosas, duraderas y mortales que las de pitón. Por ello triunfó más en las capeas de alipuz que en las de *Jerez*, *Sangre de Cristo* o *Sangre de Toro*.

Por ello, asimismo, es en los ruedos regados con agua de Dios y en los que se capea con la *Biblia* española, el par de Paco y el dos de bastos, en donde el Pasmo de Loreto y Santo Domingo actúa como un maestro que más temprano que tarde llegará al sacerdocio y a un obispado.

Estos méritos de gandaya le vinieron a la mente mientras escuchaba las oraciones del segundo novenario y horas después, cuando cayó de bruces sobre

sofá de la abue Leona, volvieron a inundarle la sesera pero ahora con uno de sus sueños de gloria más reiterados:

Que el doctor Gaona lo incluyó en un cartel de postín de la Plaza México en el que alternó con los matadores de toros más famosos de los años 70, uno español y el otro mexicano, a quienes echó en cara las cuatro orejas, los dos rabos y las dos patas que había cortado.

Una gloriosa tarde de triunfo redondo en la que estuvieron presentes en asientos de primera fila de la barrera de sombra su madre doña Margarita Antunes Galeana, su padre don Ranulfo Pérez Meza, ambos ya reconciliados; su hermano Rafael Pérez Antunes y don Cuco, el abuelo José Refugio Pérez.

Una inmejorable tarde de sol brillante, en la que no hubo ningún asomo de viento ni lluvia y en la que desde que hizo el paseíllo fue aclamado por los casi 50 mil villamelons y la banda de música no dejó de dedicarle las canciones taurinas más famosas de todos los tiempos.

Fue por ello que a sus dos toros los recibió a porta-gayola; que ordenó a sus picadores que sólo rasguñaran *el* morro de sus cornalones; que capeara mejor que *El Calesero*; que muleteara como *El Califa de León*; y estoqueara igual que Carlos Arruza.

¡Coño de puta! ¿Habría en este pinche país un mejor torero que el *Faraón de Loreto y Santo Domingo*? ¿Por qué el *Flaco de Oro* se murió y se fue al cielo sin antes componerle una canción como la que le dedicó a Silverio Pérez, al *Faraón de Texcoco*?

¡Cabronas ironías y sandeces de la vida, que no se dan cuando le conviene a la gente sino siempre a destiempo o en otros tiempos! ¿Por qué carajos no lo puso a él, el *Pasmo de Santo Domingo*, en un cartel donde se lidiara el *Minotauro*?

¿O en un circo romano de la época de Nerón, Julio César o César Augusto? ¿O en la España taurina más reciente para que pudiera medirse con Belmonte, Sánchez Mejías o Gaona y saber quién era más cabrón que bonito frente a un miura de cinco años?

Sí, la historia y la vida le hicieron trampa y para compensarlo le dieron como única gracia su habilidad para barajar el Tarot de 40 cartas españolas, picar con el dos de bastos y enamorarse a cada rato de las ñoras y chavas de callejón, calzada y cabaret.

Para fortuna suya, de este sueño que terminaba en pesadilla fue despertado por la voz aguardentosa del rezandero don José Abigail, quien de la mano de su

pequeña hija se despedía de Lluvia después de desayunar tamales, atole de chocolate y café con piquete.

En el instante mismo en que se cerró la puerta de la vivienda, *Azucarillo* escuchó que sobre el techo de esta caía otra vez agua de lluvia, incidente que lo llevó a pensar que en México cuando no llueve, tiembla y cuando no tiembla el Popocatepetl se pone a fumar azufre o mota con alumbre.

----

Lluvia miró de pies a cabeza a la *Nalgas de Oro* como en tono de reproche y casi sin contener en los labios un “¡qué se cree esta pinche puta!”, a pesar de que siempre le causaba alegría ver y saludar al *Panda*, *Atitalaquia* y *Gorupo*, los integrantes de la cuadrilla *Ignacio Sánchez Mejías*.

En su actitud de disgusto podían leerse las preguntas “¿de dónde sacaron esta pinche culebra?”; “¿de un putero barato de Tepito o la Soledad?; e incluso el cuestionamiento celoso-roñoso: ¿la traerán para *Azucarillo*, el putaño de siempre?”.

Pero Lluvia no exigía ninguna respuesta en este sentido y sólo se hallaba molesta porque *Nalguita* no venía con la indumentaria adecuada para asistir a un novenario, sino a exhibir lo que el Señor y la naturaleza le habían dado de sobra: ¡un nalgamen de Dios es Cristo!

Pero el *Gorupo* se dio cuerda pronto de este detalle, tomó de la mano a *Nalguita*, la presentó como su novia a la hermanastra del maese con el nombre de *Juanita Camaney*, el cual se lo sacó de la manga pensando en el legendario pocho del Paso, Texas.

Con esta actitud se calmaron las aguas ventosas que flotaban en los grandes ojos árabes de Lluvia, además de que el *Gorupo* dio a entender a la supuesta pochita de *El Sótano* que debía ponerse melosa y servicial con la señora de la casa.

Lo primero en hacer fue preguntarle si tenía demás un delantal para cubrirse caderas y piernas y ayudarla a distribuir los tamales, pan y café con piquete que se hallaban listos en la misma mesa en la que don José Abigail se disponía a iniciar el rosario.

La reacción de la señora *Tormenta* fue positiva y de inmediato se halló apoyada por *Nalguita* en la tarea de atender a los vecinos que iban llegando para rezar por el descanso eterno de Tío Rana, el recién desaparecido padre del *Pasmo de la Santo Domingo y Loreto*.

Media hora después de iniciado el novenario y como si no viniera a cuento el *Panda* se acercó a Lluvia para preguntarle en voz baja si se hallaba en casa el maese *Azucarillo*, lo que provocó en ella una interdicción tan exaltada que casi alcanza el tono de un grito.

-¿Es que vinieron a verlo a él y no a rezar por el descanso eterno del alma de nuestro padre Rana!

Una vez que se le bajaron las aguas de aluvión, Lluvia dijo al *Panda* a la chita callando que su jefe dormía en la recámara de al lado junto con la abue Leónides y que sólo esperaran a que terminara el rosario para despertarlo.

Pero el mismo varilarguero aclaró que no tenían nada pendiente, ni mucho menos urgente que atender con el jefe de la cuadrilla, que sólo era cosa de saludarlo y ver qué podía ofrecérsele, por lo que esperarían a que concluyera el novenario.

Pero justo cuando el *Panda* acababa de decir esto, *Azucarillo* apareció en la puerta de la recámara en camiseta, pantalón, sin cacles, con los bucles negro azabache enmarañados sobre la cara soñolienta y resoplando el último bostezo de su largo sueño diurno.

-¿Qué onda, chavos? ¿Hay algún problema?

-Ninguno, maese, sólo venimos a ver qué se te ofrece y si en algo podemos ayudar o servir para completar el novenario- dijo el *Atita*.

Antes de contestar, PepePedro volvió los ojos hacia Lluvia para preguntarle con la mirada si hacía falta algo y ésta movió la cara hacia ambos lados para informar que no, por lo que el diestro de Santo Domingo asintió también con la cabeza y tras una breve pausa, dijo:

-Acaso haga falta un par de pomos; pero eso lo dejaremos para mañana porque ahoy está por terminar el rosario y todavía hay que descansar un poco más.

Apenas oyó esta respuesta, Lluvia se fue a la cocina a paso rápido y silente pero con un gesto de distensión en el rostro al que no fue ajeno su hermanastro, quien en todo ese momento había procurado distraerse de la presencia de la *Nalgas de Oro*.

Fue entonces cuando el *Gorupo* la tomó de la mano para llevarla con su jefe a fin de presentársela como su novia, pero de inmediato la oyó decir.

-No es cierto, joven. Tengo malos ratos pero no malos gustos.

-De mi amor, dulce niña, no tires la dulce piña, ni tampoco la riegues, hasta que no la pruebes- requintó el *Gorupo*.

-Poeta bueno, torero malo; o al revés volteado: torero bueno, poeta malo, porque el poeta que con versos capea es igual de malo que el torero que con capa versea- terció el *Atitalaquia*, quien también hacía machincuepas con la verba.

-¡Coño de puta! ¡Con estos cabrones puetas vamos a saber más que Arreola que de Arruza y a aparecer más en las pantallas de televisión que en las barreras y talanqueras!- exclamó *Azucarillo*.

Cuando vieron que Lluvia acompañaba a don José Abigail y a su hija a la puerta de salida, los subalternos del *Pasmo de Santo Domingo* decidieron también retirarse, pero no sin antes recordarle el programa de la parranda diferida para el día siguiente:

Una buena talla de biblia menor en el frontón de la Condesa; algo de trabajo al socaire en la Plaza Insurgentes para reponer o aumentar lo juntado con la capea española; y para terminar, hasta morir, una buena salsa, mambo o chachachá en el *San Luis, El Jaguar o El Rey*.

Después de que acompañó a la puerta de la vecindad a sus compañeros de cuadrilla y los vio alejarse en la calle de Ecuador, PepePedro se quedó mirando al vacío, pensativo y como intentando elaborar una imagen integral y justa de cómo había sido realmente su padre.

Y fue un par de lágrimas las que involuntariamente le tradujeron con palabras los sentimientos que siempre lo habían mantenido cerca de don Ranulfo Pérez Guerrero: un hombre sano, honrado y trabajador, a quien el amor maldito y el alcohol llevaron al callejón de la soledad y el suicidio.

----

Los muchachos toreros caminaron hacia el Zócalo sobre la calle de Brasil tratando de eludir los goterones de la lluvia que se había intensificado y compartiendo una misma preocupación: que no se mojara *Nalguita*, a quien el *Gorupo* había prestado su gorra vasca.

Su vestido blanco de falda corta y sus sinuosos movimientos de cadera la hacían ver a distancia como una sirena de agua dulce que había salido a desafiar a la *Llorona*, a *Rosa de Mediodía* y al espíritu de la *Malinche* que solía aparecer en la Plaza de Santo Domingo.

En el cuarteto bullía, al compás de la caída del agua, el aire inquieto de una pregunta molesta: ¿por qué Tlaloc había mandado aquella lluvia cabrona que

mantenía cerrado lo mejor de la chilangolandia nocturna: sus cantinas bar, puteros, burlesques y tables dance?

¡Y lo, peor: después de los chingados zangoloteos de tierra del 19 y el 20 de septiembre, que sacaron en cueros a todas las familias y a muchas las dejaron sin ropa, camas, techos, trabajos y con más huérfanos que los que Adán y Eva dejaron colgados del guayabo!

-Pero, en fin, ante los designios de los dioses sólo nos queda aguantar y seguir palante mientras podamos resollar, comer y beber un trago- dijo el *Panda*.

-¿Sabían ustedes que a Joselito, el gran maestro español lo mató un bicho de 300 kilos cuando apenas tenía 25 años, y que aunque se las sabía de todas no supo cómo hacerse embestir por un toro burriciego al que le habían puesto precisamente porque le balaban los ojos y las patas? – dijo el *Gorupo* cuando la cuadrilla y *Nalguita* llegaban a la esquina de Brasil y Tacuba, ya en los lindes de la Plazuela de Marqués.

-No, *Goro*, ¿pero a qué viene ese rollo?

-A que andamos igual de burriciegos que el pinche *Bailaor* y no sabemos pa dónde agarrar con riesgo que nos topemos con otros gallitos o con la chota.

- No hay ese peligro porque sabemos en dónde estamos y a dónde vamos.

En efecto, bordeaban el costado poniente de Catedral con rumbo a 20 de Noviembre, en cuya esquina con Mesones doblarían a la derecha en busca de las pulquerías, piqueras de bacachá y cuscas de todos los colores y sabores de la república.

Pero en el centro de la Plaza Mayor se toparon con el campamento beduino, adormilado y llovido de un numeroso grupo de campesinos de Veracruz que frente al Palacio Nacional exigía la devolución del dinero de unos créditos que el gobierno federal anterior les había esquilado.

Su presencia parecía inoportuna a la vista del drama que el terremoto había generado a muchos habitantes de la ciudad pero el suyo, que databa de varias décadas, no era menor y equiparable en errabundia, hambre y soledad.

E igual ocurría con los damnificados asentados en las áreas aledañas a la Catedral, con los danzantes de música de chirimía, teponaxtle y caracol cuyas fogatas iluminaban al Templo Mayor y con el silencio verde arbóreo de los guachos que guardaban las puertas del Palacio Nacional.

Cuando llegaron a la avenida 20 de Noviembre, en la mente del *Gorupo*, merodeaban las imágenes de una idea bella: que esas escenas de la Plaza Mayor

merecían los trazos de un cuadro en aguafuerte porque anunciaban el fin de una época y el inicio de otra.

-Sí, esta cabrona lloviznita del Cordonazo de San Francisco está diciendo a la chita callando que habrá borrón y cuenta nueva y que quedarán atrás todas las chingaderas y las pendejadas que se dieron hasta el 20 de septiembre- dijo a media voz.

Cuando el grupo taurino y su reina de la belleza de aquella noche, la meretriz estrella del famoso congal de la calle de Revillagigedo, empezó a caminar sobre Mesones que tenía el mejor programa para divertirse en lo que restaba de la madrugada:

Bailar rumba, danzón, mambo, chachachá, enamorar lindas chavas o medio rucas, incluida la *Nalgas de Oro*, y mediante el tránsito de una borrachera reflexiva y docta hurgar en las vísceras del tiempo las nostalgias de amor que les reservaba el pinche futuro.

----

Cuando *Azucarillo* caminaba en puntas de pie y creía que podría salir sin ser oído ni visto, al abrir la puerta de salida la luz del patio de la vecindad le avisó la presencia de una figura fantasmal que parecía vigilar sus movimientos desde el sofá de la sala.

Sorprendido, no pudo entrever de qué o quién se trataba y de golpe llegó a pensar que podía ser el espíritu de su padre recién ido al cielo o su hermano Rafa, que acaso había logrado escapar o salir de la prisión de Tlaxcoaque con un permiso para despedirse de aquél.

También pensó en que el supuesto fantasma pudiera ser una proyección asustadiza de una de sus muy contadas autoinculpaciones. Y fue una de éstas la que lo llevó a abrir un poco más puerta para que la luz de fuera lo ayudara a ver mejor adentro.

La sombra fisgona no era de humo o polvo de luz, sino una figura de carne y hueso: Lluvia. Sí, su hermanastra otrora odiosa y costrosa, pero que ahora no vestía como gata sino un terno de blusa, falda corta y chaleco de seda rosa sobre el que portaba un reboso de lana.

Pero además lucía botines charolados, bolso de mano igual de reluciente, un peinado alto de trenza en bola, una pinta de rojo carmesí que hacían ver más

gruesos y sensuales sus labios y una mirada enorme, segura e instruida por un ánimo de reto.

-¿Qué haces ahí sentada y a oscuras? ¿Vas a algún lado?

- No, nada más estoy aquí.

-Pero, así como estás vestida parece que vas a salir.

- No. Simplemente me vestí así por vestirme.

Cada vez más sorprendido, PepePedro pensó dentro sí “qué bonita y cachonda se ve la cabrona”, al tiempo que soslayaba lo que durante más de dos décadas nunca había intentado: verla con detenimiento, objetividad y sin ningún prejuicio.

Hasta esos instantes no había advertido que tenía unos grandes ojos color castaño que con sólo mirar en redondo abarcaban todo el mundo; una fina piel blanca y sonrosada y un cuerpo de vedette que con sólo contonearse movía el viento y la luz solar.

Atrapado bajo el dintel de la puerta de salida y de la duda, bobalicón y amorcillado, el *Pasmo de Santo Domingo y Loreto* no sabía qué más decir, qué hacer, pes e a que desde muy chavo había superado todo tipo de riesgos de toreo, mezcal, burel y burdel.

Pero, cosa extraña, ahora no lograba dar pie con bola y frente a una circunstancia más común habría resuelto aquel enredo sólo con desearle las buenas noches a Lluvia, recomendarle que se cuidara del frío de la madrugada y pedirle que cuidara bien a la abuela Leónides.

Esto habría sido su actitud normal, así como la de decirle que iría a parrandear con sus compañeros de cuadrilla y que volvería a casa después del mediodía. Pero, obviamente, aquella situación era por demás distinta y anómala a cualquier otra.

Por un buen lapso se mantuvo indeciso y tieso como una estatua de bronce, sin comprender qué hacía ahí Lluvia en un papel inusitado y absurdo, incluso dentro de las escenas de cambio que ella, igual que él, habían protagonizado desde la muerte de tío Rana.

Esta conclusión fue la que lo indujo a suponer que en aquella hembra ladina y pintiparada podían estarse moviendo sentimientos de celo y reclamo que disimulaba con una escena absurda y socarrona -¡sí, loca y tonta!- para así llamar su atención. Una escena en la que quizás le estaba diciendo con palabras, no con miraditas chinga quedito:

-Aquí estoy para que me digas abiertamente lo que quieres conmigo; para que decidas lo que hay que hacer en el futuro y no estar haciéndole al pendejo. Sí, la neta, ha llegado ya la hora de dejar atrás las pinches dudas del pasado y que pongas los huevos sobre la canasta, porque para mí nunca las hubo desde que era niña a pesar de que me despreciabas porque era una huérfana arrimada que te robaba el cariño de tu mamá, que también fue mía. Sí, ojete, también debes recordar que tu cabrona inquina creció hasta el techo cuando viste cómo me violó Rafa, aunque es probable que desde entonces huiste más de mí porque pensaste que yo provoqué al *Viejo* o porque no aguantabas verme humillada, triste y dolida por tener que soportar un hermanastro y amante más enfermo de soledad y orfandad que nosotros.

-Sí, esta noche tiene que ser decisiva para nosotros, porque estamos solos, porque ya no tenemos madre ni padre que nos cuide y porque tenemos que cuidar a la abue Leona, que nos cuidó desde chicos. Sí, tiene que ser esta noche porque lo peor del cabrón terremoto ya pasó y ahora la gente anda recogiendo sus piedras, cacharros y tiliches, y el mundo comienza a juntar su rompecabezas. Tómala o déjala, la noche está ahí afuera envuelta en una lloviecita ligera y fresca que con sus palabritas de abejorro desvelado puede ayudarnos a empezar o terminar para siempre. Yo no sé qué puedas pensar de mí con todo esto que no te estoy diciendo de voz, pero con sí con los ojos que están a punto de suplicar con lágrimas de aguacero si alargas más tu incompreensión.

Cuando *Azucarillo* llegó al final de esta onda especulativa, volvió la vista hacia Lluvia y se encontró frente a una mirada fija y retadora, pero en el fondo lánguida y triste como la de los toros que embisten con extrema bravura para entregarse sin reticencias al juego de la muerte.

Al fin conocedor tanto de toros como de mujeres, *el Pasma de Santo Domingo* descubrió que no tenía otra alternativa que echar palante y que si Lluvia pisaba el mismo terreno, como siempre lo había pisado, había que tomarle la cara y exponerse a cualquier tipo de cornada.

¡Más cornadas da el hambre!, dijo para sí el maese, casi al mismo tiempo que después de preguntar a Lluvia si la abuela había quedado bien dormida y cobijada, abrió completamente la puerta de salida y le indicó con una seña que se levantara y saliera.

Un par de minutos después en el patio de la vecindad caminaron uno detrás de la otra entre maceteros de flores, tendedores de ropa húmeda, jaulas de pájaros llovidos y el cobijo tierno de la brisa soñolienta y remanente del Cordonazo de San Francisco.

----

En la esquina de Colombia y Brasil doblaron a la izquierda y se encaminaron hacia el Zócalo sobre la banqueta los palacios de la Inquisición y la Secretaría de Educación juntos; iban juntos, pero sin hablarse ni mirarse, como si no se conocieran.

Lluvia caminaba con las manos y los brazos cubiertos por su reboso, atenta al rebote de sus botines sobre las losas. Igual de serio y callado, *Azucarillo* veía de frente buscando la forma de acercarse a ella, hablarle y obligarla a volver sus ojos hacia él.

Deseaba hallar en su mirada un motivo más del acercamiento repentino que habían logrado en una sola jornada, hacerlo aún mucho más estrecho y convertirlo en una sola corriente de agua y aire cálido que inundara todo el Valle de México.

Conocía muchos recursos de galantería con los que podía hacer llover a Lluvia, pero ahora le parecían poco convincentes para que Lluvia lloviera los suyos sobre los de él, cuya lengua de merolico se hallaba igual de seca y muda que la de un mono tití.

En Lluvia huroneaba entre la misma silenciosa e inquieta impaciencia en espera de cualquier iniciativa de amago cordial, pero su transpiración entrecortada y sus miradas de soslayo no lograban disfrazarla de dama indiferente, calculadora e impertinente.

¡Coño de puta!, exclamaría el maese en cualquier otra situación similar, porque hasta las columnas de cantera de los Portales de Santo Domingo parecían hablar más y mejor que el par de amantes inconfesos y pendejos que se dirigían al Zócalo.

Sin embargo, en las dos cuadras que faltaban para llegar a la Catedral coincidieron en el propósito común de acercarse, de empezar a rozarse y cuando estuvieron en la puerta de *El Jaguar* PepePedro se detuvo, le dijo a Lluvia que lo esperara y se metió al salón de baile.

En cosa de un minuto salió, alzó los hombros y como en tono de queja comentó que el restaurant-bar estaba más solitario y sediento que Doña Josefa con su fuente sin agua, y sin decir más abrazó a Lluvia, ajustó su cuerpo al suyo y reanudó la caminata.

Y así, con la complacencia de Lluvia, avanzaron abrazados sobre la Plaza del Marqués hasta alcanzar la esquina de esta con Cinco de Mayo, en donde se

hallaron frente un Zócalo colmado por las tiendas de campaña de los damnificados y los campesinos de Veracruz.

Esto no los sorprendió, pero los obligó levantar la vista hacia el cielo atraídos por el vuelo de unos aerolitos que les brindó la explicación que deseaban: que la gravitación universal junta o separa los cuerpos según su capacidad de atracción.

Este recuerdo, acaso inconsciente pero más oportuno que cualquier otro, hizo que las poderosas falanges de *Azucarillo* presionaran aún más el costado derecho de Lluvia hasta obligarla a que diera un giro casi en redondo que la colocó frente él.

Y lo que PepePedro halló enfrente fue un rostro blanco, rojo y luminoso como un sol, unos ojos grandes pero cerrados y unos labios semiabiertos que desde hacía más de 20 años ansiaban ser besados con una pasión carnal entonces desconocida.

El contacto labial primero fue suave, tímido, aterciopelado y dulce; para después de una exploración lingual sazonzarse y convertirse poco a poco en la erupción de un volcán que trata de verter su ardiente lava por el mayor número posible de cráteres.

Cuando se apaciguó esta primera erupción, advirtieron que en los ojos de ambos había la misma mirada abierta, absorta, bobalicona y suplicante con la que intercambiaron de niños y que no pudieron evitar pese a los sentimientos de odio aparente de PepePedro.

En algún momento de los grandes ojos de Lluvia brotaron unas lágrimas que brillaron con la misma alegría e intensidad de los aerolitos que habían visto cruzar el cielo minutos antes y *Azucarillo* le preguntó con seguridad y sin recato alguno:

-¿Me quieres, verdad?

-Desde siempre.

-Yo también y desde hace muchos años.

-Ven, vamos a casa- agregó *Azucarillo*, al tiempo que la tomó del brazo, la rejuntó a su cuerpo, la abrazó y le besó la frente, para luego reiniciar el camino sobre la Plaza del Marqués, Brasil y Colombia.

Justo en ese momento volvieron a ver una lucecita muy brillante que sobrevoló la Plaza de Santo Domingo, que quizás fuera otro aerolito y no un cometa como el que, según el futurólogo Benjamín Tarde, le estiró las patas al tío Rana.

Para fortuna de Lluvia y PepePedro, había casi desaparecido la lluviecita que estuvo chingando la madre todo el día y el ambiente resultaba idóneo para una noche de bodas tan caliente como un eructo de don Goyo o un par de cabrones tembleques como los de septiembre.

Las noches son para descansar, dormir y disfrutar la carne, no para soñarse a la mitad de la nada, la vida y la muerte, porque la gente viene a gozar por entero del mundo y no a gozarlo a medias tazas.

FIN



